EL GIGANTE Y LA BRUJA

4

LAS BRUJAS DE NUEVA YORK

KIM RICHARDSON

Autora bestseller del *USA TODAY*

El Gigante y la Bruja

Las Brujas de Nueva York
Libro Cuatro

KIM RICHARDSON

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a hechos históricos, personas o lugares reales es ficticia. Los demás nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

El Gigante y la Bruja, Brujas de Nueva York, Libro Cuatro
Copyright © 2023 por Kim Richardson
Diseñadora de portadas: Karen Dimmick/ ArcaneCovers.com
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción en su totalidad o en cualquier forma.

www.kimrichardsonbooks.com

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Sombras de Brujas
Libros De Kim Richardson
Sobre La Autora

1

Había pasado un mes desde que Shay y yo nos mudamos al apartamento de Valen, arriba de su restaurante, After Dark. También había pasado un mes desde que mi hermanita, alias Joya del Sol, había hecho polvo al brujo oscuro Darius con un rayo de su magia estelar, que era básicamente la energía del sol que sólo ella podía controlar.

Al ser una bruja de luz estelar, yo era rara. Pero, si eras una bruja del sol, como a Shay le gustaba llamarse, eras aún más rara —probablemente la única bruja capaz de conjurar el poder del sol mientras yo viviera, posiblemente durante siglos—.

Y en cuanto a la magia estelar, mi poder se limitaba a un grupo específico de estrellas, un sistema estelar triple llamado Alfa Centauri. Suena excéntrico, pero el inconveniente de tener este tipo de magia era que estaba restringida durante el día. Si añadimos que el sol —una estrella acosadora— bloquea mi alcance a las estrellas, ya no suena tan glamuroso.

La verdad era que la mayoría de las brujas de luz estelar no podían invocar su poder a la luz del día.

Todas excepto Shay.

Mi hermanita sacó su magia de esa estrella acosadora.

El don tenía un poder increíble, que ella heredó de nuestro padre, Matiel, el ángel. Y ese poder podía llegar a ser destructivo y peligroso si el portador no aprendía a controlarlo.

Eso explicaba por qué estábamos en la azotea del Hotel Twilight con el sol calentándonos la cara, emprendiendo nuestras sesiones matinales diarias de entrenamiento y tomando nuestras dosis de vitamina D.

—No funciona. No siento nada. —Shay agachó la cabeza, parecía que prefería estar de vuelta en su habitación jugando con su tableta que en el tejado conmigo.

—¿No has escuchado antes la frase que dice «la práctica hace al maestro?» —Incliné la cabeza para intentar establecer contacto visual con ella—. Tienes que seguir intentándolo.

—¿Por qué? —Shay me miró, sus ojos verdes brillaban de ira—. No funciona. Ya no tengo magia.

La derrota en su voz me apretó el corazón.

—Eso no es verdad. Volverá. Tu magia no puede desaparecer. Esto no funciona así. Sigue dentro de ti. Ahora, necesitas concentrarte.

Era cierto que el poder de Shay no se había materializado desde aquel día en que Darius intentó matarme. Prácticamente todos los días desde entonces, habíamos estado intentando conjurarlo y ayudarla a usarlo. Pero hasta ahora, nada.

Shay me había salvado la vida con ese increíble poder de luz estelar, su poder solar. Aquel día se había sentido muy orgullosa, ya que al principio creía que no tenía magia propia. Nos había sorprendido a todos cuando un enorme rayo de luz solar había asado a Darius y a algunos de sus secuaces.

Pero la alegría de Shay había disminuido desde que intentó conjurar esa misma magia y había fracasado. Cada día desde entonces, su determinación había ido empeorando hasta que casi había vuelto a sentirse inútil. Como cuando estuvo demasiado débil para salvar a su madre de Darius.

Shay sólo tenía once años y medio. Era demasiado para ella y no podia procesarlo todo tan rápido. Sin contar que se había enterado que tenía una hermanastra mayor con la que viviría hasta la edad adulta. Era mucho que asimilar y, hasta el momento, yo pensaba que lo estaba manejando excepcionalmente bien, dadas las circunstancias.

—Tu poder está ligado a tus emociones —dije. Lo había visto de primera mano cuando Darius estaba tratando de matarme, y Shay había florecido en su poder—. Necesitas aprovechar eso. Aprovecha ese pozo de emociones y aférrate a ellas. Despertará tu magia. Como un interruptor.

Estaba segura de eso. Lo había visto suceder. La pérdida de su madre y luego ver al mismo bastardo que la había matado intentando matarme a mí habían despertado ese poder. Pero no se había manifestado desde entonces.

También quería poner a prueba algunas teorías: la primera era si ella también podía recurrir a su poder por la noche. ¿O estaba limitado al día, como el mío? Pero si no controlaba bien sus habilidades, tendría que esperar. Primero tenía que ser capaz de invocar sus poderes por capricho, y luego probaríamos las otras teorías.

—No quiero seguir haciendo esto. —Shay pateó un trozo de teja y me dio la espalda.

Suspiré. Eso no es bueno. Estábamos empezando a acostumbrarnos la una a la otra, y lo último que quería era que me odiara. Sin embargo, si seguía presionándola, tenía la sensación de que eso era exactamente lo que iba a pasar.

—Dale un respiro a la chica, Leana —dijo Elsa sentada en su silla plegable, masajeándose el antiguo medallón de latón que llevaba al cuello. Sabía que la joya victoriana de luto contenía un mechón de pelo de su difunto marido—. No querrás agotarla. Tiene derecho a

descansar entre sesión y sesión. No hace falta que la presiones tanto.

Frunció el ceño, sus ojos azules se arrugaron con patas de gallo mientras intentaba domar su rebelde pelo rojo que se había quedado atrapado por la brisa.

—Tiene razón. —Jade metió la mano en la bolsa de palomitas de microondas y se echó unos cuantos granos a la boca, con el tintineo de las pulseras de plástico blanco que llevaba en las muñecas. Se subió las gafas de sol redondas y moradas por el puente de la nariz—. Quizá deberíamos hacer una pausa para comer temprano. Escuché que en After Dark hacen unos huevos benedictinos buenísimos —dijo y me dedicó una sonrisa.

El pelo negro y rizado sustituyó a su habitual melena rubia y le dio forma de mohicano. Con suerte, se trataba de algún hechizo mágico y no sería permanente. Bajo su larga chaqueta morada de terciopelo llevaba una camisa blanca con volantes. Parecía que esta mañana iba vestida a lo Prince. Me encantaba.

—Necesita aprender a controlar su poder.

Cuanto más rápido lo hiciera, mejor. No sabía con certeza si otros se habían enterado del poder único de mi hermanita, pero siempre se corría la voz de alguna manera. Si uno de los idiotas de Darius se enteraba, estaba segura de que otros lo sabrían pronto. Y cuando lo supieran, quería asegurarme de que Shay supiera cómo defenderse. Vivíamos en un mundo peligroso, sobre todo para las chicas jóvenes con poderes increíbles.

Sin embargo, parecía que cuanto más sustancial era el poder, más difícil resultaba aprovecharlo y conjurarlo.

—Hoy no —dijo Elsa, dirigiéndome su mirada maternal que estaba segura reservaba para su hijo cuando era desobediente.

No me gustaba recibir órdenes de la bruja mayor, pero tenía razón. Cuanto más presionaba a Shay, más se retraía. Estábamos al límite por hoy. Pero todavía tenía que encontrar una manera de ayudarla a sacar ese poder suyo.

¿Quizás lo estaba haciendo todo mal? Estaba siguiendo mi instinto, la forma en que mi madre me enseñó a usar mi magia estelar. Pero la de Shay era diferente. ¿Y si lo estaba haciendo mal? No era como si pudiera preguntarle a otra bruja de luz estelar, que pudiera controlar la energía del sol. Estaba perdida en esto. La única persona que podría ayudarla era su padre, *nuestro* padre, y no lo habíamos visto desde aquella noche en el hotel.

¿Cómo se llega a un ángel? Tendría que preguntar por ahí.

Miré a Shay. De espaldas a mí, no podía verle la cara, pero estaba segura de que encontraría la misma frustración que antes. La pobre necesitaba un descanso.

—El almuerzo suena bien. ¿Qué dices, Shay?

Al oír hablar de comer, Shay se dio la vuelta.

—¿Puedo comer panqueques? ¿Con sirope de arce de verdad?

Me reí ante la sonrisa esperanzada de su cara.

—Por supuesto.

Los dientes de Shay brillaron al sol y, por un segundo, vi la cara de nuestro padre.

—Genial —Sin decir nada más, Shay giró sobre sí misma y corrió hacia la puerta de emergencia del tejado.

—¡Espéranos! —La seguí.

—Dudo que te haya oído —Jade dobló la silla y se la metió bajo el brazo.

—Sí —Suspiré—. O lo hizo, y *prefirió* no escuchar. Para cuando lleguemos al vestíbulo, estará sentada esperándonos en el restaurante de Valen.

—Estás preocupada por ella. ¿Verdad? —El hombro de Jade rozó el mío—. ¿Por eso de que no tiene magia?

—Un poco. —No tiene sentido mentir—. Ya debería ser capaz de conjurar su poder. Tiene que ser capaz de protegerse a sí misma. O sea, lo usó para salvar mi vida. Está ahí en alguna parte. Sólo tenemos que averiguar cómo sacarlo.

—Es joven —dijo Jade, como si eso lo explicara todo.

—Yo tenía su edad cuando empecé a controlar mi poder —dije, recordando lo paciente que había sido mi madre conmigo y lo frustrada que yo estaba, muy parecida a Shay, hasta que mis poderes se manifestaron—. Pero sus poderes son diferentes a los míos. Estoy pensando que quizá estoy haciendo todo esto mal. Quizá lo estoy empeorando.

—No lo creo. —Elsa negaba con la cabeza, con el ceño fruncido, como cuando estaba pensando en algo—. Creo que lo estás haciendo todo bien. Tu poder es lo más parecido al suyo y le estás enseñando cómo responde tu poder.

—Entonces, ¿por qué no funciona?

Elsa frunció los labios.

—No lo sé. Estoy segura de que llegará. Sólo tienes que seguir trabajando con ella.

Asentí, pero eso no ayudó a que la sensación de inquietud se fuera formando poco a poco en mi interior. Shay *no* daba muestras de su poder. Y eso era un problema.

Saqué mi teléfono.

—Debería avisarle a Valen que vamos hacia allá.

Yo: *Oye. Shay está de camino al restaurante. Quiere panqueques. Estaré allí pronto.*

—¿Cómo va *eso*? —preguntó Elsa mientras acercaba su silla plegable—. ¿Todavía va bien?

Me metí el teléfono en el bolsillo y me dirigí a la puerta.

—Sí. Muy bien. —Sabía que preguntaba por Shay y no por mí. La mudanza al apartamento de Valen, mucho más grande y superior, había ido mejor de lo que esperaba. La habitación de Shay era el doble de grande que la mía en el antiguo piso trece, sin contar que también tenía su propio cuarto de baño. Parecía mucho más feliz allí que en mi antiguo hogar. Y pensé que sabía por qué—. Valen la mima.

Elsa se rió entre dientes.

—No me sorprende. Él adora a esa niña.

Sentí una felicidad con su comentario.

—Tienes razón. Después de lo que ha pasado, se merece que la mimen.

Al ser un gigante, Valen estaba programado para ser un protector, un guardián. Lo llevaba escrito en su ADN. Pero también había notado un lado paternal en él que había surgido cuando conoció a Shay y que seguía creciendo. Los dos estaban muy unidos y me encantaba ver cómo la mimaba. Ese lado suyo, por alguna razón, tenía mis hormonas fuera de control. Y era muy sexy.

—Sabes lo que sigue. ¿Verdad? —Jade abrió la puerta y la seguimos dentro.

La música, los televisores y los sonidos de la gente conversando llegaron hasta mí cuando entramos en el pasillo de la decimotercera planta. Me quedé mirando mi antiguo apartamento, el que le había dado a Catelyn, y vi la puerta abierta. Pero ya no era su hogar. La mujer gigante se había mudado con su familia hacía una semana, ya que ahora podía controlar a su gigante interior, y me había devuelto el apartamento. Yo había aceptado, por supuesto, y ahora utilizaba el espacio como despacho y cuartel general para mis amigos y para mí.

—¿Qué? —pregunté mientras ella y Elsa colocaban sus sillas plegables a la entrada de nuestro ahora despacho.

Los ojos de Jade se abrieron de par en par.

—Campanas de boda.

El calor me subió a la cara como si le hubiera acercado un lanzallamas.

—Es un poco pronto para hablar de bodas. Sólo llevo divorciada un mes y medio —añadí mientras cruzábamos el pasillo hacia el ascensor.

Elsa se encogió de hombros.

—¿Y? ¿Qué tiene eso que ver? Cuando es el momento, es el momento.

Pulsé el botón de bajada del panel de control del ascensor.

—No estoy lista para una boda en este momento. —Pero *estaba* lista para un sándwich de queso doble a la parrilla.

No es que no hubiera pensado en ello. Había pensado *mucho* en

cómo sería estar casada con un gigante, un gigante sexy y muy sexy, nada menos. Pero también fuerte, confiable y encantador.

Elsa arrugó la nariz, pensativa.

—Siempre es mejor casarse con un hombre de tu edad. A medida que tu belleza se desvanezca, también lo hará su vista.

Solté una carcajada.

—Valen tampoco me lo ha propuesto.

No. Eso fue demasiado rápido. Y tenía la sensación de que Valen no estaba listo. Había perdido a su primera esposa de cáncer, y de ninguna manera lo presionaría para casarse otra vez.

—¿Quién propuso matrimonio?

La voz me hizo girar la cabeza y me encontré con un hombre alto y guapo que caminaba hacia nosotros, con una camiseta blanca ceñida que dejaba ver sus músculos prietos y su cuerpo atlético.

—¿Valen te pidió que te casaras con él? —La voz de Julian resonó en el pasillo como si estuviera gritando a través de un megáfono.

—¡Shhh! —Mortificada, estiré la mano y le agarré del brazo, acercándole—. Silencio. Nadie ha propuesto nada —siseé, con la cara encendida de nuevo.

Miré por encima de su hombro a una metamorfa mayor llamada Linette, que me miraba con una sonrisa cómplice en la cara. Sabía que esa sonrisa indicaba que estaba a punto de difundir un rumor en la decimotercera planta. Si lo hacía, toda la planta sabría de esta «falsa proposición de matrimonio» para cuando el ascensor llegara a la planta del vestíbulo. Fantástico.

—Vale, vale —rió Julian, pasándose los dedos por su corto pelo castaño—. Lo siento. He oído mal.

No parecía lamentarlo en absoluto, más bien disfrutaba viéndome con la cara roja y horrorizada. Le señalé con el dedo.

—Me las pagarás por esto.

Julian se rió más fuerte.

—Dije que lo sentía.

Con un *tintineo*, las puertas del ascensor se abrieron. Entré y me di la vuelta.

—¿Y tú? ¿Ya le has pedido matrimonio a Cassandra?

La cara de Julian se tensó y juraría que vi algo parecido al miedo en sus ojos. Se quedó allí como un zombi tambaleante, sin responder. Supongo que di en el clavo con eso.

—¿Vienes a After Dark con nosotros? —preguntó Jade, notando un poco de tensión mientras miraba a su amigo brujo con preocupación como si estuviera enfermo o algo así.

Julian se limitó a asentir y entró en el ascensor tras Elsa. Miré al brujo alto, pero se negó a mirarme a los ojos. Si tuviera que adivinar, diría que Julian *estaba* pensando en pedirle a Cassandra que se casara

con él. Llevaban saliendo un mes y yo sabía que ha estado enamorado de ella desde siempre. Además, adoraba a sus hijas gemelas. Pero ahora mismo, parecía que estaba en el infierno.

Me mordí el interior de la mejilla para no reírme mientras el ascensor daba una sacudida y comenzaba a descender. Unos segundos después, las puertas se abrieron y entramos en un vestíbulo espacioso, con techos altos, mucho cristal, pintura gris y detalles en rojo intenso.

Un hombre pálido vestido con un caro traje gris oscuro de tres piezas estaba detrás de un mostrador al final del vestíbulo, tecleando en una tableta. Errol, el cambiaformas lagarto, y conserje del hotel.

Levantó la vista y sus ojos claros se clavaron en mí durante unos instantes. Tras la calma de sus facciones se escondía una crueldad repugnante, una mueca despectiva oculta en la postura ordinaria de su cuerpo. Sí. Seguía odiándome a muerte, pero no lo culpaba. Casi lo había matado —la palabra clave *casi*— hacía un mes, cuando perdí los estribos y lo arrojé por el vestíbulo con mi magia estelar. Uy. El metamorfo era un asqueroso, el sentimiento era mutuo.

Seguí a las mujeres hasta la puerta principal del hotel y entramos juntas en el restaurante de Valen, situado justo al lado. El local estaba bajo un toldo gris con un cartel que decía AFTER DARK.

La puerta del restaurante sonó a nuestras espaldas cuando entramos en el vestíbulo. El moderno interior tenía muchos muebles de color gris oscuro en una sala de concepto abierto con techos de tres metros y vigas y tuberías a la vista, igual que el apartamento de arriba.

—Tu delincuente juvenil está allí.

Giré y vi a mi anfitriona favorita, cuyo nombre nunca me importó recordar, con una camisa blanca y una falda corta negra. Miraba fijamente a una joven sentada sola como si todo el mundo pensara que era portadora del virus del ébola.

La anfitriona, con su larga melena castaña y su cuerpo perfectamente ceñido, parecía una sirena. Si la miraba de cerca, juraba que podía ver un par de branquias y escamas.

Me odió desde el principio porque sospeché que estaba enamorada de Valen. Parecía que prefería hembras de sangre caliente en vez de sushi frío.

—Gracias, Pez —le dije, sonriendo ante su respiración entrecortada, y me moví entre las mesas ocupadas. Los paranormales me miraron brevemente al pasar junto a ellos, y llegué hasta Shay.

—Podías habernos esperado —le dije mientras ocupaba el asiento vacío junto al suyo.

La cara de Shay estaba enterrada en el menú.

—Tenía hambre.

Resoplé.

—Siempre tienes hambre. Gracias a Dios que Valen no nos cobraba por comer en su restaurante. De lo contrario, estaría en bancarrota sólo por alimentar a Shay. ¿Quién diría que los niños comían tanto?

—Has estado trabajando con la niña desde las ocho de la mañana. Por supuesto, tiene hambre —dijo Elsa mientras sacaba una silla y se apretujaba en ella—. ¿Por qué esta silla es más pequeña?. —Se movió para intentar ponerse cómoda.

Jade soltó una risita.

—No lo es. Tu culo se puso más grande.

—Claro que no —espetó Elsa. Sus mejillas se tiñeron de rosa.

—Bueno, la silla no se encogió —rió Jade mientras se clavaba las gafas de sol en el pelo.

Julian se dejó caer en su asiento. Se frotó las manos y dijo:

—Después de todo el entrenamiento de anoche con Cassandra, me apetece un buen filete.

—Qué asco. —Jade cogió la silla vacía a su lado y se sentó—. No hables de chacachaca, por favor. Estamos a punto de comer.

—Por favor. —Julian se inclinó sobre la mesa—. Sé que has estado teniendo mucho sexo con Jimmy. Copulando todos los días, dos veces los domingos. ¿Estoy en lo cierto?

—¿Qué? —Jade se escondió la cara con las manos, pero no sin antes ver lo roja que se había puesto.

Miré con odio a Julian y desvié la mirada hacia la personita que ahora estaba totalmente atenta a nuestra conversación de adultos. Dijo un «lo siento» con una sonrisa bobalicona en su cara.

—Tus panqueques de bananas están de camino —dijo una voz grave y ronca.

Giré la cabeza para deleitarme con el hombre que había aparecido en nuestra mesa. Su apuesto rostro esbozaba una sonrisa que me producía un hormigueo en la piel. La camisa negra que llevaba tenía que ser de algún material elástico. De lo contrario, sus músculos ya la habrían desgarrado. Los tatuajes que asomaban bajo sus mangas sólo añadían otra capa de sensualidad y peligro. Me gustaba. Me gustaba mucho.

—Y sirope de arce *de verdad* —dijo Shay cuando aparté los ojos del gigante para ver su cara sonriente.

Valen soltó una suave carcajada.

—Y sirope de arce de verdad —Sus ojos oscuros se clavaron en los míos, ardiendo con una intensidad que me revolvió por dentro.

Había asaltado su ancho pecho con mi cara hacía dos meses. Había sido imperdonablemente grosero. Pero ahora... ahora compartíamos cama, entre otras muchas cosas.

El gigante sacó un pequeño bloc de notas.

—Tomaré sus órdenes. —Se echó hacia atrás un mechón de su

cabello oscuro y ondulado, salpicado de canas en las sienes, lo que no hacía sino aumentar su atractivo.

—Bueno —dijo Elsa, con las gafas de leer en el borde de la nariz mientras leía el menú—. Quisiera el pollo a la parmesana. Por favor, pídele al cocinero que no queme el queso. Odio que se queme el queso. Le quita sabor.

Los labios de Valen se torcieron en una sonrisa.

—Anotado. —Me miró—. ¿Y qué vas a...?

Un grito desgarró el aire.

Me sacudí en el asiento a tiempo para ver a una clienta salir corriendo del baño de las mujeres.

—¡Está muerta! Está muerta! —gritó la misma mujer, con los ojos muy abiertos mientras señalaba en dirección a los baños. Tenía el pelo blanco y gris enmarañado, como si no se lo hubiera cepillado en años, y sus ojos azules rebosaban lágrimas y miedo. Nuestras miradas se cruzaron y sus labios temblaron, pero no salió ninguna palabra. Tuve la fugaz sensación de conocerla, pero la idea se desvaneció con la misma rapidez.

—¿Qué demonios? —Me levanté, con el corazón atronando, y corrí hacia los baños, que estaban a la izquierda de la entrada.

Corrí hacia el corto pasillo y doblé la esquina. Empujé la puerta con el dibujo de un hombre lobo vestido con una sombrilla en la mano y me quedé paralizada.

Una oleada de náuseas me golpeó al contemplar un rostro demacrado, como el de una momia, y un cuerpo marchito. Estaba tumbada de lado. Mujer por su tamaño, la anchura de sus hombros y sus manos delicadas y diminutas.

La piel de la cara, las manos y el cuello estaba seca, como si le hubieran drenado toda la sangre y los fluidos del cuerpo. Tenía los dientes demasiado grandes y apenas le quedaba un atisbo de nariz.

Separé los labios mientras recorría el cuerpo con la mirada. Porque, sí, *era* un cuerpo. Nadie podía estar vivo y tener ese aspecto.

Quienquiera que fuese, estaba muerta.

2

Me quedé mirando, repugnada y extrañamente curiosa al mismo tiempo. ¿Qué decía eso de mí? En mi defensa diré que nunca había visto nada igual: la forma en que habían succionado todos los líquidos del cuerpo. Desde donde estaba, no podía ver ninguna marca de pinchazos, lo que habría ayudado a explicar lo que le habían hecho, pero eso no significaba que no hubiera ninguna.

Sin magia, habría sido necesario algún tipo de laboratorio o equipo médico para hacerlo. Ninguna persona sola en un cuarto de baño sin ningún equipo habría sido capaz de bombear todos los líquidos de un cuerpo. La explicación sencilla era que la magia lo había hecho.

Sólo había una forma de averiguarlo.

Concentrada, invoqué mi luz estelar. Aunque era pleno día, cuando mi magia era más limitada, no necesitaba mucha para esto.

El ligero tirón en mis sentidos significaba que mi luz estelar estaba respondiendo. Con un impulso mental, mis luces estelares avanzaron como flotadores blancos de diente de león y se posaron sobre la mujer muerta, cubriéndola de luces brillantes. Como mis luces estelares eran como sensores en miniatura, percibía lo que ellas sentían. Y ahora mismo, no sentían nada.

Intenté sentir alguna energía paranormal a su alrededor que me ayudara a diferenciar entre razas, pero no conseguí nada. No había sustancia en ella. Ni sangre. Ni esencia. Ni magia. Nada más.

Sentí una presencia detrás de mí y vi a Valen entrar en el baño con cara de horror.

—Está muerta —le dije, no es que no lo supiera con sólo mirarla. Atreviéndome a dar un paso más, me arrodillé junto a la mujer y le aparté el pelo de la cara—. Ah. Demonios. Tiene el cuello roto. Bastante feo. —Estaba doblado en un ángulo extraño. Sin embargo, una cosa me pareció familiar. La forma en que su cuello estaba roto se parecía a cuando Catelyn había matado a la bruja blanca Adele rompiéndole el cuello con sus manos de gigante. Pero ese no era el caso aquí. Qué raro.

—Caldero, sálvanos —dijo Elsa al entrar en el baño. Agarró su medallón contra el pecho, como había visto a muchos católicos aferrarse a sus rosarios, buscando consuelo en la oración. Por desgracia, ninguna oración podía salvar a esta mujer.

—Santa mierda. —Julian patinó hasta detenerse al ver a la mujer muerta, haciendo que Jade chocara con él por detrás.

Jade asomó la cabeza alrededor de Julian.

—Dios mío. Su cara —Se tapó la boca con las manos mientras se le escapaba un gemido.

Miré a Valen. Tenía la mandíbula desencajada mientras miraba a la mujer muerta como si estuviera a punto de golpear algunas paredes y, de paso, tal vez arrancar algunos retretes.

—¿Sabemos quién es? —Elsa se había atrevido a dar un paso adelante, con los músculos de la cara crispados por lo que fuera que estuviera sintiendo—. ¿Es una de nosotros?

—No recibo ninguna vibración paranormal de ella —dije mientras soltaba mis luces estelares—. Pero eso podría ser sólo porque queda muy poco de ella para percibir cualquier conexión. —Además, como era de día, mis luces estelares estaban débiles. Pero también podría ser que quien la mató se aseguró de que no lo descubriéramos. Sí, esto no fue un accidente. Esto fue hecho a propósito. ¿Pero por qué?

—¡Caramba! —Shay se apretó entre Julian y Elsa—. ¿Eso es una momia?

—¡Shay! —Pegué un salto, agarré a mi hermanita por los hombros, la hice girar y la empujé fuera del cuarto de baño. Una vez en el corto pasillo, me incliné sobre ella y le dije—: Vuelve a nuestra mesa y espérame. Aquí no hay nada que ver. ¿Vale?

Shay cruzó los brazos sobre el pecho desafiante.

—¿Por qué? Ya lo vi. No tengo miedo. No soy una bebé.

Suspiré, viendo que me lo iba a poner difícil.

—Sé que no lo eres. Pero esto no es algo que quiero que veas. Ningún niño de once años debería ver esto.

—Once y medio.

—Esto es realmente malo, Shay. —No. Era demasiado joven para haber visto algo tan perturbador. Si hubiera sido yo a su edad, habría tenido pesadillas. Lo más preocupante era que ella no parecía tan afectada por eso. Pensaría en eso más tarde—. Y esto podría ser la escena de un crimen. Nadie debería estar allí antes de que yo haya tenido la oportunidad de hacer mi trabajo en el lugar.

—¿Crees que la han asesinado? —preguntó Shay, con los ojos verdes bien abiertos y las cejas arqueadas por el interés. Inclinó la cabeza para intentar echar un vistazo detrás de mí.

La empujé hacia mí, usando mi cuerpo para proteger su vista del baño.

—Aún no lo sé. Tengo que investigar un poco. Puede que tarde un poco.

—Puedo ayudar —dijo Shay—. Sé cosas. Cosas. Puedo ser tu ayudante —añadió con una sonrisa esperanzada.

Ah, mierda. Estaba poniendo esa cara otra vez, la de los ojos de cachorrito a los que nunca podía decir que no. Pero tenía que

mantenerme firme. No la quería cerca del baño.

—No. Sólo... ve a sentarte y espérame. ¿De acuerdo?

Shay hizo una mueca, pero se dio la vuelta y se fue dando pisotones hasta nuestra mesa. Maldición. Era tan testaruda como yo.

Esperé hasta que la vi tirarse en la silla y empezar a golpear su vaso de agua con el tenedor antes de volver al baño.

Valen me miró al entrar.

—¿Ha vuelto Shay a la mesa? —La uniformidad de su voz no ocultaba su tensión ante la situación. Estaba tan molesto como yo de que Shay hubiera presenciado esto.

—Sí.

—Bien. Eso es bueno —dijo el gigante, su voz llena de preocupación que sólo añadió otra capa a mi propia tensión—. No debería haber visto esto —Su atención volvió a centrarse en la mujer muerta.

—Lo sé. —Y era demasiado tarde para eso.

—¿Crees que quien hizo esto sigue aquí? —preguntó Jade mientras miraba por encima del hombro como si pensara que la iban a atacar, como si ella fuera la siguiente.

Me lo pensé.

—No lo creo. Hace mucho que se fueron —Porque quien haya hecho esto, a este extremo, no querría ser atrapado—. Esto no pudo haber pasado hace tanto tiempo. Tal vez unos minutos.

—Pero parece un cadáver —Julian hizo una mueca.

Miré al brujo alto.

—Lo sé. Pero éste es un restaurante muy concurrido. No podía llevar tanto tiempo muerta. Alguien la habría visto. —Lo que me dio una hora aproximada de la muerte, más bien una ventana.

—¿Hay cámaras aquí? —pregunté al gigante, con la esperanza de vislumbrar a nuestro asesino.

Valen guardó silencio un momento.

—No. Adentro no. Afuera, en la parte de atrás.

—Mmmm —Eso no era útil. Tendríamos que conformarnos con lo que teníamos. Mis ojos se posaron de nuevo en la víctima—. He oído hablar de viejos, antiguos vampiros que pueden drenarle toda la sangre a una persona. ¿Crees que un vampiro hizo eso? —Le lancé la pregunta a Valen pero también a mis amigos.

Yo era una Merlín experimentada, pero ésta era mi primera vez. Necesitaría toda la ayuda posible, suponiendo que estaba trabajando en un caso. ¿Era siquiera un caso?

—Tal vez —respondió Elsa, con tono amargo—. Aunque nunca he visto a un vampiro hacer *esto*, ni siquiera a uno antiguo. Esto no es desangramiento.

—Más bien una momificación —murmuró Julian.

Elsa señaló en la dirección general de la víctima.

—Si fue un vampiro, deberías buscar agujeros punzantes cerca de su yugular o muñecas.

Valen se movió primero, arrodillándose junto a la mujer muerta, y observé cómo movía con cuidado el cuello de su camisa para ver si encontraba alguna marca de ese tipo.

Me arrodillé a su lado, intentando no acercarme demasiado a su cuello ni al hueso que sobresalía.

—¿Algo?

El gigante sacudió la cabeza, con la oscuridad gestándose tras sus ojos.

—No en su cuello.

Recorrí con la mirada el cuello de la mujer. Ya ni siquiera era un cuello. Parecía más bien una rodilla, una rodilla rota. De cerca era aún peor. Una punta de hueso blanco le perforaba la piel como un muslo de pollo partido por la mitad. Pero no rezumaba sangre de la herida, como si le hubieran partido el cuello post mortem. Pero incluso entonces, se vería alguna evidencia de fluido corporal. Aquí, estaba tan seco como un pretzel.

—Revísale las muñecas —instruyó Elsa, su tono expectante mientras me lanzaba un dedo.

No me importaba que estuviera ladrando órdenes. Todos estábamos conmocionados por haber encontrado a una mujer muerta. Me acerqué y le agarré la mano, intentando no estremecerme al notar lo ligera que era y lo pequeña que tenía la muñeca. Doblé la manga de su blusa y giré la muñeca.

—Nada en ésta. —Me arrastré hasta el otro lado de la mujer e hice lo mismo con su brazo izquierdo—. Nada.

—Los vampiros viejos tienen magia para someter a sus víctimas —dijo Julian mientras entraba en el cuarto de baño y apoyaba la espalda contra la pared del fondo—. Es posible que ni siquiera se resistiera. O se moviera. Sería más difícil detectar las marcas de los dientes.

—Aún así, tendríamos algún tipo de agujero que sugeriría la evacuación de fluidos corporales. —Le pellizqué la piel justo por encima de la muñeca. Permaneció allí como si estuviera acariciando arcilla—. No se puede sacar sangre sin dejar un agujero. Dientes o aguja.

A menos que estuviera equivocado, pero el hecho de que nadie me contradijera decía que yo tenía razón. Sacudí la cabeza.

—A menos que sean microscópicas, no hay heridas punzantes. —Me encontré con los ojos de Valen—. No estoy cien por ciento segura, pero no parece que un vampiro haya hecho esto. Ni un vampiro enfermo, ni siquiera uno antiguo. Esto podría ser otra cosa.

Como no hizo ningún comentario, añadí:

—¿La reconoces? ¿Trabajaba aquí?

Este era su restaurante, así que lo más probable era que fuera una clienta o quizá alguien del personal. Pero con su aspecto, dudaba que incluso sus propios padres fueran capaces de reconocerla.

Valen negó con la cabeza.

—No. No la reconozco ni a ella ni a su ropa. No trabajaba aquí. Debe de ser una clienta.

—Una clienta muerta —murmuró Julian, con el ceño fruncido.

—Busca su identificación en los bolsillos —ordenó Elsa.

—Sí. —Con una mueca de dolor, metí los dedos en los bolsillos de su pantalón, haciendo todo lo posible por no mirarla a la cara. Después de buscar en ambos bolsillos, me incliné hacia atrás—. No lleva nada. Probablemente entró con un bolso o algo así. Deberíamos revisar a los clientes. A ver quién falta entre ellos. Por el caldero que no sea una madre y haya venido aquí con su familia para almorzar.

No teníamos ni idea de quién era ni de por qué la habían matado. Pero lo que realmente quería saber era ¿por qué aquí? ¿Por qué el restaurante de Valen?

—¿Quién podría haber hecho algo así si no fue un vampiro? —Jade se rodeó la cintura con los brazos, como si deseara no haber visto nunca a la mujer muerta. No la culpaba. Era bastante horrible. Pero yo era una Merlín. Lo horripilante venía con la descripción del trabajo.

—No lo sé. Pero miren su cuello —dije, señalando lo obvio—. Los vampiros no rompen el cuello de sus víctimas. No que yo recuerde. Y a juzgar por la forma en que sobresale el hueso, supongo que la golpearon con fuerza bruta. Algo o alguien muy fuerte se lo partió.

—¿Demonios? —Jade dio un cuidadoso paso atrás, con la cara arrugada por la sorpresa, aunque el miedo en sus ojos era real.

—No —respondí—. No a la luz del día. —Los demonios no podrían haber hecho esto, pero era algo igualmente fuerte.

—Un gigante.

Todos nos giramos y miramos a Valen.

—Sólo un gigante podría romperle el cuello a una persona así —dijo, con voz grave en el repentino y conmovedor silencio. Señaló el cuello de la mujer—. ¿Ven cómo apenas hay moratones? Fue un solo golpe. Un golpe fuerte.

El pavor me atenazó la garganta, dificultándome la respiración, como si tuviera el cuello roto.

—¿Qué estás diciendo? —Sabía exactamente lo que decía. Sólo quería oírlo de sus labios.

La mirada oscura de Valen se posó en mí.

—Estoy diciendo que un gigante hizo esto. Eso es lo que a mí me parece.

—Creía que no había más gigantes aquí —dije, sintiendo la atenta

mirada de mis amigos sobre nosotros—. Tus amigos de Alemania se han ido. Así que solo quedan...

—Catelyn y yo —Valen dejó escapar un suspiro.

El miedo me apuñaló por dentro.

—No pensarás... ¿No pensarás que Catelyn ha hecho esto? —No quería admitirlo, pero Catelyn era una giganta recién convertida, o mejor dicho, *hecha*. Era posible que aún estuviera luchando con sus nuevas habilidades y que accidentalmente hubiera golpeado y matado a esta mujer.

—Creí que habías dicho que a Catelyn le iba muy bien —dijo Julian, con la voz alta por la acusación—. ¿Por eso se mudó y te devolvió tu apartamento para poder estar con su familia?

—Sé que lo dije. Supongo que esto justifica que se le haga una visita —No quería tener que admitir que Catelyn podría haber matado a esta mujer. Aún así, tenía que comprobarlo con ella para quitarla de mi lista de sospechosos. Supongo que ahora tenía una lista.

—Y también estoy yo —dijo Valen.

Volví a mirar al gigante.

—No. Tú no has hecho esto —Me puse en pie, odiando cómo me ardían las rodillas en señal de protesta por haber estado tanto tiempo agachada. Valen, en su forma gigante, habría destrozado el baño. Ni siquiera cabría.

—No lo hice —comenzó el gigante—, pero el Consejo Gris aún querrá interrogarme.

—¿Por qué? ¿Porque tenemos que avisarles? —preguntó Elsa, con las facciones torcidas como si intentara pensar en una excusa para no informarle al Consejo Gris.

—Sí —Me pasé una mano por el pelo. Me encontré con la mirada oscura de Valen—. ¿Tienes algún enemigo que yo no conozca?

El gigante arrugó la frente.

—¿Crees que alguien está tratando de inculparme?

—Dejando a Catelyn de lado, eso parece. O sea, ¿por qué hacer esto y dejar el cuerpo en tu restaurante?

—Mierda, ella tiene razón —Julian se pasó los dedos por el pelo—. Viejo. Alguien te está tendiendo una trampa.

La mandíbula de Valen se tensó, pero permaneció callado.

—Pero algo no cuadra —dije a nadie en particular.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Elsa inclinó la cabeza para verme mejor.

Miré a mis amigos y a Valen.

—Sí, alguien con fuerza extrema le rompió el cuello, pero que yo sepa, los gigantes no pueden chupar los fluidos corporales. —¿O tal vez sí podían? Los gigantes seguían siendo un tema nuevo para mí. Todavía tenía mucho que aprender sobre esa raza de paranormales.

—Correcto —Julian asentía con la cabeza—. ¿Un vampiro gigante?

—sugirió.

Si no estuviera tan angustiado, podría haberme reído. Pero tal vez...

—¿Eso existe? —le pregunté a Valen.

El gigante me miró.

—No lo sé. Pero si existieran... estamos en serios problemas.

Se me erizaron los pelos de la nuca ante la tensión de su voz. ¿Un gigante con rasgos de vampiro? Sí, no quería pensar en eso.

—¿Qué pasa? ¡Ah! ¿Qué es eso? —aulló mi anfitriona favorita cuando entró en el baño.

Valen la agarró por los hombros y la llevó afuera.

—Simone. Escucha. Cierra el restaurante. Diles a los invitados que la comida corre por cuenta de la casa —Oí decir a Valen mientras me acercaba sigilosamente para ver las caras de ambos.

Claro. Su nombre. ¿Me importaba recordarlo? No. Ya se había ido.

—Pero, ¿qué les digo? —dijo la anfitriona, de pie en el estrecho pasillo, con los ojos llenos de lágrimas. Ni siquiera Shay había llorado.

—Nada. Sólo sácalos. A todos ellos. Tengo que contactar con el Consejo Gris. ¿Simone? ¿Me escuchaste?

La anfitriona movió la cabeza arriba y abajo.

—De acuerdo —dijo aturdida—. Sí. Sí. Ya lo hago.

Por un segundo, pensé que no se movería, pero entonces se dio la vuelta, dobló la esquina y desapareció.

Valen me miró.

—Llamaré al Consejo Gris —dijo, dirigiéndose a su despacho.

Me quedé mirando cómo abría la puerta y se dirigía a su escritorio para coger el teléfono fijo. Su espalda estaba rígida y sus movimientos cargados de tensión.

Me quedé pensando si existía alguna conexión entre el restaurante de Valen y la mujer muerta. ¿Quién podría haber hecho esto? ¿Alguien que quería culpar a Valen? Era muy posible.

Pero la verdadera pregunta era: *¿se trataba de algo puntual o volvería a ocurrir?*

3

A la mañana siguiente me desperté temprano, cansada y aturdida, pero entusiasmada al mismo tiempo. Me había quedado despierta hasta las dos de la madrugada, de vuelta en mi antiguo apartamento de la decimotercera planta del Hotel Twilight, repasando el caso de la mujer muerta que habíamos encontrado en el restaurante de Valen.

El equipo de limpieza había llevado el cadáver a la morgue paranormal de Nueva York. Habían camuflado a la mujer muerta con un hechizo invisible para ocultarla de clientes entrometidos o transeúntes humanos que pudieran estar fuera del restaurante esperando a ver por qué el restaurante tuvo que cerrar abruptamente. La catalogaron y se la llevaron, pero no antes de que yo misma hiciera montones de fotos para documentar la escena.

Valen había estado especialmente callado mientras el equipo de limpieza hacía lo suyo. Se limitaba a permanecer de pie, con una mirada depredadora en su rostro rugoso, apretando y soltando los puños como si esperara la oportunidad propicia para partirle la cara a alguien.

Comprendí su frustración. No sólo habían encontrado el cadáver en su establecimiento, sino que la forma en que la habían matado sugería que tal vez un gigante era el culpable. Me inclinaba por la teoría de que alguien intentaba sabotear la reputación de Valen. Querían culparlo de esto. ¿Quién? ¿Tenía Valen enemigos? Esa era la pregunta del millón.

Una vez que el forense identificara a la víctima —nada menos que con los registros dentales— sabríamos quién era. No tenía sentido hacerle una foto. A su familia no le parecería la misma mujer, ya que estaba casi momificada.

Había pasado la mayor parte de la noche en la base de datos del servidor central de los Merlín, revisando la lista de criaturas y seres conocidos por desangrar a sus víctimas. Vampiros en su mayoría, y los demonios íncubo y súcubo estaban entre los pocos. Pero ninguno de ellos rompía el cuello de sus víctimas.

Eso seguía siendo un misterio, y no me gustaba lo que implicaba. Algo grande y robusto lo había hecho, como un gigante.

Sin embargo, la razón principal por la que fui a mi antiguo apartamento a trabajar fue, primero, que era mi nueva oficina, y segundo, que no quería despertar a Shay porque necesitaba dormir todo lo que pudiera.

Porque hoy era el día en que iba a inscribir a mi hermanastra de once años, Shay, en una nueva escuela de élite para paranormales, la Academia Fantasia. Estaba pensada para brujos, hombres lobo, cambiaformas, hadas y todo tipo de seres sobrenaturales como nosotros. Había otras escuelas, pero la Academia Fantasia era la crème de la crème en cuanto a logros escolares en nuestro mundo, reservada sólo para los mejores, los que mostraban más potencial y eran los más destacados. Shay tendría suerte de aprender en una escuela así. Sin contar que conocería a niños paranormales de su edad y, con suerte, haría algunos amigos.

Y todo se debía a Valen.

El gigante debió haber movido algunos hilos para que aceptaran a Shay en una escuela tan prestigiosa. Hace unas semanas me había dicho que creía que podía conseguir que admitieran a Shay. Se me salieron los ojos cuando me reveló el precio de la matrícula, pero él también lo había pagado. Insistió cuando le dije que ni siquiera ganaba tanto en un año.

Cosas como esa hicieron que me enamorara aún más del gigante. Cómo no iba a hacerlo, si era tan generoso, tan cariñoso y tan, tan increíblemente sexy.

Por suerte para nosotros, la Academia Fantasia estaba en Manhattan, a sólo unas manzanas de nuestra casa.

Me froté los ojos para espantarme el sueño, le eché un vistazo a la cama y me di cuenta de que Valen se había ido. Tampoco estaba en la cama cuando me acosté de madrugada, pero supuse que estaría patrullando las calles en su forma gigante. Sin embargo, ya debería haber vuelto.

Solté un suspiro, me levanté de la cama y me dirigí al cuarto de baño en la habitación. Tras darme una ducha rápida y vestirme con lo que tenía limpio —unos jeans oscuros y una camiseta negra de cuello de pico—, fui a la habitación de Shay.

Llamé dos veces y entré.

—¿Shay? Es hora de despertarse. —Miré el bulto bajo el edredón de rayas blancas y grises. Se movía.

Sonreí con satisfacción y golpeé el bulto donde creía que estaba su cabeza.

—Sé que estás despierta. Es hora de levantarse, Shay. Tienes que prepararte para ir al colegio. —Le di otro golpecito al bulto.

El bulto gimió y las sábanas se agitaron, revelando la cabeza de una niña de once años.

—No quiero ir. Quiero quedarme aquí. ¿Por qué no quieres educarme en casa como a los demás niños paranormales normales? —refunfuñó.

Aquí vamos otra vez.

—Como te dije, no soy lo suficientemente hábil para educar a nadie. Apenas puedo cuidar de mí misma, *y* yo escribo en el teléfono con un dedo a la vez.

Shay se rió.

—Qué patética.

—Ves, no quiero ser responsable de arruinar tu educación. Soy una terrible profesora.

—¿Por qué no me enseña Valen, entonces? —preguntó esperanzada—. Sé que sería bueno. Y tiene magia gigante.

Demonios.

—Porque está ocupado. Tiene un restaurante que dirigir, tiene empleados, y tiene sus responsabilidades gigantes. No tiene tiempo. Si seguía mirándome con esos ojos de cachorrito desesperado, podría ceder.

Shay cruzó los brazos sobre el pecho y arrugó la cara en un mohín.

—No voy a ir. No puedes obligarme. Eres mi hermana, no mi madre. No tengo por qué hacerte caso.

Ah. Ella iba a sacar *esa* carta. Me preguntaba cuándo aparecería. Como sabía que lo haría, me había preparado para ello. La cama crujió y rebotó cuando me senté a su lado.

—Sé que sólo soy tu hermana. Pero tu padre te dejó a mi cuidado.

Las mejillas de Shay se sonrojaron.

—No soy una bebé.

—Lo sé.

—Soy lo suficientemente mayor para tomar mis propias decisiones.

—Eso también lo sé.

—Está bien. No voy a ir.

Suspiré.

—Escucha. Esta es una *buena* escuela. La mejor de nuestra comunidad. Diablos, me habría encantado ir allí si hubiera tenido la oportunidad. Pero no pude. *Tú* puedes. Se te ha dado la oportunidad de ir. Eres muy afortunada, Shay. —Tampoco era que teníamos el dinero suficiente para que estudiara allí, a su edad—. Piensa en todas las cosas maravillosas que aprenderás. —Ahora saqué *mi* carta—. Valen también quiere que vayas. Tuvo que mover muchos hilos para que entraras. —Si no podía convencerla, sabía que usar la carta de Valen podría funcionar.

Shay parpadeó y se tapó con las sábanas.

—Sigo sin entender por qué tengo que ir —dijo a través de las sábanas—. Puedo aprender sola.

Ay, Dios.

—Shay, sabes que no eres como los demás. Eres una chica excepcional con un poder increíble.

—No, no los tengo. Ya no los tengo.

Sentí punzadas en mi estómago al oír la miseria en su voz.

Aparecerán. Y cuando lo hagan, tienes que aprender a utilizarlos. A controlarlos y desarrollarlos. Esta escuela es el mejor lugar para que aprendas a hacerlo.

Shay se asomó por debajo de las sábanas.

—Pero tú me estabas enseñando. —La tristeza brilló en sus ojos—. ¿Ya no quieres enseñarme?

Me sentí como si una mula me hubiera dado una patada en las tripas.

—No es eso. Me has visto. No soy capaz de ayudarte. Ni siquiera sé lo que hago la mitad del tiempo. Lo he intentado, pero no sé cómo ayudarte a alcanzar tus poderes. Esta escuela está llena de brujos y magos entrenados y otros practicantes mágicos que pueden ayudar. Créeme, ellos saben lo que hacen.

También tenía la sensación de que si seguíamos por ese camino, seguramente perdería la paciencia y Shay terminaría resentida conmigo. Yo no quería eso. Nuestra relación aún estaba reciente, era frágil, y no quería arruinar el trabajo que ya habíamos hecho. No, Shay necesitaba ser entrenada por otra gente que no fuera yo. No quería estropearlo porque esto era demasiado importante.

Shay me miró.

—Pero no quiero estar con niños paranormales todo el día. Son raros.

No pude evitar reírme.

—Te das cuenta de que tú también eres una bruja. ¿Verdad? ¿Y de que eres tan rara como ellos? ¿Quizá más?

Shay frunció el ceño.

—No soy rara. Soy excéntrica. Y no quiero ir a ese colegio.

Me quedé mirando la cara de mi hermana, viendo los primeros signos de miedo en esos grandes ojos verdes y cómo se mordía la comisura del labio inferior, algo que había notado que hacía cuando estaba asustada o nerviosa.

—Mira, sé que da miedo ir a un colegio nuevo, sobre todo a uno en el que vas a aprender cosas que todavía son nuevas para ti. Pero créeme, una vez allí, te darás cuenta de que todo el mundo es como tú, como nosotras. Todos están descubriendo cosas también. —Tomé aire—. Y... si lo odias, o sea, de verdad *verdad*, no te obligaré a ir.

Shay finalmente se incorporó y se frotó los ojos.

—¿En serio?

—En serio.

—Vale. Iré a tu estúpida escuela.

Sonreí.

—Trato hecho. Ahora, prepárate. No queremos llegar tarde a tu primer día.

Mientras Shay se levantaba de la cama y se dirigía al baño, yo salí de su habitación y me dirigí a la máquina de café.

Una vez que el café estuvo listo y me preparé una taza, saqué el móvil, pasé el dedo por la pantalla y le envié un mensaje a Valen.

Yo: *¿Dónde estás? Anoche no viniste a casa.*

Si hubiera tenido veinte años, podría haber luchado con algunas inseguridades por el hecho de que mi hombre no volviera a casa. Pero a los cuarenta, tenía la actitud de «si me va a engañar, me va a engañar» y no podía hacer nada para impedírselo. Si ése era su camino, me perdería para siempre.

No ayudaba el hecho de que Martin, mi exmarido, haya sido el más infiel de todos. Me había dolido al principio, pero después de eso, me había insensibilizado y me había centrado en el trabajo para no tener que pensar en estar casada con un infiel. Pero eso se había acabado. Y yo había cambiado. Era fuerte, y la vida me había endurecido. Tampoco iba a perder la cabeza buscando a Valen. Ya estaba cansada de eso.

Además, confiaba en Valen. Sabía que el gigante buscaba al asesino o una explicación de lo que le había ocurrido a aquella cliente que habíamos encontrado muerta en su restaurante. Se lo estaba tomando a pecho. Y eso me preocupaba.

Cuando Shay salió de la ducha, y tras un rápido desayuno a base de cereales de caja —lo que había encontrado en la despensa—, bajamos las escaleras del apartamento situado arriba del restaurante y nos dirigimos a la calle.

—¿Vamos a agarrar un taxi? —preguntó Shay, muy mona con unos jeans nuevos, zapatillas Converse negras y un bonito top con su personaje favorito de Marvel, cuyo nombre no recordaba.

—No. No está lejos, sólo a unas manzanas de aquí, en realidad —dije mientras empezábamos a caminar hacia el sur por la Quinta Avenida. Miré su mochila—. ¿De verdad tenías que traerte eso?

Shay me miró con los ojos entrecerrados.

—Sí. ¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

—Nada. —Aparté la mirada. Sabía que su sucia mochila era una especie de manta de seguridad. Nunca salía de casa sin ella. Sólo esperaba que la escuela le permitiera conservarla.

Caminamos durante otros quince minutos, yo consultando el reloj digital de mi teléfono. Shay permanecía en silencio, y yo no tenía ni idea de lo que estaba pensando.

Serpenteamos por las bulliciosas calles de Manhattan, mis ojos escudriñando las aceras atestadas de gente en busca de cualquier señal de la escuela oculta. No tenía ni idea de cómo era, sólo de que estaba oculta a los humanos por un glamour, como el Hotel Twilight.

Mi corazón se aceleró de emoción al acercarme al lugar donde

sabía que debía estar la escuela, en el 777 de la calle 19 Oeste, entre la Sexta y la Séptima Avenida.

—Aquí es —le dije a Shay, y ella se quedó a mi lado.

A medida que nos acercábamos, sentí una extraña energía que emanaba de la zona, como si el aire que me rodeaba estuviera impregnado de magia. Miré a mi alrededor, tratando de encontrar alguna señal de la escuela.

Entonces la vi.

Enclavada entre otros dos edificios, la estructura era vieja y estaba desgastada, pero tenía una extraña belleza. El enorme edificio, parecido a un castillo, tenía torres y almenas, altas y orgullosas contra el cielo. Sobresalía de los demás edificios de la manzana como si fuera un faro de poder y misterio.

El glamour era casi imperceptible, pero podía verlo, como si me hubieran quitado un velo de los ojos, revelando la verdadera naturaleza del edificio. Sin duda era una escuela paranormal oculta a los ojos de los humanos corrientes.

—No parece una escuela —dijo Shay, y me di cuenta de que esperaba que fuera un error y devolviéramos.

—Vamos. Estamos retrasadas. —Y así fue. Dos minutos tarde. Maldición.

Me fijé en unas verjas metálicas que rodeaban la propiedad. Eran altas e imponentes, con intrincados diseños grabados en el metal. Sin dudarlo, las abrí de un empujón y entré.

En cuanto crucé el umbral, el aire a mi alrededor crepitó con magia. Sentí un torrente de energía corriendo por mis venas, haciéndome sentir más viva que nunca.

Vaya. Si este lugar me hacía sentir así de bien, yo también quería venir a clases.

Mientras exploraba, no pude evitar una sensación de asombro y emoción. Este era un lugar de magia y misterio, donde mi hermanita podría aprender y crecer como bruja, un lugar al que podría pertenecer de verdad.

Mientras cruzábamos las puertas, pude ver la aprensión en la cara de Shay. Aparté rápidamente la mirada para no cambiar de opinión y hacer una tontería como agarrarla y salir corriendo.

Subí por una plataforma de piedra y llamé dos veces a las enormes puertas dobles de roble.

—Si huimos ahora, nunca sabrán que estuvimos aquí —susurró Shay.

La miré.

—¿Por qué susurras? —dije, con la voz igualmente baja.

Shay se encogió de hombros.

—Todo el mundo sabe que las paredes de las escuelas mágicas

tienen oídos.

—¿Ah sí? —No tenía ni idea. Pero antes de que pudiera hacerle más preguntas, la puerta se abrió y apareció un hombre alto y larguirucho, de hombros delgados bajo una cabeza brillante y calva, nariz puntiaguda y mirada torcida.

—¿Sí? —dijo el hombre. Su voz tenía una especie de tono aceitoso con trazas de falso aire. El olor a incienso y algo agrio asaltó mi nariz, e hice lo posible por no hacer una mueca. Una ráfaga de aire sopló a través de las puertas abiertas, espesa con el aroma de hierbas y especias, y pude sentir el zumbido de la magia a mi alrededor.

Me recordaba a Errol, pero esbocé una sonrisa.

—Hola. Soy Leana Fairchild, y ella es Shay. —Le di una palmada en el hombro un poco fuerte—. Hoy empieza el colegio. —Esperé a que el hombre hablara. Cuando no lo hizo, le pregunté—: Bueno, creo que la estaban esperando. —¿Me equivoqué de fechas?

—Sí —dijo, su voz rezumaba falso encanto. Miró a Shay—. Te estábamos esperando. Aunque me sorprende cómo has conseguido matricularte cuando ya ha empezado el primer trimestre. Normalmente, los estudiantes que se matriculan tarde deben esperar al segundo trimestre.

Valen.

—Suerte, supongo.

El hombre frunció el ceño, sus ojos se entrecerraron hasta casi desaparecer en los pliegues de sus cejas.

—Eso no existe.

—Eres todo un amor —espeté, sin apreciar su tono—. Tampoco te mataría sonreír.

—Leana —siseó Shay, y yo me reprimí al ver el enrojecimiento de sus mejillas.

Cuando volví a mirar al desconocido, me observaba con una sonrisa que me recordaba a Errol. Quizá eran hermanos.

—Tendrá que trabajar el doble para ponerse al día.

—Es muy trabajadora.

La sonrisa del desconocido se ensanchó.

—Sólo tres de cada diez estudiantes llegan a graduarse. Me temo que las probabilidades no están a su favor.

Una ira instantánea de magma me llenó.

—Escúchame, hijo de...

Shay me tiró del brazo.

—Puedo hacerlo.

—¿Estás segura? —*Yo* ya no estaba tan segura—. He cambiado de opinión —le dije. Valen me iba a matar—. No tienes que ir a esta escuela engreída. —Se suponía que esta escuela era para brujos y otros seres sobrenaturales como Shay, pero ¿qué significaba eso realmente?

¿Encajaría? ¿Estaría a salvo? Si el imbécil que nos recibió en la puerta era un indicio de lo que le esperaba dentro, ya no estaba tan segura.

Shay me sonrió de una manera que me dijo que su decisión estaba tomada.

—Voy a entra. —Y con eso, avanzó y se unió al larguirucho aspirante a Errol en el umbral.

Miró a Shay como si su presencia hubiera ensuciado los pasillos de esta gran escuela.

—Tu primera clase es en el aula 101. Tu profesor te dará tus horarios y mapas en tu paquete de bienvenida.

Shay puso cara de valiente, pero pude ver el miedo que se escondía detrás de sus ojos a pesar de que hacía todo lo posible por ocultarlo.

Hice ademán de seguirla, pero una mano firme me empujó hacia atrás.

—Sólo se permite entrar a estudiantes —dijo el portero o lo que fuera.

Enarqué una ceja.

—No pareces un estudiante. A menos que te hayan retenido unos cuantos siglos.

—Sólo estudiantes y *profesorado* —corrigió con esa mueca en su rostro que quería patear—. Puedes reclamarla a las tres de la tarde.

¿Reclamarla? ¿Qué era, un cachorro?

—Vale. Estaré aquí. —Levanté la mano para despedirme, pero el hombre ya la había empujado hacia delante, ocultándola con su cuerpo. Y lo siguiente que recuerdo es la puerta cerrándose en mis narices.

—Bonita escuela. Espero que enseñen buenos modales —le grité a la puerta.

Al darme cuenta de que había atraído la atención de unos cuantos humanos que caminaban por allí, di media vuelta y me dirigí de nuevo a las puertas y hacia las abarrotadas calles.

Mi cara ardía de rabia y turbación. Me sentía como la mayor tonta del universo. ¿Y si había sido un terrible error? ¿Y si esta escuela no era lo que yo pensaba?

No ayudaba a mi estado de ánimo el hecho de tener una mujer muerta entre manos. Aún no tenía claro cómo la habían matado, quién la había matado y, lo más importante, por qué.

Parecía que esta iba a ser una de esas semanas.

4

Con el corazón encogido, entré en el vestíbulo del Hotel Twilight, sintiendo las piernas llenas de plomo mientras intentaba no mirar a nadie a los ojos. No dejaba de preguntarme si había hecho bien dejando a Shay en aquel nuevo colegio. Una parte de mí quería volver corriendo y llevármela conmigo. Pero eso era estúpido. Necesitaba educación y yo era la última persona que podía ofrecérsela.

Pero a la otra parte le preocupaba que lo hubiera estropeado todo. Tras la muerte de mi abuela y mi madre, hace tantos años, me sentí sola y sin familia. No podía contar con Martin como familia. Él era más de la variedad chupasangre.

Así que cuando Shay apareció en mi vida hace un mes, sentí como si me hubieran dado una segunda oportunidad de tener una familia. Con la llegada de Valen, estaba preparada para la vida.

Pero ahora... ahora, simplemente no quería complicar las cosas. No quería perder a Shay.

Sacudí la cabeza, despejándola de aquellos pensamientos morbosos. Aún no había pasado nada. Además, tenía una muerte pendiente que debía resolver. Tenía que centrarme en eso.

Al atravesar el vestíbulo, noté que algo no encajaba. Los suelos de mármol estaban cubiertos por una alfombra de color rosa brillante y del techo colgaba una reluciente bola de discoteca que reflejaba la luz en cada centímetro del vestíbulo. Las luces estroboscópicas parpadeaban al ritmo de un bajo.

Me detuve mientras miraba a mi alrededor y no podía creer lo que veían mis ojos.

—¿Qué es esto? Es como si los Bee Gees hubieran venido de fiesta.

El vestíbulo se transformó en una discoteca de los años setenta.

—Ese, querida, es el sonido del funk —dijo un hombre, paseando en mi dirección—. Bienvenida a los setenta. —Un traje oscuro envolvía su esbelto cuerpo. Llevaba el pelo claro, más corto que antes, lo que indicaba que se había cortado el pelo. Le sonrió a los huéspedes, con la espalda recta, mientras caminaba con paso seguro.

—Hola, Jimmy. —Como subgerente del hotel, parecía tranquilo y sereno, como si nada se saliera de lo normal y no hubiera una gigantesca bola de discoteca colgando sobre nuestras cabezas con una alfombra de pelusa bajo nuestros pies.

Pensé en la primera vez que lo había conocido, como un perro de juguete de madera, una maldición de la macilenta hechicera Auria y

en lo mucho que había cambiado desde que se levantó la maldición.

—Entonces —dijo, mostrándome una sonrisa—. ¿Qué te parece?

Me reí, señalando la bola de discoteca y las luces parpadeantes.

—¿Fuiste tú?

Sonrió de oreja a oreja.

—Pensé que necesitábamos cambiar un poco las cosas. A los huéspedes parece que les gusta.

Eché un vistazo a algunos huéspedes con pantalones de campana, jeans deshilachados, faldas midi, maxivestidos, tie-dye, blusas campesinas y ponchos. Un grupo de vampiros, por su exagerado buen aspecto, lucían gargantillas, diademas, pañuelos y joyas de madera, piedras, plumas y abalorios.

Tenía razón. A los huéspedes les encantó.

No pude evitar reírme de lo absurdo de todo aquello. Pero recordé que Jimmy me había dicho que, tras el éxito de la Semana del Casino de Basil, lo de los «temas» del hotel iba a ser un proyecto mensual.

—Bueno, tengo que decir que esta vez te has superado. Nunca pensé que vería una bola de discoteca en este hotel.

Jimmy se rió entre dientes.

—Se trata de sorprender a la gente. Hacerles sentir que van a vivir una aventura. Nunca sabes lo que va a pasar. El hotel nunca ha estado tan concurrido.

—Me alegro por ti, Jimmy. —Realmente era así—. ¿Has visto a Valen?

—No. ¿Por qué?

—Sólo necesito revisar algunas cosas con él.

—¿Sobre la mujer muerta que encontraste en su restaurante?

—Has estado hablando con Jade. —No me sorprendió. Los dos estaban dando de qué hablar.

Jimmy negó con la cabeza.

—No la he visto desde anoche.

—¡Leana!

Me giré al oír mi nombre y vi a Elsa y Jade. Bueno, lo que yo creía que eran Elsa y Jade.

—Dios. mío. ¿Son... son Sonny y Cher?

Efectivamente, Elsa se había embutido su rizado pelo pelirrojo en una corta peluca castaña con un espeso bigote pegado debajo de la nariz. Llevaba unos jeans de campana bajo una camisa roja psicodélica.

Y Jade llevaba una peluca negra larga y recta con una cinta alrededor de la cabeza. Los pantalones de campana de rayas rojas y doradas completaban el look con un chaleco de flecos. Por supuesto, todos sabíamos que a Jade le gustaban los ochenta y que le encantaba vestirse con ese estilo. Al parecer, eso también incluía los años setenta.

—Estamos celebrando los setenta, nena —animó Jade, radiante, cuando ella y Elsa se unieron a nosotros—. ¿Dónde está tu traje? —preguntó a Jimmy.

El subgerente se rió.

—Arriba. No he tenido tiempo de cambiarme.

Jade sonrió, aparentemente aceptando su excusa para no andar por ahí en pantalones de campana. Sus ojos se abrieron de par en par cuando volvieron a posarse en mí.

—¡Ah! Tengo un traje de la Mujer Maravilla de Lynda Carter en mi armario si quieres —ofreció Jade—. Te quedaría genial.

No sé por qué, pero me miré el pecho.

—Gracias. Pero tengo trabajo que hacer.— Que Dios me ayude, no quería ponerme eso. Recuerdo que era muy revelador, y yo tampoco tenía el cuerpo largo y delgado de Lynda Carter. Nadie quería verme con eso puesto. Créeme.

—¿Alguna idea de quién es? —preguntó Elsa, rascándose la parte superior de la peluca—. Esa pobre mujer. Es terrible lo que ha pasado.

—Todavía no. No encontramos ni bolso ni cartera. Debería tener noticias de la morgue más tarde hoy. Con suerte, ayudarán a esclarecer un poco quién es. —Eso esperaba. El hecho era que no podía construir un caso sólido sin al menos la identidad de la mujer.

—Ahí estás.

Me di la vuelta para mirar al director del hotel, Basil. Llevaba el pelo blanco peinado hacia atrás y vestía un traje de poliéster naranja chillón.

—Santo cielo —murmuré, haciendo reír a Jimmy.

—Leana, necesito que me ayudes con los festejos —El aroma de flores silvestres y hojas de pino llenó mi nariz mientras él se acercaba, el aroma de las brujas blancas—. Estamos en los años setenta —dijo, con voz tensa.

Sonreí burlonamente.

—¿Seguro? No me lo habría imaginado.

Basil entrecerró los ojos.

—Los setenta fueron una época excepcionalmente colorida. Y quiero que el hotel parezca una máquina del tiempo.

—Misión cumplida.

—Esta noche tenemos un espectáculo de boogie —informó Basil, con una sonrisa que se dibujó en su rostro como si fuera la mejor noticia que jamás hubiera llegado al hotel—. Bailarines de disco.

Resoplé.

—¿Eres uno de ellos?

Basil me lanzó una mirada mordaz.

—Por supuesto que no. Tengo dos pies izquierdos. El caso es que necesito que me ayudes a prepararlo. Saluda a los huéspedes, no

olvides decirles que eres la Merlín del hotel, ese tipo de cosas. Y necesitamos más purpurina —dijo, mostrando un frasquito de una sustancia dorada brillante—. Y tú eres la persona indicada para conseguírmela.

Jade soltó una risita y yo intenté mantener la compostura mientras le contestaba:

—Lo siento, Basil, estoy ocupada investigando la muerte de la mujer que encontré en el restaurante de al lado. Ya sabes, ¿la que parecía embalsamada? Ayer te lo conté todo. ¿Te acuerdas?

Basil me miró incrédulo.

—¿Qué tiene eso que ver? La muerte ocurrió en el restaurante, no en el hotel. Se supone que no tienes que involucrarte en eso.

Puse los ojos en blanco.

—Ya lo hice. Lo siento, Basil, pero mi trabajo de Merlín es lo primero. Quizá la próxima vez.

Basil resopló como si estuviera hiperventilando, claramente descontento con mi respuesta.

—Bien, pero no esperes que te pague por hoy.

—¿Qué? ¿No puedes hablar en serio?

Basil levantó la barbilla.

—Según recuerdo, trabajas para el hotel. No para tu novio.

—Esto no tiene nada que ver con él. Hay una víctima.

—Eso no cambia el hecho de que el hotel te paga para que vigiles a los huéspedes, a los inquilinos y al personal del *hotel* para asegurarte de que todo el mundo está a salvo. *Ese es* tu trabajo.

—Lo cual es precisamente lo que estoy haciendo. Huéspedes e inquilinos comen en ese restaurante.

La sonrisa de Basil se desvaneció y se inclinó hacia mí.

—Escucha, Leana. Ese asesinato ocurrió en el *restaurante,* no en el hotel. No tiene nada que ver con nosotros.

Ladeé una ceja.

—Claro que sí. Esa mujer podría haber sido una huésped del hotel. ¿Has considerado eso?

Basil hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—No importa. No eres detective. Eres una Merlín. Deja que Valen se ocupe de ello, que seguro que ya lo ha hecho. Es su maldito restaurante. Tenemos huéspedes que atender. Y te necesito aquí ahora mismo.

—No puedo.

Basil apoyó las manos en las caderas.

—Soy tu jefe, y digo que te quedes.

Apreté los dientes. Esa pequeña mierda.

—Ah, lo eres, ¿verdad?

Jimmy se aclaró la garganta.

—Creo que esa señora de ahí necesita ayuda.

Fruncí el ceño al ver a mi amigo alejarse, arrastrando consigo a Jade y Elsa. Mirándome por encima del hombro y sonriendo, Jade empezó a cantar el estribillo de «Do You Believe in Life after Love» de Cher.

Bueno, al menos se lo estaba pasando bien. No como yo en este momento.

Gemí, sabiendo que discutir con Basil era inútil.

—De acuerdo. Te ayudaré. ¿Qué quieres que haga?

—¡Genial! —exclamó Basil, aplaudiendo—. Necesito que me ayudes con la decoración. Como he dicho, necesitamos más purpurina, más luces de neón, más... bueno, ¡más de todo!

Quería vomitar.

—Mis bailarines de disco no vendrán hasta esta noche —continuó el gerente del hotel—. Ocúpate del brillo. Comprobaré con Polly que tiene todo listo para esta noche.

Vi cómo Basil se apresuraba hacia el comedor, con las piernas rígidas por el atuendo y sin poder doblar las rodillas como si fueran de madera.

Mientras se alejaba, no pude evitar una sensación de alivio. No estaba de humor para bailar «Stayin' Alive» con un grupo de extraños.

Así que, cuando Basil no miraba, me escabullí y me acerqué a la recepción, con los zapatos haciendo ruido en el suelo de mármol. Cuando me acerqué, Errol se negó a mirarme a los ojos y se puso a juguetear con los papeles.

Errol, el cambiaformas lagarto y conserje residente, me odiaba a muerte. No tenía ni idea de por qué. Ah, sí. Claro que la tenía. Le había disparado a propósito con mis luces estelares. Ups. Aunque se lo merecía , eso y más. Fue una mala movida y poco profesional. Había perdido la calma y había agredido a un compañero de trabajo. Nada bueno. Sabía que nunca seríamos amigos, pero ahora había perdido toda idea de civismo por su parte. Siempre tuvo una actitud desagradable hacia mí, incluso desde el primer momento en que nos conocimos.

Con mi mejor sonrisa falsa, me incliné hacia delante, apoyando los codos en la encimera y sabiendo que odiaba que hiciera eso.

—Hola, Errol. ¿Tienes algo para mí? —Mi voz era suave y agradable, sin rastro de desdén. ¿Lo ves? Podía ser cortés.

Se negó a mirar a los ojos, sino que se quedó mirando fijamente la pantalla de la computadora que tenía delante.

—Vete. Estoy ocupado —espetó.

—¿Puedes decirme si tengo algún mensaje? —respondí, intentando mantener un tono ligero, aunque ya me estaba sacando de quicio.

Errol soltó un suspiro de disgusto y se volvió para rebuscar entre

los papeles de su escritorio. Después de lo que pareció una eternidad, por fin se volvió hacia mí con cara de satisfacción.

—No hay mensajes para ti —dijo, entregándome una bandeja vacía —. A nadie le importa una bruja inútil como tú.

—Auch. Has herido mis sentimientos. —Me reí y me toqué el corazón—. ¿Cómo puedo seguir viviendo?

—No tengo tiempo para hablar con estúpidos —siseó el conserje. Prácticamente podía oír cómo movía la cola, molesto.

Reprimí un gruñido.

—Siempre es un placer, Errol.

—Siempre una perra, Leana.

Apretando la mandíbula, di media vuelta y me alejé antes de volver a cometer una estupidez.

—Ah. Lo olvidé. *Había* un mensaje para ti.

Me volví hacia él.

—¿Lo hay? —Caminé hacia atrás.

Errol me lanzó una tarjeta con un mensaje como si se hubiera ensuciado los dedos con sólo tocarla.

La tomé del mostrador.

Querida Leana Fairchild,
Se solicita su presencia en el edificio de la sede del Consejo Gris en Nueva York a las 9 a.m. Hemos tenido conocimiento de la reciente muerte de una mujer encontrada en el restaurante After Dark. Usted nos proporcionará su relato de los hechos.
Atentamente,
Clive Vespertine
Investigador del Consejo Gris

El pavor me atacó con fuerza. Clive Vespertine me había arrestado por el asesinato de Adele, su difunta novia. No estábamos exactamente en buenos términos.

Era un investigador del Consejo Gris, y la última vez que había visto su culo de fumador empedernido fue cuando me sonrió y cerró la puerta de mi celda en las entrañas del edificio del Consejo Gris, aquí en Nueva York. No pensaba volver a verle nunca más. ¿Y por qué estaba interesado en esta muerte? No tenía sentido.

Miré el reloj de mi teléfono.

—Son casi las diez. —Mierda. Ya estaba imperdonablemente atrasada. Pero eso no tenía sentido. La tarjeta con el mensaje no pudo haber llegado justo ahora—. ¿Cuándo llegó esto?

Errol se encogió de hombros.

—No me acuerdo.

—¿No *te* acuerdas? —La ira enrojeció mis mejillas.

—Hoy estoy colapsado de trabajo. Quizá llegó anoche. Debo haberlo olvidado. Y tal vez simplemente no me importa lo suficiente como para recordarlo.

—Qué tal si te lo recuerdo para la próxima vez con una patada en el culo.

Errol se puso rígido.

—¿Me estás amenazando? —Me miró por encima de la cabeza—. Esta vez acudiré a Basil —Me señaló con un dedo tembloroso—. No creas que no lo haré.

—¿Por qué no me diste este mensaje? —Maldita sea. Perderse una reunión importante con un miembro del Consejo Gris no se vería bien para las referencias. Si tuviera el número de Clive, lo llamaría. Pero no lo tenía.

El cambiaformas lagarto me miró fijamente. No tuvo que decir nada. Yo sabía por qué. Era porque le había reventado el culo y lo había humillado.

Puede que no sea capaz de atacarlo de nuevo sin tener repercusiones. Pero tenía otra cosa en mente que podría ayudar.

Me incliné más sobre el mostrador hasta que la parte superior de mi cuerpo quedó apoyada sobre él.

—Errol, cariño, sólo quería que supieras que te perdono por lo que sea que esté causando esta tensión entre nosotros —dije, mi voz goteando falsa dulzura—. Quizá algún día podamos ser amigos.

Los ojos de Errol se abrieron con sorpresa antes de entrecerrarse con sospecha.

—Preferiría beberme un cubo de cianuro.

—Bueno, avísame. Allí estaré.

Errol frunció el ceño y me dio la espalda.

Me metí la tarjeta en el bolsillo de los jeans y me di la vuelta, apoyando la espalda en el mostrador y sintiéndome un poco más ligera por haber vuelto a enfadar a Errol. Sí, había sido un poco inmadura, pero él había empezado.

Sin embargo, mi gloriosa sonrisa de victoria duró poco cuando un hombre entró por la puerta principal del hotel.

Llevaba un traje negro de algún material caro y un ceño familiar. Sus ojos claros me encontraron mientras daba una calada a su cigarrillo.

Clive Vespertine.

5

Ah, diablos. Clive Vespertine era el último brujo que pensé que vería hoy. Su fea cara haciendo acto de presencia en mi lugar de trabajo no me sentó bien. Tal vez no me había *visto* todavía.

Con esa idea en mente, me di la vuelta, me incliné sobre el mostrador y me subí hasta que todo mi cuerpo quedó horizontalmente sobre él. Entonces me resbalé y caí feamente del otro lado con las extremidades revueltas, y aterrizando en el suelo con la cara.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Errol.

Le miré desde el suelo.

—Pensé en echarte una mano. ¿No es hoy el Día de Ayudar a Errol? ¿Pensé que podríamos empezar con un poco de juego previo? ¿Qué me dices?

Errol se agarró el pecho, como si lo hubiera asaltado con mis partes femeninas. Por Dios. No pensé que fuera *tan* repulsiva.

Hice una mueca.

—Era una *broma*. No te quites los pantalones de salamanquesa.

—¡Fuera! —Errol gritó—. Sólo el conserje y el gerente del hotel pueden estar aquí. ¡La *servidumbre* no!

—Shhh —siseé mientras me revolvía y acababa poniéndome de pie en cuclillas. Quería decirle que él también era considerado como «la servidumbre», pero estaba demasiado ocupada tratando de mantenerme agachada—. Haz como si estuvieras trabajando. Ignórame. En realidad no estoy aquí. —Moví los dedos como había visto hacer a los magos en la televisión.

—Si no te vas ahora, llamaré... ¡Llamaré a seguridad! —amenazó el cambiaformas lagarto.

—Noticia de última hora. *Soy* la seguridad. —Este tipo no se estaba relajando. Miré a los lados, buscando la forma de escapar. La única ruta era la oficina de Basil. Que así sea.

Ignorando el continuo arrebato de Errol, me arrastré hacia la izquierda, viendo mi libertad a sólo unos metros.

—Leana Fairchild —dijo una voz por encima de mí que yo sabía que no era Dios.

Me estremecí, giré la cabeza y levanté la vista. El cabrón de Clive Vespertine me miraba desde el otro lado del mostrador.

—¿Intentas evitarme? —acusó el brujo, con sorna en la voz.

—Claro que no. —Me levanté, limpiando la suciedad de mis jeans.

El rostro del brujo se crispó, y luego dio otra larga calada a su

cigarrillo.

—¿Creías que podías esconderte de mí? ¿De mí? —repitió, como si no lo hubiera entendido la primera vez.

—Este es un hotel para no fumadores. Díselo, Errol. —Me di la vuelta, pero el conserje estaba en el extremo opuesto del mostrador, de espaldas a nosotros.

Clive echó una bocanada de humo por la nariz.

—No eres tan lista como dicen.

Me levanté y sonreí.

—¿La gente cree que soy lista? —¡Bien por mí!

Me miró un momento, con los pensamientos formulándose tras sus ojos.

—Una bruja lista no ignoraría una reunión con el Consejo Gris.

—Ha sido una confusión —dije, quedándome detrás del mostrador como si de algún modo eso fuera a protegerme de él. No es que tuviera miedo de ese brujo... Bueno, quizá debería haberlo tenido, pero la última vez que lo había visto, me esposó con unas esposas antimagia y me arrastró hasta una celda. No quería que eso volviera a ocurrir, sobre todo ahora que tenía a Shay en mi vida. Ella me necesitaba.

El brujo me observó, con los ojos planos y vacíos, antes de decir:

—Siempre fuiste una mentirosa.

La ira brotó.

—No estoy mintiendo. No me dieron el mensaje a tiempo. No tenía ni idea de la reunión. Errol. Díselo. —Giré la cabeza en dirección al cambiaformas lagarto, pero de nuevo prefirió ignorarme. Claro que lo haría. Probablemente estaba disfrutando de su éxito de haberme metido en problemas. Posiblemente me despedirían.

El brujo se acercó y apoyó una mano en el mostrador. La luz del vestíbulo del hotel brillaba en su pelo oscuro y repeinado.

Nunca me había fijado mucho en su cara, pero ahora estaba en primer plano. Me recordaba a una vieja costra, oscura y fea.

Clive soltó una pequeña carcajada y dio otra calada a su cigarrillo.

—No me caes especialmente bien —dijo—. De hecho, te desprecio.

—Ah. Y yo que pensaba que no tendríamos nada en común. —Por alguna extraña razón, eso me hizo feliz.

Los ojos de Clive se endurecieron.

—Me arrebataste a alguien, y eso merece una vida entera en la Ciudadela Grimway. No deberías estar caminando por las calles, disfrutando de tu vida. Deberías estar entre rejas, soportando una vida de miseria y tortura.

—Fui absuelta de esos cargos, para tu información. —Maldita sea. Todavía no estaba dejando de lado el hecho de que Adele estaba muerta. Más bien fue asesinada. No por mí, sino por Catelyn, y con

razón. La giganta se había presentado ante el Consejo Gris, explicando que había matado a la bruja blanca después de haber sido secuestrada y transmutada contra su voluntad de una humana normal y aburrida a una giganta enorme.

Adele sufría por tomar demasiadas pastillas locas. Sin embargo, había estado recibiendo órdenes de Darius. Otro chiflado. Y me alegré de que ambos estuvieran muertos.

Clive mostró los dientes mientras sus labios se curvaban en una fea sonrisa.

—Sí. Qué conveniente.

Me encogí de hombros.

—Era sólo cuestión de tiempo que la detuvieran. Sabes que estaba metida en un montón de cosas *ilegales*. ¿Verdad? —A menos que lo supiera desde el principio y lo hubiera aceptado. El hecho de que no contestara *fue* mi respuesta. Lo sabía. Lo sabía, y estaba de acuerdo con ello.

—Eres una bruja despreciable y entrometida —acusó Clive, con un tono tan frío como su blanca piel.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Sentí que me miraban, y me volví para ver a Basil, con los ojos clavados en nosotros y una expresión como si pensara que la presencia de Clive arruinaría su tema de los setenta. Más bien que *yo* lo arruinaría. Me miró fijamente y levantó las manos, con ojos acusadores, como si fuera culpa mía. Supongo que lo era.

Clive se apoyó en el mostrador con su cigarrillo peligrosamente cerca de mi cara. En su barbilla asomaban los primeros indicios de barba incipiente.

—Pero no eres sólo tú. ¿No? Tus... *amigos* son tan entrometidos como tú.

Apreté la mandíbula, haciendo todo lo posible para no dejar que mi temperamento sacara lo mejor de mí.

—Deja a mis amigos fuera de esto, Clivy.

Clive sonrió sin humor.

—¿O qué? —preguntó, brotes de humo saliendo de su boca—. ¿Estás amenazando a un miembro del Consejo Gris? —Como no respondí, continuó—: ¿Sabes lo que les pasa a las brujas inútiles que amenazan al Consejo?

Parpadeé.

—Si digo que sí, ¿te irás? —Cabrón. No me iba bien con las figuras de autoridad. Eso explicaba por qué me gustaba el trabajo de Merlín, que me permitía trabajar de forma independiente y ser mi propio jefe la mayor parte del tiempo. Rara vez alguno de los miembros del Consejo Gris se involucraba en mi trabajo. Bueno, eso era *antes* de aceptar el trabajo en el Hotel Twilight. Ahora parecía que siempre

estaban involucrados de alguna manera. No ayudaba que fueran los dueños del hotel.

—Nunca se vuelve a saber de ellas. —Se rió con dureza y emitió un sonido excitado en la garganta. Cuando me enseñó los dientes, estaban amarillos y moteados de manchas marrones.

—¿Hay un final para este placentero interrogatorio? —Ya había tenido suficiente—. ¿Qué es lo que quieres? Me perdí una reunión. Gran cosa. Suele pasar. No es el fin del mundo. Repréndeme por faltar a una reunión o lo que sea, y vete. Es por eso que estás aquí. ¿Verdad?

La mirada de Clive se desvió hacia mis manos por un momento, y me pareció ver un destello detrás de sus ojos, como si se abstuviera de sacar su magia para patearme el culo con ella. Luego volvió a centrarse en mí.

—Estoy aquí por la bruja muerta que fue encontrada en el restaurante de al lado.

Eso despertó mi interés. Tenía magia, pero no fue suficiente para salvarla. Pero todos sabíamos que no todas las brujas eran iguales. Además, ella podría no haber tenido el conocimiento o la experiencia para defenderse. Mírame a mí. Yo era prácticamente una inútil durante el día.

Tragué saliva.

—¿Era una bruja? ¿Cómo lo sabes?

Una sonrisa socarrona y satisfecha apareció en el rostro del brujo.

—Lo habrías sabido si te hubieras preocupado de asistir a una reunión cuando te lo ordenaron.

¿Ordenaron? Yo no era un perro.

—Como dije, nunca recibí el mensaje. —Retrocedí un poco. El humo del cigarrillo me estaba mareando.

—Strike uno, Leana. Strike uno —dijo Clive, con un tono ligero mientras me hablaba como si fuéramos viejos amigos manteniendo una de nuestras conversaciones habituales.

Realmente odiaba a este tipo.

—¿Cuál es el interés del Consejo Gris en ella? —Hasta donde yo sabía, no enviaban a sus perros a menos que valoraran algo tan importante. No se involucrarían por una simple bruja muerta. Algo más estaba pasando. O sabían algo que yo no sabía.

Clive se apartó y tiró la colilla del cigarrillo al suelo.

—Es curioso. ¿Verdad?

Vale, te seguiré el juego.

—¿Qué?

—La forma en que se rompió el cuello. Parece casi como... casi como si un *gigante* le hubiera partido el cuello como una ramita. ¿No te parece?

El pulso me latía con fuerza en la frente.

—No.

—Bueno, eso no es lo que el forense ha dicho. Algo que también sabrías si te preocuparas de aparecer cuando te convocan a una reunión.

—Sé lo que estás haciendo. Él no lo hizo. —No me gustó que llegaran los resultados del forense y no me dieran una copia. Hice una nota mental para llamarlos después de lidiar con este imbécil.

Clive sonrió.

—Puede que sí, puede que no. Aun así. Cualquier cosa sospechosa que gire en torno a ti... es ahora asunto *mío*. Eso significa que cualquier cosa que ocurra en el hotel o en el restaurante de tu novio es ahora asunto mío —dijo el brujo. Su voz seguía siendo informal, como si estuviera comentando la tela de su traje, pero de algún modo reverberaba por encima de los sonidos de los huéspedes del hotel y de la música setentera.

—¿Por qué? Soy un Merlín. Soy perfectamente capaz de manejar este caso por mi cuenta. No necesito una niñera.

Clive se echó a reír.

—Ah. Pero claro que sí. Verás, estás bajo sospecha. El Consejo Gris siente que eres una marca oscura para ellos, incluso la organización Merlín. Eres como una mala hierba de la que hay que ocuparse: una manzana podrida.

Ah. Ahora lo entiendo.

—Así que, ¿me estás *vigilando?* Eso es muy pervertido. ¿No puedes simplemente acosarme en Facebook como el resto del mundo?

—Todo lo que hagas ahora pasa por el Consejo Gris. —Los labios de Clive se abrieron en una lenta sonrisa mientras decía—: Yo.

Dejé que esa información se asentara por un momento. El Consejo Gris había perdido la fe en mí. No puedo decir que me sorprenda. Expuse a uno de los suyos como un fraude. Tenía la sensación de que algún día eso me perseguiría y me mordería mi culo de bruja. Y estaba bastante segura de que Darius no era la única manzana podrida en el Consejo Gris. Probablemente otros también querían desacreditarme.

Bueno, no iba a dejar que lo hicieran.

Si había malas hierbas, estaban en el Consejo Gris, y yo estaba a punto de meterme en ese jardín.

Cuando volví a mirar a Clive, en su rostro había rastros de profunda satisfacción y algo que no terminaba de entender, como si estuviera ocultando algo que era peor que acosarme. ¿Qué era peor que él acechándome? Que me acosara mientras estaba desnudo. Sí, definitivamente peor.

—Hay algo más. ¿No? —No sabía por qué, pero mis músculos se tensaron.

La sonrisa que me dedicó Clive me heló la sangre.

—Hay un rumor circulando sobre una jovencita. Una jovencita con un poder *increíble*.

Ay, mierda.

—El Consejo Gris está *muy* interesado en esta niña —continuó, y sentí una punzada de miedo—. Dicen que tiene un don extraordinario. Uno entre mil millones. Y he oído que se está quedando contigo.

Mi corazón latía tan fuerte contra mi pecho que estaba segura de que todos en el vestíbulo podían oírlo.

—No sé de qué me estás hablando. ¿Has estado bebiendo el agua de la ducha mientras te duchabas otra vez?

—Sé que la tienes.

Montones de ira sustituyeron a mi miedo y cordura, cimentándose en mis entrañas. Sabía que esto podría ocurrir después de lo que Shay le había hecho a Darius y a algunos de sus secuaces. Algunos de ellos habían escapado y, al parecer, contaron todo lo que pasó. Debí haberlos matado, pero no era una asesina a sangre fría. Tenía conciencia. Simplemente no estaba lista para enfrentar esto todavía, ni tenía un plan de acción. Me sentía atrapada. Y odiaba que Clive lo supiera.

—Sí, tú la tienes. Se te nota en la cara —dijo Clive, ligeramente animado, con lo que parecía una carcajada en la boca.

—Eso se llama cara de perra. Es la que suelo poner en presencia de imbéciles.

—Eres una mentirosa terrible —dijo Clive, con una sonrisa socarrona en los labios—. Y una bruja terrible. Es curioso, porque he oído otro rumor. Dicen que es tu hermana. —Metió la mano en la chaqueta y sacó una caja plana de metal. Al abrirla, se llevó un cigarrillo a los labios y lo encendió con un mechero metálico.

Algo feroz y violento se desató en mi interior y puse en tensión todos los nervios de mi cuerpo para mantenerlo a raya.

—Aléjate de ella —gruñí. Ya no tenía sentido seguir mintiendo. Era obvio que alguien nos delató y él había investigado.

Llámenlo instinto maternal o simplemente la abrumadora necesidad de proteger a cualquier niño, pero aquello desencadenó en mí un sentimiento primordial de protección, un sentimiento nacido hace siglos, antes de la razón o la lógica: un instinto maternal regido por el abrumador impulso de proteger a nuestros pequeños. Ese instinto me dominó.

El brujo dio una breve calada y luego dejó caer el mechero y la caja metálica en el bolsillo de su chaqueta.

Clive expulsó hileras de humo por las fosas nasales.

—No lo creo. Verás, al Consejo Gris le gustaría mucho conocer a... *Shay*.

—Sobre mi cadáver. —Sabía lo que significaría una reunión con el

Consejo Gris. Se la llevarían y nunca volvería a verla. La examinarían y la pondrían a prueba hasta que no quedara nada de aquella niña bonita, independiente y fogosa. La rabia me sacudió violentamente y me incliné hacia delante hasta quedar a la altura de Clive.

—Si te acercas a ella, te mato. —Sí, de verdad, no era la forma de hacerlo, pero me sacó de mis casillas.

Clive se rió, realmente se rió.

—¿Es una amenaza? Sabes que puedo hacer que te arresten por eso.

—¿Arrestarla? —Se oyó una voz, y levanté la mirada para ver a Elsa y Jade acercándose al mostrador—. ¿Leana? ¿Qué pasa? —preguntó la bruja mayor.

No aparté la mirada de la cara de suficiencia de Clive.

—Nada. —No era nada, pero tenía la corazonada de que no me arrestaría. Al menos, no todavía. Me di cuenta de que lo único que quería era volver a meterme en la celda, pero no tenía nada de qué culparme. Pero si me estaba vigilando como había dicho, esperaría en las sombras hasta que metiera la pata, lo que ocurría a menudo.

Elsa, todavía con su disfraz de Sonny, apretó las manos en las caderas.

—¿La estás acusando de algo?

Clive desvió la mirada hacia Elsa y le echó humo a la cara.

—Todavía no.

—Entonces déjala en paz —dijo Elsa, justo cuando su bigote resbaló y se desprendió, colgando de una sola esquina—. O presentaré una denuncia por acoso ante el Consejo Gris. No creas que no lo haré.

—Está bien, Elsa. Ya se iba. —Quería decirle que su presencia aquí se debía a los deseos del Consejo Gris. Se lo diría más tarde. El hecho de que no me hubiera arrestado demostraba que no tenía nada que usar en mi contra, excepto por Shay. Eso era un problema colosal.

—Volveré pronto —aseguró Clive—. Y no descansaré hasta que estés entre rejas, encerrada en una celda el resto de tu miserable vida. —En el fondo de sus ojos latía un oscuro regocijo, maligno y absoluto —. Estaré en contacto.

—Jódete. —Lo fulminé con la mirada mientras se daba la vuelta, chupando el cigarrillo como si fuera oxígeno, y se alejaba.

—Ese brujo es vil —dijo Elsa, con los dedos crispados a los lados, como si lo estuviera maldiciendo en silencio.

—¿Cuál es su problema? —preguntó Jade mientras se apoyaba en el mostrador, lanzando miradas malignas en dirección a Clive.

Suspiré y dije:

—Yo. Yo soy su problema.

Y sabía que esta no sería la última vez que lo vería.

6

—Hola. Bienvenida al Hotel Twilight. —Forcé la millonésima sonrisa cuando una anciana mujer lobo atravesó las puertas del Hotel Twilight, con un fuerte olor a perro mojado, como si se hubiera duchado con *agua de perro*. No me devolvió la sonrisa. Pero me miró mal. No le caía bien a la Abuela Loba.

Mis músculos faciales protestaron cuando intenté esbozar otra sonrisa, aunque podría haber parecido que estaba estreñida. Lo más probable. Llevaba así más de cuatro horas y no creía que me quedara ninguna sonrisa en la cara. Mi reserva de sonrisas se agotó.

Despreciaba esta parte del trabajo, hacer de azafata o como quieras llamarlo. Yo era una Merlín, diablos, no una animadora glorificada. Pero Basil había dejado claro que si quería seguir siendo empleada del hotel y cobrar, saludar a los huéspedes de vez en cuando formaba parte de mi trabajo. Quería que dijera a todo el que cruzara aquellas puertas que yo era la Merlín que trabajaba aquí, como si eso debiera tranquilizar a los huéspedes. El hotel había adquirido una nueva reputación últimamente tras una serie de demonios y otros encuentros desafortunados.

Nunca lo hice. Me parecía estúpido.

Además, mi cabeza y mi corazón estaban en otro lado. Todavía estaba conmocionada por mi encuentro con Clive en la recepción. Ahora que sabía que me estaría vigilando, era un problema. Significaba que estaba esperando a que cometiera un error para volver a meterme en la celda.

Sabía que me odiaba, pero supuse que en cuanto el Consejo Gris se enterara de la conducta engañosa —y no olvidemos que ilegal— de Adele al utilizar humanos en sus experimentos con cobayas para convertirlos en paranormales, me dejaría en paz.

Me equivoqué.

Al parecer, estaba aún más decidido a inculparme o a verme pasar el resto de mi vida en la Ciudadela Grimway, la prisión para brujas del norte del estado de Nueva York. Claramente, me culpaba por la muerte de su novia. Yo estaba vagamente conectada al suceso, pero Catelyn la había matado. Adele se merecía lo que le pasó.

Quitarme a Clive de encima iba a ser complicado. Después de nuestro pequeño encuentro de hoy, me di cuenta de que nunca lo superaría hasta que *él* sintiera que había recibido lo que me merecía.

El investigador fumador empedernido estaba construyendo un caso

contra mí. Tres strikes y estaba fuera. A partir de ahora, iba a tener que hacerlo todo según las reglas, las reglas Merlín, si quería evitar la cárcel.

Estaba enojada, furiosa por tener que lidiar con ese idiota, pero podía con todo lo que me echara encima y más. No me asustaban sus tácticas. Todo lo contrario. Si él era el hombre de Adele, era plausible que conociera sus planes y estuviera de acuerdo con ellos. Sí, él era aceitoso y dudoso, y tenía la sensación de que trabajaba con los miembros turbios del Consejo Gris que aún formaban parte de aquella junta directiva.

Para deshacerme de él, tendría que deshacerme de ellos.

Aun así, estaba menos preocupada por mí que por su repentino interés en Shay.

Shay, mi única pariente viva y mi hermanastra, estaba en el radar del Consejo Gris. Eso no me gustaba. ¿Y si venían y se la llevaban? ¿Podría evitar que eso sucediera?

Sentía que estaba enloqueciendo. Pensaba en huir. Tal vez debería. Tal vez debería esconder a Shay. ¿Pero vivir escondida sería lo mejor para ella? Acababa de empezar la escuela. No quería quitarle eso. Pero si eso significaba que podía salvar su vida, lo haría. Haría cualquier cosa.

Saqué el teléfono y volví a llamar a Valen. Necesitaba hablar con él. Quizá tuviera alguna idea sobre Shay. Después de cuatro timbres, saltó el buzón de voz, así que colgué. Ya le había dejado dos mensajes. Era suficiente. Sabía que estaba ocupado en el restaurante, pero estaba cansada de esperar y de sonreírle a la fuerza a unos desconocidos.

Cuando un grupo de cuatro invitados paranormales entró por las puertas con sus ropas y expresiones que dejaban ver que estaban llenos de dinero y desprecio, yo me harté.

Necesitaba encontrar a Valen.

Justo cuando me daba la vuelta para marcharme, Sonny y Cher hicieron su aparición con sus pantalones de campana y sus blusas de colores que prácticamente brillaban bajo las tenues luces del vestíbulo.

—¿Has estado atrapado aquí todo este tiempo? —cuestionó Elsa, con su bigote de nuevo en su sitio.

—Qué suerte tengo, ¿no? —dije, volviendo a mirar sus trajes con diversión. Quería igualar su auténtica sonrisa, pero mi cara carecía de la motricidad necesaria, como entumecida por el exceso de bótox. No pude evitar reírme de sus payasadas y de cómo habían adoptado plenamente el ambiente de los años setenta.

Jade se pasó un mechón de su larga peluca negra por detrás de la espalda.

—Pareces agotada.

—Agotada de sonreír y fingir que me encanta mi trabajo —les dije.

Elsa agitó su copa de vino tinto en la mano.

—Debería tener unas palabras con ese Basil, haciéndote trabajar así.

—Está bien. Es parte de la descripción de mi trabajo. La parte que odiaba—.

Si quiero seguir trabajando aquí, tengo que saludar a los invitados de vez en cuando.

—¿Y? —Jade se inclinó hacia delante y susurró—: ¿Qué pasa con ese tal Clive? Es un auténtico imbécil. ¿Qué vamos a hacer con él?

Se me arrugó el corazón al escuchar la palabra *«vamos»*, como si mis problemas fueran los suyos. Tener tan buenas amigas dispuestas a enfrentarse a un investigador del Consejo Gris era todavía muy nuevo para mí.

—Por ahora, nada. Pero intentaré desenterrar algunos trapos sucios sobre él.

Los ojos de Jade se abrieron de par en par.

—Uuuh. Suena divertido. Cuenta conmigo.

—Conmigo también —dijo Elsa. Se frotó un momento el medallón con la mano—. Pero ten cuidado, Leana. Percibo una especie de desesperación en él, lo noto en su aura. Un hombre que no tiene nada que perder puede hacer casi cualquier cosa.

Asentí, tras haber sentido lo mismo.

—Lo sé. Me culpa de la muerte de Adele. Tengo la sensación de que está esperando a que meta la pata.

—Así que no la cagues —dijo Elsa, dando un sorbo a su vino.

Le dirigí una mirada mordaz.

—Lo intentaré. —No pensaba meter la pata. Pero no creía que importara si Clive iba a estar respirándome en la nuca todo el tiempo. Tenía la sensación de que iba a causarme problemas o a culparme por algo que yo no había hecho. Sí, eso era más propio de él—. Pero estoy más preocupada por Shay.

El color abandonó las mejillas de Elsa y apretó su medallón.

—¿De qué estás hablando?

Miré entre mis amigos.

—El Consejo Gris sabe de ella.

—Ese Darius —gruñó Jade—. Él les dijo.

—Tal vez, tal vez no —dije—. Algunos de sus secuaces escaparon antes de que Shay pudiera desaparecerlos. Estoy muy segura de que se lo contaron a otros miembros del Consejo Gris.

—Quizá que el Consejo Gris sepa lo de Shay sea bueno —ofreció Elsa.

Sacudí la cabeza.

—No de la forma en que hablaba. Más bien se la llevaría, y yo

nunca la volvería a ver.

Jade aspiró entre dientes.

—No pueden hacer algo así. ¿O sí?

—Claro que pueden —le dije—. El Consejo Gris puede hacer lo que quiera. Si me quitan a Shay, pueden esconderla o meterla en un colegio de otro país. Nunca volveré a verla.

—Entonces la escondemos primero. —El bigote de Elsa cayó en su copa de vino con un suave plop—. La ponemos en un lugar donde nunca la buscarán.

Me rasqué la nuca.

—He pensado en eso. Pero no sé si estará dispuesta a vivir su vida huyendo. Es decir… ¿de verdad quiero hacerle eso a una niña de once años?

—Puede que no tengas elección en este asunto —dijo Elsa—. Tienes que ponerla a ella en primer lugar. Si crees que su vida está en peligro, tienes que actuar rápido.

—¿Crees que le harán daño? —Los ojos de Jade brillaban con lágrimas no derramadas.

Tragué saliva.

—No lo sé. —Dejé escapar un suspiro—. Tal vez. Si hablamos de esos personajes turbios del Consejo que eran amigos de Darius, sí. La querían por su poder. Estoy bastante seguro de que es lo mismo con ellos.

—¿A dónde irás? —El rostro de Elsa se había puesto rojo y, por la aspereza de su voz, me di cuenta de que se esforzaba por mantener la compostura. La idea de que las dejara era tan dura para ellas como para mí.

—No lo sé. Aún no he pensado tanto. —Lo cual era cierto—. Tendré que hablar con Valen y Shay antes de tomar cualquier decisión.

—¿Y tu padre? —preguntó Jade—. Seguro que puede ayudar.

—Sí, bien pensado, Jade —dijo Elsa, y fue a tomar un sorbo de su bebida—.

¡Espera! —Señalé su copa—. Se te cayó algo.

—Ay, cielos. —Elsa se rió, y pude ver pequeñas lágrimas en el borde de sus ojos mientras sacaba el bigote mojado—. No quisiera atragantarme con eso. ¿Y tu padre? Quizá él pueda ayudar.

Lo había pensado.

—Tal vez. Sólo tendré que averiguar cómo ponerme en contacto con él. Nunca había tenido que contactar a un ángel. Pero estoy segura de que me las arreglaré. —Había encontrado información en la base de datos de Merlín sobre cómo invocar ángeles. Tendría que intentarlo.

—Apuesto a que Valen tiene otras Casas por todo el mundo —dijo

Jade—. Siendo un gigante y todo eso. Quizá incluso en Nueva Zelanda —añadió con una sonrisa—. Podrías hacer el tour de Hobbiton. Me encantaría vivir en la Comarca.

Dejé escapar otro suspiro.

—Odio hacerle esto a Shay. Por ahora, voy a hablar con ella y ver qué piensa.

—Sí —dijo Elsa—. Pero no te preocupes. Los niños son más resistentes de lo que crees. Se recuperan enseguida.

Asentí, esperando que tuviera razón. Shay ya había pasado por bastantes penurias y pérdidas. No quería tener que sumarle más. Esperaría a hablar con ella antes de decidirme. Ella tendría algo que decir al respecto.

—¿No se ve Jimmy de ensueño?

Seguí la mirada de Jade y vi a Jimmy con un traje blanco de poliéster, camisa negra y cuello ancho. Se le notaban los músculos del pecho, un poco de pelo y unas gafas de sol. Se parecía a John Travolta en la película *Saturday Night Fever*.

—Le queda súper bien ese look —le dije, y era la verdad. Eso solo hizo que ella lo mirara con más adoración, mirando a su novio como si fuera una celebridad y ella su fanática número uno.

—Leana. ¿Por qué no estás vestida? —Los ojos de Elsa se entrecerraron como si intentara escudriñar en mi mente—. Aún estás a tiempo de ponerte algo escandaloso.

Sacudí la cabeza.

—No estoy de ánimo para una noche disco. Además, tengo trabajo que hacer.

Elsa puso los ojos en blanco.

—Creo que ya has hecho bastante. Es hora de que te relajes un poco. Necesitas soltarte de vez en cuando.

—Me relajaré cuando esté muerta.

Elsa me señaló con el dedo.

—No bromees con esas cosas.

—¿Por qué no?

—Porque podrían hacerse realidad —añadió Jade, aunque sus ojos seguían fijos en Jimmy. Él la sorprendió mirando, y ella empezó a jugar con su cabello.

Dios, esos dos eran lindos. Tan monos que me dieron ganas de vomitar.

—Puedes tomarte un descanso de diez minutos y tomar algo con tus amigas. ¿No? Elsa esperó mi respuesta como si previera que no tendría elección en algo así.

Jade se dio la vuelta.

—Sabes... Tengo otro disfraz de Cher que te puedo prestar. Podríamos ser gemelas de Cher.

—Eh... —Volví a encogerme de hombros, sin saber qué decir. Tenían razón, pero mi mente seguía centrada en el caso. Y aún más en Shay—. Tal vez más tarde —dije finalmente, tratando de sonar como sin compromiso—. Tengo que hablar con Valen.

Jade levantó una ceja.

—Vale, bueno, si cambias de opinión, estaremos aquí mismo.

Cuando empecé a irme, Elsa me agarró del brazo.

—Leana, en serio. Tómate un tiempo para ti. No dejes que el trabajo te consuma.

Suspiré, sabiendo que tenía razón.

—Gracias, Elsa. Lo intentaré.

—Bien —dijo dándome una palmadita en la mano—. Ahora, ve a que ese gigante tuyo te dé un poco de esa diversión que te falta.

Se me encendió la cara, pero me reí.

—Puede que haga eso.

—Ahí viene Basil. ¡Agáchate! —siseó Jade mientras hacía una cortina con su larga peluca negra para cubrirse la cara, como si eso fuera a ocultarla.

¿Yo? Era demasiado tarde. El gerente del hotel me había visto y se dirigía hacia mí.

—¿Por qué no estás disfrazada? —Basil se acercó pavoneándose, dedicándole falsas sonrisas a los invitados a su paso—. Te dejé un mono de discoteca gris metálico muy bonito en la recepción con Errol.

—Lo quemó —mentí, aunque era una posibilidad—. El lagarto me odia. No puedes confiarle nada que me pertenezca. —Como por ejemplo, los mensajes.

Basil llevaba el mismo traje naranja de una pieza y el ceño fruncido.

—Tienes que cambiarte.

—Necesito un descanso. Llevo más de cuatro horas con esto.

Basil ladeó la cabeza, como si se estuviera pensando una respuesta.

—Supongo que un descanso de diez minutos no dañaría la imagen del hotel. Sabes, le he estado contando a los invitados todo sobre ti...

—Nos vemos. —Me escabullí antes de que pudiera detenerme, riendo todo el camino hacia las puertas. Noté que una mujer paranormal de más o menos mi edad me miraba con los ojos reservados para los que se ríen solos: los locos, como yo.

Me reí con más ganas cuando llegué a la acera, caminé otros veinte segundos y entré en el restaurante de Valen, con el ánimo ligeramente más aliviado. Quizá tenían razón. Quizá necesitaba tomarme un descanso y soltarme un poco.

Menos mal que sabía quién podía solucionar eso.

7

Valen estaba sentado en la mesa de su despacho, con los ojos fijos en su laptop, se veía demasiado grande para aquella sencilla silla giratoria y devastadoramente guapo con su camisa blanca y sus jeans oscuros. Lo que fuera que estuviera mirando, captaba toda su atención.

Ni siquiera me había visto de pie en la puerta, observándole como la acosadora que era. Prefería acecharlo cuando no llevaba ropa, como mientras dormía.

Me aclaré la garganta.

—Tal vez si me quito la ropa, pueda hacer que finalmente te fijes en mí.

—¿Leana? —Valen se levantó de la silla—. Lo sé. Debería haber llamado. Te pido disculpas. He estado revisando el informe del forense.

Fruncí el ceño. Necesitaba mi propio ejemplar. Hizo ademán de acercarse, pero lo detuve con un gesto de la mano.

—Siéntate. Tengo más curiosidad por saber qué tiene que decir el forense. —Cogí la única silla que quedaba en el despacho, la acerqué a él para poder ver bien la pantalla de su laptop y me senté. Su olor a almizcle y a loción para después del afeitado me envolvió y lo absorbí. Qué rico. Olía de maravilla. Quién iba a decir que los gigantes olían tan bien.

Valen soltó un suspiro y se sentó.

—Nada que no adivináramos ya. La víctima murió de una insuficiencia cardíaca. Su cuerpo colapsó después de que le drenaran todos los líquidos. Esa es la causa oficial de la muerte.

Me incliné hacia delante.

—Así que lo sintió. Maldita sea. —Reprimí el mareo que sentí en el estómago. Había estado viva cuando alguien le drenó la sangre y los líquidos corporales, y debió de ser insoportable.

El gigante miró la pantalla.

—Le rompieron el cuello postmortem.

Qué espantoso.

—¿Saben cómo fue drenada? ¿Encontraron marcas de pinchazos? —No le encontramos marcas, pero eso no significa que no las hubiera. Podrían haber sido demasiado pequeñas para que las detectáramos.

Los ojos oscuros de Valen se posaron en los míos.

—Ninguna. —Su mirada se centró en mí—. Creen que sus fluidos

fueron extraídos con *magia*.

Me quedé con la boca abierta.

—Con magia.

—Sí.

—¿Cómo es eso posible?

—Tú eres la bruja. Pensé que tendrías una idea.

Ladeé la cabeza.

—No soy ese tipo de bruja. —Yo era una bruja de Luz Estelar, y mi magia residía en las estrellas. Pero eso no significaba que no hubiera estudiado y leído sobre lo que podían hacer los brujos blancos y oscuros, sobre todo porque los envidiaba.

Chasqueé la lengua mientras pensaba en ello. Recordando algo que había leído, dije: —Podría ser un demonio. Se sabe que los demonios chupan la fuerza vital de los mortales, pero era de día. Los demonios no pueden caminar a la luz del día. —¿A menos que estuviéramos tratando con un nuevo tipo de demonio?

—¿Entonces quién?

Ahora que sabía que la magia había hecho esto, se me ocurrió algo.

—Los brujos oscuros pueden hacer esto. Los blancos también, pero sobre todo los oscuros. Les drenan al otro brujo sus poderes. A su vez, los hace más poderosos.

—¿En serio? —La sorpresa marcó el ceño de Valen mientras se reclinaba en su silla, cruzando aquellos brazos grandes y varoniles sobre el pecho. Me gustaban mucho esos brazos—. Pero no sabemos quién es. Podría ser humana.

—No lo es. Es una bruja.

Valen parpadeó.

—¿Quién te ha dicho eso?

Aquí estaba la parte de la conversación que quería evitar.

—Clive vino a hacerme una visita.

Un destello de ira iluminó su expresión. Valen apartó la mirada, los músculos de su cuello se contrajeron mientras bajaba las manos sobre el escritorio, intentando serenarse pero sin conseguirlo. Frunció el ceño. La rigidez de su postura y la tensión de su expresión reflejaron el impacto de mis palabras.

Sabía que la mención de *ese* nombre lo haría estallar, recordándole la época en que se sintió impotente para ayudarme. No pudo salvarme cuando esos bastardos del Consejo Gris me llevaron, sin poder hacer nada al respecto.

Nada de eso era culpa suya, pero se había culpado de todos modos.

Valen giró la cabeza lentamente.

—¿Qué quería?

Diablos, si el tono de una voz pudiera matar, Clive estaría muerto.

—Fui convocada a una reunión esta mañana. Errol se olvidó de

decirme que tenía un mensaje. De todos modos, Clive vino a decírmelo. Me habló de la bruja muerta y de que el Consejo Gris estaba interesado en ella. Básicamente me dijo que a partir de ahora me acechará y esperará a que meta la pata para volver a encerrarme.

—Eso no va a pasar —gruñó el gigante. ¿Estaba mal que eso me excitara?

—Me va a vigilar de cerca, por lo que pasó aquí con la bruja muerta, y por cualquier otra desgracia que pueda pasar a mi alrededor. Está empeñado en vengarse de mí, ya que aún me culpa de la muerte de Adele.

—Tú no la mataste.

—Yo lo sé. Él lo sabe, pero elige culpar a alguien. A mí. —Bajé las cejas, mi humor se agriaba con sólo mencionar a ese bastardo fumador empedernido—. Dio a entender que un gigante mató a esa bruja, cosa que ahora sabemos que es imposible. Lo dice el informe del forense, aunque si Clive tuviera cerebro, habría leído la parte en la que dice que sus fluidos fueron eliminados por arte de magia. Los gigantes no hacen magia. Ningún gigante podría haber hecho esto. ¿Verdad? — Sentí una descarga de tensión al saber que Valen y Catelyn estaban al tanto de esta nueva información. Creo que yo le enviaría un mensaje a Clive y le diría que se la chupara, si al menos tuviera su número. Pero bueno.

—No necesariamente.

Me quedé mirando al gigante.

—¿Qué significa?

—Los gigantes *pueden* hacer magia —respondió, como si todo el mundo conociera ese detalle—. De hecho, se les da muy bien.

Hice una mueca.

—Me estás jodiendo.

Valen negó con la cabeza.

—No. —Se apartó el pelo de los ojos y se subió las mangas de la camisa, dejando al descubierto un antebrazo musculoso, compacto y tatuado. Muy bonito.

Sabía que los gigantes poseían una especie de magia innata y algunas habilidades curativas. Pero nunca los había visto como magos. Intenté imaginarme a Valen con un sombrero de mago alto y puntiagudo, y una túnica. No funcionó.

—¿Me estás diciendo que algunos gigantes son magos y brujos? — No me importó ocultar el asombro en mi voz.

El gigante asintió.

—No en el sentido en que tú eres una bruja, pero sí. Se sabe de algunos que han incursionado en las artes.

—Esto es una locura. —Pero ahora explicaba por qué Clive seguía pensando que era posible que Valen u otro gigante hubieran matado a

la bruja. Pero las cosas seguían sin cuadrar—. ¿Por qué un gigante mataría a una bruja cualquiera? Y luego le drenaría sus fluidos corporales. No, ¿su magia?

Valen exhaló.

—Mi suposición es la misma que la tuya. ¿Para volverse más poderosos? No lo sé.

—Pero tú eres el único gigante aquí. Bueno, tú y Catelyn. Es imposible que hayas hecho esto. Eres demasiado inteligente. Nunca matarías a alguien en tu propio restaurante. Eso sería estúpido, y tú no lo eres.

—Gracias —dijo Valen, reapareciendo una pequeña sonrisa en aquellos labios jodidamente deliciosos—. ¿Has contactado a Catelyn?

—No —dije, sin creer ni por un segundo que ella haría esto. Además, acababa de empezar a acostumbrarse a su nueva forma de giganta. De ninguna manera tenía tiempo para eso y para aprender magia avanzada. Porque, hasta donde yo sabía y había visto, para hacerle eso a otra bruja hacía falta un gran poder mágico.

—Seguiré intentándolo hasta que pueda contactarla —Extendí la mano y la froté sobre su grueso antebrazo—. Te preocupa este asesinato.

—No me gusta tener un asesino en mi ciudad. Especialmente uno que mató en mi restaurante.

—Crees que es un mensaje.

El gigante guardó silencio un momento.

—Sí, lo creo.

Maldita sea.

—¿Tienes una lista de enemigos?

Valen soltó una risita sombría.

—Demasiado larga para escribirla. He hecho muchos enemigos desde que llegué aquí. Tuve que romper algunos huesos para hacer llegar el mensaje a algunas manadas de hombres lobo que no respetaban nuestras leyes. Y un buen número de vampiros. Algunas hadas también. Trolls. Ogros.

—Uf —suspiré y dejé caer la cabeza sobre su brazo, luchando con lo que había dicho pero más por lo que tenía que decir a continuación —. Hay algo que no te he dicho sobre Clive.

Mi frente se deslizó mientras los músculos de su antebrazo se tensaban.

—¿Qué? —preguntó Valen, con tono áspero, y me di cuenta de que estaba haciendo todo lo posible para controlar su temperamento, pero fracasando miserablemente.

—Es sobre Shay...

El antebrazo de Valen se levantó, haciéndome retroceder la cabeza.

—¿Qué pasa con ella?

—Él sabe de ella. El Consejo lo sabe —dije rápidamente—. Él dijo, y cito, que «el Consejo Gris estaba *muy* interesado en esta niña». Ya sabes lo que eso significa. Significa que pretenden utilizarla a ella y a su magia solar especial. —No me cabía duda de que eso era lo que el Consejo planeaba hacer. Justo como Darius había querido hacer. Usarla como una herramienta a su favor.

Valen se agarró al borde del escritorio y sus nudillos se pusieron blancos.

—No la tocarán. La esconderemos de ellos.

—Eso es lo que yo pensaba. Pero, ¿dónde? ¿Y por cuánto tiempo?

Valen me miró.

—El tiempo que haga falta. No van a llevarse a Shay.

Mi corazón estaba a punto de estallar ante su feroz amor por esa niña.

—Esperaba que tuvieras una Casa en algún lugar de Canadá que nadie conociera.

El gigante soltó el borde de su escritorio y vi surcos en forma de dedos presionados en la madera.

—En Canadá no. Pero tengo una cabaña en Wolf Brook, Nueva York. Está a cuatro horas en auto hacia el norte. La uso para alejarme de la ciudad. Nadie la conoce.

—Perfecto. Puedo llevar a Shay allí. No sé si irá de buena gana, pero creo que es lo bastante mayor e inteligente para entender el peligro que corre.

Aun así, no quería esconderme para siempre. Tarde o temprano, tendría que ocuparme de Clive y de los miembros del Consejo para los que trabajaba.

—No dejaré que te vayas sin mí. —Valen me miraba, sus ojos encendidos con la confianza de la violencia hacia cualquiera que quisiera hacer daño a Shay. Era una cualidad asombrosa para un hombre, un gigante, y sentí que me enamoraba aún más de él. Además, hizo todo tipo de cosas a mi libido.

—¿Pero qué pasa con tu restaurante? ¿Tu vida aquí? No sé cuánto tiempo estaremos allí. —Escondidos.

Sonaba tan raro. Incluso para mí. ¿Estaba preparada para dejar mi nuevo trabajo? ¿Mis nuevos amigos? Justo cuando por fin había encontrado mi sitio y era feliz, tenía que dejarlo todo atrás. Era insoportable sólo de pensarlo. Pero por Shay... por Shay, eso no era nada. Ella era más importante para mí.

—Puedo pedirle a Simone que gestione las cosas mientras estoy fuera —dijo Valen.

—Ah, cierto. Fish.

—¿Qué?

Negué con la cabeza, intentando parecer inocente.

—¿Qué?

Valen me observó un momento.

—El restaurante se gestiona solo. Y puedo hacer la mayor parte del trabajo de oficina a distancia. No necesito estar aquí.

—Bien. Si estás seguro. Te lo agradezco. —Era un poco egoísta cuando se trataba de mi gigante, pero me alegraba que quisiera acompañarnos.

Valen me rodeó la cintura con las manos y, de repente, me subió a su regazo, con las piernas a horcajadas sobre él.

Sonreí.

—¿Es esta mi evaluación de empleada? —ronroneé, inclinándome hacia él. *¡Ay sí, por favor, que lo sea!*

El gigante sonrió tímidamente.

—Algo así.

—Ya veo. —Me quedé mirándole los labios. Sus manos se sentían bien a mi alrededor y sus ojos contenían lujuria y deseo. Sentí que mis brazos subían y se deslizaban alrededor de su cuello—. ¿He sido una buena empleada? ¿Seguí las normas?

Me acercó hasta que mis pechos chocaron con el suyo y me abrazó con fuerza.

—Llegaste tarde varias veces. Y no. No seguiste las reglas. Eso merece un castigo.

—¿Qué tipo de castigo? ¿Del tipo atada a la cama y desnuda?

Su mirada era embriagadora.

—Quizás. Has sido muy, muy mala. La peor empleada que he tenido.

Me reí, imaginándome que metía la cabeza de Fish por el retrete.

—¿Cuándo empieza mi castigo?

Se inclinó más hacia mí hasta que sus labios rozaron el lateral de mi mandíbula, provocándome pequeños cosquilleos eléctricos en el centro.

—Paciencia, mi brujita.

—No soy paciente, ¿o no te has dado cuenta?

Sus labios se entreabrieron y aspiró mi aroma, sus ojos se abrieron de par en par mientras recorrían mi cara y luego mi boca.

Me lamí los labios, burlona.

—Si no me castigan pronto, no sé qué haré.

Valen soltó un gruñido que sonó como algo salido de la garganta de un hombre lobo.

—Ah, sí te daré tu merecido.

Solté una risita, aunque mis partes femeninas estaban entonando una melodía.

—Date prisa, jefe. O buscaré otro empleo.

La respiración de Valen se entrecortaba mientras sus manos me

rodeaban con fuerza. Sentí su deseo y su necesidad en ellas. Bajó la cabeza y me besó una comisura de los labios. Luego la otra, tirando suavemente de mis labios y provocándome.

Metió las manos bajo mi camiseta y sentí un hormigueo en la piel donde sus dedos tocaban mi espalda. El calor se acumuló en mi centro, la necesidad de él palpitaba en mi interior.

Y entonces me cubrió la boca con la suya y deslizó su lengua entre mis labios. Se me cortó la respiración cuando me metió la lengua hasta el fondo. Dejé escapar un pequeño gemido y enrollé los dedos en su nuca, atrayéndolo más hacia mí. Sus besos me hacían desear más.

Una parte de mi cerebro me gritaba que era una locura en un momento así, pero ambos lo necesitábamos: un recordatorio de que estábamos aquí el uno para el otro. Una liberación.

Lo besé con más intensidad. Emití un sonido de sorpresa cuando su beso se volvió más agresivo. Una ráfaga de deseo me llegó al corazón y me provocó una oleada de calor en las partes bajas.

Una parte perversa de mí deseaba arrancarle la ropa y sentir su cuerpo duro contra mi piel. Me encantaba el sexo espontáneo. Era excitante, emocionante. Quizá teníamos tiempo.

Y quizá debería haber cerrado la puerta.

—¡Valen! ¡Blake está muerto!

Me sobresalté y giré la cabeza, viendo a un hombre bajo y delgado con los ojos amarillos de un gato.

Valen me levantó y me acomodó en el suelo.

—¿Qué quieres decir con que Blake está muerto?

El metamorfo, probablemente un hombre gato, temblaba visiblemente y tenía la frente perlada de sudor.

—Está en la cocina. Le ha pasado algo. Tiene el cuello roto, y está todo... mierda... está todo seco o algo así.

Miré a Valen y vi la misma conclusión reflejada en sus ojos.

Maldición. Teníamos otra víctima.

8

Estaba parada en una gran cocina de estilo comercial con voluminosos electrodomésticos de acero inoxidable de alta gama que probablemente cuestan más que mi sueldo anual. Las estaciones de cocción y las zonas de preparación brillaban bajo las luces. Nunca había estado en la cocina del restaurante. Estaba tan ordenada y limpia como el apartamento de Valen y el resto de su restaurante. Todo menos el muerto esparcido por el suelo de baldosas.

El varón, llamado Blake, yacía desplomado en el suelo de la cocina. El olor a muerte llenaba el aire y tuve que luchar contra las ganas de vomitar. Tenía la espalda apoyada en una de las estaciones de preparación, la piel demacrada, seca y sin ningún rastro de sangre o fluidos. Y sí, tenía el cuello roto, doblado en un ángulo imposible y un hueso le perforaba la piel, lo que sugería que se había empleado la fuerza bruta.

Sin duda era la misma forma en que había muerto la otra bruja. Teníamos otro cadáver entre manos, otro cadáver encontrado en el restaurante de Valen, nada menos.

Si antes tenía dudas de que esto estuviera planeado o de que estos asesinatos fueran el resultado de que alguien le estaba enviando un mensaje a Valen, se habían disipado. Quienquiera que haya hecho esto quería que culparan a Valen.

El gigante se paseaba de un lado a otro, claramente agitado. Me dí cuenta de que esto le estaba pasando factura y deseaba poder hacer algo para tranquilizarlo. Valen se detuvo, con el ceño fruncido, sobre el cuerpo de su empleado. Blake era cocinero, por el aspecto de su uniforme blanco, o alguien que trabajaba en la cocina. Valen permaneció en silencio, con expresión severa, pero sus ojos bailaban con furia.

—¿Blake era un brujo? —Tuve que preguntar. Si seguíamos con la teoría de que quienquiera que estuviera haciendo esto estaba eliminando el poder de los brujos al succionar sus fluidos, su sangre mágica y su esencia, tenía que suponer que él también era un brujo.

—Sí. —La mandíbula de Valen se apretó y se desencajó, su tensión pasó de la ira a la tristeza—. Un brujo de pociones y un excelente cocinero.

Quería preguntarle a Valen más cosas sobre los gigantes que manipulan la magia, pero no sabía por dónde empezar. Si esto era obra de otro gigante, ¿quiénes eran? ¿Y por qué lo hacían? ¿Para

convertirse en todopoderosos? Tenía que ser algo más que eso. Pero tal vez no lo era. Tal vez la respuesta era la más simple. Normalmente lo era. De cualquier manera, todo estaba conectado. Sólo que aún no sabía cuál era esa conexión.

—Todos los clientes se han ido —dijo el mismo hombre gato de antes al aparecer en la cocina—. Simone nos ha dicho a todo el personal que nos vayamos a casa y usemos nuestros días de baja por enfermedad.

—Gracias, Vince —dijo Valen. Giró la cabeza y miró a su empleado —. Vete a casa. Ya te llamaré.

El hombre gato asintió levemente con los dedos crispados a los lados. Sus ojos amarillos se detuvieron en mí un segundo antes de volver a posarse en el brujo muerto. Una punzada de miedo se reflejó en sus ojos. Se dio la vuelta y desapareció por la puerta de la cocina como si estuviera impaciente por marcharse. Estaba asustado. Con miedo de ser el siguiente.

No le culpaba. El cuerpo era espantoso a la vista. Pero Vince no era un brujo, y si nuestra teoría era cierta, estaba a salvo. Pero él no lo sabía.

No hacía falta ser un experto médico o un forense paranormal para saber que este brujo había muerto exactamente de la misma forma que nuestra primera víctima, cuyo nombre aún desconocíamos. Era el mismo modus operandi. El mismo asesino. Estaba segura de ello.

¿Significaba esto que teníamos un asesino en serie entre manos? ¿Un asesino de brujos? Esperaba que no.

El pavor se apoderó de mis entrañas mientras hacía todo lo posible por no mirar a la cara de la víctima. Sus ojos eran de lo peor, sin alma, y me daban escalofríos.

—No creo que tenga que decirte lo mal que pinta esto, Valen — dije, mirando por encima del hombro y asegurándome de que la cocina estaba vacía para que nadie pudiera oírme. Como no contestó, añadí—: Sabes lo que esto significa. ¿Verdad? Que alguien está intentando inculparte de esto.

El gigante había dicho que tenía muchos enemigos, y quienquiera que hiciera algo tan extremo, algo tan vil y horripilante, realmente se la tenía jurada. Era lo único que tenía sentido. ¿Pero quién? ¿Quién le haría esto a Valen?

—Tengo que cerrar el restaurante —dijo el gigante en la quietud. Su tono contenía un ligero rastro de preocupación ante la revelación de que alguien estuviera haciendo esto a propósito.

—¿En serio? —No sabía por qué lo había dicho. Sabía que él tenía que hacerlo. ¿Quién querría comer en un restaurante cuando podrías estar muerto para cuando te sirvieran el postre?

—Hasta que encuentre al hijo de puta que hizo esto. —El gigante

tenía las manos en puño y parecía a punto de romper algunos aparatos, posiblemente algunas caras—. Aquí nadie está a salvo. Están usando mi restaurante como una piscina para elegir a sus víctimas. No lo permitiré.

Ondas de energía fluían a nuestro alrededor, más bien nos golpeaban, y supe que era la magia gigante de Valen. Estaba controlando su bestia interior, su gigante. No es que me quejara de verlo desnudo, pero el momento no era el adecuado. Maldición.

—Esto no es culpa tuya, Valen. Espero que lo sepas.

El gigante me miró.

—Claro que es culpa *mía*. Dos brujos murieron en mi restaurante. *Mi* restaurante, Leana. No importa cómo lo mires. Es culpa mía.

—Tú no pediste esto.

Un músculo recorrió la mandíbula de Valen.

—No importa. Ellos hicieron esto. Se aseguraron de que yo cayera por esto. —La tensión recorrió su cuerpo, tensando su postura.

Nunca dejaría que eso pasara.

—Los encontraremos. —Di un paso adelante y apoyé una mano en su hombro—. Incluso si eso significa que tenemos que revisar tu lista de enemigos uno por uno —y sé que es una lista larga— los encontraremos y detendremos esto. —Preferiblemente con mi bota en sus culos.

Los escalofríos en mi vientre competían con el anhelo que surgía en mi pecho al ver su angustia. No me gustaba ver a Valen tan angustiado. No me gustaba que se metieran con mi gigante. Lo dije, *mi* gigante. Si se metían con Valen, se metían conmigo. Ahora éramos una unidad, un paquete bruja-gigante.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Acaso esto no es interesante?

Me estremecí, aunque no necesité mirar para saber a quién pertenecía aquella voz. Apretando los dientes, me di la vuelta lentamente, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

Clive estaba de pie en la cocina, con un cigarrillo en una mano mientras nos dedicaba un gesto de su sonrisa podrida y ganadora.

—Prácticamente has hecho mi caso. No podría haber pedido pruebas más valiosas para culpar de esto al gigante. —Se rió, extendiendo las manos—. Esto es demasiado fácil. Se los agradezco.

La furia se encendió y di un paso adelante.

—Valen no hizo esto. —Señalé al brujo muerto, aunque no sé por qué. No era como si no pudieran verlo.

Clive expulsó un chorro de humo por la boca y se acercó. Sus ojos pálidos recorrieron al brujo llamado Blake, posándose en su cuello.

—A mí no me parece eso. Parece que tu gigante perdió los estribos y mató a este pobre desgraciado. Curioso. Se ve exactamente igual que la otra víctima. ¿Verdad? —Movió un dedo hacia el cuello roto de

Blake—. La forma en que su cuello está todo jodido. Como dije. Demasiado fácil.

—Le están tendiendo una trampa —dije—. Nadie con cerebro mataría a alguien en su propio restaurante. Cualquiera con un poco de intelecto lo sabría. Como dijiste, demasiado fácil.

Clive soltó una risita.

—Buen intento. Todos sabemos que los gigantes tienen mal temperamento. Son más bestiales que tú y que yo. A veces pierden el control. No pueden evitarlo. Y entonces matan.

—Blake era empleado de Valen —Me quejé, sintiendo que perdía la calma—. No matas a tus empleados porque lleguen tarde.

Clive levantó la vista y se encontró con la mirada asesina de Valen.

—Parece que este gigante lo hizo.

Una lenta oleada de rabia se apoderó de mí y tuve que contenerme para no recurrir a mi magia estelar, aunque no serviría de mucho a estas horas del día. Solo necesitaba lo suficiente para lanzarle una ráfaga directo a sus pelotas.

—Míralo —dije, lanzando mi dedo en dirección a Blake—. Necesitas magia para hacerle eso a un brujo. Lo dice el informe de la autopsia. El informe que leíste. Valen no tiene magia —dije. Aunque técnicamente era mentira, Clive no necesitaba saberlo.

El brujo parecía poco impresionado.

—Cualquier idiota puede obtener los hechizos y maleficios necesarios. Alguien con medios, como tu gigante aquí, puede fácilmente haber comprado un hechizo que puede eliminarle la fuerza vital de una persona. Su esencia mágica. Cualquier troll puede hacer magia. Tu argumento es débil.

Sus palabras me golpearon como un mazo en las tripas. Apreté los dientes.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —Valen y yo ni siquiera habíamos tenido la oportunidad de avisar. Era imposible que el Consejo Gris supiera de esta matanza. Todavía no. Entonces, ¿cómo diablos lo sabía? A menos que hubiera estado espiando en el restaurante. Mis entrañas se revolvieron al darme cuenta. Sí, el bastardo había estado esperando que algo así sucediera. Básicamente me lo había dicho él mismo.

—Vi la conmoción fuera, clientes siendo expulsados —dijo el brujo como si hubiera leído mis pensamientos—. Pensé en venir y comprobarlo.

—Pensaste en venir y manipular la escena, más bien. —Maldición. Odiaba a este tipo. ¿Por qué las escorias como él siempre lograban llegar a la cima?

El humo salía de las fosas nasales del brujo. Me miró fijamente y luego a Valen.

—Parece que he llegado justo a tiempo. ¿Informaste al Consejo Gris?

—Todavía no —dijo Valen, su mirada letal sobre el brujo, aunque Clive ni se inmutó.

Una persona normal y decente probablemente se habría cagado encima si un gigante la hubiera mirado de esa manera, como con cara de «voy a machacar tu cerebro hasta hacerlo papilla».

Clive resopló. Se acercó al cuerpo y le dio una patada como si quisiera asegurarse de que Blake estaba *muerto* de verdad, o tal vez porque simplemente era vil y le gustaba patear a la gente cuando estaban en el piso, en este caso, muerto. El hecho de que hiciera algo así, tan indiferente e irrespetuoso, me hizo odiarlo aún más.

—Mmmm —dijo el brujo, con la cara fruncida como si hubiera olido algo podrido.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Qué quieres decir con *mmmm*?

Clive se encontró con mi mirada y dijo:

—Me parece que estaban a punto de esconderlo.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Qué? No puedes estar hablando en serio. No, por supuesto que no.

El brujo mostró una sonrisa malvada.

—Eso no es lo que va a decir en mi informe. Va a decir que ustedes dos estaban a punto de esconder el cuerpo antes de que *yo* los interceptara.

—¡Hijo de puta! —Mis piernas se movieron antes de que mi cerebro se diera cuenta, y corrí hacia la bruja, con los puños preparados. Si Valen no me hubiera agarrado del brazo, le habría dado un puñetazo en la cara.

—Cuidado —me susurró Valen al oído—. Esto es lo que quiere. Está jugando contigo. Quiere que la cagues. ¿Recuerdas? No le des el gusto. Necesitas relajarte.

Aunque lo único que deseaba era estrangular al maldito brujo, solté mi rabia —bueno, parte de ella— y me relajé, sabiendo que Valen tenía razón. Había perdido la calma. Si hubiera golpeado a Clive, me habría llevado a rastras de vuelta a aquella celda, y allí no le habría servido de nada a nadie.

Clive se estremeció en un simulacro de susto.

—Aaah. Qué carácter. Las hembras son tan emocionales. —Miró a Valen—. Necesitas controlar a tu perrita.

¡Ah no, eso sí que no!

—¿Cómo me has llamado? —Me habían llamado cosas peores, mucho peores, pero que me llamaran perrita me resultaba tan ofensivo, especialmente viniendo de él, que me indignó de tal manera.

—Leana —advirtió Valen, pero no hizo falta. No iba a arriesgarme a que me arrastraran de nuevo a la cárcel, no cuando Shay dependía de mí. Y no cuando parecía que Clive intentaba culpar de todo a Valen.

—Estoy bien —le dije al gigante—. Estoy bien.

La risa baja y burlona de Clive se hizo más profunda, pero luego se desvaneció con un sonido amargo.

—No por mucho tiempo —dijo el brujo—. Al Consejo Gris no le va a gustar lo que tengo que decir sobre ustedes dos. Y sí que tengo mucho que decir.

La tensión me puso rígida y, al oír el placer en su voz, sentí que se me escapaba un gruñido.

—No hemos hecho nada malo. No tienes nada, cabrón fumador empedernido. —No estaba segura de que si lo insultaba me llevaría de nuevo a la cárcel, pero en ese momento me daba igual.

El brujo se rió y dio una calada a su cigarrillo.

—A mí no me parece eso. —Clive miró a Valen con disgusto apenas disimulado—. Parece que no estarás aquí por *mucho* tiempo —dijo, con una risita en la voz.

—Si vas a acusarme de algo, hazlo —desafió Valen. Vi como se despojaba de la tensión a la fuerza. Estaba tan tenso como yo. Si yo no perdía los estribos pronto, Valen se me adelantaría.

Clive se burló.

—Todavía no. —Me miró y dijo—: Por lo que tengo entendido, hay dos gigantes en esta ciudad. Éste y una hembra. Es amiga de ustedes. ¿Verdad?

Catelyn.

—¿Y? Ella tampoco hizo esto.

El brujo se rió.

—Bueno. Uno de ellos lo hizo. Y pronto lo descubriré. No puedes seguir encubriéndolos. Descubriré quién lo hizo. Y entonces... entonces su culo será mío.

Maldita sea. Necesitaba advertirle a Catelyn. Tenía que dejar la ciudad hasta que descubriéramos quién mató a esos dos brujos.

Clive seguía sonriéndome como si supiera algo que yo ignoraba. No me gustaba.

—¿Qué?

—Con tu gigante fuera del camino y tú uniéndote a él en poco tiempo —dijo—, nada se interpondrá en mi camino para llegar a tu hermana. ¿O debería decir, la Joya del Sol?

Cerré las manos en puños.

—Aléjate de ella. No me importa para qué Consejo trabajes. Te lo advierto.

—*¿Me estás* amenazando? —El brujo se rió y tiró la colilla de su

cigarrillo sobre Blake como si el cuerpo de aquel pobre brujo no significara nada, como si fuera basura, un cenicero—. El Consejo Gris la tendrá, te guste o no. No depende de ti.

—Lo es. Es mi hermana y es menor de edad. No puedes llevártela a menos que yo te lo permita. Y yo digo un *no* rotundo. —Por lo que sabía de las leyes de nuestro mundo, no podías llevarte a un niño sin el consentimiento de los padres o de su tutor, y yo no lo daba.

—Cierto —dijo Clive, aunque parecía más victorioso de lo que me hubiera gustado—. Pero cuando vuelvas a estar atrapada en ese agujero de la prisión, perderás todos tus derechos sobre ella. Pertenecerá al Consejo Gris.

Mierda. Desvié la mirada hacia el gigante y vi que la preocupación cruzaba su ceño. Fue entonces cuando supe que lo que decía el brujo era cierto.

—Ella no pertenece a nadie. Es una persona. No un objeto.

—Pertenece al consejo —repitió el brujo, y sentí que el pánico se apoderó de mí—. Esa escuela es una buena elección. Sí. Sabemos que está allí. El Consejo Gris lo aprueba. Pero ella no estará allí por mucho tiempo.

—No puedes hacerlo —dije, odiando el miedo y la desesperación de mi voz. Una oleada de desespero me golpeó repetidamente hasta que sentí que me ahogaba. Sentí que le había fallado a Shay.

No podían quitármela. No podían. No se los permitiría. Parecía que íbamos a huir después de todo, mucho antes de lo que pensaba.

Clive sacó un teléfono del bolsillo de su chaqueta. Nos señaló.

—No se vayan a ninguna parte —dijo, aunque no supe si se refería a ahora mismo o podía intuir lo que yo planeaba hacer—. Ahora vuelvo.

Vi cómo el odioso brujo nos daba la espalda y salía de la cocina, con el móvil en la oreja.

—Shay —dijo Valen, y el miedo en su voz duplicó el mío.

Le miré.

—Lo sé... necesitamos...

¡Ay, no!

—¿Qué hora es? —Fui a agarrar mi teléfono, pero Valen contestó.

—Cuatro y diez. ¿Por qué?

—Maldita sea. Olvidé ir a buscarla a la escuela —Y en su primer día. *Buena esa, Leana.*

Valen me agarró y tiró de mí, pasando por encima de Blake hacia el otro lado de la cocina.

—Ahí está la puerta trasera. Ve. Yo me quedaré aquí.

—¿Seguro? —Odiaba tener que dejar a Valen con este lío, pero tenía que buscar a Shay.

—Sí. Ve. Ve por ella. Deprisa.

Con una última mirada hacia él, cerré de golpe la puerta trasera, empujándola con el hombro, y galopé hacia el callejón detrás del restaurante.

9

No hacía falta decir que Shay estaba de mal humor cuando llegué a la puerta principal de la Academia Fantasia, que estaba a unos doce minutos trotando y luego cojeando feamente, ya que me había torcido el tobillo en la acera irregular.

Verla sentada sola en los escalones me destrozó el corazón. Tenía las mejillas y los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando.

Maldita sea. Yo era una gran imbécil.

Levantó la vista cuando me acerqué cojeando.

—Te olvidaste de mí.

Quería morirme.

—Lo siento.

—Como sea. —Shay se levantó, se colgó la mochila al hombro y pasó a mi lado.

Sí. Ahora mismo me odiaba a muerte. No la culpo. Yo también me odiaba. Era una estupidez olvidarte de tu hermanita en su primer día en un colegio nuevo, sabiendo lo nerviosa que debía de estar. Seguro que los profesores del colegio pensaban que era una pésima tutora, pero no importaba lo que ellos pensaran. Importaba lo que Shay pensara.

Salté tras ella.

—Más despacio —gemí—. Me torcí el tobillo. —Parecía que mis tobillos de cuarenta y un años no se recuperaban tan rápido como los de veinte.

—Ni siquiera quería ir a esta estúpida escuela —replicó Shay, con la voz un poco alta—. Y ni siquiera apareciste.

Cojeé y avancé arrastrando los pies, aunque ella aún me llevaba cuatro metros de ventaja.

—Lo siento. Puedo explicarlo. Por favor. Más despacio. Déjeme explicarte.

—Me has dejado en ridículo —dijo Shay, mientras seguía a la misma velocidad —a propósito, estoy segura— calle abajo.

Los peatones se reían al verme saltar detrás de una chica.

—No hay nada que ver aquí. Muévanse. Muévanse. —Pero eso sólo hizo que se rieran más, y una de las jóvenes me enseñó su teléfono, grabándolo todo en vídeo. Fantástico.

—Sé que estás enfadada conmigo. —Seguí adelante, con una mueca de dolor en el tobillo—. Y tienes todo el derecho a estarlo.

—Lo que sea.

¿Se suponía que un esguince de tobillo dolía tanto?

—Algo pasó en el restaurante —dije, jadeando y con una mueca de dolor—. Y se me olvidó. —Era una excusa poco convincente, pero era la verdad.

Shay se detuvo y se dio la vuelta. Su mirada de muerte me hizo detenerme a medio salto en una incómoda postura de yoga del árbol. Pensé que iba a gritarme o a decirme algo, pero no lo hizo. En lugar de eso, su mirada de muerte se convirtió en una mirada húmeda y se dio la vuelta rápidamente antes de que se le saltaran las lágrimas. No quería que la viera llorar.

Maldita sea. La hice llorar en su primer día en esta nueva escuela. Era la peor hermana mayor de la historia.

Shay no me dijo ni una palabra mientras la seguía por las concurridas calles y aceras de la ciudad hasta que por fin llegamos a nuestro apartamento, encima del restaurante.

Tampoco aminoró la marcha ni me miró cuando llegó a la puerta del apartamento y desapareció por ella, sin esperarme.

Mis ojos se dirigieron al cartel de cerrado de la puerta, preguntándome si debía ir a ver cómo estaba Valen. Pero si lo hacía, mi relación con mi hermanita estaría acabada. Nunca me perdonaría que la hubiera abandonado. Dos veces.

Yo era terrible en esto de ser madre y hermana mayor, un fracaso colosal. La había hecho sentir indeseada y olvidable. ¿Cómo podría compensarla?

Las lágrimas no derramadas eran lo peor, pero estaba bastante segura, porque la escuché moqueando en el camino, de que había estado llorando.

Suspiré y abrí la puerta de un tirón.

—Ah, mierda. —Luego maldije todas esas escaleras que tenía que subir. Estas eran las veces que deseaba ser una bruja blanca y poder subir las escaleras con algún hechizo o escoba mágica. Mis luces estelares podrían haberme ayudado a subir, pero aún era de día, y para la cantidad de magia que necesitaba, no serían suficientes.

Con el tobillo torcido y el corazón encogido, subí los escalones de nuestro apartamento —de culo, nada más y nada menos— arrastrándome peldaño a peldaño hasta que por fin llegué al rellano. Al menos había dejado la puerta abierta. Por otra parte, quizá se había olvidado de cerrarla.

Entré arrastrando los pies y no vi a Shay ni en el salón ni en la cocina.

—¿Shay? —llamé, moviéndome despacio, como una anciana centenaria. De un vistazo a su dormitorio y a la puerta cerrada, deduje que estaba allí.

Me sentía perdida. ¿Qué debía hacer? ¿Qué hacían los padres en

este tipo de situaciones?

La comida.

—¿Tienes hambre? —Esperé. Nada—. Te haré un sándwich de queso a la parrilla. Sabía que le gustaban. Era su comida reconfortante. Demonios, era mi comida reconfortante también. Cualquier cosa con queso normalmente lo era. También era una de las pocas cosas que podía hacer por capricho.

Usando la pared como apoyo, me dirigí a la cocina, maldiciendo todo el tiempo. Agarré la puerta de la nevera y tiré de ella para abrirla.

—¿Qué te pasó en el pie?

Me sobresalté y estuve a punto de soltar la puerta. Luego, saltando sobre un pie, conseguí darme la vuelta. Valen estaba detrás de mí, preocupado.

—Me torcí el tobillo. Nada grave.

—Se ve mal. ¿Y seguiste caminando así?

—No tuve elección. —Habría llamado a un taxi, pero no podía dejar a Shay. Y ella me estaba ignorando. Ella nunca habría aceptado un viaje en taxi conmigo.

—Ven. Ven a sentarte en la silla. Yo me ocuparé de tu tobillo.

Dejé que Valen me medio levantara y me medio arrastrara hasta una de las sillas de la mesa del comedor. Cogió una silla, la puso frente a mí y se sentó. Luego agarró mi pie y lo apoyó en su regazo.

—Esto te aliviará —dijo el gigante, y sentí una oleada de magia que estremecía mis sentidos, cálida y ligera como una brisa de verano. Cuando me cubrió el tobillo con las manos, su tacto desprendió una luz dorada y sentí una sensación calmante, como si me hubiera frotado un gel de lidocaína para adormecer el dolor.

Pero no estaba adormeciendo el dolor, me di cuenta. Estaba *curando* mi esguince.

—Cuéntame qué pasó —instruyó el gigante mientras la sensación de calor seguía extendiéndose alrededor de mi tobillo y parte de mi pierna—. ¿Cómo te torciste el tobillo?

—Caminando —me reí—. Caminando rápido. Intentaba llegar a Shay. —Dejé escapar un suspiro—. Llegué tarde a recogerla al colegio. ¿Te acuerdas? —Mi voz era baja porque tenía la sensación de que ella estaba escuchando—. Me estaba esperando en la entrada de la escuela. Estaba enfadada. —Omití la parte en la que sabía que había estado llorando. No quería avergonzarla. Ya lo había hecho bastante hoy.

Valen rozó con sus dedos la piel de mi tobillo, enviando hacia mí cálidos tentáculos de su magia curativa que agitaron cada nervio de mi cuerpo. ¿Tenía que pasar eso?

—¿Intentaste explicar la situación? —Valen seguía frotando ahora con el pulgar, y tuve que resistir el impulso de gemir. ¿Qué clase de

magia curativa era esta?

—Lo intenté. No quiso. Ni siquiera me miraba. Básicamente la perseguí todo el camino a casa. Un monstruo que saltaba con una sola pierna. —El recuerdo de su forma pequeñita alejándose, la rigidez de sus movimientos, me produjo una punzada en el pecho. Odiaba haberle hecho daño. Ojalá me hubiera dejado explicárselo.

—Sabes, apesto en esto.

—¿En qué? —Usando ambas manos, Valen frotó sus dedos y pulgares sobre mi tobillo, como si me estuviera dando un masaje.

No señalé que el roce de los tobillos me resultaba relativamente excitante. Hacía todo lo posible por no encontrarlo erótico, pero la magia elevaba las sensaciones a otro nivel, y luché por evitar que mi voz se volviera entrecortada y cachonda.

—Ser una tutora, una hermana mayor. No es que nuestro padre me diera un manual para estudiar. Nunca he sido madre. Siempre he estado sola. Todo esto es muy nuevo para mí, y estoy fracasando.

—Para ella también es nuevo —dijo el gigante, con un tono suave, como si no fuera para tanto—. Las peleas son un proceso natural para las familias. Volverán a pelearse. Es inevitable.

Sacudí la cabeza.

—Esta podría haberse evitado. Quería saber sobre su escuela. Cómo se sentía. Si la odiaba. Si hizo amigos. —Dios, necesitaba amigos de su edad.

Valen me sonrió, con la mirada llena de emoción.

—Mañana estará mejor. Dale tiempo.

—Lo dudo. No viste su cara. Lo furiosa que estaba. —Pero tenía la sensación de que estaba más dolida que otra cosa.

Valen se acercó y me acarició la mejilla con la mano.

—Estás siendo demasiado dura contigo misma. Dale tiempo.

Sentí su mirada sobre mí, ardiente y pesada, y mi cuerpo respondió instintivamente, enrojeciéndose de calor. De repente me sentí demasiado cerca del límite de mi control, y una parte descarada de mí quiso sentarse a horcajadas sobre él. Maldita sea. ¿Qué había *en* esa magia suya? ¿Cachondeo instantáneo?

—¿Le contaste lo del Consejo Gris? —preguntó Valen mientras arrastraba sus dedos expertos por mi talón y volvía a subir por mi pierna, provocándome deliciosos escalofríos por todo el cuerpo.

—¿Cómo podría? Me ignoró durante todo el camino y luego se encerró en su habitación. —Estaba tan enfadada que decidí no mencionar el hecho de que el Consejo Gris la buscaba hasta que se calmara un poco. Irse ahora, más bien huir, podría no sentarle muy bien. Apenas se estaba acostumbrando a vivir con nosotros, y le gustaba la pandilla del piso trece tanto como a mí. Así que llevársela ahora podría no ser una gran idea.

—Sólo necesita tiempo —dijo el gigante, frotándome esa dulce magia. Tenía la sensación de que me estaba excitando simultáneamente a propósito—. Entrará en razón. Pero necesita saber lo del Consejo Gris.

—Lo sé. Se lo diré. Eso me recuerda… —dije— ¿Qué pasó con Clive después de que me fui? Supongo que no te arrestó. —Obviamente, ya que estaba frotando mi tobillo de una manera que probablemente era ilegal en algunos países.

Valen dejó de frotarme el tobillo, dejándome decepcionada.

—No. El equipo de limpieza llegó momentos después de que te fueras. Hizo algunas amenazas más sobre Catelyn y yo. —Dejó escapar un suave gruñido—. Tiene suficiente para arrestarme si quisiera.

Me sacudí en el asiento.

—¿Qué? No. No puede.

—Él puede. Y lo hará. Tan pronto como reciba el visto bueno del Consejo Gris.

El corazón me latía con fuerza en los oídos. Miré hacia la puerta de la habitación de Shay.

—Entonces nos vamos esta noche. Nos vamos a tu cabaña.

Una arruga de preocupación marcó la frente de Valen.

—No puedo dejar a Catelyn. Ella necesita saber que él también vendrá por ella.

—Entonces llamémosla.

—La he estado llamando desde que te fuiste —dijo el gigante—. No contesta.

El miedo me apretó la garganta.

—¿Crees que él la tiene? —Maldición, tal vez Clive ya había arrestado a Catelyn y la había metido en alguna celda como hizo conmigo.

Valen se echó hacia atrás y se pasó los dedos por el pelo, dejándolo enmarañado y seriamente sexy.

—No estoy seguro. Espero que no.

—¿Crees que Catelyn pudo haber hecho esto? —Odiaba tener que preguntar, pero necesitaba hacerlo. No creía que lo hubiera hecho, pero no sabía lo que era ser una giganta y tener que controlar esos impulsos. Sólo otro gigante lo entendería.

La mirada de Valen se desvió hacia la mía.

—No lo sé. Tal vez.

—¿Tal vez? —Santo cielo—. ¿Pero por qué? Catelyn te adora. Eres como un mentor para ella. —No quería creer que Catelyn haría algo tan malvado. Pero no era una experta en gigantes.

Valen extendió la mano y volvió a agarrarme el tobillo, aunque esta vez no sentí ninguna magia.

—Puede que esté actuando. Puede que haya perdido el control

sobre su forma gigante. Puede ocurrir, sobre todo en su caso. Ella no nació como gigante. Fue creada. Puede que ni siquiera sepa que está haciendo esto.

—Vaya. De alguna manera eso es aún peor. —Sacudí la cabeza—. Conozco a Catelyn. Ella nunca haría esto. —Al menos no intencionalmente.

—Lo sé. Pero como dije, puede que no tenga el control de sí misma.

Exhalé un suspiro y me recosté en la silla, frotándome las sienes. Intenté aliviar la tensión que se había acumulado en mi cabeza, suspirando pesadamente.

—Shay debe de estar hambrienta. No ha comido nada desde el almuerzo.

—Le prepararé algo. —Antes de que pudiera reaccionar, Valen deslizó sus manos bajo mis piernas y me atrajo hacia sus brazos.

Sonriendo, le rodeé el cuello con los brazos.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy completando el proceso de curación —dijo con una sonrisa de suficiencia. La intensidad de su mirada hizo que mis partes femeninas palpitaran con fuerza.

—Pensé que ibas a prepararle algo de comer a Shay…

—Lo haré. Pero ahora mismo, necesitas más... curación... y ella sigue demasiado enfadada para escucharnos.

—Bien. ¿Y cuánto tiempo será?

—Una hora debería bastar.

Una hora para *hacerlo*.

—Creo que tienes razón —dije, tratando de mantener la emoción fuera de mi voz, pero fallando miserablemente—. Necesito mucha más curación. ¿Qué tienes en mente?

Valen se encogió de hombros y una sonrisa socarrona se dibujó en sus labios.

—Bueno, empezaré con un poco más de frotamiento.

—Me gusta que me frotes.

—Y algunos mordisqueos y apretones —dijo, dando unos pasos fuera del comedor.

—Esos son mis favoritos.

—Parece que te vendría bien un poco de liberación.

—Sí, me vendría muy bien, de verdad que sí —dije, con la voz baja y ronca.

Y entonces sus labios estaban sobre los míos, su boca caliente e insistente. Gemí suavemente y enredé las manos en su pelo mientras él me atraía hacia sí, apretando su cuerpo contra el mío. Nos besamos así durante lo que me pareció una eternidad, perdidos en el calor de nuestra pasión.

Cuando por fin nos separamos, jadeantes y sin aliento, Valen me dio la vuelta y se dirigió hacia nuestro dormitorio.

—Vamos —dijo, su voz baja y sexy—. Llegó la hora de frotarte.

—No puedo esperar. —No, realmente no podía. Mis regiones femeninas martilleaban al ritmo de mi corazón.

Había estado muy tensa desde que vi a Clive hoy. Si no me liberaba pronto, podría explotar espontáneamente como una piñata.

Valen me arrastró hasta su dormitorio, que ahora también era mío, y cerró la puerta de una patada.

—¿No nos oirá? —El hecho de que mi hermanita estuviera en el dormitorio contiguo no contribuía precisamente a mejorar el ambiente. Las otras veces que habíamos hecho el amor, que no eran muchas, había sido en mi antiguo apartamento, algunas veces en el despacho de Valen, pero sobre todo aquí, cuando Shay se iba a visitar a la pandilla de la decimotercera planta. Todo se mantenía en secreto.

—No lo hará —dijo el gigante mientras me bajaba a la cama—. Hice algunos ajustes. Paredes mágicas insonorizadas.

Arqueé las cejas.

—¿En serio? Guao. —Envié mis sentidos ahora, y pude sentir una ligera vibración que no había estado allí esta mañana. Pero con las hormonas alborotadas, no lo habría notado.

—¿Tú hiciste esto? —Le pregunté. Me había dicho que los gigantes eran más que capaces de hacer magia.

—Un amigo mío lo hizo. Me debía algunos favores.

—Qué bien. —Muy bien. Y fue útil porque tenía la sensación de que iba a ser muy ruidosa. Pegaría gritos como una Banshee.

—Pensé que te gustaría.

Me reí, sintiendo cómo la tensión y el estrés del día se desvanecían bajo su sonrisa contagiosa.

—No lo hiciste —dije, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

Valen se encogió de hombros, con un brillo travieso en los ojos.

—Sí— dijo, jalándome hacia él—, y también tengo otra cosa en mente.

Me bajó suavemente a la cama y volvió a besarme, mientras sus manos recorrían mi cuerpo.

—He echado de menos esto —susurró Valen, su voz grave y ronca mientras me mordisqueaba el labio inferior.

—Yo también he echado de menos esto —respondí sin aliento, pasando los dedos por su espesa cabellera.

Sonreí y le besé, nuestras lenguas exploraron la boca del otro con avidez. Gemí suavemente, mi cuerpo hormigueaba de deseo.

—Maldición, Leana —gimió, con voz ronca—.Eres tan jodidamente sexy.

Solté una risita, sintiendo cómo se me sonrojaban las mejillas.

—Apuesto a que le dices eso a todas las chicas.

Valen rió entre dientes y volvió a besarme antes de bajar los labios por mi cuello. Sus manos pasaron de mi cintura al dobladillo de la camisa, y arqueé la espalda, instándole en silencio a que me la quitara.

—Paciencia, cariño —murmuró contra mi piel, sus dedos tanteando la tela—. Lo bueno se hace esperar.

Gemí de frustración cuando Valen por fin consiguió deslizar la mano por debajo de mi camisa, subiendo hasta tocarme los pechos a través del sujetador. Me pasó los pulgares por los pezones, endureciéndolos, y yo jadeé.

—Quítate los pantalones antes de que te mate —jadeé, mis caderas rechinando contra él.

Valen se apartó para mirarme, con una sonrisa de suficiencia en la cara.

—¿Es una orden?

Asentí con impaciencia y clavé mis ojos en los suyos.

—Sí. Ahora. —Ahora, antes de que detonara.

Se rió, inclinándose para besarme de nuevo antes de separarse para susurrarme al oído.

—Como quieras, mi amor.

Me perdí en el momento, en el calor de nuestra pasión. Nos besamos, tocamos y exploramos nuestros cuerpos hasta que ambos nos retorcimos de placer.

Después, nos quedamos tumbados, saciados y contentos, con nuestros cuerpos entrelazados en una maraña de miembros. Valen me miraba con ojos brillantes de amor y adoración.

Podría haberme dormido, pero no lo hice.

Esperaba poder pasar más tiempo con Valen, disfrutando de su presencia y deleitándome con la convivencia, pero esos asesinatos lo estaban estropeando todo.

Además, necesitaba hablar con Catelyn y advertirle, cuando menos. Necesitaba averiguar si ella era responsable de las dos muertes.

No dormiría hasta que lo hiciera.

10

Salté del tren N y me dirigí a la calle Ochenta y Tres en Bay Ridge, Brooklyn. Sí, dije *saltar*. La magia curativa de Valen había reparado por completo el esguince de mi tobillo, dejándolo como nuevo, tal vez mejor. Todavía no tenía ni idea de cómo funcionaba su magia curativa, pero mientras funcionara, no me importaba. Ahora tenía un tobillo completamente funcional con el que podía caminar y, si era necesario, correr.

Después de nuestra magnífica ronda de una hora haciendo el amor, Valen y yo decidimos que él hablaría con Shay sobre el Consejo Gris, y yo intentaría encontrar a Catelyn.

—Será mejor si se entera por mí —había dicho el gigante, frotándome la mandíbula con el pulgar mientras estábamos tumbados boca arriba, desnudos en la cama—. Prepararé su plato favorito.

—Pizza Peperoni —dije. Al menos lo sabía.

—Y hablaremos. Ella me escuchará. Créeme. Soy bueno con los niños.

—Me he dado cuenta. —Así era. Él tenía un don para ello mientras que yo fallaba en todos los aspectos posibles.

—Shay es una niña inteligente —decía el gigante—. Ella entenderá por qué llegaste tarde. Te perdonará.

Me acerqué y le besé el pecho.

—¿Le contarás sobre nuestros planes de huir a tu cabaña?

—Lo haré. —Sus ojos se clavaron en los míos—. Todo irá bien. Te lo prometo.

Después de ducharme y prepararme (y de tomarme mi tiempo para darle a Valen y Shay un poco de intimidad y tiempo suficiente para hablar mientras comían juntos), salí justo cuando oí a Shay y Valen hablando en la cocina. No había mirado atrás. No quería estropear lo que Valen había conseguido con tanto esfuerzo. Además, como él había dicho, era mejor que yo en esto.

Ahora, una hora más tarde, estaba en Bay Ridge, Brooklyn, de camino a casa de los padres de Catelyn, donde sabía que se alojaba ahora. Allí era donde prefería estar, con su familia en lugar de vivir con la pandilla en el hotel, lo cual era totalmente comprensible. Ella era, había sido, una humana, después de todo. No creció como otros paranormales. Pero ahora era parte de dos mundos. Y sabía que luchaba por encajar.

Los edificios eran una mezcla de casas de piedra rojiza, complejos

de apartamentos, un garaje y algunas tiendas de aspecto sucio. Me sentía como en una parte más industrial de la ciudad, una ciudad artificial de hormigón, cristal, acero y piedra. Las calles eran más estrechas de lo habitual y, cuando el sol desaparecía tras uno de los altos edificios, todo quedaba en la sombra.

Mi tensión aumentó cuando repetí mi conversación con Valen sobre su creencia de que, de algún modo, Catelyn había perdido el control y había cometido esos asesinatos. Una parte de mí no la creía capaz de eso. Tenía que creerlo. No tenía sentido. ¿Por qué haría algo así? Ella no odiaba a Valen. Lo respetaba. Él la había ayudado, le enseñó a controlar su gigante interior. ¿Por qué se volvería contra él ahora? ¿A menos que estuviera enferma o algo así? Haber sido convertida en una giganta era diferente a haber nacido como tal. Todos sabíamos lo que les había pasado a los paranormales creados por Adele. Todos enloquecieron y se volvieron locos.

¿Era eso lo que le estaba pasando a Catelyn? ¿Se estaba volviendo loca? ¿Perdida en esa misma locura?

Había pensado que ella estaría a salvo de eso. Hacía meses desde su transformación y nunca había mostrado signos de agresividad o manía. Pero tal vez estaba equivocada. Tal vez se estaba convirtiendo lentamente como esos locos paranormales de laboratorio.

Hablando de laboratorios, me preguntaba si debería intentar contactar con Bellamy. Si alguien podía aclarar un poco más el asunto, era ese científico brujo. Sí, era una mierdecilla, pero aun así, sabía mucho más sobre la transferencia mágica que nadie que yo conociera.

Hice una nota mental para contactarlo si no encontraba a Catelyn.

Sentí una repentina oleada de ira y violencia por lo que Bellamy y su grupo le habían hecho a Catelyn. Moví las piernas lo más rápido que pude sin parecer una velocista drogada. Algunos humanos, ignorantes de los peligros y horrores paranormales que los rodeaban, pasaron a mi lado mientras corría calle arriba.

Un gran edificio de cuatro plantas se extendía ante mí al final de la calle. Unas pocas luces brillaban en las ventanas que cubrían la mayor parte de la fachada. Encima de la entrada había un nombre escrito con letras desvaídas y desgastadas, apenas una sombra legible de lo que una vez fue. Podrían haber sido unos grandes almacenes. Los números sobre las puertas de cristal indicaban 858, la dirección que me había dado Catelyn.

Los humos de los tubos de escape, el pavimento caliente y el hedor de la basura desplazaban el aire nocturno mientras corría por la calle. La oscuridad se apoderó de los espacios donde no llegaban las farolas.

Me acerqué al edificio de apartamentos, abrí la puerta de cristal y entré. La casa de sus padres estaba en el cuarto piso. Al no ver ascensor, subí por las escaleras, agradeciendo en silencio a Valen su

magia curativa. No sentía dolor alguno en el tobillo. Hacía verdaderos milagros. Pensar en agradecérselo más tarde me hizo sonreír.

Del techo de la escalera colgaban luminarias quemadas, con las bombillas tubulares cubiertas de polvo y telarañas.

Apretándome el calambre que tenía en un costado, tragué grandes cantidades de aire, sintiéndome ligeramente mareada al llegar por fin a la cuarta planta.

—Maldición. En serio necesito hacer algo de cardio. — Especialmente una bruja de Luz Estelar como yo, que no podía volar ni coger una escoba mágica.

Entré en el oscuro pasillo y me di cuenta de que la mayoría de las luces del techo estaban apagadas, excepto una. Aun así, pude orientarme con bastante facilidad.

Al doblar la esquina, vi una puerta con una pegatina descolorida que indicaba 4B. Extendí la mano y se me congeló en el sitio.

La puerta estaba abierta, con una rendija apenas visible.

Bueno, *eso* no es bueno. Una puerta abierta era una receta para los problemas. Menos mal que yo era experta en eso.

—¿Hola? —llamé mientras golpeaba dos veces. Me asomé por el hueco, pero no pude ver gran cosa—. ¿Hola? —Intenté de nuevo—. ¿Catelyn?

Me latía el pulso y abrí la puerta lo más silenciosamente posible antes de entrar. El apartamento era de tamaño moderado para los estándares de la ciudad de Nueva York, iluminado con nada más que unas pocas lámparas de mesa, que creaban sombras largas y espeluznantes. Genial.

Los techos medían al menos tres metros, algo habitual en los edificios más antiguos, y las paredes estaban empapeladas con papel tapiz de los años ochenta.

Pero eso no era lo que había dejado mis brazos y piernas inmóviles.

Dos cuerpos yacían en el suelo del salón, con la piel demacrada y enfermiza bajo la tenue luz. Las sombras reflejaban sus pómulos afilados, sus mandíbulas puntiagudas y sus ojos hundidos. Tenían la boca abierta, como si intentaran gritar o detener lo que les estaba ocurriendo.

Al igual que las otras víctimas del restaurante de Valen, sus cabezas estaban dobladas en ángulos extraños, y unos atisbos de sus vértebras cervicales se asomaban a través de su piel marchita. No había olor a descomposición, sangre ni signos de lucha, salvo los cuellos rotos.

Era casi imposible distinguir al hombre de la mujer. Los cuerpos estaban demasiado deteriorados, demasiado demacrados para distinguir sus rasgos. Pero por la ropa que llevaban, el que estaba más

cerca de mí en el suelo era el de una mujer. El otro que yacía junto al sofá era probablemente masculino, a juzgar por su ropa.

Estaba mirando a los padres de Catelyn. ¿Había hecho *ella* esto? Cada vez más parecía que ella era la culpable. ¿Había realizado algún hechizo para robarles su energía vital? ¿Para hacerse... qué? ¿Más poderosa? Hasta donde sabía, sus padres eran humanos sin un gramo de sangre paranormal en sus cuerpos. Entonces, ¿por qué se veían exactamente como las víctimas brujas?

Cualquier enemigo de Valen no habría venido hasta aquí para matar a la familia de Catelyn. Eso no tenía sentido. No había motivo aquí. No. Esto fue una masacre.

Y parecía que Catelyn había matado a su familia.

Dios mío...

—Catelyn —respiré—. ¿Qué has hecho?

—Cielos —dijo una voz joven detrás de mí, haciéndome estremecer.

Me di la vuelta.

—¿Shay? ¿Qué demonios haces aquí? —Sí, mi hermanita, la que se suponía que debía estar odiándome todavía ahora mismo, estaba de pie a un metro de mí. Llevaba su conocida mochila y una expresión de sorpresa.

—Te he seguido —dijo Shay encogiéndose de hombros, como si fuera algo completamente mundano.

Me lleva esta niña. Tampoco era la primera vez que me seguía. No. La primera vez fue cuando salí para reunirme con Bellamy en el hotel de mala muerte en el que se alojaba y la siguiente fue en el edificio del Consejo Gris donde Darius había intentado matarme.

—¿Me seguiste en el tren? —Esa chica tenía más sigilo en sus piernas de once años que yo en todo mi cuerpo. Había nacido espía.

Shay volvió a encogerse de hombros.

—Eso fue fácil. No se te da muy bien esconderte.

Y yo que pensaba que mi sigilo me había mantenido en el negocio de Merlín estos últimos diez años.

—No deberías haberme seguido. ¿No estabas con Valen? Pensé que se suponía que te haría la cena y tendrían una charla.

—Lo hizo. La tuvimos. Estabas en la ducha. Me escabullí cuando te fuiste.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Le dije que me iba a la cama.

Levanté una ceja.

—Un poco temprano para irse a la cama.

Shay sonrió.

—Él no lo sabe. Sabía que ibas a coger el tren. Así que corrí a la estación y te vi. Tranquila.

—Dios mío, Shay. —Me acerqué a ella—. Pensé que no me hablarías.

Shay evitó mis ojos.

—Valen me dijo por qué llegaste tarde. También me habló del Consejo Gris.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Lo hizo. Bueno. Y... ¿qué piensas de eso? —No quería tener esta conversación ahora delante de estos muertos, pero me estaba hablando. No quería que se detuviera. Hasta que volviera a enfadarse conmigo, claro.

Mi hermanita se encogió de hombros.

—Es una mierda.

En eso tenía razón.

—Lo es. ¿Mencionó una cabaña en el bosque?

—Sí. —Shay echó un vistazo al apartamento.

—¿Y? ¿Es algo con lo que te sientes *bien*? Quiero decir... ¿ir a un sitio nuevo otra vez? —Odiaba hacerle esto, pero no estaba a salvo. No hasta que descubriera quién en el Consejo Gris quería poner sus manos sobre mi hermanita.

—No importa. No me importa.

La miré fijamente, sabiendo que eso significaba que *sí* le importaba.

—Lo siento, Shay. Sé que esto no es lo que habíamos hablado. Se suponía que íbamos a vivir con Valen, y que tú irías a esa escuela. Ah. ¿Cómo fue tu primer día? Dejando a un lado la parte en la que llegué tarde.

Shay volvió a encogerse de hombros, sin dejar de evitar mis ojos.

—Normal, supongo. No fue tan patético como pensaba.

—¿En serio? —Eso era interesante y desgarrador al mismo tiempo —. Te gustó. ¿Verdad?

Shay me miró y luego apartó la mirada.

—Lo que sea. No importa. —Vi cómo se alejaba de mí, claramente sin ganas de hablar de ello. Ya hablaríamos más tarde.

—Parecen momias. Como la del restaurante de Valen. —Shay miró fijamente a la mujer muerta, que supuse que era la madre de Catelyn.

—Sí —dije, acercándome y uniéndome a ella—. Sabes, realmente no deberías estar aquí y mirando eso. ¿Por qué me seguiste, Shay?

—Te oí hablar en la cocina —respondió, con los ojos entornados sobre el cuerpo de la víctima—. Quería ayudarte a encontrar a Catelyn. ¿Es aquí donde vive?

—Así es.

Shay se quedó con la boca abierta al ver que unía los puntos.

—¿Estas personas son sus padres?

—Eso es lo que pienso. Y creo que es hora de que nos vayamos.

Un ceño fruncido arrugó la cara de Shay.

—¿Quién hizo esto?

Respiré hondo, sin querer decir lo que pensaba. Pero Shay tenía una forma de saber si estaba mintiendo, y siempre parecía saber cosas que no debía.

—Creo... creo que Catelyn hizo esto.

—No... —Shay frunció el ceño—. Ella no haría esto. Estás equivocada. Catelyn no haría esto. Lo sé.

—No creo. Todas las pruebas apuntan a ella. —Pero el motivo no estaba claro.

—Te equivocas —repitió Shay, esta vez más alto—. Es mi amiga. Es buena. No mataría a su madre y a su padre. No lo haría.

Apoyé una mano en su hombro, pero ella se apartó de mí.

—Catelyn es diferente al resto de nosotros. No nació gigante. La transformaron.

—Lo sé —dijo Shay, con la mandíbula desencajada por la ira.

—Y otros como ella que fueron hechos en ese laboratorio, bueno, se volvieron iracundos. Violentos. Muy violentos hasta que se perdieron en esa locura. Mataron a mucha gente inocente. Pensamos... —pensé— que Catelyn era diferente ya que no se *volvió* como las otras. Pensé que ella estaría bien.

Shay negaba con la cabeza, pero no decía nada.

—También es mi amiga —le dije—. Y quiero ayudarla. Pero tengo que encontrarla antes de que haga daño a alguien más.

Cuando Shay por fin me miró, tenía lágrimas en los ojos.

—Vas a matarla. ¿Verdad?

Me quedé parada un momento, sorprendida por su comentario.

—No. No quiero matarla. —Esa era la verdad. Vine aquí para advertirle, y ahora viendo lo que le había hecho a sus padres, estaba aquí como una amiga para ayudarla. Puede que nunca vuelva a vivir entre nosotros o entre humanos. Había lugares e instituciones a los que podía ir, pero yo no iba a matarla. Sólo tenía que hacer que se detuviera.

—Estás mintiendo —espetó Shay.

—No lo estoy. De verdad. Sólo quiero ayudarla. Lo prometo. —Miré alrededor del apartamento—. Ella necesita ayuda. Nuestra ayuda. Tengo que encontrarla antes que los demás.

—Porque quieren matarla —acusó Shay, más como una afirmación que como una pregunta.

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—Te ayudaré. —Shay ajustó las correas de su mochila—. Puedo ayudar —repitió, percibiendo mi objeción.

—Escucha —dije, acercándome a ella—. Catelyn no es ella misma

ahora. Es peligrosa. Es una jodida gigante.

—Giganta —corrigió mi hermana.

—Exacto. Y muy fuerte. Además —dije, señalando los cuerpos—, puede manejar la magia. No me gustaría que te pasara nada. Además, deberías estar empacando.

—Quiero estar aquí contigo —dijo mi hermana—. Por favor. Puedo ayudarte.

La desesperación de sus ojos me estrujó el corazón. Sabía que era su intento de demostrarme que no era inútil. Que tenía magia. Que era fuerte.

—Bien —dije, y no podía creer que acababa de aceptar. Pero las probabilidades de encontrar a la giganta esta noche eran escasas. Llevaría a Shay a buscar por la ciudad y luego regresaríamos a casa.

—Vamos —le dije, agarrándola del brazo y jalándola hacia mí.

—¿Pero qué pasará con ellos?

—Es demasiado tarde para ellos —dije. Tampoco llamaría al Consejo Gris. Eso solo los alertaría sobre Catelyn. Necesitaba tiempo para encontrarla antes que ellos.

—¿Qué hacen aquí? —Se oyó una voz desde la puerta.

Catelyn entró en su apartamento, con una sonrisa de sorpresa en la cara al vernos a Shay y a mí.

Parece que Catelyn nos encontró primero.

11

Catelyn entró en el apartamento de sus padres con unas bolsas de compras en las manos.

—¿Leana? Me vió a mi y luego a Shay—. ¿Habíamos planeado algo? ¿Me olvidé...?

Sus ojos se posaron en los dos cuerpos del salón.

Se oyó como si se rompiera un cristal cuando sus bolsas cayeron al suelo.

Y luego, bueno, luego vinieron los gritos.

Catelyn soltó un aullido desgarrador que no creí humanamente posible. Se me erizaron los pelos de la nuca cuando se acercó corriendo y cayó de rodillas junto al cuerpo de su madre.

Shay me miró, con sus ojos verdes muy abiertos de miedo e incertidumbre.

Levanté la mano, haciendo un gesto a Shay para que se quedara donde estaba, mientras yo me acercaba a Catelyn.

—No, no, no —se lamentó Catelyn, meciéndose de un lado a otro con el cuerpo de su madre entre los brazos, sollozando frenéticamente.

Se me contrajo el pecho ante su dolor. Yo había sufrido una pérdida anteriormente, la pérdida de una madre, pero nada como esto. Fue un ataque sin sentido, y ella había perdido a sus padres en una noche. Era difícil imaginar ese tipo de dolor.

Observé a Catelyn mientras seguía meciéndose, murmurando cosas entre sollozos. Con el cuerpo de su madre aún agarrado con fuerza, golpeó con uno de sus puños el suelo de madera. Y luego otra vez. Y otra vez.

Estaba conmocionada. Devastada. Abrumada por el dolor. No era una reacción que creyera posible en alguien que había matado a sus padres. Todo lo contrario. Pero aún era posible que no *recordara* haberlo hecho. Que hubiera perdido el control como Valen había sugerido. Era lo que había temido por ella, que la locura que se había apoderado de los otros paranormales creados en el laboratorio algún día se apoderara también de ella. Y ahora, ya no estaba segura.

—¿Leana? —susurró Shay, y me volví al notar el nerviosismo en su voz. Iba de un lado a otro y parecía a punto de salir corriendo del apartamento.

Volví a levantar la mano.

—Todo irá bien. Quédate ahí.

Volví a centrar mi atención en la giganta, cuyos gritos se habían

desvanecido en un gemido lloroso y gorgoteante. Entonces cayó al suelo y su cuerpo se acurrucó en una estremecedora posición fetal junto a su madre.

Maldita sea. Pensé si debía llamar a Valen, pero no estaba segura de qué podía hacer él que yo no pudiera. Aún así, debería saber que encontré a Catelyn y que Shay se había escapado.

Saqué el teléfono, pues había decidido llamar a mi gigante, y pasé el dedo por la pantalla.

—Leana —Llegó la voz de pánico de Shay.

—No te preocupes. Voy a llamar a Valen.

Shay emitió un pequeño sonido aterrorizado. La miré y me di cuenta de que se había acercado a la puerta. Pero se había quedado inmóvil, con los ojos muy abiertos mientras miraba algo detrás de mí.

La adrenalina se disparó cuando me di la vuelta. Catelyn estaba de pie y mirándome fijamente.

Me encogí, no me lo esperaba. Ni siquiera la oí ni sentí que se moviera.

—Vaya. Te has levantado muy rápido.

Me quedé mirando a la mujer que tenía delante. Era alta, quizá casi tanto como yo, pero donde a mí me faltaban curvas y busto, a ella le sobraban. Su rostro estaba oculto por mechones de pelo castaño claro que se pegaban a su rostro lloroso y descansaban justo debajo de sus hombros. A primera vista, se podría pensar que se trataba de una mujer normal y corriente. Pero era todo lo contrario de normal o incluso humana. Ya no lo era. Era una giganta. Pero lo que se reflejaba en esos ojos ahora era sólo odio... hacia mí.

Metí mi teléfono en el bolsillo.

—¿Catelyn? —Mis ojos recorrieron a mi amiga, y vi rastros de sospecha cruzar su rostro, como si pensara que *yo* había matado a sus padres.

Oh-oh.

—Tú los mataste —gritó, con los ojos desorbitados, y supe que la había perdido en ese momento—. ¡Tú hiciste esto! ¡Tú mataste a mis padres!

Levanté las manos en señal de rendición, consciente de que Shay estaba detrás de mí y más cerca de la puerta.

—Yo no lo hice. Yo no he hecho esto. Te lo juro. Nunca les haría daño a tus padres. Tú me conoces. Sabes que nunca podría hacer esto. ¿Catelyn?

Los ojos de Catelyn se encendieron con furia maníaca.

—Tú los asesinaste. Mataste a mi única familia. —Se llevó la mano a la cabeza y se jaló el pelo—. Te creí, pero todos son iguales. Todos ustedes. No les importamos. Sólo nos *utilizan*. ¡Nos matan!

Un grito salió de su garganta, y luego empezó a agitarse y

convulsionarse mientras un estruendo de magia golpeaba el aire. Con un destello de luz, Catelyn volvió a caer de rodillas, aullando mientras su rostro y su cuerpo se hinchaban hasta alcanzar proporciones antinaturales.

Bueno. *Ahora* era el momento de entrar en pánico.

El rostro y el cuerpo de Catelyn cambiaron y crecieron hasta triplicar su tamaño normal. El suelo crujió y tembló cuando ella se puso en pie. La cara de mi amiga seguía allí, sólo que más grande, con una ceja prominente y una mandíbula superior saliente, lo que le daba un aspecto más neandertal. La ropa se le estiraba y desgarraba a medida que crecía. Ahora apenas colgaban, como tiras de harapos que mostraban más piel de giganta de lo que me hubiera gustado.

Sí, incómodo.

Estaba encorvada y su impresionante cabeza rozaba el techo. Sus cuatro metros eran demasiado altos para estos apartamentos. Puede que no fuera tan enorme como Valen. Pero seguía siendo aterradoramente grande y robusta.

Era demasiado fuerte como para luchar con ella mientras tenía que proteger a mi hermanita.

Se me cortó la respiración. Catelyn, la humana, se había ido. Se había acabado. Estábamos jodidos.

—*Te mataré* —gruñó la giganta, con una voz tan alta que hizo temblar las paredes. Me sonrió, con una expresión retorcida que, de algún modo, era incorrecta en su rostro, más horrible.

Sin dejar de mirar a la giganta, retrocedí unos pasos con cuidado, bloqueando a Shay de la vista de Catelyn. Giré ligeramente la cabeza y susurré:

—Cuando te diga que corras, corres. ¿Entendido? —le ordené a mi hermanita.

—Sí —respondió Shay detrás de mí, asustada, lo que me infundió una rabia repentina y un aplastante sentimiento de protección. Tenía que sacarla de aquí.

Nunca dejaría que nada le pasara a Shay. No quería herir o incluso matar a Catelyn, pero si iba a por mi hermana... no tendría elección. Eso me atormentaría por el resto de mi vida, pero no lo pensaría dos veces antes de hacerlo.

El sol se había puesto, así que Shay estaba indefensa. Pero yo no lo estaba.

Con el corazón palpitante, respiré hondo, recurrí a mi voluntad y alcancé la energía mágica generada por el poder de las estrellas. Me invadió un escalofrío de magia y lo contuve. Estaba preparada para ella.

Pero aún esperaba poder llegar a la giganta de algún modo. A esa parte de la mujer humana que me conocía, mi amiga, tenía que seguir

ahí dentro.

—Catelyn. Me conoces —dije y di otro paso atrás—. Sabes que nunca haría nada para dañarte a ti o a tu familia. Te ayudé. Te ayudé a instalarte en el hotel. Te di mi apartamento —vale, me lo devolviste —, pero aun así, eso significa algo. ¿Eso significa algo? Significa que somos *amigas*.

La giganta ladeó la cabeza como un perro que intenta entender los disparates que le estás contando.

—*Te romperé los sesos* —bramó la giganta.

—¿Es realmente necesario? Me gusta tener el cerebro donde está.

Su rostro neandertal se arrugó en una sonrisa perversa mientras decía*:*

—*Ahora vas a morir. Te arrancaré las piernas y los brazos y veré cómo te desangras. Y luego te golpearé hasta que no quede nada.*

—Y yo que pensaba que éramos amigas. Incluso te presté mi coletero. Es tuyo, sabes. Puedes quedártelo.

—*¡Perra asesina!* —De la boca de la giganta salió saliva—. *Mataste a mis padres. ¿Por qué? ¿Por qué? No importa. Estás muerta.*

Dejo escapar un suspiro tembloroso.

—Bueno. Supongo que hablar no solucionará nada. Parece que va a ser a puñetazos. Luces estelares y puñetazos.

La giganta golpeó el suelo con los dos puños. El impacto hizo estallar astillas y fragmentos de madera. Se echó hacia atrás y, con una poderosa patada de sus gigantescas piernas, se abalanzó sobre nosotras, grande y semidesnuda, con algunas partes rebotando. Maldita sea, nunca podré borrar eso de mi mente.

—Buena charla.

Bien, hora del plan B. ¿Cuál era el plan B? Ah, sí. Salir disparadas corriendo.

—¡Corre!

Me di la vuelta, empujando a Shay delante de mí. Una explosión retumbó en mis oídos como si acabara de estallar una granada. Las tablas del suelo se levantaron cuando un enorme puño golpeó el lugar donde habíamos estado hacía unos segundos.

Mierda. Mierda. Mierda.

—¡A las escaleras! —grité mientras Shay desaparecía por la puerta principal del apartamento.

¿Yo? No tuve tanta suerte.

Algo me agarró de la pierna y, de repente, dejé la tierra firme mientras mi cuerpo levitaba horizontalmente. Bueno, sí, siempre había querido volar, pero no así.

Era perfectamente aceptable entrar en pánico en este momento.

Así lo hice.

El terror se apoderó de mí y caí al suelo, sabiendo lo que vendría a

continuación. El dolor se intensificó cuando mi espalda y mi costado entraron en contacto con la dura pared.

Con la mandíbula apretada, extendí la mano y llamé a mis luces estelares. Sí, me dolía todo y me sentía como si hubiera caído en una picadora de carne, pero aún podía hacer algo de magia. No caería como una cobarde. Yo era una Merlín, maldición. No me dejaría aplastar por una giganta semidesnuda, furiosa y delirante.

Me asaltaron los instintos y me puse en pie de un salto justo cuando una hembra imponente, con una boca capaz de tragarse toda mi cabeza, se abalanzó sobre mí con los puños dispuestos a golpearme hasta morir, tal y como me había amenazado.

Menos mal que no había soltado mis luces estelares.

Mi cuerpo se inundó del hormigueo de la energía de la luz estelar que brotaba de mis entrañas y recorría mis manos.

El suelo tembló con el peso de Catelyn cuando su enorme cuerpo se abalanzó sobre mí, las tablas del suelo se partieron y se levantaron: una pesadilla de renovación.

Levantó los puños y arremetió.

Una ráfaga de luz blanca salió disparada de mis dedos extendidos, golpeó a la giganta en el pecho y cubrió su cuerpo con una sábana de luz blanca.

La giganta soltó un grito de dolor y sus enormes extremidades se agitaron como si intentara nadar de espaldas, mientras atravesaba el apartamento con un estruendo, chocaba contra la pared del fondo y desaparecía al atravesar un panel de yeso.

—¿Está muerta? —Shay apareció a mi lado, sus ojos en el gran agujero en la pared frente a nosotros.

—Shay. —La miré incrédula—. Te dije que te fueras. —¿Qué demonios hacía ella aquí todavía?

Shay me miró.

—No quería irme. Quería matarte. Puedo ayudar.

—Sé que quieres hacerlo. Pero luchar contra una giganta es como luchar contra un dinosaurio. Ni siquiera estoy segura de *poder* derrotarla. Es muy, muy fuerte.

Por supuesto, Catelyn eligió ese preciso momento para hacer su aparición de nuevo.

—*¡Bruja! ¡Te mataré!*

La giganta salió del agujero de la pared con el pelo, la cara y el cuerpo cubiertos de yeso, polvo y fragmentos de yeso. Entonces gritó y empezó a correr hacia mí.

Suspiré.

—Me estoy poniendo demasiado vieja para esta mierda.

La giganta estaba casi sobre mí, esas enormes piernas la impulsaban más rápido de lo que creía posible.

—¡Atrás! —Empujé a Shay hacia abajo, planté mis pies y tiré de mi magia estelar.

Una vez más, el poder de las estrellas respondió.

Junté las muñecas y solté mi poder. Un rayo de luz blanca brillante salió disparado. Golpeó a la giganta en el lado izquierdo del pecho. No la hizo retroceder, pero la desequilibró durante unos segundos.

Segundos preciosos.

—¡Vamos! —Agarré a Shay por el brazo, la arrastré conmigo y salí del apartamento con demasiada fuerza. Por un segundo, temí haberle dislocado el hombro—. La altura del techo es baja. No puede pasar por aquí.

La enorme explosión detrás de nosotros dijo lo contrario.

Dios, odio cuando me equivoco.

La giganta se agachó y se puso en cuatro patas, recordándome a un gorila grande y furioso. En esa postura, le faltaba algo de movilidad en las extremidades, pero eso no le impedía acercarse a nosotros. Sus ojos no eran los ojos de mi amiga. Estaban enloquecidos, llenos de dolor y furia por mí.

La giganta entró corriendo en el pasillo. Se detuvo, al parecer tras percatarse de la presencia de mi hermanita. Sus labios se curvaron en una sonrisa grotesca y sus ojos, fríos y calculadores, se ensancharon con un placer enfermizo ante la perspectiva de aplastar los sesos de Shay que me hizo subir la bilis al fondo de la garganta.

—¡Ve a las escaleras y sal! ¡Ahora!

Frenéticamente, empujé a Shay hacia la escalera.

Pero la giganta fue demasiado rápida.

Justo cuando Shay se apresuraba a subir las escaleras, miró por encima del hombro y tropezó.

Todo mi mundo se ralentizó en ese momento. Los acontecimientos sucedieron a cámara lenta: Shay cayendo, la giganta alcanzándola, y yo allí de pie como un idiota y observando.

Así que hice la única tontería que podía hacer.

Antes de que mi mente se pudiera sincronizar con mis piernas, corrí a toda velocidad hacia delante y me lancé sobre la giganta, extendiendo los brazos como si fuera a darle un abrazo de oso. ¿Podría estrujarla hasta la muerte? Lo dudo.

Golpeé a la giganta y me colgué de ella como un bebé chimpancé. Ella se estremeció, no se lo esperaba, y su gruñido me dijo que no estaba contenta.

La miré y sonreí.

—Pensé que te vendría bien un abrazo.

—*¡Argh!* —bramó, tirando de mí y sacudiéndome como si fuera una sanguijuela chupasangre.

Alcancé a ver a Shay agazapada en el hueco de la escalera, con los

ojos de par en par por el susto, justo cuando la giganta me arrojó por el pasillo como si fuera una muñeca de trapo. Caí al suelo y rodé hasta detenerme. Ay. Iba a necesitar mucho del toque curativo de Valen después de esto. Como si no me gustara.

Aún así, todavía no estaba derrotada. Y tenía que pensar en Shay. Me impulsé hacia arriba mientras la giganta se agachaba en el mismo sitio.

Un vacío me golpeó las entrañas ante lo que vi en su rostro. Los ojos de Catelyn estaban clavados en Shay, con el rostro desencajado y los ojos desorbitados. Nuestras miradas se encontraron y, por un momento, creí ver un pequeño reconocimiento, pero entonces entrecerró los ojos hacia mí y me enseñó los dientes como un gato que sisea.

Luego empezó a perseguir a mi hermanita otra vez, cayendo trozos de cartón yeso donde su espalda rozaba el techo.

Mierda.

—¡Aquí! ¡Toma, giganta fea! Ella no tuvo nada que ver con tus padres. Fui yo. ¡Fui yo! ¡Yo lo hice! ¡Yo los maté!

En ese momento, la enorme mujer se detuvo, sus ojos ardiendo de rabia fría y corrupta.

—Sí, así es. Es a mí a quien quieres. —Miré a Shay, intentando decirle con los ojos que se largara de aquí, pero la niña era testaruda. Parecía que ambas habíamos heredado ese gen.

La giganta gritó con rabia frustrada.

—*¡Te mataré!* —Se arrastró como un cangrejo hacia mí, avanzando más rápido que antes.

Y entonces me moví. Me tambaleé y le di a la giganta una fuerte patada en las tripas. Gruñendo de dolor, se tambaleó hacia atrás, pero no duró mucho.

—¡Cuidado! —gritó Shay.

—¿Qué?

Me lancé hacia atrás y caí al suelo rodando. El aire se movía por encima de mi cabeza. Seguidamente, algo duro me golpeó en la espalda, justo cuando me asaltaba el aliento caliente de la giganta. Caímos juntas al suelo, yo de cabeza, mientras la tierra y Dios sabía qué más se deslizaba por mi cara.

Siseando entre dientes, rodé sin esperar a que la giganta me aplastara hasta matarme. Me zafé de su peso y me puse en pie. Me lanzó un enorme puñetazo, como si yo fuera un molesto tábano, pero la esquivé y le di una patada en la rodilla tan fuerte como pude.

Apenas se inmutó, pero eso consiguió enfurecerla aún más. Sus ojos brillaban con furia y un hambre salvaje de aplastarme el cerebro.

—Genial. —Esto tenía que parar.

Decidida, reuní toda mi voluntad y toda la fuerza que pude en ese

instante para lanzar la mano derecha y soltarla.

El rayo de luz blanca y deslumbrante golpeó a la giganta justo en medio de la frente. Estaba apuntando a su pecho, pero da igual.

Se tambaleó hacia atrás, aturdida por un momento. Luego vi cómo se le ponían los ojos en blanco y caía de bruces al suelo.

Un estruendo resonó a nuestro alrededor cuando el impacto me levantó del suelo. Lo siguiente que vi fue que el cuerpo de la giganta destellaba con una luz, y entonces sus rasgos, sus miembros, empezaron a transformarse y a encogerse hasta que volvió a su tamaño humano.

Shay estaba a mi lado en el siguiente segundo.

—¿Está muerta?

—No lo sé. —La había golpeado fuerte, muy fuerte, con un montón de mi magia estelar—. Déjame ver. Tú quédate atrás —Le advertí mientras avanzaba y me arrodillaba junto a la giganta, que con suerte estaría inconsciente. Extendí la mano y apreté los dedos contra su cuello.

—Hay pulso. —Me sentí aliviada y un poco ansiosa. No estaba deseando que se despertara de nuevo.

Me levanté y entré corriendo en su apartamento.

—¿Qué estás buscando? —Shay corrió a mi lado.

—Necesito algo para taparla. —Corrí a uno de los dormitorios, encontré un albornoz blanco y lo agarré—. Y necesitamos atarla. Mira a ver si encuentras alguna cuerda o vendas para atarla. —No me gustaba, pero no tenía elección.

Volví al pasillo y le tendí el albornoz a Catelyn. No quería tener que pensar si había sido ella quien había matado a esos brujos y a sus padres. Todas las pruebas la señalaban, y había visto la locura en sus ojos. ¿Pero era la misma locura que la de los otros paranormales de laboratorio o sólo un destello de locura temporal al ver a sus padres muertos?

Eso lo iba a descubrir.

Pero primero, agarré mi teléfono y llamé a Valen.

12

Me senté en el sofá de mi antiguo piso trece, con las manos alrededor de una taza de café caliente, mientras reflexionaba sobre los acontecimientos relacionados con Catelyn. Valen había aparecido diez minutos después. Después de hacer todo lo posible por limpiar parte de los escombros y el desorden, cerramos la puerta del apartamento y nos fuimos. Valen había llevado a la aún inconsciente Catelyn, ahora con las muñecas y los pies atados, hasta su Range Rover Sport y la había colocado en el maletero.

—¿No vamos a llamar al Consejo Gris? —había preguntado Shay. Ella sabía más que yo a su edad sobre la política de nuestro mundo, y no iba a mentirle sobre mis sospechas de que no todos los miembros eran dignos de confianza.

—No. No confío en ellos. No podemos arriesgarnos a involucrar al Consejo Gris. No hasta que sepamos más. —Conociendo a ese bastardo de Clive, podría usar esto para llevarse a Catelyn y tal vez incluso a Shay.

Por eso había llamado a las autoridades humanas, una llamada anónima al 911 desde el restaurante cercano. Sus padres eran humanos, al fin y al cabo, así que debería ser un caso del que se encargaría la policía humana. Sin embargo, no era sólo un caso humano, no realmente. Era más paranormal que otra cosa. Pero era mejor que lo manejaran ellos por ahora.

Una vez que decidimos que Catelyn estaría más segura en el hotel —también el mejor lugar para vigilarla mientras intentábamos averiguar qué había pasado y por qué había hecho lo que había hecho —, Valen la había llevado a mi antiguo apartamento, en la decimotercera planta. Algunos inquilinos nos lanzaron miradas, pero nadie nos detuvo ni nos prestó más atención. Supongo que llevar a mujeres paranormales inconscientes era algo habitual en la decimotercera planta.

Sin embargo, en esta planta se corría la voz como un virus, así que, naturalmente, toda la pandilla apareció unos instantes después.

—No me lo puedo creer —dijo Elsa al entrar corriendo—. ¿Y crees que mató a sus padres? No. No lo creo. Catelyn nunca podría matar a sus padres. Ella los amaba. Se mudó para estar con ellos.

Negué con la cabeza y miré a Shay, que estaba muy callada a mi lado. Catelyn era su amiga, y sabía que toda aquella experiencia la había traumatizado. Sólo tenía once años, y aunque era bruja y había

pasado penurias a su edad, no debió haber estado allí viendo cómo Catelyn quería matarla.

Pensé en acercarme y apretarle el hombro, pero luego lo pensé mejor. No creí que ella quisiera eso.

—Créelo —dije en su lugar, mirando a la bruja mayor con el ceño fruncido—. Yo estuve allí.

—¿Crees que la locura se está apoderando de ella como de los demás? —Julian se sentó en uno de los sillones, con los ojos clavados en la puerta del dormitorio, donde Catelyn seguía dormida.

—Tal vez. —Imágenes de los padres muertos de Catelyn destellaron en mis ojos—. Tendrías que estar loco para hacerle eso a tus padres. Bueno, a los padres que amabas, y sé que ella los amaba. Nadie en su sano juicio podría hacer algo tan horrible.

—Pero ella estaba bien —dijo Elsa, la incredulidad y la negación todavía en su cara—. Era una de nosotros. Podía controlar los cambios. No mostró ningún signo de violencia. Ni una sola vez. Jamás.

—No sé qué decir, Elsa. Todas las pruebas apuntan a ella —dije—. Se mudó. Tal vez empezó a actuar diferente, pero no estuvimos ahí para verlo. —Tal vez nunca debimos dejar ir a Catelyn. Si no lo hubiéramos hecho, tal vez nada de esto habría sucedido.

—Deberíamos haberla mantenido aquí. —La voz de Jade estaba cargada de emociones—. Habríamos visto si algo iba mal. Podríamos haberla ayudado. Podríamos haberla detenido.

—No sé si alguno de nosotros podría haberlo hecho —le dije—. No hay cura para esto. La crearon así, como a los demás. Pensé que era diferente de los otros paranormales de laboratorio, ya que habían usado a Valen para crearla. No sé... ¿Por sus habilidades curativas? Pensé que estaba libre de esa locura.

—Parece que no —dijo Julian. Miró a su alrededor, con el ceño fruncido—. ¿Dónde está Valen?

—Volvió al apartamento para asegurarse de que apareciera la policía y no el Consejo Gris. Si veían lo que había pasado... nunca volveríamos a ver a Catelyn.

—Pero no es culpa suya. —Jade tiró de la parte delantera de su camiseta de Def Leppard, su traje de Cher no se veía por ninguna parte—. Tú lo has dicho. No era ella misma. Podría alegar demencia temporal.

—Ves demasiada televisión —espetó Elsa—. Eso no existe en nuestro mundo. La encerrarán o algo peor.

Jade respiró hondo.

—¿Crees que la matarán?

El rostro de Elsa palideció.

—No. Creo que la estudiarán y le harán cosas terribles, terribles.

Sabía exactamente a qué clase de *cosas* terribles se refería. El

Consejo Gris se había llevado todo el equipo de laboratorio y los archivos de los talleres de transferencia de Adele. Podrían haberlos destruido, pero no lo hicieron. Siempre me había preguntado si intentarían utilizarlos para crear sus propios ejércitos paranormales como Adele había planeado. Estaba bastante seguro de que por eso lo guardaban todo.

Me sacudí el pensamiento de la cabeza. Necesitaba concentrarme en Catelyn por ahora. Ya pensaría en eso más tarde.

—Necesito sentarme. —Elsa se dirigió al comedor, cogió una silla y la arrastró hasta el salón—. No puedo creer que esté pasando esto. Lo estaba haciendo tan bien. Pero... ¿qué hacemos ahora? Si, como dices, no hay cura, ¿qué hacemos cuando despierte?

Había pensado en eso.

—¿Alguno de ustedes tiene hechizos o pociones para dormir? Necesitamos mantenerla en su forma humana hasta que sepamos qué hacer. Sedada sería lo mejor. Cuanto más tiempo pudiera dormir y no pensar en los horribles sucesos, mejor.

—Estoy en eso —Julian se levantó—. Tengo una poción para dormir. Más bien una vela para dormir. La enciendes y los vapores actúan como un gas somnífero, vapor de halotano. Dura unas cuatro horas.

—Bien. ¿Puedes buscarla ahora?

—Vuelvo enseguida.

Vi cómo Julian desaparecía por la puerta abierta. Apenas había bebido dos sorbos de café cuando regresó con una vela azul. Sin decir palabra, entró en el dormitorio de Catelyn y cerró la puerta.

—No entiendo todo esto —dijo Jade, su ansiedad elevando su voz —. ¿Crees que también mató a esas dos personas en el restaurante de Valen?

—Murieron de la misma manera. El mismo cuello roto. ¿Quizás tuvo un ataque de manía y los mató sin darse cuenta de que lo estaba haciendo? —Admito que era una pésima teoría. Y todavía estaba escéptica sobre su uso de la magia para drenar a sus víctimas. Pero en este punto, Catelyn era nuestra única sospechosa.

—Sin un motivo o una razón real, todo parece un poco raro. —Elsa frotó su medallón con ambas manos—. ¿Intentaste hablar con ella? Estoy segura de que si hubieras hablado con ella, habría venido de buena gana contigo.

Me estremecí al recordar el dolor de Catelyn al ver a sus padres. Entonces, como un interruptor, la Catelyn que yo conocía desapareció.

—Créeme. *Intenté* hablar con ella. No funcionó. Se sumergió en un lugar oscuro. —Conocía ese lugar. Había estado allí antes—. Ella nos atacó. Quería matarnos. A Shay y a mí. —Volví a mirar a mi hermana. Tenía la cabeza gacha y la tableta en la mano, pero la pantalla estaba

en negro. No nos miraba a ninguno de nosotros—. Podría haber salido mal. Fue una suerte que consiguiera noquearla. —Estaba bastante segura de que mi cerebro se habría hecho papilla si no lo hubiera hecho.

Julian salió del dormitorio y cerró la puerta tras de sí.

—Con eso bastará durante unas horas más o hasta que se consuma la vela. —El alto brujo llegó al salón y se hundió en su silla.

—Gracias —le dije y suspiré—. Eso nos dará tiempo para pensar qué hacer.

Julian se reclinó en la silla y se pasó los dedos por el pelo.

—No vas a alertar al Consejo Gris. ¿Verdad?

—No.

—Se van a enterar —dijo el brujo de pociones—. Tal vez no esta noche. Pero probablemente mañana se enterarán de esas muertes.

—Y harán la conexión con Catelyn —dijo Jade, su voz tranquila y áspera, su rostro pálido—. Tienen toda su información. Saben todo sobre sus padres y dónde viven.

La idea de Catelyn atada a una máquina de diálisis mágica removió algo en mí, y aparté rápidamente la mirada antes de que mi rostro me delatara.

Exhalé un largo suspiro, tratando de aliviar la tensión de mis miembros y preparando mi mente para concentrarme.

—Así que eso no nos deja mucho tiempo.

Elsa miró en dirección al dormitorio.

—No puede quedarse aquí —dijo. Su voz vaciló un poco mientras nos miraba, con planes formándose detrás de sus ojos y su pálida piel volviéndose un tono más oscura. Me di cuenta de que le subía la tensión.

—No, no puede —asentí, sintiendo los ojos de Shay sobre mí—. Este es el primer lugar donde la buscarán. Sabían que se quedaba aquí primero, y saben que somos sus amigos. No. Tenemos que encontrar un lugar para esconderla.

¿Pero por cuánto tiempo? Tan pronto como Catelyn despertara al terminarse esa vela hechizada, recordaría lo que le pasó a su familia y volvería a culparme, y entonces se transformaría de nuevo en su forma de giganta, y volveríamos al punto de partida.

—Si está matando gente —dijo Julian—. Quizás contactar con el Consejo Gris no sea tan mala idea...

—¿Estás loco? —gritó Jade—. La torturarán.

Julian levantó las manos.

—Quizá. Pero, ¿has pensado que quizá no lo hagan? ¿Y si son los únicos que pueden tratar con alguien en su situación? Quizá el Consejo Gris sea el lugar perfecto para ella. Es un decir.

—Ahora mismo te odio —refunfuñó Jade, y noté que Shay le

lanzaba miradas furiosas a Julian.

—No me importa. Pero tienes que oír esto —dijo el brujo—. Me agrada Catelyn, de verdad. Pero si está loca como dijiste, ¿cómo planeas controlarla? ¿Cómo vas a evitar que mate a otras personas? ¿Qué pasa si se vuelve loca de nuevo y lastima a uno de nosotros? ¿Nos mata? ¿Y entonces qué? ¿Qué vas a hacer? Casi te mata a ti y a Shay esta noche. ¿Verdad? Las oí por casualidad. La próxima vez, puede que no tengas tanta suerte.

Odiaba admitirlo, pero lo que decía Julian empezaba a tener mucho sentido. Sin embargo, no estaba dispuesta a rendirme.

—¿Conocemos alguna poción o hechizo que pueda ayudar? ¿Algo para calmarla?

—¿Como el Valium? —Elsa me parpadeó—. Puedo conseguir Valium. La calmará en su forma humana. Pero como gigante, no estoy segura de que funcione.

—Entonces se lo damos mientras es humana —dijo Jade—. Sí. Eso funcionará.

—¿Así que tu plan es mantenerla drogada por el resto de su vida? —Julian negó con la cabeza—. ¿Ese es tu plan maestro? Odio decírtelo, pero apesta.

Jade se puso en pie de un salto.

—¿Tienes una idea mejor, genio?

La irritación brilló tras los ojos de Julian.

—Sí. Entregarla al Consejo Gris.

Elsa se levantó de la silla y los tres empezaron a gritar. Me zumbaron los oídos cuando la habitación se convirtió en un caos de gritos, llantos y discusiones, siendo Julian el más ruidoso de todos.

Miré a Shay.

—Hola. ¿Estás bien?

Shay mantuvo los ojos fijos en la pantalla negra de su tableta y se encogió de hombros.

La culpa me hacía sentir mal por dentro. Nunca debería haber estado allí. Ojalá supiera lo que estaba pensando. Era demasiado para un cerebro de once años. Una parte de mí quería abrazarla. ¿Pero lo aceptaría? No estaba segura.

Se hizo un silencio repentino y levanté la vista para encontrarme a Valen entrando en el apartamento.

—¿Y? —Me levanté cuando vino a reunirse con nosotros en la sala de estar.

Los ojos de Valen se dirigieron directamente al dormitorio, donde había tumbado a Catelyn en la cama.

—¿Sigue durmiendo? —Su confusión era evidente en su rostro.

—Julian le dio una vela para dormir —le dije, sin saber cómo llamarlo—. Estará inconsciente unas horas más. No puede hacerle

daño a nadie. Al menos, no por un tiempo.

Valen me miró y dijo:

—Catelyn no mató a sus padres.

Fue como si me cayera una bola de plomo en la boca del estómago. Me quedé con la boca abierta y tardé unos latidos en volver a controlarla.

—¿Qué? ¿Estás seguro? —Por el rabillo del ojo, vi que Shay sacudía su tableta, con la atención puesta en Valen.

—Estoy seguro —dijo el gigante—. Como no pude localizarla por teléfono, le pedí a un amigo mío, Arther, que la siguiera hoy. Confirmó que estuvo trabajando en su nuevo empleo todo el día, así que no pudo haberlos matado.

Todo empezaba a tener sentido. Catelyn tendría que haber estado en su forma gigante para haberle hecho eso a sus padres. Y yo había visto lo que eso le hacía a un apartamento. Cuando Shay y yo llegamos, no vimos signos de daños en el suelo o las paredes.

Catelyn era inocente.

—Gracias al caldero —Elsa apretó su medallón entre las manos, mirando al techo como si estuviera a punto de ofrecérselo a la diosa.

Jade empezó a llorar y Julian la abrazó.

Maldita sea, si no paraban esto, de mis ojos iban a empezar a salir cascadas.

Parpadeé rápidamente.

—Así que Catelyn es inocente —dije, con la garganta seca y contraída—. Simplemente reaccionó cuando nos vio, a mí. Pensó que yo había matado a su familia y se volvió loca. —Totalmente normal dadas las circunstancias.

Valen esbozó una débil sonrisa.

—Sí. No olvides que, al ver a su familia asesinada, bueno, ella no podría haber sido capaz de controlar a su gigante. Un gigante tarda años en controlar sus emociones. Tenemos mal carácter.

Sonreí.

—Me he dado cuenta. —Miré a Shay. Estaba mirando una mancha en la alfombra, con los ojos enrojecidos, y me di cuenta de que se esforzaba por no llorar. Dios, se parecía tanto a mí. Daba miedo.

—Y Catelyn es una recién nacida —continuó Valen—. Es imposible que haya podido controlar sus emociones. No después de encontrar a sus padres muertos de esa manera. Pero con el tiempo, lo hará. —Por el tono de su voz, me di cuenta de que estaba contento con esta revelación, pero algo seguía molestándolo, y creí saber qué era.

Volví la cabeza hacia la puerta de la habitación y crucé los brazos sobre el pecho.

—Aún tenemos que encontrar un lugar donde esconder a Catelyn hasta que resolvamos todo esto.

—Puede quedarse con Arther —informó Valen—. Ya he hecho los arreglos. Está esperando fuera del hotel para llevársela.

—De acuerdo. —No estaba segura de que fuera lo mejor—. ¿Quién es?

Valen me frotó el brazo, al parecer habiendo percibido mi vacilación.

—Estará a salvo con él. Conozco a Arther de toda la vida. Es la razón principal por la que me mudé a Nueva York. Se convirtió en líder de la manada aquí hace unos años. Es un buen hombre, el mejor hombre lobo, y la protegerá como si fuera de su manada.

¿El líder de una manada de hombres lobo? Eso me hizo sentir un poco mejor.

—Entonces, si Catelyn no mató a sus padres o a esas brujas en tu restaurante... ¿quién lo hizo?

La expresión de Valen era preocupada.

—No lo sé. La única conexión que se me ocurre es que Catelyn y yo somos gigantes.

Sacudí la cabeza.

—Pero eso sigue sin tener sentido. Muy pocos saben que es una giganta. Nosotros y el Consejo Gris. Entonces, ¿por qué matar a sus padres?

Valen negó con la cabeza.

—No lo sé.

Mi estómago era un revoltijo de emociones: ira, duda, miedo y arrepentimiento. Estaba enfadada conmigo misma, pensando en lo rápido que había culpado y condenado a Catelyn, pero era difícil tomar decisiones con conocimiento de causa cuando una giganta quería destrozarte el cráneo.

—Los están atacando a los dos —dije dándome cuenta—. Están atacando su reputación. Culpándolos de algo que no han hecho.

—Estoy de acuerdo —dijo Elsa, con la cara enrojecida—. ¿Pero quién?

—Aún no lo sé.

Mis emociones se mezclaron hasta que sentí que iba a vomitar. Un temblor me recorrió. ¿Quién era esa persona que intentaba arruinar la reputación de mis amigos? ¿Culpándolos de asesinatos que no habían cometido?

Se sentía... se sentía *personal*. Como si hubiera una conexión conmigo en todo esto.

Entonces, ¿quién? ¿Quién haría esto? No tenía ningún sentido. ¿Por qué esta gente tenía como objetivo a mis amigos?

Y entonces me di cuenta. Sólo una persona en este mundo me conocía y sabía mi conexión con Catelyn y Valen.

—Ya sé lo que vamos a hacer —les dije, con el corazón palpitando

de emoción.

—¿Qué? —corearon Jade y Julian.

Elsa me parpadeó.

—¿Leana? ¿En qué estás pensando?

Miré a mis amigos, a mi hermana, y finalmente posé mi mirada en Valen y le dije:

—Vamos a secuestrar a Clive.

13

Después de que Valen cargara a una Catelyn aún dormida, con cuidado de no inhalar aquellos vapores de vela para dormir, y la llevara hasta Arther —un hombre lobo guapo, estúpidamente musculoso, rubio, con aspecto de vikingo de cuarenta y tantos años y unos penetrantes ojos azules capaces de hipnotizar a la mayoría de las hembras de sangre caliente, que esperaba junto a un todoterreno negro—, hice planes.

Dichos planes incluían que mi gigante amistoso y yo irrumpiéramos en el edificio del Consejo Gris y secuestráramos a Clive. Buen plan. Más bien una locura.

Lo llamé *Operación Hombre Fumador*. Cursi, lo sé. Sí, mi plan tenía agujeros y algunos problemas graves. Principalmente, sabía que si seguía adelante con esto, probablemente perdería mi licencia Merlín o, peor aún, acabaría en la misma prisión de brujos a la que Clive tanto deseaba que me mudara. Pero no tenía otra opción.

Clive era el común denominador en este caso, si es que se le puede llamar así. No sólo nos había amenazado a mí, a mi hermana y a Valen, sino que además era de lo más astuto. Yo lo creía lo suficientemente inteligente como para hacer algo así. Trabajaba para el Consejo Gris, así que sabía todo sobre Catelyn. Incluso si no era directamente responsable de esto, estaba conectado. E iba a decirme quién, si no era él. Como Adele, estaba segura de que trabajaba para alguien cuyo culo estaba en el Consejo.

Y lo *obligaría* a decírmelo.

Pero el otro problema era Shay. Ella quería venir con nosotros, y de ninguna manera lo permitiría.

—Por favor, quiero ir con ustedes —suplicó Shay por quinta vez antes de que Valen y yo nos fuéramos.

—No.

—¿Por qué no?

—Eh, porque eres una niña. Y deberías estar haciendo los deberes. Ya sabes. Cosas de niños.

Shay me miró molesta.

—No te ponen deberes el primer día.

¿Cómo demonios iba a saberlo?

—Vale. Nada de deberes. Mira, ya es tarde, como las nueve o algo así, y tienes escuela mañana. Podríamos estar fuera toda la noche.

—¿Y? Yo también puedo estar despierto toda la noche. —Shay

frunció el ceño con determinación—. Déjame ayudar. Catelyn también es mi amiga. Quiero ayudar a encontrar a los que mataron a sus padres.

Por su tono, y esa luz feroz en sus ojos, supe por qué esto era tan importante para ella. Alguien también había matado a su madre. Esto afectó mucho a Shay. Darius había matado a su madre para llegar a ella, o su madre había muerto tratando de proteger a su hija de ese bastardo.

De cualquier manera, le estaba afectando mucho a Shay. Esto era demasiado personal para ella. No se me había ocurrido hasta ahora que lo de los padres muertos de Catelyn le estaba recordando a Shay todo lo que había sufrido. Ni siquiera se había recuperado de esa terrible experiencia. ¿Cómo podría alguien después de presenciar el asesinato de su propia madre?

Era mi trabajo proteger a Shay. Y lo haría. Incluso si eso significaba que se enfadara conmigo, que así fuera. Era por su propio bien.

Demasiadas emociones se agolpaban en mi interior como para seguir fingiendo que era de acero. Era dura, pero no era un robot.

—Quiero ir, por favor —intentó de nuevo, con su boca pequeña y bonita apretada en una línea dura.

Dios, me encantaba esa niña.

—Shay, escúchame. Sé que quieres venir, pero va a ser peligroso. No puedo intentar secuestrar a Clive y preocuparme de que sus matones intenten secuestrarte a ti. Él quiere atraparte, lo sabes. Además, necesitas un mejor control de tu magia. Ni siquiera sé si funcionaría de noche. Aún no hemos llegado a esa parte.

Shay se quedó con la boca abierta y, por el alzamiento de sus cejas, vi que quería comentar algo, pero luego cerró la mandíbula.

—Jade, Elsa y Julian se quedan contigo —le dije. Era lo mejor que podía hacer—. Sólo iremos Valen y yo. Volveremos antes de que te des cuenta. —Lo dudaba seriamente, pero quería que lo creyera.

El ceño fruncido en su cara me dijo que no.

—No importa. Das asco.

Julian resopló al ver que mi enfadada hermanita parecía mucho más pesada por el sonido de sus fuertes pisotones mientras desaparecía en su antiguo dormitorio y daba un portazo.

—Auch —dijo el brujo—. Eso tiene que doler.

—No tanto como lo haría perderla —le dije con el ceño fruncido y le fulminé con la mirada hasta que se dio la vuelta, con aire incómodo. Merecía la pena que me odiara durante un tiempo si eso significaba que su vida estaría a salvo. Me volví hacia Elsa, que estaba preparando lo que parecía ser chocolate caliente para Shay por el dulce aroma que desprendía—. Vigila a nuestra escapista. Es buena.

—Lo sé —dijo Elsa mientras servía el cacao recién hecho en dos tazas—. Pero no tan buena como yo. Tengo ojos de halcón y orejas de zorro.

—¿Ya se te había escapado, no? —murmuró Jade con una sonrisa.

—Sigue así y te echaré unos cubitos de caca de gnomo en el chocolate caliente —se mofó Elsa.

Me reí mientras me dirigía a la puerta con Valen. Eso liberó una pizca de mi nivel de estrés. Estaba agotada y mis nervios estaban tan tensos como las cuerdas de una guitarra.

Odiaba dejar a Shay, pero aquí estaría a salvo con la pandilla del piso trece. Sin embargo, nunca estaría realmente a salvo hasta que detuviera a Clive, cosa que pensaba hacer esta noche.

Cuando salimos del hotel, me subí al Range Rover Sport de Valen que nos esperaba en la puerta. El gigante pulsó el botón de arranque y el todoterreno rugió.

Fue un viaje tranquilo mientras conducíamos durante unos minutos hasta el edificio del Consejo Gris. No había estado allí desde la vez que Darius había intentado matarme. No es que quisiera ir. Pero Valen me dijo que sus informantes, quienesquiera que fuesen, confirmaron que Clive tenía una oficina en el segundo piso. Además, según dichos informantes, el brujo fumador empedernido prácticamente vivía allí. Era un buen lugar para empezar.

—¿Cómo quieres hacerlo? —dijo Valen en un tono profundo y rico.

Yo y mis planes.

—Lo de siempre. Lo improvisamos. Me removí en el asiento, intentando librar mi espalda del dolor punzante, pero no funcionó. Valen se había ofrecido a aliviarme el dolor con su magia curativa, pero yo lo había rechazado. La emoción de hacer algo proactivo había disimulado momentáneamente el dolor. Ahora lo lamentaba.

Valen soltó una risita. Sus ojos oscuros se posaron en mí y me sostuvieron por un momento, y luego volvió a mirar el camino por delante.

—Hiciste algo bueno con Shay.

Resoplé.

—Lo dudo. La obligué a ir a un colegio nuevo y ahora básicamente la estoy castigando por su propio bien. ¿Cómo puede ser eso algo bueno?

—Ella no lo ve así. Es demasiado joven. Pero tiene que entender que es sólo una niña. Y no debería involucrarse en este tipo de situaciones.

—Ya lo sé. Intenta decírselo.

Una sonrisa se dibujó en los labios calientes y provocativos de Valen.

—Se le pasará. Elsa es muy buena con los niños. Y los demás

también están con ella. Se dará cuenta de que está sola y terminará entendiendo.

—Lo sé. Shay es una niña maravillosa. Y demasiado lista para su propio bien.

Valen se rió.

—Dímelo a mí.

—Y estoy encantada de que las paredes de nuestro dormitorio estén mágicamente insonorizadas.

Valen rió más fuerte.

—Yo también me alegro.

Puse los ojos en blanco ante el gigante. Tenía una cualidad tan varonil; su actitud protectora, aunque no demasiado dominante, era cómoda, y yo la aceptaba más que contenta. Era agradable saber que un hombre así velaba por mi hermanita y por mí. Nos había abierto su vida, su apartamento y todo lo demás. Era increíble con Shay. Tenía ese toque paternal o de hermano mayor. Envidiaba eso.

A mí me costaba más. No me avergonzaba admitirlo. Toda mi vida había cambiado cuando Shay llegó a mi vida. No siempre fue color de rosa. Pero no cambiaría nada. Ahora que estaba en mi vida, no podía imaginármela sin ella.

Parpadeé rápidamente, con la garganta contraída por las emociones.

—Sabes, nunca te he agradecido apropiadamente por dejarnos a Shay y a mí vivir contigo.

El gigante me lanzó una mirada.

—Creía que lo habías hecho hace unas horas —bromeó, con un tono de suficiencia en la voz.

El calor se acumuló alrededor de mi cintura.

—Ja. Já. No, lo digo en serio. No cualquier tío acogería a una mujer con su hermana de once años. —Mi ex me habría echado a la calle con ella. Puede que incluso se hubiera tomado la molestia de reírse. Sí, un gran idiota. Me alegré de que Valen le hubiera dado unos cuantos puñetazos, pero seguía teniendo la extraña sensación de que no había visto lo último de Martin.

Valen se volvió y nuestras miradas se encontraron. Pude ver cómo se tensaban los músculos de su mandíbula. Sus ojos contenían rastros de un significado oculto mientras se centraban en mí. Intentaba decirme algo. ¿Qué cosa?

—No soy un tipo cualquiera —dijo finalmente.

—Eres un gigante. Lo sé. Sólo... sólo quería que supieras cuánto te lo agradezco. Shay también. Le encanta estar allí. Vivir contigo. Ella te ama, sabes.

La expresión de Valen se quedó inmóvil, y no tenía ni idea de lo que estaba sintiendo, pero dejó de hablar.

Mmmm. ¿De qué iba eso?

—Sé que puede ser difícil —dije, pensando que era como yo a esa edad. Yo era peor.

—Shay es una niña increíble —dijo Valen después de un momento —. Y es más fuerte de lo que aparenta.

—Oh, no te preocupes. Lo sé. —Y un poco astuta—. Su padre —*nuestro* padre— no ha estado por aquí desde hace tiempo. Me pregunto por qué. —Se suponía que debía aparecer cada semana, pero había estado ausente. Y me di cuenta de que estaba afectando a Shay. Debía de sentirse olvidada o abandonada.

—¿Ocupado con cosas de ángeles?

Levanté una ceja mirando al gigante.

—¿Qué cosas de ángeles? ¿Elegir sus halos? ¿Arrancarse las alas? ¿Los ángeles tienen alas?

Los labios de Valen se curvaron en las comisuras.

—Tienes un extraño sentido del humor.

—Por eso me *aaaamas* —bromeé. Espera, ¿habíamos dicho alguna vez la palabra con que empieza con A? Estaba segura de que no.

Mi corazón se detuvo. Y luego se puso en marcha de nuevo.

Me dedicó una de sus sonrisas de *«Sé que me deseas»* y me dijo:

—Creo que él sabe que está en buenas manos. No te preocupes. Seguro que tiene una buena razón.

—Bueno, más le vale. Porque la próxima vez que le vea, puede que no sea tan educada.

Deslicé mi mirada por todos los rasgos apuestos y a la vez rudos del gigante, que me parecía más sexy y atractivo cuanto más tiempo llevaba conociéndolo.

—Lamento que hayas tenido que cerrar tu restaurante —dije tras otro rato de silencio.

—No es culpa tuya.

—No lo sé. Seguro que lo parece.

—Clive nos lo dirá —dijo Valen.

—¿Así que estás de acuerdo conmigo en que debe estar involucrado? —A Elsa, Jade y Julian no les había convencido mi teoría. Aunque no se oponían a que secuestrara y probablemente «hiriera» a Clive para obtener respuestas, creían que mi teoría tenía lagunas, principalmente la conexión entre los asesinatos y la implicación del Consejo Gris.

Después de Darius, uno pensaría que estarían más abiertos a la idea de que no todos los miembros del gobierno son buenos.

Aun así, me hizo pensar. Si no era Clive y el Consejo Gris, ¿quién más la tenía agarrada conmigo? ¿O tal vez se trataba realmente de Valen? No estaba convencida. Me encargaría de Clive primero y vería a dónde nos llevaba su boca.

Me quedé mirando por la ventana, intentando centrarme en nuestra crítica situación con el Consejo Gris, pero me encontré con mis pensamientos revueltos y sin ganas de escuchar.

Reboté en mi asiento cuando Valen metió el todoterreno en un gran aparcamiento. El reloj del tablero marcaba las 10:12 p.m. cuando encontró un sitio vacío y apagó el motor.

Se volvió para mirarme.

—¿Lista para improvisar?

Sonreí.

—Claro que sí.

Salimos del Range Rover y nos dirigimos a las puertas dobles de cristal de la entrada del edificio. Tenía el mismo aspecto que la última vez que había estado aquí, como el típico edificio gris de piedra y media altura olvidable. Emitía un pequeño pulso de magia, el glamour que mantenía a raya a los humanos.

Sólo me venían malos recuerdos cuando me relacionaba con este edificio. Lo odiaba.

—¿Vamos a entrar con sigilo? —Sonreí, tal vez demasiado feliz de estar haciendo esto con Valen.

El gigante rió entre dientes.

—Sí, señora.

—¿Seguro que está aquí?

—Mis informantes me dijeron que aún no se ha ido.

—Qué informados están. —¿Y cuántos de estos informantes tenía Valen?

El gigante abrió fácilmente las puertas de cristal y entró el primero.

Le seguí de cerca.

—¿No cierran las puertas con llave? —Miré detrás de mí, encontrando extraño, quizá sospechoso, que no estuvieran cerradas.

—Saben que ningún humano entrará, así que ¿para qué molestarse?

Cierto. Seguí al gigante hasta una gran entrada de dos pisos con altísimas ventanas y fui directamente a la escalera en vez de al ascensor. Por supuesto, tuve que echar un vistazo a la puerta de metal negro que había junto a los ascensores, la puerta que conducía a las celdas de abajo, donde había pasado tres días.

Mi ira se disparó. No podía esperar a ponerle las manos encima a Clive. Quería discutir taaaanto con él. Apenas podía contenerme.

Valen subió las escaleras de dos en dos. Yo hice lo mismo con las cuatro primeras escaleras y luego las subí de una en una el resto del trayecto. No iba a esforzarme antes de enfrentarme a Clive. Necesitaba todas mis fuerzas.

Aun así, llegué a lo alto de la plataforma sólo unos segundos por

detrás de Valen. El gigante abrió la puerta de un empujón y salimos al pasillo del segundo piso. La alfombra gris acolchaba nuestros zapatos mientras caminábamos por el pasillo.

Desvié la mirada hacia las puertas que bordeaban el pasillo.

—¿Sabes cuál es la puerta? —susurré.

Valen asintió, y le seguí unos pasos más hasta que se detuvo ante una sencilla puerta gris. Junto a la puerta colgaba una placa metálica con la inscripción *Clive Vespertine, Investigador del Consejo Gris*.

Un murmullo de voces captó mi atención. Cánticos. Murmullos, en voz baja, provenían de detrás de aquella puerta, repitiéndose una y otra vez, como en un encantamiento. El aire se volvió tenso y pesado con la magia, ganando impulso a medida que entonaban cánticos en tonos furiosos y desenfrenados.

Bueno, bueno, bueno, Clive. ¿Qué tenemos aquí?

Sonreí. *Operación Hombre Fumador, allá voy.*

El gigante se volvió para mirarme y susurró:

—¿Llamamos a la puerta? —La pequeña sonrisa en sus labios me dijo que ya sabía mi respuesta.

Enarqué una ceja e igualé su sonrisa.

—Por supuesto que no.

Valen se hizo a un lado.

—Las chicas, primero.

Sin dejar de sonreír y con el corazón palpitando con una mezcla de adrenalina y excitación, agarré el pomo de la puerta, lo giré y empujé. Abrí la puerta lo más silenciosamente que pude y entré.

Y déjame decir esto. *No* me esperaba la escena que tenía ante mí.

El despacho era de tamaño moderado para los estándares neoyorquinos, iluminado con nada más que unas cuantas velas sobre el suelo de baldosas, que proyectaban sobre las paredes sombras oscuras, vagas y espeluznantes.

Lo primero que me llegó fue el abrumador olor de las velas mezclado con el hedor de la sangre. Lo siguiente fue el gran círculo de piedras que había en el centro de la habitación, con seis cabezas de pollo repartidas uniformemente a su alrededor y la cabeza de una cabra negra en el centro, sobre un triángulo dibujado con sangre. En el interior del círculo había escritas con sangre fresca unas runas que reconocí como magia negra —más concretamente, letras y símbolos demoníacos—. Estos símbolos se utilizaban para invocar demonios. El aire zumbaba con energía, visible mientras nubes de chispas agitadas, como estática, bailaban a lo largo de la superficie del círculo.

Alrededor del círculo de piedra se agolpaban siete figuras encapuchadas.

Y, por supuesto, bajo sus mantos estaban todos desnudos.

Estupendo.

14

Era difícil mantener la compostura cuando las figuras embozadas —una mezcla de jóvenes y ancianos, hombres y mujeres— se giraron, con expresiones de asombro, y miraron hacia mí. El potente aroma a aroma de pétalo y vinagre me producía escozor en los cartílagos de la nariz. Brujos oscuros.

Y de pie, ligeramente apartado del círculo, llevando algún amuleto y sosteniendo lo que parecía un bastón de madera con runas y símbolos grabados en la madera, estaba nada menos que mi amigo Clive.

Tenía los labios entreabiertos, como si estuviera pronunciando un conjuro, y una expresión de sorpresa e incredulidad en todo el rostro. Me daba vértigo por dentro.

No quería ver el paquete de Clive. Demasiado tarde. Mis ojos viajaron hacia abajo y no pude evitar la carcajada que brotó de mí.

—*Eso* lo explica todo.

La cara de Clive se ensombreció.

—No tienes ni idea de lo que acabas de hacer.

—Ahí me has pillado, Clivy —me burlé—. Quiero decir, caramba. Esto es tan incómodo como ver una escena de sexo en la tele con tus padres. Todos hemos pasado por eso.

—Pagarás por esto.

—Es curioso que digas eso —le dije—. ¿Qué demonios *es* esto? Creía que los brujos habían dejado de andar desnudos hace un siglo. A menos... ¿a menos que esto sea una orgía espeluznante? Clivy. Asqueroso, asqueroso brujo.

La mirada de odio del brujo se centró en mí.

—*Tú* eres la vil aquí. No yo.

—Lo dudo seriamente, dada tu historia. Pero en serio. ¿Qué es esto? Me parece que estás incursionando en una magia que no entiendes. ¿Y a qué viene esa desnudez? —Volví a reírme. No podía evitarlo.

—No tienes ni idea de lo que es la brujería de *verdad* —dijo, con voz condescendiente—. Ni siquiera eres una bruja. No eres nada. Nunca utilizarás el poder como nosotros. Sólo eres una humana jugando a ser bruja.

Me encogí de hombros.

—Como si no hubiese escuchado *eso* antes. ¿Tienes algo mejor?

Valen me miró.

—¿Vamos a lanzarnos insultos toda la noche o vamos a luchar? —Por el brillo de sus ojos me di cuenta de que el gigante estaba ansioso por romperle la cabeza a Clive. Después de todo, él fue el responsable de cerrar el restaurante de Valen y de acabar con la familia de Catelyn. Bueno, a eso iba. Como tal, se merecía un buen golpe en la cabeza.

—En un minuto, cariño —le dije, mis ojos de nuevo en Clive—. Estoy disfrutando viendo su culo desnudo retorcerse.

—Clive —advirtió una de las hembras, la única de piel oscura—. ¿Qué quieres que hagamos?

Resoplé.

—Sí, Clivy. Dínoslo, por favor. —Miré a mi alrededor, a los brujos desnudos, todos eran brujos oscuros por el intenso olor a vinagre que había en el aire y que me estaba haciendo llorar los ojos. Me pregunté si alguno de ellos o si todos estaban implicados en el asesinato de la familia de Catelyn y de aquellos dos brujos muertos en el restaurante de Valen.

—Tu intromisión me ha facilitado mucho el trabajo —dijo Clive, con su arrogante sonrisa de nuevo en la cara.

—El mío también. Aunque tienes que replantearte seriamente tu vestuario. Podrías agarrar un resfriado. —Mis ojos se desviaron hacia su pito—. Parece que el pequeño Clivy tiene frío.

Uno de los brujos apoyó las manos en las caderas y asomó su enorme barriga cervecera como si eso debiera asustarme. Tal vez lo hizo un poco.

Alguien me siseó, probablemente la misma mujer que había hablado. No conocía a muchos hombres que sisearan.

—No tienes derecho a estar aquí —dijo Clive, sin molestarse en ocultar su paquete con la bata—. Te quitaré tu licencia de Merlín por esto. Créeme. Estás acabada. Estás acabada.

—Sí —dije mientras daba unos pasos más hacia delante—. Pensé que dirías eso. La cosa es que, después de *que* termine contigo, estoy muy segura de que ya no tendré licencia de todos modos. Así que a quién le importa, ¿verdad?

Clive entrecerró los ojos ante mi amenaza. Dobló la palma de la mano y, cuando volvió a abrirla, una llama alta danzó sobre ella.

—Buen truco —le dije, viendo a Valen de pie a mi lado, todavía en su forma humana—. Pero no va a salvarte. Aproveché el poder de mi luz estelar y lo mantuve. No había ni una nube en el cielo, sólo estrellas, así que estaba lista para atacar—. Vas a decirme por qué intentas culpar a Valen de esos asesinatos. Sé que fuiste tú. ¿Matar a los padres de Catelyn? Eso fue un golpe bajo.

Clive, aún desnudo, hizo una mueca.

—No sabes nada. —Sus pálidos ojos me miraron a mí y luego a

Valen—. Te superan en número. Si quieres pelea, vas a morir.

—No lo creo. —Odiaba a ese tipo, pero no lo mataría hasta que confesara lo que había hecho y me dijera quién más estaba implicado con él. Sólo entonces Shay estaría a salvo, y podríamos recuperar nuestras vidas.

Hubiera preferido luchar contra un brujo completamente vestido, pero no siempre se puede conseguir lo que uno quiere. Parecía que iba a ser un festival de brujos semidesnudos.

Clive giró la palma de la mano hacia mí.

—Te vas a arrepentir de esto.

—No tanto como tú te arrepentirás de interferir en mi vida.

La sonrisa salvaje y podrida que me dedicó Clive fue aterradora. Sus labios se movían, torciendo y enrollando frases mientras trabajaba su hechizo oscuro. O me lanzaría esa magia de fuego, o me maldecía con otra cosa.

El aire apestaba repentinamente a azufre y podredumbre. Levantó las manos, sus labios aún se movían mientras un viento salvaje y arremolinado se levantaba a su alrededor, atrapando su capa y ondeándola a su alrededor para darnos una vista completa de su diminuto pito y sus flacas piernas de pollo. Aquella imagen quedaría grabada en mis párpados para el resto de mis días.

—¡Tokziat! —gritó Clive mientras me lanzaba la mano.

Vale, él tenía algo de magia, pero yo también.

Con un arrebato de mi voluntad, recurrí a mi magia estelar y di una palmada.

Un disco blanco y brillante surgió frente a mí como una armadura. La magia de fuego de Clive golpeó mi brillante escudo y rebotó.

La sorpresa y el enfado de Clive ante mi escudo me hicieron sentir mucho mejor.

Me mantuve firme, con la luz estelar corriendo por mis venas como una inyección de adrenalina.

—Vas a tener que hacerlo mucho mejor —le dije al brujo.

—¡Ichtzir! —gritó otro brujo. Empujó su mano hacia mí, y un tentáculo de energía púrpura salió disparado.

Golpeó mi escudo, haciéndolo temblar y brillar, y luego cayó.

—Vale. Eso estuvo mejor.

El mismo brujo sonrió.

—Eso es por arruinar nuestra sesión de espiritismo.

—De nada —le dije, sin soltar mi luz estelar—. Sólo queremos a Clive, pero si interfieren en mis planes de llevarme su culo desnudo, voy a hacerles daño a alguno de ustedes.

El mismo brujo, llamémosle Long Dong Silver por razones obvias, dio un paso al frente, con sus partes balanceándose.

—Estás muerta. Y tu fenómeno también.

Hice una mueca.

—¿Fenómeno? Lo dice el brujo que parece a punto de protagonizar alguna porno casera.

A mi lado, Valen gruñó y, con un rápido tirón de su musculoso brazo, se arrancó la ropa. Entonces, en un súbito destello de luz blanca, su cuerpo de cinco metros se alzó en lugar de su típica complexión de un metro noventa y cuatro centímetros: una criatura de casi trescientos kilos con gran musculatura que podría matar fácilmente a una persona con una patada de sus piernas de tronco de árbol.

Hace unos meses, Valen se lo habría pensado dos veces antes de revelar su forma gigante. Ahora ya no. No cuando prácticamente toda la comunidad sabía de su existencia, especialmente este grupo de brujos de mala muerte.

Su estructura era enorme. Menos mal que los techos eran altos. Cabía, pero a duras penas.

—Hagas lo que hagas —le dije—. No saltes.

Valen, el gigante, me dedicó una sonrisa socarrona.

—*Lo intentaré*.

Era el único en la habitación cuya desnudez no me importaba mirar.

El aire se volvió tenso y pesado con una energía repentina, un poder que ganaba impulso y crecía hasta convertirse en una corriente feroz y furiosa. El poder de las brujos oscuros.

Justo entonces, los brujos oscuros se abalanzaron sobre la habitación, rodeándonos. Las voces canturreaban en tonos oscuros y lánguidos. Long Dong Silver dio dos zancadas hacia mí y lanzó ambas manos hacia delante, con oscuras maldiciones formándose en sus labios. Un rayo de energía púrpura se precipitó sobre mi rostro.

Mierda. Me lancé hacia atrás y caí al suelo rodando. El aire se movió por encima de mi cabeza y en un momento sentí un olor a pelo quemado que me subió por la nariz. Por el rabillo del ojo, vi a Valen enfrentarse a los otros dos brujos. Le golpearon como armas semiautomáticas con su magia. El gigante vaciló un segundo, pero se enderezó y golpeó con un martillo al brujo más cercano. No volvió a levantarse.

—Pon los fásers en aturdir —le grité al gigante. Esperaba que entendiera mi jerga de *Star Trek*. Ya tendría bastantes problemas después de agredir a Clive y a sus groupies. No quería añadir *asesina* a la lista.

Valen asintió y se giró para avanzar hacia el otro brujo.

Me volví hacia Long Dong Silver. Sus ojos azules ardían bajo sus gruesas cejas y agitó la muñeca.

Giré sobre mis rodillas e hice acopio de todo el poder que pude

reunir en ese instante mientras lanzaba la mano derecha. Una ráfaga de magia estelar alcanzó al brujo, justo en su pipí.

Juro que no quise golpearlo ahí. Mis sentidos de alguna forma se apoderaron de mí.

Long Dong Silver se quedó inmóvil y se llevó las manos a la entrepierna. Gritó y se desplomó con un gruñido.

Oí un chasquido y me giré a tiempo para ver cómo el gigante tiraba al suelo el cuerpo de otro brujo.

Maldición. No quería lastimar a ninguno de ellos. Sólo quería a Clive.

Vi al brujo fumador detrás de otros dos brujos, la misma bruja que me había siseado y el brujo con panza cervecera.

Tirando de mi luz estelar, me acerqué corriendo.

La bruja se interpuso en mi camino. Sus labios se torcieron en una mueca.

—Estás acabada. Vas a llorar como una bebé. —La bruja oscura extendió las manos como si fuera a ofrecer algo a la diosa.

—Mmm. Tal vez la próxima vez cuando luches contra un oponente, ¿qué tal si te pones algo de ropa?

Se rió. Su confianza me molestaba.

—Entonces, ¿eres una mojigata?

—No soy una mojigata. Simplemente elijo mantener mis partes movibles cubiertas. Acéptalo. Ya no tienes veinte años. Nadie debería ver eso.

La bruja me gruñó y supe que había dado en el clavo.

—Adele era mi amiga. Tú la mataste. Es la venganza, perra.

Aquí vamos otra vez.

—No, no lo hice. Ella misma hizo que acabaran con su estúpido culo. Ahora hazte a un lado. Tengo un asunto pendiente con tu jefe.

La bruja hizo una mueca.

—Tendrás que pasar sobre mí.

—Bien. —Tiré de mi luz estelar y la solté. Rayos de luz blanca salieron disparados de mis manos y golpearon a la bruja justo en el pecho. El poder salió de mí, dejándome un poco sin aliento.

Se tambaleó hacia atrás, con las luces estelares estallando sobre ella. Sabía que no la matarían. Sólo la quemarían un poco y, con suerte, la dejarían sin trabajo esta noche.

Con el pulso acelerado, me tambaleé buscando a Clive, pero me encontré con Panza de Cerveza en mi camino.

Se le escapó un gruñido.

—Vas a pagar por eso.

—Ya veremos.

Se acercó y su pulso mágico me erizó el vello de la nuca.

—Tu magia estelar es débil. Yo soy más fuerte que tú. Más grande.

—Tal vez.

Su rostro se torció en una fea mueca.

—Tengo el poder de los demonios detrás de mí —añadió con suficiencia, acercándose aún más—. ¿Tú qué tienes?

—Esto...

Le di una patada y le golpeé lo más fuerte que pude en las pelotas con el pie. Ya van dos seguidos. ¿Qué decía eso de mis habilidades de lucha?

Lloró y cayó de rodillas, con las manos cubriendo su preciada virilidad. Entonces le di un rodillazo en la cara. El brujo retrocedió y su capa negra se enrolló al caer al suelo.

—¿Ves? En este caso, más grande no significa mejor...

El color verde brilló ante mis ojos. Algo me golpeó en el costado y se desencadenó un dolor punzante. Caí al suelo con fuerza. Mis instintos me hicieron girar y me puse de rodillas, con las manos iluminadas por la luz estelar.

La agonía me apuñaló en la cabeza cuando los picos de hielo se clavaron en ambas sienes, y apreté los dientes para no gritar.

Cuando mis ojos se encontraron con los de Clive, sus labios se torcieron en una mueca mientras me apuntaba con el dedo. Bastardo. Vale, este brujo tenía algo de habilidad. Pero no estaba ni cerca de haber terminado.

Unas manos grandes me rodearon por el medio, me alzaron y me pusieron de pie.

—*¿Estás bien?* —preguntó el gigante, con voz retumbante.

—Nunca estuve mejor. —Estaba bien, sólo irritada porque esto estaba tardando tanto.

Volví a mirar a Clive. Ahora sonreía. ¿Por qué sonreía? Valen se movió a mi lado y supe que también estaba preocupado por la sonrisa del brujo. Debería estar cagándose en los pantalones, no mostrándose victorioso.

Y entonces vi por qué.

Clive y los dos últimos de sus amigos desnudos unieron sus manos mientras cantaban. El aire se llenó de poder y tentáculos de energía verde y púrpura volaron entre ellos como una cuerda brillante. Sus ojos emanaban el mismo poder. Sabía lo que era. Lo había visto antes. Estaban uniendo fuerzas, combinando su poder.

La sonrisa de Clive se ensanchó, la sonrisa de un hombre que realmente creía que había ganado, y yo estaba a punto de morir.

—Esto es por Adele.

Puse los ojos en blanco.

—Otra vez esto no. Ya supéralo.

—Cuando acabe contigo —continuó Clive—, voy a destrozar a tu hermana. Una florecita tan bonita. No por mucho tiempo. —La sonrisa

sádica que me dedicó me heló el corazón.

Con Shay no.

Una mezcla de ira y miedo se apoderó de mí. La imagen de mi hermanita muerta saltó al primer plano de mis pensamientos.

Shay. Ella era todo en lo que podía pensar. Mi pecho se fracturó al pensar en perderla.

Y entonces algo dentro de mí se rompió.

Al unísono, un tentáculo mágico combinado y entrelazado salió disparado del pecho de los brujos como un enorme haz de luz púrpura y verde. Clive y los dos brujos restantes gritaron, y ese rayo de energía se dirigió directamente hacia mí.

Sentí que el aire a mi lado se movía cuando el gigante acudió en mi ayuda. Pero yo no necesitaba ayuda. Sabía exactamente lo que hacía.

Nunca había sentido este tipo de rabia. Ni siquiera podía describirlo, no realmente.

El rayo de los brujos se dirigió hacia mí, pero en lugar de acobardarme o ponerme a cubierto, salí disparada con mi luz estelar. Las utilicé como los gases de escape que salen expulsados de un motor a reacción, y salieron disparadas hacia los lados en una ráfaga.

La habitación se estremeció cuando una explosión golpeó las paredes detrás de mí, lo que debería haber sido yo.

Planeé hacia arriba y me alejé, como un personaje de cómic de Marvel. Nunca había hecho esto antes. Nunca pensé que *podría* hacer esto. Volar. *Estaba* volando. No había otra forma de describirlo. Fue bastante asombroso, aunque no tuve tiempo de *maravillarme* de mi habilidad. Tenía que terminar esto ahora.

Todavía flotando, giré a tiempo para ver cómo el gigante agarraba a los compinches de Clive y les aplastaba la cabeza. Con un ruido sordo, los arrojó como ropa vieja desechada. Ni idea de si estaban vivos o no. No me importaba.

Dejando lo mejor para el final, levanté una pistola de dedo, le sonreí al último brujo en pie y le disparé un rayo de luz estelar a la cabeza.

La cabeza de Clive se echó hacia atrás. Sus piernas se levantaron del suelo y cayó de espaldas.

Solté mi luz estelar y caí al suelo, sin llegar a ser el aterrizaje impresionante que pretendía. Me levanté y me acerqué al brujo, viendo cómo su pecho subía y bajaba.

—No eres tan rudo, bastardo. —Me abstuve de darle una patada.

—*Está vivo* —dijo el gigante, acercándose con sus sonoros pasos.

—Sí —asentí, una sonrisa se dibujó en mi boca—. Lástima por él.

15

After Dark *estaba* a oscuras. Sólo unas pocas luces brillaban en el elegante y moderno restaurante. Concretamente, la que estaba junto al bastardo atado a la silla.

El restaurante seguía cerrado, así que no había nadie dentro excepto nosotros tres.

—Despierta —grité, chasqueando los dedos junto a sus orejas, pero no conseguí mucha reacción del brujo inconsciente. Entonces hice lo que cualquier bruja inteligente, malvada y ahora voladora haría en esta situación.

Le di una bofetada en la cara tan fuerte como pude.

—¿Qué? ¿Qué está pasando? ¿Dónde estoy? —Clive paseó la mirada por la oficina. Se posó momentáneamente en mí y luego se fijó en Valen, que había recuperado su forma humana. Con los brazos echados hacia atrás, el brujo fumador no parecía tan amenazador. Sin embargo, seguía desnudo. No iba a buscarle unos pantalones, así que básicamente lo habíamos envuelto en su capa negra como si fuera una toga. Sus partes estaban cubiertas, que era todo lo que importaba. No podía hacer un interrogatorio serio si su salchicha no dejaba de mirarme.

Le chasqueé los dedos en la cara.

—Aquí. Eso es. ¿Tuviste una buena siesta?

—¡¿Qué has hecho?! —El brujo tiró de sus ataduras, la silla se deslizó y se sacudió con su esfuerzo—. Ah. —Se rió cuando dejó de hacer fuerza—. Acabas de firmar tu sentencia de muerte, zorra estúpida. —Su risa desapareció, sustituida por un ceño fruncido—. ¿Qué me has hecho? Me siento... ¿diferente? ¿Qué es esto? ¿Qué me has hecho?

—Ah, esas. —Aplaudí simulando felicidad—. Son increíbles. Deja que te hable de ellas. Verás, son unas esposas que te impiden hacer tus pequeños trucos de magia. Ya sabes, como las que me pusiste a mí. ¿Te acuerdas? Bueno, encontré a una bruja que me hizo unas. No son iguales, pero se parecen bastante. ¿Te gustan?

—Caerás por esto. —El brujo tosió y dijo—: ¿Asaltar y secuestrar a un investigador del Consejo Gris? Toda tu familia caerá también. Estás jodida. Este es el día en que desearás no haberme conocido. —Empezó a reírse de nuevo. Me molestó, pero le dejé.

Miré a Valen. Estaba de pie a mi lado, mirando al brujo como si esperara poder darle un golpe. Todo a su tiempo.

—¿Empezamos? —Le pregunté a mi gigante súper sexy.

El gigante me miró, con el ceño fruncido.

—Este es tu espectáculo. Yo te sigo.

—Excelente. —Di un paso adelante hasta quedar cara a cara con Clive.

Clive entrecerró los ojos ante Valen.

—Haré que los metan en la cárcel por colaborar en un secuestro. Van a caer todos por esto.

—La única autoridad que tendrás cuando acabe contigo será para limpiarte el culo. Porque tú estarás en la cárcel. No nosotros. —No estaba segura de que Clive vería el interior de una celda, pero no me gustaba el hecho de que estuviera amenazando a mi gigante.

—Vamos a empezar con algunas preguntas. ¿Te gustan las preguntas, verdad? Es decir, te ganas la vida haciendo preguntas. Ah, y realizas rituales desnudo. Qué lindo.

—No voy a hablar contigo —se mofó el brujo—. Nunca conseguirás que diga nada. ¿Crees que nunca me han interrogado antes? Estoy entrenado para esto. Está claro que no tienes ni idea de lo que haces.

—Eso ya lo veremos. —Cierto, este era mi primer secuestro y tortura, pero lo tenía todo planeado. No lo dejaría salir de esa silla si no me daba las respuestas que buscaba.

Recurrí a mi luz estelar. El aire zumbó y palpitó de energía cuando tiré de los elementos mágicos de las estrellas. La energía chisporroteó contra mi piel y una bola de luz blanca y radiante flotó sobre mi palma.

—¿Se supone que eso debe asustarme? —dijo Clive con un bufido.

Sonreí.

—Así es.

—Pues no.

—Ah, pero lo hará. —Tomé aire y soplé en la palma de la mano. La esfera estalló en miles de diminutos y brillantes orbes de luz que se adhirieron a Clive como un enjambre de abejas.

Se sacudió y su expresión cambió mientras luchaba por mantener la compostura. Intentaba actuar como si tener mis luces estelares sobre él como una segunda piel no le afectara, pero así era.

Esperé hasta que todo su cuerpo y su cara estuvieron cubiertos por mis pequeñas luces estelares.

—Bien, entonces. Primera pregunta. ¿Mataste a esos brujos en el restaurante de Valen? ¿Y a los padres de Catelyn?

Clive apretó la mandíbula.

—No te voy a decir nada.

—Como quieras. —Extendí mis sentidos hacia mis luces estelares y deseé que *ardieran*.

El brujo hizo una mueca de dolor durante medio segundo, y luego su boca se abrió en un aullido silencioso seguido de un gemido de dolor cuando mis hermosas luces estelares le cocinaron la piel.

Tendría que añadir torturar a mi lista de habilidades. Parecía que estaba ascendiendo en la escala Merlín.

Aun así, no me entusiasmaba la idea de quemar a este bastardo, y tenía razón. Probablemente perdería mi licencia de Merlín después de esto. Pero había amenazado a Shay, y no me detendría hasta que me diera algunas respuestas. No iba a matarlo. No era tan psicótica. Pero *él* no lo sabía.

Solté mis luces estelares.

—Duele. ¿Verdad?

Los ojos de Clive ardían de furia.

—Jódete.

—Apuesto a que te mueres por un cigarrillo, ¿eh?

El brujo agachó la cabeza pero no contestó.

Miré a Valen para ver si mi táctica torturadora le repugnaba. Mantenía el rostro inexpresivo. Su postura, sin embargo, mostraba que estaba ansioso por utilizar sus propios métodos, como sus puños gigantes.

—¿Mataste a esos brujos? —Lo intenté de nuevo.

Clive suspiró para ocultar el miedo que tensaba su postura. Levantó la vista hacia mí, y en sus ojos ardía el desafío.

—Tortúrame todo lo que quieras. No voy a hablar. No soy una rata.

—Ay, pero claro que eres una rata. —Tiré de mis luces estelares y empujé mi voluntad hacia ellas.

Clive gimió de dolor, con lágrimas cayendo por su cara.

—Dime por qué mataste a esos brujas —volví a exigir—. ¿Fue para culpar a Valen por ello? ¿Qué tenía que ver Valen con el Consejo Gris?

Clive chilló y se retorció en la silla, y el olor a pelo quemado me hizo subir la bilis al fondo de la garganta. Sí, eso fue asqueroso.

Se sacudió la cabeza mientras murmuraba una y otra vez la misma palabra: *no*. Luego se quedó inmóvil con una brusquedad aterradora y su cuerpo se relajó. Luego sus hombros temblaron y empezó a reír.

—Te lo dije —dijo el brujo, con una sonrisa en la voz—. No te diré nada.

Valen se acercó más a mí.

—¿Quieres que lo intente?. —Hizo crujir sus nudillos, mostrándome el placer que sentiría al golpear un poco a Clive. Lo disfrutaría *demasiado*.

Solté mi luz estelar.

—Todavía no. —Le dediqué una breve sonrisa. Una parte de mí deseaba que estuviéramos de nuevo arriba, disfrutando de las nuevas

paredes «mágicamente insonorizadas». Pero necesitaba hacer esto—. Sólo estoy entrando en calor.

Volví a centrarme en Clive. Las partes de la piel de su cara, manos y otros lugares que podía ver estaban enrojecidas y con ampollas. Debía de dolerle muchísimo.

—Como ya he dicho. Sólo estoy empezando, pero todo esto podría parar si empezaras a cooperar.

El brujo dibujó una sonrisa en sus labios.

—Pierdes el tiempo.

—Eso ya lo veremos. —Me encogí de hombros—. Pues bien. —Volví a dirigir mis luces estelares y dije—: ¿Para quién trabajas? ¿Quién en el Consejo Gris quiere a Shay?

Clive se rió.

—Vete a la mierda.

—Pensé que dirías eso. —Canalicé mi luz estelar. La energía brotó de mí a borbotones.

El brujo echó la cabeza hacia atrás y lanzó un gemido de rabia y dolor. Me llegó un sonido como una serie de tic-tac-tac-tac, y me di cuenta de que era el rechinar de sus dientes. Estaba claro que le dolía, y mucho, pero seguía sin hablar.

Tras otros veinte minutos de tortura a la luz estelar, Clive seguía sin hablar.

Respirando con dificultad, me hundí con un poco de fatiga. Canalizar tanta energía a través de mí era como correr una maratón, y una repentina debilidad en mis extremidades me hizo tambalearme.

Pero no me iba a rendir. Ni hoy. Ni nunca. Y no cuando la vida de Shay estaba en juego.

Apreté con más fuerza mi luz estelar.

—Dime, ¿quién mató a esas personas? ¿Fuiste tú? ¡Dímelo, maldita sea!

Todo el cuerpo de Clive tembló y se convulsionó al sentir el dolor. Se le caía la baba por la comisura de los labios. Me miró, todavía tembloroso, y consiguió sonreír.

Fue entonces cuando supe que no hablaría. Como dijo, probablemente fue entrenado para soportar ese tipo de dolor. ¿Qué tipo de organización hacía eso? Si el Consejo Gris era responsable de esto, no estaba segura de lo que sentía por ellos.

La expresión del brujo cambió, la flojera sustituyó a su sonrisa y sus rasgos se volvieron distantes. Entonces su cabeza cayó hacia delante.

—Maldita sea. —Solté mi luz estelar—. Creo que se acaba de desmayar.

—No hablará —dijo Valen, haciéndose eco de mis pensamientos exactamente—. Está entrenado para esto. Él puede aguantar más, pero

no estoy seguro de que tú puedas.

Levanté una ceja.

—Puedo hacerlo. No estoy cansada

El gigante me miró, su expresión se suavizó un poco.

—No me refiero a eso. Esto... Nunca has hecho esto antes. Y si sigues, va a tener un efecto en ti.

—No lo tendrá —mentí. Ya podía sentir cierta agitación interior.

Valen extendió la mano y me atrajo hacia su duro pecho.

—No me importa si este malhechor muere. Me importas tú y cómo te va a afectar esto. No puedes seguir haciendo esto. Esto cambia a una persona. —Se quedó callado, y yo me pregunté si la tortura también estaba en su lista de habilidades. Parecía estarlo.

Significaba mucho para mí que se preocupara tanto, no tanto por Clive aquí, sino por lo que pudiera pasarme después. Me permití respirarlo por un momento, fingiendo que todo iba bien en nuestro mundo. Eso sería demasiado fácil.

De mala gana, me aparté.

—Vamos a tomar un descanso.

—Tal vez deberíamos parar. No va a hablar.

—Ah, sí lo hará. —Si mi luz estelar no funcionaba, tenía otros medios para hacerle cotorrear.

—Leana —dijo Valen, su sonrisa se desvaneció y sus ojos se volvieron graves.

—Tengo otra cosa que podría funcionar —le dije—. Algo que no hemos probado. Puede que tengamos que esperar unos minutos más hasta que esté listo.

Valen levantó las cejas.

—¿Hasta que *esté* listo?

El sonido de la puerta del restaurante al cerrarse llamó mi atención. Un momento después, Julian apareció en la puerta del despacho de Valen.

—Toma —dijo mientras me entregaba un vial con un líquido verde claro—. Este es el suero de la verdad del que te hablé.

Sonreí mientras lo cogía.

—Supongo que vale la pena tener un brujo de pociones como amigo. Gracias.

—Así es. —Julian miró a Clive—. Imbécil. Espero que sepa que se lo ha hecho él mismo.

Cuando llegamos al restaurante, y mientras Valen llevaba a Clive inconsciente a su despacho, llamé a Julian y le pregunté si tenía algo parecido a un suero de la verdad.

—Sí. Necesitaré unos veinticinco minutos para cocinarlo —me había dicho Julián por teléfono.

—Bien. Estamos en After Dark. En la oficina de Valen —Había

colgado, sintiéndome ligeramente mejor sobre mi intento de tortura, sabiendo que si mis tácticas no funcionaban, las de Julian podrían hacerlo. Aunque Clive hubiera sido entrenado para soportar todo tipo de torturas físicas, no creía que tuviera mucho que negociar con una poción mágica de la verdad. Ya era mágicamente incompetente con mis fabulosas esposas antimágicas. El suero de la verdad funcionaría. Tenía que funcionar.

—He hecho algunos ajustes para que funcione con esas esposas. —Julian me miró—. Llámame si necesitas algo más.

—Lo haré. Gracias.

—No hay problema. —Con una última sonrisa en dirección a Clive, Julian salió del despacho.

—¿Hiciste que Julian preparara una poción de la verdad? —Valen miró el frasco en mi mano.

Sonreí al gigante.

—¿Estás impresionado con mis habilidades de tortura?

—Tal vez. —Valen rió entre dientes—. Puede que me equivoque. Tal vez estabas destinada a hacer esto.

Diablos. No quería pensar en eso.

—De acuerdo. Supongo que deberíamos despertarlo.

—Yo me encargo. —Valen cogió el vaso de agua que tenía sobre la mesa y se lo arrojó a Clive a la cara.

El brujo se estremeció y entornó los ojos, y vi que por fin los enfocaba en el gigante. Observó su entorno, recordando dónde estaba.

Clive escupió un poco de agua por la boca.

—Puedo hacer esto toda la noche. No hablaré. Tu magia no puede obligarme.

—Estás taaaan orgulloso de eso. ¿Verdad? —Froté el frasco que tenía en la mano con los dedos—. Pero esto sí. —Sostuve el vial frente a sus ojos—. ¿Sabes qué es esto?

Los ojos de Clive se abrieron de par en par, diciéndome que sí.

—Es ilegal. No puedes usarlo conmigo.

—¿Lo es? —Me quedé mirando el vial, preguntándome si eso era cierto. ¿Julian preparaba pociones ilegales en su apartamento? Claro que sí—. Me da igual. Ahora vas a hablar. Valen, abre la boca, por favor.

Clive apretó la mandíbula, pero en cuanto Valen puso sus grandes y varoniles manos sobre la cabeza del brujo y la inclinó hacia atrás, su mandíbula se abrió de golpe como si nada la retuviera.

Está listo para ti.

—Gracias, bebé. —Me incliné sobre la cabeza del brujo y tuve que reprimir un retortijón. Mirar la boca de otra persona era bastante desagradable. Resistiendo las arcadas, quité el corcho del frasco y vertí su contenido en la garganta de Clive.

Tuvo arcadas y tosió, pero Valen le forzó la mandíbula y la mantuvo apretada hasta que tragó hasta la última gota. Una vez satisfecho, el gigante soltó a Clive y se hizo a un lado.

—¿Cómo ha ido? ¿Bien? —Me burlé, sin sentir nada de compasión por este brujo. Una parte de mí deseaba que se hubiera atragantado.

—No va a funcionar. —La cara de Clive estaba roja, manchada y ampollada por mi magia estelar. Nada que un ungüento curativo no pudiera sanar—. Tengo contramagia innata en mí. Estás perdiendo el tiempo. Ninguna poción de la verdad puede funcionar.

—Ya veremos. —Consulté el reloj de mi teléfono, pues había olvidado preguntarle a Julian en cuánto tiempo vería los efectos del suero de la verdad y cuánto tiempo podía esperar que hiciera efecto. ¿En diez minutos? ¿Media hora? ¿Inmediatamente? Esperaba que inmediatamente.

Clive seguía sonriendo con esa sonrisa de suficiencia, pero no me importaba. Era ahora o nunca para probar la obra de Julian.

—¿Para quién del Consejo Gris trabajas?

El brujo parpadeó, sus ojos parecían desenfocarse.

—Freida Pavlov.

Oh, mierda. Estaba funcionando. Radiante y tratando de controlar mi repentina excitación, miré a Valen.

—¿La conoces?

La expresión de Valen se ensombreció.

—Ella es una vampira. Una vieja.

—¿Vampira? —¿Qué demonios estaba pasando? Me volví hacia Clive y vi que tenía la cabeza ladeada y un hilo de baba colgando de la comisura izquierda de la boca hasta la barbilla. Estupendo.

—No es alguien con quien quieras cruzarte —advirtió el gigante, y percibí la preocupación en su tono, que no hizo sino aumentar la mía.

—¿Qué quiere con Shay? —Le pregunté a Clive, aunque tenía la sensación de que ya sabía la respuesta.

—Quiere su poder. Todo —respondió el brujo, con la voz un poco baja y lenta, como si hablara en sueños.

El corazón ya no me latía de emoción, sino de miedo.

—¿Por qué quiere el poder de Shay?

—Para que pueda gobernar sobre el resto de los miembros del Consejo —zumbó el brujo.

Claro que sí.

—¿Quiere que le teman?

—Sí.

Tomé aire.

—Pero Shay es única. No pueden matarla y asumir que aprovecharán su poder. No funciona así. Ella no puede morir.

—Freida puede controlarla. Ella obedecerá. Hará lo que ella

ordene.

¿Qué demonios significaba eso?

—¿Como una esclava?

—Sí.

Esa perra. Necesitaba encargarme de esta antigua vampira.

—¿Quién más del Consejo Gris quiere usar a mi hermana?

Clive parpadeó varias veces.

—Sólo Freida.

Levanté las cejas sorprendida.

—¿Es la única?

—Sí.

Miré a Valen antes de volver a mirar a Clive.

—¿Quién más del Consejo Gris me quiere en prisión?

—Sólo Freida —respondió Clive.

—Entonces, ¿sólo Freida y Darius?

La bruja abrió la boca.

—Sí.

Muy bien. Uno menos, falta uno.

—Me alegro de que estemos teniendo esta charla. Es casi como si fuéramos amigos.

—No somos amigos —murmuró el brujo.

—Gracias a los dioses. —Esto era buena información. Diablos, era increíble. Tenía un nombre y ahora una confesión de que ella quería usar el poder de mi hermanita para su propio beneficio. Me habría llevado días, tal vez incluso meses, reunir los nombres de aquellos en el Consejo que eran unos fraudes. Pero no había terminado—. ¿Por qué Frieda te mandó a matar a esos brujos en el restaurante de Valen?

Clive parpadeó.

—Ella no fue.

—¿Qué? —Me incliné más cerca—. ¿Quién los mató, entonces?

El brujo dudó un momento y luego dijo:

—No lo sé.

Sí, eso fue extraño.

—¿Quién mató a los padres de Catelyn? ¿Quién asesinó a su familia?

De nuevo, el brujo vaciló como si intentara pensar.

—No lo sé.

Me eché hacia atrás, mirando a Valen en busca de apoyo.

—¿Qué demonios?

Me miraba con ojos intensos. No era la primera vez que deseaba poder leer su mente, pero parecía tan confundido como yo.

Golpe de terror. Tal vez Clive estaba jugando conmigo. ¿Quizás era su yo inteligente intentando fingir que estaba mágicamente inducido por el suero de la verdad pero no lo estaba? No. Julian era un brujo

experto en pociones y venenos. Sabía lo importante que era esto. No me daría una poción falsa.

Aún así, tenía que probar esta teoría.

—Clive. ¿Tienes un pene pequeño? —Ningún hombre en su sano juicio diría que sí a eso. A menos que se deletree, por supuesto.

—Sí —llegó la voz de Clive en el mismo tono somnoliento.

Valen sacudió la cabeza.

—Estás loca.

—Mejor ser loca que aburrida. Clive —volví a intentarlo, no me gustaba lo nerviosa y aguda que era mi voz—. ¿Tuvo el Consejo Gris algo que ver con esos asesinatos?

—No —respondió el brujo.

Santo cielo.

Me eché hacia atrás, con el pulso martilleándome. Si el Consejo Gris no era responsable, ¿quién lo era? ¿Quién había matado a esos brujos y a los padres de Catelyn?

No tenía ni idea de cómo iba a resolver esto. Sólo sabía que no podía rendirme.

Parecía que tenía mucho más trabajo que hacer.

16

Atravesé la puerta principal con las piernas agarrotadas y cansadas, pero mi cuerpo estaba más agotado por la falta de sueño.

Después de nuestro pequeño episodio de tortura con Clive, apenas dormí. ¿Cómo iba a hacerlo? Primero, porque una vampira antigua quería apoderarse de mi hermana, y segundo, porque no tenía ni idea de quién había matado a esos brujos y a los padres de Catelyn.

Volvía al principio. Ni siquiera era un cuadrado. Era un óvalo. Lo único que se me ocurrió fue la lista de enemigos de Valen, pero ni siquiera eso tenía mucho sentido. Para empezar, ¿qué tenían que ver con Catelyn? ¿A menos que pensaran que era su hermana o su amiga giganta? ¿O tal vez sólo odiaban a los gigantes?

Básicamente, no tenía nada que ver.

Después de sonsacarle todo lo que pudimos a Clive, Valen y yo decidimos llevarlo de vuelta al Consejo Gris, donde lo habíamos secuestrado. Una vez que terminamos con nuestras preguntas, el brujo se había quedado dormido, roncando ruidosamente.

—Nos dio información clasificada del Consejo Gris sobre esta Freida —me había dicho Valen cuando volvíamos al edificio del Consejo Gris—. Creo que estará demasiado avergonzado como para revelar su traición a la vampira. Mantendrá la boca cerrada. Puedes apostar por ello.

Eso creí. Era demasiado arrogante para que sus compañeros supieran que había cantado. Se había jactado de que la tortura «física» no le afectaría. Pero contaba con el suero de la verdad de Julian. Al final, había funcionado. Gracias, Julian.

Así que dejamos a Clive roncando en medio de su círculo ritual. Los otros brujos ya no estaban, así que sólo quedaba él.

No me dio todas las respuestas que quería, como quién había matado a los padres de Catelyn y quién estaba tratando de culpar a Valen por esos dos brujos muertos. Pero al menos era suficiente por ahora. Y por el lado positivo, no creía que fuera a ver a Clive por un tiempo, lo que significaba que tenía un camino despejado hacia mi propia investigación.

Pero Shay aún no estaba a salvo de las garras de esa vampira. Iba a investigar a esta Freida. Ya había olvidado su apellido. Empezaría justo después de dejar a Shay en la escuela.

—Estás actuando raro —dijo Shay, subiendo los escalones de la Academia Fantasia, a mi lado.

Me pareció extraño no ver a ningún otro niño con sus padres de camino al colegio. Quizá ya habían llegado y se habían ido.

—¿Mmm? Ah, lo siento. Tengo muchas cosas en la cabeza. —Como esta vampira Freida. Había pensado seriamente dejar a Shay en casa conmigo hoy, pero ella me había dicho que quería ir, lo que me sorprendió. Le *gustaba* esta escuela.

Además, por lo que había leído en el catálogo de normas y reglamentos que Shay se había traído ayer, no se permitía a nadie entrar en las instalaciones de la escuela, ni siquiera al Consejo Gris, excepto al profesorado y a los alumnos. Así que sabía que allí estaría a salvo durante un tiempo hasta que se me ocurriera qué hacer. Siempre teníamos la opción de huir.

Shay se encogió de hombros.

—Como sea.

Suspiré.

—Por favor, no te enfades conmigo. Sé que querías venir anoche, pero créeme, no querías ver lo que vimos. —Como muchos brujos desnudos. Además, me alegré de que no estuviera allí para presenciar la tortura. Ningún niño debería ver eso. Pero me di cuenta de que lo que menos quería era que me viera actuar de esa manera. Me importaba lo que ella pensara de mí.

Shay se detuvo cuando llegamos a las puertas delanteras.

—¿Lo encontraste?

—Sí.

—¿Conseguiste lo que buscabas?

Fruncí los labios.

—Sí y no. Más del sí, un poco del no.

Shay me miró con el ceño fruncido.

—Eres tan rara.

Sonreí.

—Lo sé.

La puerta principal se abre. Puse una sonrisa falsa, esperando ver al mismo miembro calvo y grasiento del personal de la escuela. En su lugar, había una mujer. La magia hizo vibrar mis sentidos, pero no supe si era una bruja blanca o una oscura. Tuve una fuerte sensación de familiaridad. Me resultaba... familiar. ¿La había visto en alguna parte? Podría ser. Tenía una memoria terrible. Era aún peor con los nombres. Podría haberla conocido antes y ni siquiera recordarlo. De su cuello colgaba un pendiente con la piedra azul más hermosa que jamás había visto. Una joya ovalada de color azul zafiro estaba sujeta por cuatro garras de dragón.

Aparté los ojos de su pendiente y la encontré mirándome.

Su mirada se posó brevemente en mí, pero luego se ensanchó al centrarse en Shay.

—Ah, hola, Shay. Me alegro de volver a verte.

—Hola, maestra Barclay —dijo Shay, con las mejillas sonrosadas. Por el tono educado de su voz, me di cuenta de que la profesora le caía bien. Qué bien. Eso era bueno.

La maestra Barclay llevaba el pelo largo y rubio recogido en un semirrecogido. Sin arrugas, aparentaba unos cuarenta años y estaba en buena forma, aunque un poco delgada. Sus grandes ojos grises se posaron en mí.

—Gracias por su puntualidad.

—Eh... sí. De nada. —*¿De nada?*

Shay resopló.

—Dios, eres rara. Nos vemos.

—Nos vemos pronto. —La despedí haciendo un gesto con la mano mientras pasaba junto a la maestra Barclay y desaparecía tras las puertas.

—Hasta pronto, Leana —dijo la maestra Barclay mientras me cerraba la puerta en las narices.

Bajé la mano y me quedé mirando la puerta. Al cabo de un minuto, suspiré y me di la vuelta. Y mi cara chocó contra la cabeza de Jade.

—Auch. ¿Qué están haciendo aquí? —Me eché hacia atrás, viendo a Elsa, Jade y Julian de pie detrás de mí.

—Te hemos seguido —dijo una alegre Elsa, con sus zuecos verdes de jardinería asomando bajo su larga falda naranja.

Me froté la frente, donde ya notaba un bulto palpitante.

—¿Me han seguido?

Jade se rió, frotándose el lado opuesto de la cabeza, que en ese momento estaba envuelta en una diadema rosa, con sus pendientes de lazo de plástico rosa balanceándose.

—Tienes la cabeza muy dura. —Llevaba un mono azul pastel atado con un ancho cinturón blanco alrededor de la cintura. Y con el pelo rubio recogido en la parte superior de la cabeza en una coleta alta, parecía que acababa de bajarse de una máquina del tiempo de los años ochenta.

—Sí. Lo hicimos. —Elsa se llevó las manos a las caderas, radiante, mientras admiraba la escuela—. Siempre he querido ver el interior de la Academia Fantasia. —Miró más allá de mí hacia la fachada del edificio—. Mi hijo Dylan no fue aceptado. Creo que tuvo algo que ver con Adele. Después de que Cedric se negara a dejar que ella lo intimidara, bueno, él perdió su trabajo, y nosotros perdimos nuestro buen nombre.

Bajé la mano, recordando que Elsa me había contado aquella historia.

—Me encantaría darles un tour, pero no dejan entrar a nadie. Ni siquiera a mí.

—Lo sé. ¿No es genial? —Jade miraba la escuela con ojos soñadores, como si hiciera cualquier cosa por poder asistir.

Me agarré a mis amigos y jalé de ellos para alejarlos del colegio antes de que la maestra Barclay nos viera a través de una de las muchas ventanas. Cuando habíamos traspasado las verjas, pregunté:

—¿Pero por qué nos siguieron?

—Bueno, después de lo que nos contaste anoche, investigamos un poco a tu amiga vampira, Freida —dijo Elsa.

Les había contado todas las conversaciones dignas de mención que había tenido con Clive.

—Gracias, chicos —exhalé, apreciando que tendría ayuda extra en este caso. Parecía que iba a necesitarla—. ¿Y? ¿Es tan malvada e intrigante como imaginaba?

—Peor aún —Elsa miró por encima del hombro y bajó la voz—. Al parecer, fue responsable de las muertes humanas masivas en Chicago en 1809 y luego en Boston en 1812. Murieron miles de personas. Los humanos afirman que fue algún tipo de fiebre amarilla, pero los registros muestran que fue ella. Ella y un grupo de vampiros masacraron a todos los humanos que pudieron. Un verdadero baño de sangre.

—Literalmente —añadió Julian.

Me sentí mal.

—¿Y la dejaron sentar su culo en el Consejo Gris?

—Ha cambiado su actitud —se burló Jade, llevándose una mano al pecho—. Bueno, eso es lo que dicen los registros.

Dos mujeres humanas de treinta y tantos años pasaron por delante de Julian, mirándolo como si fuera sexo con patas. Pero el apuesto brujo ni siquiera se fijó en ellas. Sí, estaba loco por Cassandra, la madre de las gemelas.

—Mentira —dije, volviendo a centrarme—. Todos sabemos que la gente no cambia. La verdad es que no. Y no tanto. —Si entonces era una psicópata asesina con sed de sangre humana, estaba segura de que lo seguía siendo—. No puedo creer que pusieran a alguien como ella en el Consejo Gris. —Miré a mi amiga bruja, cuyo pelo rojo se mecía con la brisa de la mañana—. ¿De dónde sacaste toda esta información?

Elsa sonrió y se dio un golpecito en la nariz.

—Tengo mis fuentes.

—Se refiere a su amiga Luciana, que era la secretaria del Consejo Gris allá por los noventa —dijo Jade—. Se jubiló hace unos quince años.

Elsa miró a Jade con el ceño fruncido.

—La cuestión es que no quieres que alguien como ella se apodere de tu hermana. Lo cierto es que es lo peor que hay. No siente empatía,

no ama a los humanos ni a ninguna otra raza paranormal excepto la suya. Sólo le importan los vampiros. Todos somos seres inferiores para ella. Ella es una persona muy complicada.

Levanté una ceja.

—Maravilloso.

—¿Sabes algo de Catelyn? —Julian me estaba mirando.

—Todavía no —le dije, y tanto Elsa como Jade se inclinaron hacia mí—. Valen ha ido a casa de Arther a ver cómo está.

—¿Crees que allí estará más segura que con sus amigos? —Elsa tenía esa expresión en la cara que me decía que lo desaprobaba—. Ella estaba bien con nosotros. Creo que fue un error alejarla de sus amigos. ¿Cómo puede ser mejor estar con un grupo de desconocidos?

—No la viste cuando encontró a sus padres —dije—. No era ella misma. No quieres una giganta enloquecida en el hotel. Ella destruiría todo el piso trece. Fácil. Y mataría gente.

—No, si estábamos allí para ayudarla —insistió Elsa, y me di cuenta de que esto le molestaba mucho.

—No ayudaría —dije, sintiendo algo de culpa por haber dejado a Catelyn con extraños—. Por lo que me dijo Valen, Arther la llevará mañana al norte. A algún lugar remoto. Un lugar alejado de la población humana. Así, si cambia, y sé que lo hará, no hará daño a nadie.

—Pero podría hacerse daño a sí misma dijo Jade.

Cierto.

—Valen me ha prometido que su amigo sabe lo que hace. Tengo que confiar en él. Se preocupa por Catelyn. No la entregaría si no confiara en que la cuidarán bien.

Elsa apretó los labios con fuerza, negando con la cabeza.

—No me gusta. ¿La volveremos a ver?

Buena pregunta.

—Seguro que sí. —No lo creo. Se me oprimió el pecho al pensarlo, pero con Catelyn fuera de vista y a salvo de hacerle daño a nadie, podía concentrarme en los demás asuntos sin tenerla a ella como distracción.

—Me pregunto... —Empecé, ordenando mis pensamientos mientras inhalaba todos los gases de escape de los autos y taxis que pasaban—. Si Darius y Freida trabajaban juntos para apoderarse de Shay, tendrían que compartir ese poder. ¿Verdad? Pero no veo a Darius como alguien a quien le guste compartir. Esta Freida tampoco.

—Se habrían liquidado mutuamente —dijo Julian, como si fuera el plan aparente. Nos miró—. En cuanto surgiera la oportunidad, habrían intentado matarse el uno al otro. Y el vencedor habría tenido el control total de Shay.

Me estremecí al pensar que alguien pudiera controlar a esa niña.

Nadie debería tener control sobre nadie. Y punto.

Julian hizo un gesto con la mano derecha.

—No se puede compartir el poder. No con estos tipos.

—¿Y crees que es la única vampira vil del consejo? ¿No hay otros? —preguntó Jade—. Podría haber otros. ¿Y si son todos malos?

Había pensado en eso.

—No según Clive. Darius y esta Freida eran los dos únicos que estaban tras el rastro de Shay. No sé si los otros miembros tenían otras agendas oscuras, pero en lo que respecta a Shay, eran sólo ellos dos.

—¿Le crees? —preguntó Elsa mientras se metía las manos en los bolsillos de la falda—. Estaba bajo la influencia del suero de la verdad de Julian.

—Cierto. Vaya, qué listo eres —dijo Elsa, mirando a un engreído Julian.

—Así que queda una vampira poderosa —dije, preguntándome si eso era peor que una bruja poderosa. No sabía qué aspecto tenía, dónde vivía ni dónde se reunía. Tenía mucho trabajo por delante si quería construir un caso contra ella. Si lo que decía Clive era cierto, sólo había dos manzanas podridas en el Consejo. Bueno, una, ahora que Darius estaba fuera de escena.

Y tenía que deshacerme de ella antes de que intentara algo con Shay.

—Vámonos. —Elsa nos acompañó calle abajo—. Hablaremos más en el piso trece. Puedo prepararnos un buen brunch. Como After Dark está cerrado, eso no nos deja muchas opciones. Así que directo al hotel.

Miré hacia la escuela antes de darme la vuelta y seguir a los demás de vuelta al Hotel Twilight.

Todavía me rondaban por la cabeza los asesinatos sin resolver. Hasta donde sabía, no había habido nuevas muertes, pero eso no significaba que todo hubiera terminado. Y el restaurante de Valen seguía cerrado por ello. No volvería a abrir hasta que se resolvieran esas muertes.

Y de alguna manera, tenía que detener a una poderosa y antigua vampira que casualmente formaba parte del Consejo Gris.

Muy fácil.

17

Después de pasear por el vestíbulo del hotel, todavía con la temática discotequera de los setenta en pleno efecto, me escabullí detrás de un hombre muy corpulento, cuando Basil nos lanzó una mirada. Al principio, pensé que me había visto y que me obligaría a trabajar para darle la bienvenida nuevamente a los invitados, pero llegamos al ascensor sin interrupción.

Quería saludar a Jimmy, que estaba guapísimo con un conjunto de pantalón de campana y chaleco de cuero con flecos, pero tenía demasiado miedo de que Basil me viera.

Cuando llegamos a la decimotercera planta, todos entramos en mi antiguo apartamento. Me dirigí directamente a mi despacho, que consistía en un simple escritorio, un ordenador portátil y los libros que estaba leyendo, todo pegado a la pared del fondo, junto al comedor.

—Creo que voy a hacer unos bocadillos de huevo y jamón a la plancha —dijo Elsa mientras abría la puerta de la nevera, que, para mi sorpresa, siempre estaba repleta de alimentos que yo nunca compraba.

—Yum. Yo ayudo —Jade siguió a Elsa a la cocina mientras Julian se estiraba en el sofá y encendía la tele.

Me quedé un momento mirando la nuca de Julian, pensando en Clive y en lo maravilloso que había funcionado aquel suero. Con qué facilidad salían volando las palabras de aquel cabrón fumador empedernido.

—Julian —le llamé y esperé a que se diera la vuelta—. Ese suero de la verdad. ¿Tienes más?

El brujo sonrió satisfecho.

—¿Planeas usarlo con cierta vampira?

—Absolutamente. —Si pudiera ponerle las manos encima y conseguirle el tónico, podría hacerla confesar. En video. Si podía hacer eso, éramos de oro.

—Lo siento, Leana, pero no funcionará con ella.

—¿Por qué no? ¿Porque es una vampira *antigua*? —Eso era nuevo para mí. Pero, de nuevo, yo no sabía mucho acerca de los vampiros antiguos, especialmente los que querían utilizar a las niñas en su beneficio.

—No, no porque sea antigua —respondió el brujo, con expresión pensativa—. Porque es una *vampira*. Los sueros de la verdad, o cualquier tipo de pociones de manipulación mental que yo conozca, no funcionan con los vampiros.

Levanté las cejas.

—¿En serio? Vaya. Tengo que ponerme al día con mis lecturas de vampiros 101. —No tenía ni idea. Pero era más ignorante sobre cómo funcionaban los sueros de la verdad y otras pociones.

—Sí. —Julian se dio la vuelta y se quedó mirando la tele—. Tiene algo que ver con su sangre. Como si su sangre actuara como una contramedida contra eso. Imagina que su sangre es un virus y mata a todos los demás virus intrusos.

Qué fastidio. —Un gran fastidio. Ya me había imaginado a Freida atada a una silla y soltando la lengua ante la cámara. Supongo que tendría que pensar en otra forma de hacerla hablar.

Dudaba que fuera una vampira solitaria. Probablemente tenía un séquito con ella en todo momento, lo que significaba que sería aún más difícil intentar... ¿qué? ¿Atraparla? ¿Secuestrarla como hicimos con Clive? Clive había sido fácil, aunque tuvimos que luchar contra algunos de sus amigos desnudos. Tenía la sensación de que Freida sería mucho más difícil de alcanzar.

En primer lugar, si quería enfrentarme a ella, necesitaba saber dónde vivía o pasaba el tiempo. ¿Tal vez tenía una guarida de vampiros? Y tal vez veía demasiada televisión.

—¿Cómo está Cassandra? —le pregunté a Julian y vi cómo se le movían los hombros.

Cuando se dio la vuelta, vi un rubor en sus mejillas.

—Está bien.

Levanté una ceja.

—Lo está. ¿Verdad? —Pillé a Elsa con una risita en el fondo y a Jade con la mano en la boca, con los ojos llenos de risa.

Julian se rió entre dientes.

—Lo está. Y las gemelas también. Ya está. ¿Has terminado con tu interrogatorio?

Me burlé.

—Ni de cerca. —Le señalé con el dedo—. Déjame recordarte todas tus preguntas cuando nos conocimos. Tendré más para ti después. —Me reí más cuando se dio la vuelta, con las puntas de las orejas enrojecidas.

—Toma. —Elsa apareció en mi escritorio y depositó una humeante taza de café—. Parece que necesitas esto.

—Elsa, eres la mejor —dije mientras cogía la taza y bebía un sorbo, saboreando el delicioso sabor amargo.

La bruja mayor sonrió.

—Dime algo que no sepa.

Escupí un poco de café mientras Jade resoplaba desde la cocina y encendí el portátil. Pensé que podría conectarme a la base de datos de Merlín y ver qué podía encontrar sobre Freida.

—Entonces, ¿qué hay con esos brujos muertos? —llamó Jade desde la cocina, con un cuchillo en la mano mientras picaba lo que parecía un tomate—. ¿Alguna pista?

Tomé otro sorbo de café.

—La verdad es que no. Lo único que se me ocurre es que alguien quiera culpar a Valen de eso.

—¿Pero cuál es la conexión con la familia de Catelyn? —Elsa apoyó una gran bolsa de panecillos en la isla de la cocina, junto a Jade.

Sacudí la cabeza.

—Esa es la cuestión. Ni siquiera sé si existe una conexión. O sea, no tiene sentido. Nada de esto lo tiene.

—Pero no ha habido más asesinatos. —Jade dio un fuerte golpe con su cuchillo sobre el tomate como si imaginara que era el cuello del asesino.

—No que sepamos.

—¿Tiene Valen muchos enemigos? —preguntó Elsa mientras cortaba un panecillo dorado por la mitad y empezaba con otro.

—Aparentemente, sí.

Elsa entrecerró los ojos.

—Eso no suena a Valen. Es un encanto. ¿Quién le guardaría rencor?

Julian se aclaró la garganta.

—Eh, incluso *nosotros* lo hicimos antes de que Leana lo cabalgara.

Escupí un poco más de mi café.

—Oye. Eso no es justo.

—Sólo digo que el gigante no era tan comunicativo antes de conocerte —dijo el brujo—. Comíamos en su restaurante porque la comida es increíble. Pero el tipo era un imbécil total.

Él tenía un punto, pero Valen había estado pasando por un montón de cosas personales.

—No es perfecto. Pero creo que los que le harían daño son los tipos más peligrosos y turbios con los que probablemente luchó y a los que echó de su sector.

—Metiendo su gigantesca nariz donde no debía —añadió Julian, y yo le lancé una mirada fulminante.

—De todos modos, la lista es *larga*, así que podría tomar un tiempo. —Como unos meses.

—Bueno, es que creo que Valen es un hombre maravilloso —dijo Elsa, con la barbilla alta y con cara de estar esperando a ver si alguien la contradecía—. Y me alegro de que te haya encontrado, Leana.

Sonreí.

—Yo también me alegro.

—O sea —continuó Elsa, serrando como un leñador experimentado

—. Ahora es mucho más amable que antes. Y sonríe mucho. Creo que no recuerdo haberle visto los dientes antes de que aparecieras. Tiene unos dientes tan bonitos.

Me reí.

—Esta es una conversación extraña. Arrastré el dedo por el mouse pad de mi laptop y abrí un navegador. Tecleé la dirección web de la base de datos Merlín y esperé a que apareciera la página de inicio. Cuando lo hizo, ingresé mi nombre de usuario y mi contraseña, pulsé Intro y…

CREDENCIALES INVÁLIDAS.

Me quedé mirando el mensaje en letras rojas, grandes y en negrita.

Se me paró el corazón.

—¿Qué demonios es esto? —Me quedé mirando la pantalla.

—¿Cuál es el problema? —Oí decir a Elsa.

—No estoy segura. —Volví a introducir mis datos, pulsé Intro y recibí el mismo mensaje de error. No podía haber olvidado mi contraseña. Era la misma desde hacía más de diez años. Si no podía conectarme, significaba...

—Ay, no.

—¿Ay, no? —Los pasos se acercaban—. ¿Qué quieres decir con «*Ay, no*»? —El hombro de Elsa rozó el mío mientras se inclinaba y miraba embobada mi laptop—. *¿Credenciales inválidas?* —leyó—. ¿Leana? ¿Qué significa eso?

Dejé escapar un largo suspiro mientras mi corazón se acelera de nuevo.

—Creo... No, sé que me revocaron la licencia Merlín.

—¿Qué? —gritaron Elsa y Jade simultáneamente, haciendo que me sacudiera en la silla.

—¿De qué estás hablando? —La voz de Julian sonó más fuerte al aparecer también a mi otro lado, justo cuando Jade chocaba con Elsa.

Me recosté en la silla y señalé las desagradables letras rojas.

—O he perdido el carné o me lo han suspendido. En cualquier caso, no tiene buena pinta. —Maldita sea. No necesitaba esta mierda ahora mismo.

Elsa apretó su medallón.

—Pero eso no tiene sentido. ¿No envían advertencias antes de hacer eso? *¿Pueden* hacerlo?

—Sí, pueden —contesté, sin dejar de mirar la pantalla—. Pero normalmente, recibiría un correo electrónico o una carta.

—¿Has revisado el correo electrónico? —preguntó Jade, con la voz cargada de ansiedad.

—Todavía no. —Abrí otra ventana y comprobé mi correo—. Aquí no hay nada. Sólo correo basura. Es posible que apenas lo acaban de hacer. Puede que reciba algo en las próximas veinticuatro horas.

—Bueno, eso es horrible —refunfuñó Elsa—. Tiene que ser un error. ¿Se puede apelar?

Me encogí de hombros.

—No estoy segura. Nunca había tenido que apelar. —Nunca había perdido la licencia.

—¿Por qué te pasó a *ti*, concretamente? —Julian cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Quién tiene autoridad para hacer esto?

Sólo conocía a una persona que lo haría.

—Clive.

Elsa y Jade respiraron entre dientes.

—¿No nos dijiste anoche que Clive no diría nada? —Julian se acercó a mí.

—Lo hice. —Le había contado a la pandilla todo lo que había pasado con Clive y que nos habíamos deshecho de él porque creíamos que estaría demasiado avergonzado para decir una palabra.

—Te equivocaste con él —dijo Julian—. Soltó la sopa. Tal vez se lo dijo a Freida. Si hizo esto —dijo, señalando—, puedes apostar tu culo a que se lo dijo.

Volví a mirar la pantalla. La ira me apretó las tripas.

—No estoy segura. No. No creo que lo hiciera. Si se lo hubiera dicho a Freida, ahora mismo estaría aquí algún agente del Consejo Gris arrestándome. Creo que esto es lo único que podía hacer sin llamar la atención. —Era la única forma en que el bastardo podía evitar que descubriera más sobre su ama vampira.

—Ese baboso hijo de puta —acusó Jade.

—Sí, y peor aún —Tamborileé con los dedos sobre el escritorio—. Ahora no puedo conectarme e investigar a Freida. Por eso lo hizo. Para hacer más difícil, tal vez imposible, que yo la investigara. No podré relacionarla con ninguna organización retorcida, nada. —Maldito brujo fumador.

—Pero puedes recuperar tu licencia. ¿Verdad? —Elsa me observó —. Si no puede respaldar sus afirmaciones sin arrastrar a su jefa vampira, no tiene ninguna ventaja.

—Cierto —exhalé—. Pero aún tardaré un tiempo en recuperar el acceso a la base de datos. Tal vez semanas. Tendré que encontrar otra forma de saber más sobre Freida.

Jade me tocó el hombro.

—No te preocupes. Te ayudaremos. Me pondré en contacto con mi amiga Margorie Maben. Está casada con Oscar Maben, que forma parte del Consejo Gris. ¿Recuerdas? Ella fue la que le dijo a su marido que Adele quería destruir el hotel.

—Ya. Lo recuerdo —dije, recordando vagamente aquella conversación.

—Desde aquella noche escribimos con más regularidad. Ya lo

verás. Hay otras formas de conseguir la primicia sobre esa vampira.

—Gracias. —La calidez calmó mis sentidos ante su comentario y su voluntad de ayudarme. Sabía que mis amigos me ayudarían, aunque no lo pidiera. Era difícil imaginar trabajar en un caso sin ellos.

—Pero primero, vamos a comer. El brunch está listo. —Elsa volvió a la cocina, Jade justo detrás de ella.

Me levanté, mirando fijamente mi pantalla mientras oía a Julian seguir a las brujas hasta la cocina. No se podía piratear a distancia la base de datos Merlín. De eso estaba segura. Estaba protegida mágicamente con guardas, cosas que los ordenadores humanos no tenían. No tendría más remedio que apelar esta decisión. Eso llevaría semanas.

Después de una buena comida a base de sándwiches de huevo y jamón a la plancha de Elsa, todos nos recostamos en nuestras sillas, llenos y con unos cuantos kilos más de peso que cuando llegamos.

Sonó un ping y Jade sacó su teléfono.

—Margorie me acaba de escribir.

Me senté más recta en la silla.

—Ah. ¿Y?

—Esto tiene que estar bueno. —Elsa empujó su silla hacia atrás—. Voy por un poco de vino.

Aparté los ojos del pelo rojo de Elsa y volví a mirar a Jade.

—¿Qué le preguntaste exactamente?

—Todo lo que tenía sobre Freida —respondió Jade, sus ojos deslizándose sobre la pantalla de su teléfono—. Bien. Vive en una mansión en el norte del estado de Nueva York.

—Su guarida —murmuré.

—No tiene la dirección, pero dice que va a investigarlo —dijo Jade, hablando rápido—. Dice que su marido no la quiere. Al parecer, no es muy querida.

—Debe de ser ese aliento de vampira —dijo Julian. Se encogió de hombros cuando todos le miramos—. ¿Qué? Todos los vampiros tienen mal aliento. Es un hecho conocido.

—No lo sabía. —Miré a Jade—. ¿Qué más?

—Ella ha estado tratando de imponer el reemplazo de Darius con uno de sus amigos vampiros, y el resto de los miembros del consejo no están contentos con eso. Se supone que deben votar a un nuevo miembro. No pueden elegir a cualquiera.

—A Freida no parece importarle. —Y tenía la sensación de que normalmente conseguía lo que quería—. ¿Algo más? —Hasta ahora, no era mucho. Quería la dirección de su casa. Con eso, podría hacer planes. Podría organizar una vigilancia.

A Jade se le iluminó la cara.

—Ah. Hay una reunión mañana por la mañana. A las diez en el

edificio del Consejo Gris. —Me miró y dijo—: Y Freida estará allí.

—Vale, está bien. —Asentí para mis adentros—. ¿Algo más?

Jade negó con la cabeza.

—No. Eso es todo.

—¿Planeas secuestrarla delante de todo el Consejo? —preguntó Julian, mirándome como si estuviera loca.

—No. —Pero el pensamiento había cruzado mi mente—. Pero me permitirá ver cómo es ella. Pero lo más importante, cuántos guardaespaldas estarán con ella.

—Inteligente. —Elsa me miraba orgullosa—. Y por eso eres la Merlín. Se te ocurren esas cosas de detective.

Era una Merlín. Eso era más exacto. No, seguía siendo una Merlín. No necesitaba una identificación plastificada para probarlo.

—Y entonces la seguiré —continué—. Si tengo suerte, me llevará directamente a su guarida. —Y entonces... y entonces no había pensado tan lejos todavía. Estoy segura de que a Valen le gustaría estar informado de mis planes futuros que involucraban a una supuesta vampiresa antigua.

—¿Una guarida llena de vampiros? —Julian me sacudió el tenedor —. ¿Estás loca?

—Pensé que ya habíamos cubierto eso antes.

Julian pinchó un trozo de tomate con el tenedor.

—Leana, usa la cabeza. Ella es poderosa. Los vampiros que están con ella también lo serán. ¿Qué vas a hacer? ¿Irrumpirás disparando tu luz estelar?

Me encogí de hombros.

—Algo así.

—¿Estás loca? —Julian alzó la voz—. No durarás ni un minuto ahí dentro. Estos vampiros serán fuertes, más resistentes y peligrosos de lo que puedas imaginar. Algunos podrían ser tan viejos como ella. No lo sabemos. Tienes que pensarlo bien, porque si entras ahí toda exaltada y emocional, morirás.

Entrecerré los ojos, sin apreciar su *emotivo* comentario.

—Estoy bromeando —dije, aunque no estaba segura de estarlo. Con la amenaza que pesaba sobre Shay, no estaba segura de que no iría hasta allá a dispararles a algunos vampiros con mi luz estelar, toda emocional. Tenía que hacer algo. Tenía que proteger a mi hermana de esta vil vampira.

La seguiría mañana y entonces decidiría cómo enfocar esto. Sonreí. Esto estaba muy bien.

Se oyó un fuerte ruido en el pasillo y, cuando me giré, vi a Valen corriendo hacia nosotros.

Sonreí, sintiéndome mejor ahora que tenía un plan y que pronto sabría dónde guardaba Freida su ataúd.

—Hola. ¿Qué pasa? Pareces preocupado.

—Es Shay —dijo el gigante, y mi corazón casi se paró.

—Dios mío. ¿Se la llevó? —Salté de mi silla.

Valen me hizo un gesto con la mano.

—No. Ella está bien. Bueno, no, no lo está. Me han llamado del colegio. Está enferma y tenemos que recogerla. Dijeron que no podían localizarte.

Dejé escapar un suspiro tembloroso. Maldita sea. Me saqué el móvil del bolsillo con mano temblorosa.

—Mierda. El teléfono está muerto. —Me aparté de la mesa a tientas y corrí hacia mi escritorio en busca del cargador. Cuando lo encontré, lo enchufé—. Mi teléfono se está cargando. ¿Está bien? ¿Es grave? —pregunté mientras volvía.

—No me dijeron mucho por teléfono —dijo el gigante—. Sólo dijeron que tenía fiebre y que las normas eran que se mantuviera alejada de los otros niños para que lo que tuviera no se lo contagiara a otros. El carro está aparcado frente al hotel.

Pobre Shay. Eso es todo lo que necesitaba ahora, ser señalada como portadora del virus.

—Vete —Elsa me empujó ligeramente—. Ve a buscar a Shay y tráela de vuelta. Podemos hacer que Polly le eche un vistazo si te hace sentir mejor, pero estoy segura de que no es nada.

—Sí —me dije, aunque no me lo creía. Shay había estado bien esta mañana—. Vale. Vuelvo en un rato.

Seguí a Valen fuera, todos los pensamientos y planes de patear el culo de Freida se desvanecieron ya que sólo tenía espacio para un pensamiento.

Shay.

18

El Range Rover Sport de Valen se detuvo en la acera de la puerta principal de la escuela. Antes de que apagara el motor, abrí la puerta y salí corriendo.

No tuve que ir muy lejos. Shay estaba sentada sola en lo alto de la escalera.

La ira se apoderó de mis entrañas. ¿Dejaron sola y afuera de la escuela a una niña enferma de once años?

—Shay. —Cuando llegué hasta ella, me senté a su lado e inmediatamente le apreté la mano en la frente.

Me apartó la mano de un manotazo.

—Me siento bien. No montes una escena. —Miró por encima del hombro como si sospechara que los profesores la observaban.

—Eso no es lo que dice la escuela. Y te siento caliente. —Más caliente de lo que me hubiera gustado. Tenía la cara pálida, pero las mejillas enrojecidas y las sienes un poco sudorosas. Así que, sí, definitivamente se estaba enfermando de algo.

—Creo que la maestra Barclay está exagerando —dijo Shay—. Ella no tenía que llamarlos.

—Ella lo hizo—. Vamos. Vamos a llevarte a casa. Bueno, de vuelta al piso trece. Polly te echará un vistazo.

—Hola, mocosa —dijo Valen al llegar hasta nosotros—. ¿Cómo te sientes?

Shay se encogió de hombros.

—Bien.

Miré a Valen y negué con la cabeza. La preocupación en sus ojos me decía que él sabía que era peor de lo que ella decía. Pero Shay era testaruda, como yo. No quería que la gente se preocupara por ella.

—Vámonos. —Intenté agarrarle la mano, pero me la arrancó de un tirón. En su lugar, siguió a Valen de vuelta al Range Rover. Supongo que todavía estaba enojada conmigo por no dejarla ir con nosotros a buscar a Clive.

Suspirando, seguí a Shay y Valen por la acera y me subí al Range Rover.

El motor del todoterreno rugió y Valen pisó el acelerador. Salimos a toda velocidad.

Tiré del cinturón de seguridad y me giré en el asiento.

—¿Cómo te sientes? ¿En serio? —¿Fue mi imaginación, o sus mejillas estaban más rojas?

Shay miraba por la ventana. Se encogió de hombros.

—Igual.

—Te ves un poco caliente. ¿Estás caliente?

Se encogió de hombros.

El zumbido del motor se hizo más constante mientras yo no le quitaba los ojos de encima. Me alegré de que hubieran llamado del colegio. Shay estaba enferma. Más de lo que decía.

Me di la vuelta y me encontré con la mirada de Valen.

—Es sólo un resfriado o algo así —calmó Valen, sus ojos de nuevo en la carretera—. Se pondrá bien.

—Mmmm. —Pobre Shay. Estar enferma en su segundo día de escuela debe haber sido duro para ella. Con suerte, con un poco de descanso y lo que sea que Polly tuviera para los resfriados, estaría de vuelta en esa escuela en poco tiempo. Sobre todo porque parecía gustarle de verdad.

—¿Ya has hecho amigos? —pregunté, aunque mantuve la vista al frente en la carretera.

—No lo sé —respondió Shay.

—¿Cómo son las clases?

—Como las clases —respondió ella.

Miré a Valen, que sonreía. ¿Lo estaba disfrutando? Sí, lo estaba.

—¿Qué tipo de magia te están enseñando? —pregunté, todavía mirando fijamente a Valen—. No eres una bruja blanca ni oscura, así que tengo curiosidad. —Tenía más curiosidad por saber si mis métodos de enseñanza eran correctos.

—¿Quieres decir que si me están enseñando lo mismo que tú?

Sip, la niña era perceptiva.

—Sí. ¿Lo están haciendo?

—No.

—¿No? —Giré en mi asiento—. Entonces, ¿cómo te están enseñando? —Shay no era una bruja elemental, así que no podían enseñarle a extraer poderes de la tierra. Quería saber cómo lo hacían.

—Meditamos —dijo Shay.

—¿Meditación? ¿Eso es todo?

Shay me parpadeó.

—Es mi segundo día.

—Cierto. Lo siento. —Me di la vuelta, sin saber dónde estaba mi cerebro. Por supuesto, tendrían que empezar despacio, y la meditación era una forma estupenda de calmarse y aprender a controlar las emociones. Tenía sentido que empezaran por ahí.

Cuando miré a Valen, seguía sonriendo.

—¿Qué?

—Nada —contestó el gigante, aunque aquella sonrisa burlona nunca abandonó sus labios. Vale, pensó que me estaba pasando un

poco con mis preguntas. Puede que sí.

Aparté la mirada de su rostro sonriente y me quedé mirando por la ventana. Tenía que empezar a hacer planes sobre Freida. Ya sabía dónde iba a estar mañana. Era perfecto. ¿Y qué era también perfecto? Tener a un gigante como aliado.

El motor del todoterreno apenas era un ronroneo audible por encima del zumbido de pensamientos y emociones en mi mente.

—Tengo nueva información sobre Freida —le dije—. Sé dónde va a estar mañana. Va a haber una reunión del Consejo Gris, y ella va a estar allí.

—¿Cómo lo sabes?

—La amiga de Facebook de Jade se lo dijo. La que tiene a su marido en el Consejo. —Decidí no mencionar el pequeño percance con mi licencia de Merlín. No quería hablar de eso delante de Shay porque no quería que se preocupara.

—¿Qué quieres hacer al respecto? —preguntó el gigante.

—Seguirla. Ver dónde está su guarida o lo que sea —dije—. Pensé que podrías venir conmigo.

—Claro. ¿Porque necesitas que te lleven?

—Sí. ¿Es tan obvio?

—Un poco. —El gigante rió entre dientes.

Me removí en el asiento.

—Así que tenemos mucho de qué hablar más tarde. ¿Y Shay? Descansarás por orden de Polly, en la cama, así que no puedes enfadarte conmigo esta vez. —Lo último que quería era que mi hermanita volviera a enfadarse por no haberla llevado conmigo. Pero esto era cosa de mayores, mi trabajo, y no podía dejar que mi hermana estuviera merodeando por una peligrosa guarida de vampiros.

—¿Shay? ¿Me has oído? —Me giré en mi asiento—. ¿Shay? —Su cabeza estaba apoyada contra el cristal, con los ojos cerrados—. Shay —volví a decir. ¿Estaba durmiendo? Giré los ojos sobre ella. La piel de sus mejillas ya no era roja, sino de un verde enfermizo. Eso no era normal.

—¿Pasa algo? —Oí preguntar a Valen.

—¡Shay! —Ahora estaba gritando—. ¡Shay, despierta! Despierta, Shay. —Una mezcla nauseabunda de pavor y miedo me sacudió las rodillas. Respiré hondo y contuve la respiración para no marearme—. ¿Por qué no se despierta? Valen. No se despierta.

—Ya casi llegamos —dijo Valen al tomar el siguiente cruce a la derecha, con un delgadísimo hilo de miedo en su voz baja y controlada.

—Está muy pálida —dije. El terror pesaba sobre mí, como una roca en la boca del estómago. ¿Por qué no se despertaba? ¿Qué le estaba

pasando?—. Estaba bien. Hablaba. ¿Qué le pasa?

—No lo sé —dijo Valen—. Parece que se desmayó por la fiebre.

¿La gente se desmaya por la fiebre? Yo no tenía ni idea. No era curandera y no sabía casi nada de remedios curativos y ese tipo de cosas.

Me invadió el pánico. Esto definitivamente *no* era normal. Esta mañana estaba bien. Era la gruñona de siempre. ¿Y ahora esto?

Mis labios se separaron cuando caí en la cuenta.

—La han maldecido —En cuanto pronuncié las palabras en voz alta, supe que eran ciertas. Era la única explicación. De ninguna manera se trataba de un típico resfriado o gripe para haber actuado tan rápido. Shay era una niña sana, sin problemas de salud, ni siquiera alergias. No era una experta, pero no conocía ningún virus que te tuviera bien un minuto y luego te desmayaras en unas dos horas.

—¿Qué? —La voz de Valen estaba alta de tensión—. ¿Estás seguro?

—Sí. Alguien la maldijo —dije, con la garganta apretada mientras intentaba controlar el tsunami de emociones que amenazaba con ahogarme—. Alguien le hizo esto.

No me lo podía creer. Sentí un mareo como si hubiera bebido demasiadas copas de vino al mismo tiempo. Esto era una locura. ¿Quién querría hacerle daño a Shay? Sólo era una niña inocente. ¿Esto tenía algo que ver con su habilidad para controlar el poder del sol? ¿Era Freida? ¿O Clive se estaba vengando de mí? Era un brujo, así que este tipo de maldición debería ser fácil de conjurar para él. ¿Pero por qué lo haría si su ama quería usar el poder de Shay? No. No fue él o la vampiresa.

Me quité el cinturón y me incliné hacia atrás para cogerle la mano. Me estremecí. Estaba helada, literalmente como tocar un cubito de hielo.

—Está tan fría, muy fría —Parpadeé con las lágrimas en los ojos—. Aguanta, Shay. Por favor, aguanta.

—¿Quién haría esto? No es más que una niña —gruñó Valen, respirando con dificultad como si estuviera haciendo todo lo posible por controlar su ira.

Apreté los dientes, incapaz de responder. No porque temiera echarme a llorar, sino por la rabia que me corroía las entrañas. Era uno de esos momentos en los que deseaba ser otro tipo de bruja. Una bruja blanca para poder conjurar un hechizo curativo, un hechizo mágico para contrarrestar la maldición. Diablos, incluso conjuraría a un demonio y haría un trato con él si pudiera curar a mi hermana. Le daría *cualquier* cosa.

Pero como era una bruja de luz estelar, no podía hacer otra cosa que ver cómo la salud de mi hermana parecía consumirse. Mi luz

estelar no curaba. Era inútil.

Maldecir a una niña era un acto cobarde. Una joven sin los conocimientos ni los medios para defenderse de algo ajeno a ella. Y cuando encontrara a esos bastardos, las cabezas volarían.

—Llegamos.

Me temblaron los labios y asentí con la cabeza, ya sin voz. Me sacudí en el asiento cuando Valen aparcó su Range Rover Sport en el bordillo de la acera frente al Hotel Twilight, el espacio reservado para los huéspedes, pero a quién le importaba.

Abrí la puerta de un empujón, salté del asiento, cerré de un portazo y corrí hacia el otro lado del todoterreno. Valen ya estaba allí y cogió en brazos a Shay, que estaba inconsciente.

Sin mediar palabra, galopé hasta la puerta principal del hotel y la mantuve abierta mientras Valen llevaba a Shay dentro.

—¿Shay? —Elsa cruzó el vestíbulo y se acercó corriendo—. ¿Qué le ha pasado?

—Creo que la maldijeron —le dije, con el corazón latiéndome tan fuerte que temí que me diera un infarto—. ¿Puedes traer a Polly? Llevaremos a Shay arriba.

—Voy a por ella —dijo Jade, que había aparecido instantes después detrás de Elsa. Me quedé mirando mientras ella corría hacia el comedor.

—¿Leana? ¿Qué está pasando aquí? —Basil vino pavoneándose hacia nosotros—. ¿Por qué estás haciendo una escena?

—Métela en el ascensor —le dije a Valen justo cuando Basil se unió a nosotros.

—Los invitados están mirando —siseó, mirando por encima del hombro y esbozando una falsa sonrisa a un grupo de curiosos que miraban a la niña en brazos de Valen.

Basil me caía bien; era un gran jefe, pero si me detenía a mí o a Valen, me volvería loca. Tenía las emociones a flor de piel. No se me podía culpar por lo que podía hacer.

—Basil —dijo Elsa mientras enganchaba su brazo alrededor del brazo del director del hotel—. Quería enseñarte un defecto de la alfombra. Me temo que es una monstruosidad.

—¿Un defecto? Bueno, no puedo permitirlo —dijo el brujo mientras Elsa tiraba de él.

Cuando me di la vuelta, Valen estaba en los ascensores y corrí a reunirme con él.

—¿Cómo está?

—Todavía no despierta —dijo.

Podía sentir los ojos de más invitados sobre nosotros, pero no me importaba. En este momento, sólo estábamos yo, Shay y Valen. Nada más importaba.

—¿Qué le pasó a Shay?

Me di la vuelta y encontré a Jimmy caminando en nuestra dirección.

—Ha sido maldecida —le dije, viendo que sus ojos se entornaban al oír mis palabras. Jimmy lo sabía todo sobre maldiciones, ya que había vivido con una durante décadas—. Eso es lo que creo —Tragué saliva y añadí—: Jade ha ido a buscar a Polly. Sólo espero que ella pueda ayudar.

—Polly es increíble. Ella ayudará —dijo Jimmy, aunque no me sentí tan reconfortada, ya que ella no había podido quitarle la maldición a él. Me sacudí el pensamiento de la cabeza. No era el momento de dudar de sus habilidades.

Con un tintineo, las puertas del ascensor se abrieron.

—Dile a Jade y Polly que hemos subido. ¿Jimmy?

Jimmy miraba algo con la mandíbula apretada y pude ver una mezcla de odio y miedo en sus ojos.

—¿Jimmy? —Seguí la dirección de su mirada. Estaba mirando a una mujer rubia y delgada que reconocí.

—¿Conoces a la maestra Barclay? —Ella estaba allí, sus ojos en nosotros, y ella estaba sonriendo.

—Esa no es la maestra Barclay —dijo Jimmy mientras me miraba —. Esa es Auria. La hechicera que me maldijo.

Sentí como si alguien me hubiera tirado un cubo de hielo a la cara. Se me heló la sangre.

Me giré y miré a Valen.

—Lleva a Shay arriba. Ahora vuelvo.

Oí a Valen gritar mi nombre, pero apenas pude oírlo por encima del ruido blanco que resonaba en mis oídos. Me centré en Auria, viéndola aún sonriente mientras se daba la vuelta y caminaba hacia las puertas principales, desapareciendo entre una multitud de invitados que se habían desbordado en ese momento.

Aumenté la velocidad, alimentada por la adrenalina y el miedo a perder a mi hermana. Llegué a las puertas, las abrí de un empujón y salí a la acera.

—¡Auria! —grité, dando vueltas y buscando a esa hechicera.

Pero la acera estaba vacía.

Se había ido.

19

—¿Cuándo notaste por primera vez un cambio en Shay? —preguntó una mujer generosa con las mejillas coloradas. Llevaba el pelo rubio recogido bajo un toque blanche. Normalmente lucía un rostro sonriente. Sin embargo, en ese momento, su expresión era cuidadosamente cautelosa.

—Eh... —Miré fijamente a Shay, que yacía inmóvil en el sofá, con la piel pálida y su respiración entrecortada—. Sólo cuando la vi en las escaleras de su escuela. Parecía que tenía fiebre.

—¿Antes no? —Polly, la curandera y cocinera del hotel, se metió las manos en los bolsillos blancos y manchados de la chaqueta de cocinera, estirando los botones hasta el límite, y sacó lo que parecía un pequeño frasco de ungüento. Giró la tapa y untó la frente de Shay con una sustancia blanca parecida a la crema. Sus labios se movieron en un hechizo, y la magia sacudió mis sentidos.

—No. Ella estaba bien esta mañana. No la habría dejado ir si hubiera pensado que estaba enferma. No se veía enferma. Caminamos juntas a su escuela, y estaba normal. Estaba bien.

Mis ojos encontraron a Valen de pie frente a mí. Tenía los brazos grandes y musculosos cruzados sobre el pecho ancho y la cara torcida en una máscara de miedo e ira. Amaba a Shay, al igual que yo, y podía ver la confusión de emociones detrás de sus ojos oscuros. No tuvimos que intercambiar palabras para saber que sentíamos lo mismo.

—Bueno, eso nos da una ventana de tiempo —dijo Polly—. Dijiste que llegaste a su escuela a las nueve, y luego Valen recibió la llamada alrededor de las once y media. Lo que significa que fue hechizada o maldecida durante ese tiempo.

—¿Se supone que eso significa algo? —Mi voz salió un poco áspera.

Polly me miró, con el rostro inexpresivo.

—Significa que te percataste en las primeras etapas.

—¿Y eso es bueno?

—Sí. Nos dará más tiempo para resolver las cosas antes... antes de que la magia se profundice y Shay empeore. Cuanto más débil esté su cuerpo, más difícil será curarla de esto. Así que tenemos que actuar rápido.

Asentí con la cabeza, parpadeando rápidamente. Me ardía la garganta mientras intentaba tragar.

—Cualquier cosa que necesites. Dímelo. Por favor, ayuda a mi hermana. —La última palabra salió en un pequeño grito. La idea de perder a mi hermana era demasiado difícil de imaginar. La imagen de la sonrisa ganadora de Auria en el vestíbulo pasó por mi mente. Había venido a ver su trabajo en acción, a alegrarse de mi reacción. Quería que supiera que era ella.

En cuanto Shay estuviera bien y estable, iba a cazar a esa hechicera. Cuando acabara con ella, iba a maldecir el día en que le puso un dedo encima a Shay.

Una mano me apretó el hombro.

—No es culpa tuya, Leana —dijo Jade.

—Lo es. Auria la maldijo por mi culpa. —Si Shay moría, sería por *mi* culpa.

—No. Es por mí —dijo Jimmy, de pie a mi otro lado—. Si no hubieras ido a por ella por ese libro, nada de esto estaría pasando. Si quieres culpar a alguien, cúlpame a mí.

Miré a Jimmy, viendo el dolor real grabado en sus rasgos.

—Esto no es culpa tuya.

—Y no es tuya —dijo.

—Es culpa de la maldita hechicera —dijo Elsa, rodeando el sofá para ver mejor a Shay.

El único que faltaba de nuestra pandilla era Julian. Probablemente estaba con Cassandra. Estaría aquí si supiera que algo le había pasado a Shay.

Polly se untó lo que quedaba de ungüento y se metió el frasco en el bolsillo.

—¿Qué hace eso?

Polly mantuvo los ojos fijos en Shay.

—Nos dirá a qué clase de maldición o maleficio nos enfrentamos. Tendrá más posibilidades si sabemos qué le hizo la hechicera.

—¿Pero cómo pudo maldecirla en la escuela? —Me rodeé la cintura con los brazos, intentando calmar mi corazón. No funcionó—. Pensé que la escuela estaba protegida de ese tipo de cosas. Alguien la habría visto maldecir a Shay, ¿no? Nadie dijo nada de que la maestra Barclay maldijera a mi hermanita.

—Bueno —dijo Polly, expandiendo su gran medio mientras tomaba aire—. Si tuviera que adivinar, probablemente puso el maleficio o la maldición en algo que Shay tocó o ingirió. Podría ser algo tan mundano como un vaso de zumo o incluso un bolígrafo. La magia se habría transferido sin alertar al personal y sin que nadie lo supiera hasta que Shay empezó a mostrar signos.

Me froté los ojos.

—Si hubiera evitado que fuera a ese colegio, estaría bien. ¿Por qué tuve que presionarla? Nunca debí perderla de vista. ¿Por qué la

obligué a ir a esa maldita escuela?

—No puedes culparte por esto. —Valen me observó—. Ella habría encontrado otra manera de llegar a Shay.

—Tiene razón —dijo Jimmy—. Auria es ingeniosa, si no demente. Habría encontrado otra forma de maldecir a Shay. Créeme. La escuela era sólo un medio para un fin.

Me quedé mirando los labios grises de mi hermana, luchando contra un sollozo que amenazaba con escaparse. Me arrodillé junto al sofá y cogí su pequeña mano helada entre las mías. Cuando volví a mirarle a la cara, la pomada de la frente se había corrido y se había vuelto negra. Podía ver pequeñas manchas amarillas. Miré a Polly.

—Es negro y amarillo. ¿Qué significa eso?

La curandera me miró. Una pizca de preocupación cruzó su expresión.

—El amarillo significa que es una maldición.

Ya lo sabía.

—¿Y el negro?

—La mayoría de las brujas, y en este caso hechiceras, hacen que sus maldiciones causen desgracia y daño a quien se las aplican —respondió la curandera—. Esto me parece la maldición de la Marca de la Muerte: una de las maldiciones más difíciles de realizar y de las más mortíferas.

—¿Te parece? ¿Qué demonios significa eso? —Miré fijamente a la curandera—. ¿Qué significa eso? —repetí—. ¿Es o no es? Será mejor que no me digas que no hay cura ni contra-maldición.

Polly me miró y, por el movimiento de su boca, me di cuenta de que le costaba entender lo que iba a decirme.

—Una contra-maldición para la maldición de la Marca de la Muerte es rara. No conozco a nadie que haya sobrevivido a un ataque así.

—Raro, pero no imposible. ¿Verdad? —Iba a estrangularla con su propio sombrero si decía que no había nada que pudiéramos hacer para salvar a mi hermana.

La curandera dejó de mirarme.

—Auria es conocida por conjurar maldiciones complejas. Utiliza elementos de los que la mayoría de las brujas nunca han oído hablar. He dicho que se *parece* a la maldición de la Marca de la Muerte porque eso es lo que parece, pero es diferente. Ha sido alterada. Ayudaría si supiera qué elementos usó. Auria es una hechicera consumada y poderosa. No estoy segura...

—No lo digas —le espeté—. Ni lo intentes. —Estaba a punto de ponerme agresiva con ella.

—Digo que Auria es poderosa —continuó la curandera, aunque me miraba con recelo—. Las maldiciones son su fuerte, en lo que destaca.

Mira lo que le hizo a Jimmy. Ni siquiera pudimos romper la maldición hasta que descubriste lo que había usado.

Se me ocurrió algo. Me puse de rodillas, corrí a la cómoda de mi antiguo dormitorio, saqué el primer cajón, cogí un libro y salí corriendo.

—Toma —dije, dándoselo a Polly—. Es el grimorio de Auria que le robé. Es donde encontramos la contra-maldición para Jimmy. Tiene que haber algo aquí sobre la maldición de la Marca de la Muerte.

—¡Su libro! —Elsa dio una palmada—. Olvidé que aún lo tenías.

Tanto Elsa como Jade miraban a Polly, con expresiones esperanzadas en sus rostros, mientras ella cogía el libro y se alejaba de nosotras para poder hojearlo. Era éste. Si algo podía decirnos qué usaba esa horrible hechicera, era su propio maldito libro.

Después de lo que pareció una eternidad, Polly regresó. El libro de maldiciones yacía abierto en sus brazos.

—La Marca de la Muerte no está aquí.

—¿Qué? Eso es imposible. —Fui a cogerle el libro, pero la curandera me lo arrebató.

—No lo es —dijo, prácticamente gruñendo. Me miró fijamente hasta que bajé las manos—. Debe haber trabajado en esto recientemente. Si este es su viejo libro, probablemente tenga uno nuevo.

Se me rompió el corazón. Sentí que se me escapaba la poca esperanza a la que me había aferrado.

—Entonces... —No me atrevía a decir las palabras. Que iba a perder a Shay…

—Déjenme intentarlo.

Todos miramos a Valen.

—No es una cura, pero podría aliviar la fiebre y quitarle parte del dolor —dijo el gigante.

Mi pecho se contrajo.

—Lo que sea, por favor. Por favor, ayúdala.

El silencio invadió la habitación mientras todos observábamos al gigante arrodillarse junto al sofá. Respiró hondo y colocó la mano derecha sobre la frente pálida y pastosa de Shay.

Contuve la respiración, sin saber por qué, mientras Valen cerraba los ojos y fruncía el ceño en señal de concentración. Un suave resplandor dorado brotó de su mano, su magia curativa de gigante, la misma que había utilizado en mi tobillo. Mis sentidos se estremecieron con la magia que emanaba de Valen.

Sin saber qué esperar ni cuánto tiempo iba a durar esto, me acerqué hasta que mi rodilla chocó contra el sofá, mirando fijamente la cara de mi hermana.

Pero después de un minuto más o menos, no vi ningún cambio.

Todavía parecía mortalmente enferma.

Valen soltó un suspiro por la nariz y se echó hacia atrás. Podía ver un hilillo de sudor a los lados de la sien, como si hubiera comido algo muy picante o esto le hubiera costado una gran cantidad de energía y esfuerzo.

Sin embargo, Shay no parecía diferente.

—¿Funcionó? —preguntó Jade, sacando mis pensamientos de mi cabeza.

Se me contrajo la garganta. Valen lo había intentado y había fracasado.

—No lo creo. Se ve igual... —Mi corazón se detuvo—. Espera un segundo... su piel está recuperando algo de color.

Efectivamente, las pálidas mejillas de Shay, casi grises, cambiaron de color, volviéndose rosadas poco a poco. Lo siguiente en lo que me fijé fue en sus labios, que también volvieron a su color rosado.

Y entonces sus párpados se agitaron y se abrieron de golpe.

20

—¿Shay? —Me incliné hacia delante, casi trepando por encima de Valen en mi intento de acercarme—. ¿Cómo te sientes?

Shay frunció el ceño.

—Bien, supongo. ¿Por qué me miras así? —Sus ojos recorrieron la habitación—. ¿Qué estoy haciendo aquí?

Le eché los brazos al cuello antes de que pudiera contenerme y tiré de ella para abrazarla. Aún no habíamos establecido si íbamos a ser de las que se abrazan. Me daba igual. Lo único en lo que podía pensar en ese momento era en que estaba viva. Y Valen la había curado.

—No puedo respirar —llegó la voz de Shay contra mi cabeza.

—Lo siento. Me aparté y la solté, secándome rápidamente la única lágrima que se me escapó por el ojo derecho. Luego me giré y asalté a Valen con mi boca. Lo besé profunda, apasionada y rápidamente. Intenté decirle todo lo que sentía en el beso: la gratitud, la desesperación, el amor. Me devolvió el beso con entusiasmo. Todas aquellas emociones reprimidas me estaban mareando y enloqueciendo un poco. Quería arrancarle la ropa y saltar sobre él ahora mismo para demostrarle lo mucho que apreciaba lo que había hecho. Su agarre me apretó la cintura y supe que comprendía exactamente dónde estaban mis pensamientos. Pensamientos traviesos, traviesos.

—Qué asco. Búsquense una habitación —dijo Shay.

Me aparté y me reí.

—Estás bien. Estás bien. —Miré a Valen—. ¿Cómo? Yo... Gracias.

Valen sonrió, y entonces me di cuenta de las ojeras que tenía. Estaba un poco pálido.

—Haría cualquier cosa por esta mocosa.

Un gran sollozo me hizo girar sobre mis rodillas y vi a Elsa y Jade llorando a lágrima viva mientras se abrazaban.

—¿Qué ha pasado? —Shay se incorporó y se sentó en el sofá. Me miró fijamente y pude ver algo de alarma en sus grandes ojos verdes.

—Alguien te maldijo —le dije, la culpa golpeándome como un mazo—. Fue la maestra Barclay. Ante su ceño fruncido, y cuando abrió la boca para protestar, añadí—: Ella no es quien tú crees que es. Es una hechicera.

—Una hechicera malvada —dijo Elsa, y luego se sonó la nariz con un pañuelo.

—Su verdadero nombre es Auria —le dije a Shay—. Una vez maldijo a Jimmy hace años, convirtiéndolo en un perro de juguete de

madera. Él nunca hubiera podido salir del hotel. Jamás. Hasta que encontramos la contra-maldición y lo salvamos.

Shay parpadeó y miró fijamente a Jimmy.

—Espera. ¿Solías ser un juguete?

Jimmy le dedicó una sonrisa.

—Lo era. Un beagle de juguete de madera.

Shay se encogió de hombros.

—Qué cool.

Me levanté y me senté a su lado en el sofá.

—La cuestión es que es vil, peligrosa y vengativa.

—¿Pero por qué querría maldecirme? —preguntó Shay. Se le quebró la voz y supe que esa información la estaba molestando.

Suspiré.

—Porque es una venganza por romper la maldición que había usado con Jimmy. Y también porque le pateé el culo. Quiere hacerme daño —añadí, sabiendo que era cierto—. Le quité algo, así que ahora ella intentó quitarme algo a mí.

Shay se miró los dedos mientras hablaba a continuación.

—Pero estoy bien. ¿Verdad? Ya no estoy enferma. No me siento enferma.

Sonreí.

—No. Gracias a Valen. —Mis ojos se posaron de nuevo en el gigante, y mi corazón se hinchó ante la emoción que cruzó sus facciones—. Estás bien.

—Eso no es exactamente cierto —llegó la voz de Polly.

Giré la cabeza y mi sonrisa se desvaneció al ver la expresión de preocupación en el rostro de Polly.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? Mírala. Está bien. Está despierta y se ve sana. —Podía sentir algo de irritación. Mi hermana ya había sufrido bastante. No quería que esta curandera la asustara.

Polly se acercó y tocó la frente de Shay.

—Le ha subido la fiebre. Luego sacó del bolsillo de su abrigo un instrumento que parecía un tensiómetro, agarró el brazo de Shay, le rodeó el brazo con una parte plana y empezó a bombear. Al cabo de un momento, Polly retiró el artilugio del brazo de Shay y volvió la mirada hacia el gigante—. Me has estado ocultando cosas —acusó con una sonrisa.

Valen soltó una risita mientras se levantaba.

—No estaba seguro de que mi magia ayudara.

—Lo hizo.

—¿Y? Está bien, ¿verdad? —Miré a Shay, con el pecho apretado de nuevo, y me apreté aún más cuando Polly no respondió de inmediato.

—Sé que a ti te parece que está bien —respondió Polly al cabo de un momento—. Y probablemente se siente bien, pero no lo está.

Apreté los dientes.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo... —Polly exhaló—. Que la magia del gigante le quitó la fiebre y la mayor parte de la enfermedad y le dio un poco de energía, por ahora. Es sólo temporal. La maldición sigue ahí. Sigue muy viva en su cuerpo.

Sentí como si Polly acabara de darme un puñetazo en las tripas.

—Entonces, ¿estás diciendo que se sentirá enferma de nuevo? Que ella... —No me atrevía a decir las palabras.

Cogí la mano de Shay y esta vez no intentó apartarla. Su mano estaba caliente, no como antes. La sentía normal y sana. Tal vez Polly estaba equivocada, pero la vocecita dentro de mi cabeza me decía que tenía razón.

Si esta maldición era como la de Jimmy, necesitaba una contra-maldición, no sólo magia gigante.

—Digamos que es una niña enferma —respondió Polly—. Las maldiciones son magia compleja. Las maldiciones de Auria, bueno, están en otra liga.

Los ojos de Shay brillaban húmedos mientras mantenía la mirada fija en su regazo. Sabía que estaba luchando contra las lágrimas. Maldita sea.

Le apreté suavemente la mano.

—Vamos a resolver esto. No te preocupes. Te lo prometo.

Parpadeando rápidamente, Shay se encogió de hombros, pero siguió sin apartarse. Y eso estaba afectando a mis emociones, que ya pendían de un hilo.

Miré a la curandera.

—¿Cuánto falta para que la maldición vuelva a tener pleno efecto? —Lo que realmente quería saber era cuánto le quedaba de vida a Shay, pero no podía usar esas palabras, no delante de mi hermanita.

—Bueno —dijo Polly mientras se metía las manos en los bolsillos delanteros—. Tendría que decir, teniendo en cuenta lo que está en juego y el nivel de complejidad en las maldiciones de Auria, y también a juzgar por el color de la piel de Shay, la pérdida de la fiebre, su presión arterial constante… no más de veinticuatro horas.

Mi corazón dio un salto. Qué bien. Eso fue mejor de lo que esperaba.

—Dime lo que necesitas. Dime lo que tengo que hacer para eliminar esta maldita maldición.

Polly me miró.

—Sin conocer los verdaderos elementos de la maldición, la única forma de salvar a tu hermana es que consigas que Auria te diga *qué* usó. Entonces podremos hacer la contra-maldición.

—Nunca me lo dirá. —Esto era como la situación con Jimmy de

nuevo.

Polly negó con la cabeza.

—No. No lo hará. Al menos no de buena gana. Tendrás que obligarla.

—No tengo ningún problema con eso. Le pateé el trasero una vez, y se lo patearé de nuevo. —Obviamente, era impotente para enfrentarme a una hechicera vengativa durante el día, pero como dijo Polly, tenía veinticuatro horas, más o menos. Podía esperar a que se pusiera el sol, y entonces el culo de la vieja zorra sería mío.

—Leana. —Jimmy tenía una mirada extraña—. ¿No notaste algo diferente con Auria?

Me lo pensé un momento.

—Sí. Estaba mucho más joven. —Y por eso la maestra Barclay me había resultado tan familiar. Porque había estado mirando a la vieja hechicera, sólo que una versión más joven de ella—. No puedo creerlo. Pensé que era una maestra. Ni siquiera se parecía a la hechicera que había visto. Ninguna cantidad de cirugía plástica podría lograr *eso*.

—Exactamente —dijo Jimmy—. Cuando luchaste contra ella, era vieja. ¿Verdad? Eso es lo que me dijiste.

—Más bien antigua y lista para que sus cenizas se las llevara la brisa. ¿Por qué?

—No sé cómo, pero ha encontrado una forma de rejuvenecerse —dijo Jimmy, con un tono preocupado—. Ya no es la vieja y frágil hechicera.

Levanté una ceja.

—Nunca pensé que fuera frágil, aunque sí que olía. —Arrugué la nariz, recordando el desagradable olor de un cuerpo sin lavar. Había sido bastante desagradable. Como si no se hubiera bañado desde los años sesenta.

—No me estás escuchando. —Jimmy me miró con dureza—. Va a ser mucho más poderosa que antes. Ahora está en su mejor momento. Tenía el mismo aspecto que cuando... —Dudó, su rostro se endureció mientras probablemente relataba un oscuro recuerdo—. Cuando me maldijo.

—Y nosotros te *des-maldecimos*. Ella no es invencible. Nadie lo es. —Y yo iba a demostrarlo. No iba a dejar de buscar a Auria. La encontraría, y cuando lo hiciera, la *obligaría* a decirme qué usó con Shay.

—Tienes que estar en guardia —dijo el subgerente, con un ligero tono nervioso en la voz—. No te dejes engañar por ella. Diga lo que diga, es una mentirosa. Le encanta jugar.

—Lo haré.

—Nosotras te ayudaremos. —Jade se señaló a sí misma y luego a

Elsa—. Vamos contigo. Y antes de que digas nada, no puedes decir nada que nos detenga.

—Sí —convino Elsa, y le dediqué una cálida sonrisa, bueno, toda la que pude—. Podemos crear una distracción mientras te concentras en esa zorra.

Alcé las cejas.

—Pueden apostar lo que quieran a que lo haré. Bien —añadí con una sonrisa burlona, y me alegré de que vinieran conmigo. Me vendrían bien los refuerzos si lo que decía Jimmy era cierto. Miré a mi hermanita—. ¿Vas a estar bien sin mí durante un tiempo? No me iré todavía, sólo dentro de unas horas.

Shay me dio otro de sus característicos encogimientos de hombros.

—Sí.

Odiaba tener que irme de su lado cuando había sido infectada por alguna maldición de Auria. Pero no tenía elección. Si quería salvarla, tenía que encontrar a la hechicera y los elementos utilizados en la maldición.

—¿Nos llevarás? —Le pregunté a Valen.

El gigante abrió la boca, pero Polly lo interrumpió.

—Valen se queda aquí —ordenó la curandera, y todos la miramos. Pero cuando miré a Valen, no parecía sorprendido—. Necesito su magia curativa. Evitará que Shay… Mantendrá a raya la maldición. —Miró a Valen—. ¿Estás dispuesto?

Valen miró a Shay cuando dijo:

—Lo que sea por esta mocosa.

Al oír eso, una sonrisa se dibujó en el rostro de Shay, la primera que había visto en un buen rato. Al menos Valen estaría con ella. Y sabía que la protegería como si fuera su propia hija.

Eso me dio el consuelo y la fuerza que necesitaba para patear el apestoso culo de cierta vieja hechicera.

Prepárate, Auria. Ya voy.

21

El puente de Manhattan tenía el mismo aspecto que recordaba de cuando estuve aquí hace unos meses: grande, imponente y tranquilo. Estábamos en Cherry Street bajo un cielo oscuro. El sol había desaparecido justo cuando llegamos en taxi. Estaba oscuro. Era perfecto.

—¿Aquí es donde vive? —Jade lanzó su mirada alrededor del muelle y las calles vecinas, sus manos en el par de patines que colgaban de su cuello como una bufanda.

—¿Por qué? ¿No es lo que esperabas? —Miré por encima del hombro, asegurándome de que no había humanos errantes.

—No lo sé. Me la imaginaba viviendo en una cabaña con una fogata en el centro mientras cantaba y garabateaba sus maldiciones.

Elsa se rió.

—Ella es un troll. Merece vivir debajo de un puente. Ah. Mira. Hay una puerta.

Seguí la mirada de Elsa y, efectivamente, vi la silueta de una puerta tallada en la piedra. Igual que antes. Aunque esta vez no se había molestado en ocultarla con un glamour. No estoy segura de que eso me gustara.

Miré a mis amigos.

—Manténganse en guardia. No es una simple hechicera. —No. Es una verdadera apestosa.

Elsa lanzó una mirada a Jade antes de responder.

—Podemos arreglárnoslas. Las dos tenemos el poder de los elementos. No te preocupes por nosotras.

—Bien. —Miré hacia atrás, hacia la puerta, justo cuando invoqué mi magia estelar y la mantuve—. Cuidado con las trampas —dije, dando un paso adelante, hacia el muelle de piedra.

—¿Crees que sabe que vienes? —preguntó Elsa, y noté que frotaba su medallón como si esperara que saliera un genio y la ayudara.

—Sí —respondí—. Ella lo sabe. —*Quería* que la viera en el vestíbulo del hotel para poder regodearse. Sabía que volvería aquí tarde o temprano.

—¿Así que lo que estás diciendo es que estamos caminando hacia una trampa? —Los reflejos azules de Jade se reflejaban en la luz de la luna.

—Probablemente. Puedes esperar aquí fuera si quieres.

—Ni hablar —dijo Jade, decidida—. Quiero atrapar a esta

hechicera tanto como tú. Quiero a Shay. Todos la queremos. Y esta bruja se merece lo que le pase por lo que hizo. Además, tengo una cuenta personal que saldar con ella. —Levantó las cejas y supe exactamente a qué cuenta personal se refería. Se refería a Jimmy.

—Me alegro de que te sientas así. Vámonos. —Apoyando el hombro en la puerta y usando mi peso, la empujé y pasé.

Nos encontramos en el mismo pasillo corto de techo bajo que recordaba. El aire vibraba con una magia familiar: la magia de Auria. No era fuerte, más bien un eco de su poder, pero seguía ahí. ¿Era la primera trampa? No parecía una maldición. Como no quería arriesgarme, recurrí a mi luz estelar. La energía crepitó contra mi piel: las energías de las estrellas hormigueaban sobre mí. Lancé una ráfaga de luz estelar, que iluminó el pasillo con luz blanca mientras devoraba la oscuridad.

Envié mis sentidos, buscando una maldición, un maleficio, cualquier cosa. Mis luces estelares no detectaron ninguna maldición. Raro, pero eso no significaba que no hubiera ninguna. Tal vez mis luces estelares no podían sentirlas. Todavía.

—Puaj. ¿Qué es ese olor? —Jade se llevó la mano a la boca, parecía a punto de vomitar.

Elsa tuvo la misma reacción, dada la mueca de su rostro y, por el ligero oscurecimiento de su piel, parecía que estaba conteniendo la respiración.

—Eso, amigas mías, es el hedor de Auria —dije, intentando respirar por la boca. Aunque me pareció peor así, porque prácticamente podía saborearlo en la lengua.

Tal y como recordaba, el lugar apestaba a moho, pis de gato y otras cosas más asquerosas en las que prefería no pensar. Arrugando la nariz, caminé por la cámara de tierra sucia, tenuemente iluminada por las llamas de algunas antorchas de pared.

—¿Por dónde? —preguntó Elsa, con cara de haber deseado quedarse en el hotel donde el aire era respirable.

Me reí.

—Sigue el hedor.

—Esto es *taaaan* asqueroso. —Jade rozó con la mano la pared de piedra y la apartó, frotándose algo entre los dedos—. Parece que ella no creía en la limpieza.

Elsa tosió.

—Huele como si no creyera en bañarse.

Apreté la mandíbula para no reírme. Esto era serio. Tenía que concentrarme. Además, tarde o temprano nos acostumbraríamos al olor. ¿Qué decía eso de nosotras?

Seguimos avanzando en silencio. Tenía la sensación de que las chicas no querían hablar y abrir la boca ante el mal olor. Me agaché

bajo una telaraña y continué, sin dejar de aferrarme a mis luces estelares. Envié otra ráfaga de luz estelar, buscando cualquier cosa fría o extraña. Y de nuevo, mis luces estelares no sintieron nada, aparte de las frías paredes de piedra y la vibración de la tierra bajo nuestros pies.

El suelo se inclinaba hacia una elevación de la cueva que conducía a una cámara más grande. Dejé volar una ráfaga de mis luces estelares hacia la habitación, iluminando una pequeña zona de cocina con una mesa cubierta de velas fundidas, calderos y un catre manchado empujado contra la pared del fondo junto a estanterías atestadas de libros.

Era exactamente igual, salvo por un detalle importante.

Auria, la hechicera, no estaba aquí.

—¿Es aquí? —preguntó Jade—. ¿Esta es su casa?

Solté mis luces estelares.

—Sí. —Capas de polvo corrían sobre estantes repletos de varios frascos de objetos sospechosos—. Me encanta lo que le hizo al lugar.

—¿Dónde está el baño? —Jade miró alrededor de la cámara.

—Lo estás pisando.

—¡Ah! —gritó Jade y empezó a sacudirse las manos y las piernas como si hubiera pisado un hormiguero y se estuvieran arrastrando sobre ella.

Elsa la agarró y la jaló.

—¿Ya terminaste? Se supone que estamos en una misión aquí.

Yo no lo habría llamado exactamente una misión, pero a quién le importa.

—Bueno. Bueno. —Jade se apartó el pelo de los ojos—. Tendré que bañarme en lejía cuando volvamos.

Aunque Elsa no había hecho ningún comentario, estaba mirando sus zuecos de jardín, probablemente deseando haberse puesto sus botas de goma en su lugar.

—Ella no está aquí —les dije, mirando a mi alrededor—. Realmente pensé que estaría aquí.

—Nosotras también —dijo Elsa—. ¿Qué crees que significa eso?

—Ni idea. —Jimmy había dicho que le gustaba los juegos. Quizá éste era el principio de uno de ellos. Me quedé mirando la larga mesa cubierta de libros y velas fundidas—. Rápido. Busca un libro de maldiciones.

Me apresuré a acercarme a la mesa mientras Jade y Elsa se apresuraban a acercarse a las altas estanterías abarrotadas de libros.

—¿Qué aspecto tiene? —Jade sacó un libro viejo, y las páginas se cayeron al abrirlo.

—No lo sé. Busca algo que tenga maldiciones escritas. —Cogí un pequeño libro con una reluciente cubierta de cuero rojo. Parecía

nuevo. ¿Tan nuevo como para ser su nuevo grimorio? Con el corazón palpitante, lo abrí. Había cadáveres de mariposas y polillas planas y muertas—. Qué asco.

Después de lo que parecieron horas, las tres habíamos recorrido cada centímetro de aquella guarida, y nunca encontramos ni siquiera un simple libro de hechizos, y mucho menos un libro de maldiciones.

Me enjugué la frente con el dorso de la mano.

—Se llevó todos sus tomos mágicos. Debió llevárselos con ella.

Cundió el pánico. Auria no estaba aquí, ni tampoco su libro. ¿Y ahora qué? ¿Cómo iba a encontrar los ingredientes de una maldición sin ninguno de los dos? Mi ritmo cardíaco se disparó. No podía entrar en pánico ahora.

Jade exhaló.

—Bueno, eso fue un fracaso. —Ella pateó un camino a través de una montaña de trapos viejos y libros.

Elsa pareció darse cuenta de mi consternación.

—No te preocupes. La encontraremos. Buscaremos por toda la ciudad si es necesario.

—Sí. —Suspiré, sintiendo mucho estrés—. Creo que tendremos que hacerlo.

—Vamos a tomar aire fresco antes de que me desmaye —dijo Elsa, con gotas de sudor formándose en la frente y el labio superior.

—Buena idea.

Las tres volvimos a salir, los golpes de nuestros pasos resonaban a nuestro alrededor, pero yo apenas podía oírlos. Estaba demasiado ocupada intentando pensar dónde podría estar Auria. ¿Por qué se había presentado en el hotel si no era para burlarse de mí? Mi instinto me decía que quería que la encontrara, lo que significaba que tenía que estar en algún lugar donde se me *ocurriera* buscarla.

Y entonces me di cuenta.

—La escuela. Ella está en la escuela. —Por supuesto. ¿Por qué no lo había pensado antes?

Ambas brujas se detuvieron justo frente a la puerta hacia nuestra libertad de aire fresco.

Elsa me miró con el ceño fruncido.

—Entonces vamos a por ella.

Sonreí, contenta de que estuvieran conmigo. Hacía que las cosas fueran menos aburridas, por así decirlo. Hace un año, nunca me habría imaginado que estaría trabajando en un caso con otras dos brujas. Ahora, no podía imaginarme trabajando en un caso sin ellas.

Sintiendo una emoción súbita, abrí la puerta de un tirón —y maldije—.

Allí, en medio de Cherry Street, había tres figuras encapuchadas. De sus manos goteaban tentáculos verdes de magia. Brujos oscuros.

El del centro dio una calada a su cigarrillo. Clive Vespertine. Ahora, *esto* era interesante.

22

Salí de la guarida de Auria, Jane y Elsa estaban justo detrás de mí. Estaba oscuro y las tres figuras encapuchadas permanecían en las sombras, con sus cuerpos cubiertos por largas capas oscuras. Sus auras y la magia que emitían delataban que no eran humanos, sin mencionar la magia verde que se enroscaba en sus dedos.

Jade arrugó la cara como si estuviera chupando un limón.

—Es ese...

Sonreí.

—Clivy. Mi bastardo fumador empedernido favorito.

El investigador del Consejo frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Genial, justo lo que necesitábamos. Más problemas —murmuró Jade.

—¿Qué demonios hace aquí? —siseó Elsa—. Pensé que ya no sería un problema. Creía que Valen y tú se habían encargado de él.

—Parece que no lo hicimos muy bien. —Aunque tenía *mucha* curiosidad por saber por qué estaba aquí. Pensé que Valen y yo le habíamos dejado claro que se mantuviera alejado de mí *y* de mi hermana. Me aclaré la garganta—. Me has estado siguiendo otra vez —le dije—. Qué pervertido eres.

El brujo salió de la oscuridad y tiró la colilla al suelo.

—Siempre fuiste un bastardo que tiraba basura. —Esa parte de él realmente me molestaba, como si el mundo entero fuera su cenicero. Por el rabillo del ojo, vi a Jade arrodillarse y ponerse uno de sus patines.

El brujo fumador empedernido estiró los labios en una mueca de desprecio.

—¿Creías que podías atacar y secuestrar a un investigador del Consejo Gris sin ninguna repercusión?

—Pues sí. Exactamente lo que pensé. Sí.

Los otros dos brujos soltaron una risita y, cuando uno de ellos se movió, noté que de su capa sobresalía un abdomen especialmente grande, o mejor dicho, una barriga cervecera. Reconocería esa enorme barriga en cualquier parte. Era el Brujo Panza Cervecera del ritual de anoche. Y si tuviera que adivinar, su amigo también era uno de los brujos de esa noche.

—Pues te equivocaste —dijo Clive, mirando alrededor de la calle —. Y ahora vas a pagar por lo que me hiciste. —Su tono destilaba malicia y furia y un poco de... sí, humillación. De entre los pliegues de

su capa, sacó una caja plana de metal y sacó un cigarrillo. Se lo llevó a los labios y añadió—: Te he quitado la licencia Merlín.

—Me he dado cuenta.

—Eso es poder. Control. Algo de lo que tú careces. —Clive encendió su cigarrillo. La punta se puso roja al darle una calada y luego dejó caer el encendedor y la caja metálica dentro de su capa.

—¿Control? —Me reí entre dientes—. ¿Llamas control a cómo me revelaste esa información ultrasecreta anoche? Hablaste. No controlas esa lengua tuya. Y vaya, viejo, sí que cantaste. Tan pronto empezaste, no pudiste callarte. Seguiste y seguiste y seguiste...

—Usaste una sustancia *ilegal* con un funcionario del Consejo —espetó. La luz de la calle se reflejaba en la vena que le palpitaba en la frente.

—Creía que eras investigador —dije, haciendo que Jade resoplara.

La atención de Clive se centró en ella y luego en Elsa.

—¿Qué es esto? ¿Tus refuerzos? —se burló, y sus dos secuaces rieron con él—. ¿Una anciana y una perdedora de mediana edad en patines? —Se rió más, y también sus secuaces.

La ira me corroía las entrañas.

—La edad realmente no importa a menos que seas un queso o un vino. —Qué rico. Me vendría bien un poco de vino y queso ahora mismo.

Clive dio una calada a su cigarrillo con una sonrisa traviesa y un oscuro jugueteo en los ojos.

—Me importa una mierda con quién estés. Si interfieren, van a morir. Igual que tú.

Apreté la mandíbula.

—Vaya. ¿Así que estás aquí para matarme? ¿A eso se reduce todo? Creía que como miembro de ese Consejo Gris al que adoras, no se te permitía quitar una vida.

—Ay, claro que puedo. Está en las letras pequeñas. —La sonrisa que me dedicó Clive fue verdaderamente serpenteante—. Puedo matar, pero debe ser en defensa propia. —Miró detrás de él a sus amigos—. Y si hay testigos, estoy en mi derecho.

—Leana —dijo Jade, y oí la ansiedad en su voz—. ¿Qué quieres que hagamos?

—No pensaba ponerlas a luchar contra esos bastardos —dije. Una hechicera no estaba tan mal, pero tres brujos oscuros podrían ser un problema para ellas.

Elsa me dio una palmada tranquilizadora en la espalda.

—Oh, tú de poca fe, Leana. No nací ayer. Puede que tenga más arrugas de las que me gustaría y que mi cuello parezca el de un pavo, pero eso sólo significa que soy sabia y fuerte. La juventud no es un logro.

—Amén, hermana —dijo Jade—. Lástima que no tenga mi rizador —añadió, con los ojos puestos en Clive—. Me encantaría metérselo por su arrogante culo.

Me he reído. No debería haberme reído. Estábamos a punto de batirnos en duelo. ¿Verdad?

—Una vez que estés fuera de escena —continuó Clive, con esa furia que nunca abandonaba sus ojos— tu preciosa hermanita será toda mía.

Mi corazón se paralizó por un momento.

—Déjala fuera de esto —siseé y di un paso adelante mientras una rabia caliente entraba en mi torrente sanguíneo.

La risa de Clive envió otra oleada de furia por todo mi cuerpo. Apreté los dientes. Odiaba a ese cabrón.

El brujo fumador soltó una risita.

—Ay. ¿Te he ofendido? ¿He tocado un tema *delicado*? Siempre tan emocional. Las mujeres son *tan* sensibles.

Ladeé la cadera.

—Sí. Soy sensible al hecho de que tú eres el imbécil cuyo culo estoy a punto de patear. —Si pensaba que estaba temblando en mis pantalones de bruja, se equivocaba.

Su rostro sólo estaba iluminado por las farolas, pero era suficiente para ver su ceño fruncido.

—Bueno, entonces... —Apagó su cigarrillo—. ¿Lista para poner en práctica tus habilidades de bruja? —Parecía ansioso mientras las sombras bailaban sobre sus rasgos, sus ojos estrechos y oscuros.

—Adelante —espeté, encendiendo mis luces estelares.

—Fue un error que me agredieras —dijo Clive, levantando las manos en un alarde de magia y poder—. Un error muy *grande*.

—Oooh. Estoy temblando como una hoja —dije, moviendo la parte superior de mi cuerpo, pero parecía más bien que sacudía las caderas como si estuviera girando. Tenía que mejorar eso.

—Voy a disfrutar matándote, perrita —siseó Clive.

Le apunté con el dedo y le guiñé un ojo.

—Sí, soy una perra. Pero no la tuya.

—Muy buena —rió Jade, y el aire a su alrededor vibró con su magia. Mientras murmuraba unas palabras en voz baja, una tenue luz amarilla emanó de sus dedos.

Elsa dio un paso adelante, hablando en voz baja, con sílabas deliberadas. Todo su cuerpo resplandeció de energía cuando invocó su magia blanca y las palabras brotaron de ella.

Respiré hilando mi propia magia estelar mientras me concentraba en el brujo fumador compulsivo.

—No deberías haber amenazado a mi hermana.

Clive negó con la cabeza.

—Puedo hacer lo que quiera. Soy un *investigador* del Consejo Gris.

Resoplé. No pude evitarlo. Lo hizo sonar como si fuera el rey de Nueva York o algo así, lo cual era risible.

Hizo una mueca. Supongo que no le hizo gracia.

Y entonces nos cercaron.

Tres bolas de fuego de magia verde navegaron hacia nosotras.

Pero estaba preparada.

Me alejé y extendí las manos.

Una lámina de luz estelar interceptó la magia de los brujos. Un estruendo sacudió la tierra a nuestro alrededor al chocar las magias. Las bolas de fuego se desvanecieron, pero cuando volví a mirar a Clive, sus labios se movieron mientras preparaba otro hechizo.

Clive extendió la palma de la mano y un maremoto de energía rugió hacia nosotras. Envié otra descarga de mis luces estelares. De nuevo, las magias chocaron y parte de mi luz estelar absorbió el poder del brujo, pero no todo.

Gruñí, preparándome para el ataque de la magia del brujo. Me tambaleé y estuve a punto de perder el equilibrio, pero me enderecé y los músculos de los brazos me temblaron por el esfuerzo. Haciendo frente a la fuerza de los golpes, impulsé mis luces estelares y lancé una patada, destruyendo lo que quedaba de la magia del brujo y a él mismo.

Golpeó a Clive, y éste salió despedido unos diez metros hacia atrás. Pero el cabrón aterrizó rodando y se levantó. Frunció el ceño y me gruñó, pensando claramente que su magia era mejor que la mía. Pues no.

Así que sonreí.

—Lo siento, me puse *emocional* —dije haciendo comillas con los dedos.

Se acercó el sonido de las ruedas crujiendo sobre el asfalto y Jade se detuvo mientras extendía los brazos.

—A ver qué es lo que tienen perras —entonó, ampliando mi sonrisa. Tener a Jade y a Elsa conmigo era una necesidad.

Panza Cervecera pronunciaba con cuidado el latín y de sus manos goteaba energía verde. El aire estaba cargado de azufre: el aroma de la magia negra. Apenas tuve tiempo de parpadear cuando nos lanzó otra bola de muerte verde.

—¡Muévanse! —grité, mientras todas nos tambaleábamos hacia los lados, esquivando esa bola verde de la muerte por centímetros.

Y entonces Jade se lanzó hacia delante sobre sus patines, murmurando un hechizo mientras giraba alrededor de Panza Cervecera cada vez más rápido.

Volvió a extender las manos y un tentáculo de magia verde voló hacia Jade. Pero ella fue más rápida y su disparo salió desviado.

Ella se agachó y luego zumbó en la dirección opuesta, terminó en un giro, y luego le lanzó una ráfaga de su propia magia elemental de fuego.

Panza Cervecera gritó al recibir el impacto y cayó de espaldas al suelo, desapareciendo bajo un muro de llamas mágicas.

Jade sonrió.

—Mediana edad mi culo.

Las llamas se dispersaron. Panza Cervecera se puso en pie y se tambaleó un momento. De su capa y su cabeza salieron espirales de humo. Gruñó y levantó las manos, con tentáculos de electricidad retorciéndose entre ellas.

Se oyó un grito detrás de mí y vi a Elsa luchando sola contra Clive y el otro brujo.

—Ve —dijo Jade, sus ojos puestos en Panza Cervecera—. Yo me encargo.

Sin mediar palabra, corrí en ayuda de Elsa. Clive me vio, frunció el ceño y me lanzó su magia.

Me arrojé al suelo, haciendo que se me escapara la respiración al chocar contra el asfalto. La bola de energía verde explotó tras de mí en el muelle de piedra.

Levanté la vista y vi a Clive. Una risa enfermiza y desquiciada, que sonaba muy parecida a la de una hiena, brotó de él mientras centraba su atención en Elsa. Estaba de espaldas a él mientras respondía al otro brujo con ráfagas de magia de fuego roja y amarilla.

Clive se rió de mí y lanzó su magia contra Elsa.

—¡Elsa, detrás de ti! —grité mientras me ponía en pie, canalizando mis luces estelares.

Elsa giró, levantó los brazos y activó sus defensas, pero no lo bastante rápido.

Unos látigos verdes la golpearon. Con los dientes desencajados, Elsa torció el rostro de dolor mientras retrocedía y caía, con el olor a azufre sustituido por el de la carne quemada. Un grito de dolor salió de la garganta de la bruja.

—¡Bastardos!

Gruñendo como una bestia, mi ira alimentó mi magia hasta que sólo pude ver muerte y destrucción. Iba a freír a esos bastardos camuflados.

Salí corriendo a toda velocidad hacia Clive y le lancé mi luz estelar. Un haz de luz salió disparado hacia el brujo fumador empedernido. Un muro verde semitransparente se alzó sobre él justo cuando mi luz estelar chocó contra... un escudo. Maldije al ver que mis luces estelares no podían atravesar su escudo.

No esperé ni un segundo porque sabía que Clive estaba ocupado invocando magia fuerte para mantener ese escudo. Estaría ocupado un

rato, así que me volví hacia el otro bastardo.

Sentí que el aire se movía, erizándome los pelos de la nuca. El otro brujo, llamémosle Cabeza de Pito, estaba invocando su magia.

—Ah no, claro que no.

Enfurecida, empecé a correr, lanzando mis manos mientras corría.

Sus labios se movieron mientras canalizaba su magia.

Lo bueno de la magia estelar era que no necesitaba perder el tiempo murmurando hechizos y conjuros. Era magia instantánea. Y era rápida.

Antes de que Cabeza de Pito pudiera terminar su hechizo, una bola de luces estelares le golpeó en el pecho. Dejó escapar un grito de sorpresa mientras retrocedía tambaleándose, con las llamas blancas elevándose por encima de su cabeza. Gritó una palabra que no pude descifrar y luego cayó al suelo, con el olor a pelo quemado llenándome la nariz.

—Maldita perra —llegó una voz familiar y despiadada.

Levanté la mirada y vi a Clive frente a mí, con los hombros rígidos por la tensión. Estaba furioso. Excelente. Ya éramos dos. Ahora podíamos bailar.

Alcancé a ver cómo Jade se detenía junto a Elsa y la ayudaba a levantarse. Panza Cervecera, el brujo con el que había estado luchando, yacía en la calle y no parecía que fuera a levantarse pronto. El dolor estaba fresco en el rostro de Elsa. Estaba viva, pero herida. Necesitaba una curandera. Necesitaba a Polly.

—Te vas a freír por esto —gruñó Clive, con rabia en sus palabras —. Adele debería haberte matado, pero no importa. Voy a terminar el trabajo, y voy a disfrutarlo.

—Qué encantador. —Fijé la mirada en el brujo, con el odio rezumándome por los poros—. Pero recuerda, tú atacaste primero —jadeé, plantando los pies mientras concentraba toda mi energía en Clive.

El brujo soltó una carcajada.

—Tu magia de las estrellas no vale nada. ¿Magia de las estrellas? Eres un chiste. —Se rió entre dientes—. Hay una razón por la que no hay muchos como tú. Porque su magia es débil. Obsoleta.

—Dile eso a tu amigo, a quien acabo de freír con mi magia. —Hice un gesto con el dedo en dirección a Cabeza de Pito, por si no había entendido esa parte.

—No eres una bruja de verdad. Las brujas manipulan las energías de los elementos y el poder de los demonios. *Eso es* magia. —Sacudió la cabeza, el movimiento lento y condescendiente—. Eres patética. No eres nada. Y acabaré contigo.

Sonreí más, sabiendo que me estaba metiendo en su piel.

—Y tú que decías que yo era la *emocional*.

El brujo se abalanzó sobre mí a toda velocidad, con su capa oscura ondeando tras él como las alas de un murciélago gigante.

De su boca brotaba un latín ininteligible, o quizá era incomprensible para mí porque mi latín estaba un poco oxidado. Se levantó un viento que me golpeó el pelo contra la cara y me dio en los ojos. Estaba poniendo toda su energía en su ataque.

Este era su golpe mortal. El grande. Quería acabar conmigo.

Observé como si fuera en cámara lenta cómo el brujo hacía su magia. Oí mi nombre. ¿Jade, tal vez?

Como Clive señaló antes, yo era emocional. Y la magia prosperaba con las emociones. Como si la alimentara con esteroides.

Así que dejé que mis emociones me consumieran, alimentando mi magia.

De sus manos extendidas brotaban tentáculos verdes, en sus ojos brillaba la vehemencia, pero yo estaba preparada.

Con toda la energía contenida de mis *emociones*, lancé mi luz estelar directamente hacia sus tentáculos verdes.

Al principio, no estaba segura de si mi magia iba a hacer algo. Pero entonces, cuando las dos magias chocaron, la mía siguió avanzando, a toda velocidad como un tren de mercancías. En lugar de derribar el rayo de Clive, mis luces estelares chocaron contra su magia, aplastándola y aplanándola hasta que no quedó nada.

Clive se quedó boquiabierto.

—Imposible. ¿Cómo?

Quería restregárselo, pero en lugar de eso aproveché ese momento para atacar de nuevo. Duro.

Clive retrocedió con fuerza cuando lo ataqué de nuevo con mi luz estelar. Cayó al suelo rodando, gimiendo y retorciéndose, con las espirales de mis luces estelares desprendiéndose de su capa y su ropa como el humo de un incendio.

Aunque no podía verlo, tenía la sensación de que su piel también chisporroteaba. Bien. Dejemos que se ase un poco. Y luego se quedó quieto.

—Mala mía —dije encogiéndome de hombros—. Me puse toda *emocional* otra vez.

Me acerqué a él y vi cómo su pecho subía y bajaba. Estaba vivo. Una parte de mí quería patear al hijo de puta. Pero tenía otras cosas más importantes que hacer.

Saqué mi teléfono.

—¿A quién llamas?

Me giré para ver a Jade y Elsa caminando hacia mí.

—Voy a pedir un Uber para que las lleve de vuelta al hotel —dije, mis dedos deslizándose sobre la pantalla de mi teléfono—. Necesitan que Polly las revise. —Elsa sangraba por un lado de la cabeza y estaba

pálida, como si aquella pelea hubiera hecho mella en su energía. Jade sostenía uno de sus patines con las ruedas arrancadas y se apoyaba en la pierna izquierda. La sangre manaba de las dos rodillas de sus jeans.

—¿No vienes? —preguntó Jade, saltando hacia mí y tratando de espiar lo que estaba escribiendo.

—No. —Guardé mi teléfono en el bolsillo—. Voy a la escuela. Llamaré a un taxi cuando llegue a la Quinta Avenida.

—¿Sola? No, no —dijo Elsa, con el rostro torcido por la angustia.

—Sí, vamos contigo —dijo Jade.

Miré a mis amigas y se me encogió el corazón al ver a esas dos brujas. Habían luchado ferozmente. Estas brujas eran unas duras, pero estaban heridas.

—Gracias, pero no pueden venir conmigo en ese estado. —Levanté la mano ante la protesta que burbujeaba en los labios de Elsa—. Están heridas, y en su estado, sólo me retrasarán. —O peor aún, las matarán —. No pueden enfrentarse a Auria así.

—¿No puedes esperar a que Polly nos cure? —Por el tono de voz de Jade, sabía que me estaba pidiendo una posibilidad remota. Sabía que ya me había decidido, y no había nada que ella o Elsa pudieran hacer para persuadirme.

Suspiré.

—Polly es buena. Pero no puede curarlas en diez minutos. Y Valen necesita guardar su magia curativa para mi hermana. Shay se está quedando sin tiempo. Polly dijo que teníamos unas veinticuatro horas, pero ¿y si se equivocaba? También había dicho que Auria era la reina de las maldiciones y que sus maldiciones eran extremadamente difíciles de descifrar. ¿Y si Shay vuelve a enfermar mucho antes? No puedo correr ese riesgo. Tengo que irme ya.

—Lo entendemos —dijo Elsa, bajando al bordillo con un esfuerzo ímprobo—. No creo que me quede mucha más lucha.

Me estremecí al ver el dolor que se reflejaba en su rostro. Quizá no había sido buena idea que me acompañaran.

—¿Qué pasará con ellos? —Jade señaló a los tres brujos inconscientes.

—Déjalos —dije—. Deja que la policía humana se ocupe de ellos. —En este punto, no podía importarme menos mantener nuestras formas paranormales en secreto para los humanos.

—Leana —dijo Elsa, con gesto adusto—. Ten cuidado.

Les dediqué una sonrisa tensa.

—Lo haré. Hasta luego.

Y con eso, me adelanté corriendo, salté por encima del estúpido, inconsciente y aún humeante cuerpo de Clive, y troté por Cherry Street.

23

La Academia Fantasia parecía más espeluznante de noche que al sol de la mañana. Tenía un aire más gótico, con las torretas como cuchillos apuntando al cielo nocturno. Su piedra brillaba a la luz de la luna como el glaseado negro de un pastel. Es bonita. *Creo que me gusta más de noche.*

Las puertas de hierro me miraban con desprecio mientras subía por el pasillo hasta las puertas de roble enmarcadas en piedra gris. Miré por encima del hombro, esperando que alguien se abalanzara sobre mí. No sabía si Auria era una criatura solitaria o si iba acompañada de un grupo de hechiceros. No sabía mucho sobre ella, excepto que maldijo a Jimmy y ahora a mi hermana, y que era un ser vengativo.

Envié una ráfaga de luz estelar por si acaso, viendo cómo mis pequeñas esferas salían disparadas como cientos de luciérnagas, pero lo único que recogí fue el silencioso zumbido de la humanidad. Ningún ser mágico.

Me giré y miré hacia la escuela.

—Tal vez estés dentro.

No había decidido cómo iba a hacer que Auria me dijera qué ingredientes había utilizado para hacer la maldición a Shay. Se había negado a decirme qué había usado con Jimmy, así que sabía que sería un reto. ¿Cómo forzar a una malvada hechicera a revelar su maldición? No podía matarla. Tenía que forzarla de alguna manera. ¿Pero cómo? Supongo que tendría que pensar en algo rápido.

Me maldije por no haberle pedido a Julian su suero de la verdad antes de irme. Puede que no funcionara con los vampiros antiguos, pero tenía la sensación de que podría haber funcionado con Auria.

Demasiado tarde. Ya estaba aquí, y no tenía tiempo para volver y esperar a que Julian me hiciera un nuevo lote.

Me quedé mirando la puerta y me pregunté durante dos segundos, mientras estiraba la mano hacia el picaporte, si no tendría una trampa. Mi instinto de bruja me dijo que no. Quería enfrentarse a mí, luchar conmigo. Me esperaba dentro.

—Hagámoslo, Auria.

Abrí la puerta de un tirón, más bien la empujé *muy* despacio y con gran esfuerzo. Era mucho más pesada de lo que parecía. O eso o no tenía fuerza en la parte superior del cuerpo.

La empujé lo suficiente como para colarme y entré a hurtadillas, con el corazón acelerado mientras me preparaba mentalmente para lo

que estaba a punto de afrontar: un auténtico duelo entre bruja y hechicera. Bueno, lo más probable. Entendí que Auria estaba enfadada. Tenía la sospecha de que algún día podría vengarse por la paliza que le había dado. Siempre había supuesto que vendría por mí, o quizá se había olvidado de mí, dada su avanzada edad. Nunca se me ocurrió que atacaría a Shay.

Cerré la puerta tras de mí y miré a mi alrededor. Lo primero que despertó mis banderas de alerta fue la falta de seguridad. Más bien la falta de guardias que seguramente atacarían a los intrusos.

Si esta escuela era lo que yo creía y sobre lo que había leído, se trataba de una instalación mágica de alta seguridad con un único objetivo: proteger a los estudiantes.

Y ahora mismo, no lo estaba haciendo. Me había dejado entrar sin ni siquiera un tirón de orejas. Esto estaba mal en todos los aspectos.

Pero la magia hizo vibrar mis sentidos cuando entré en un gran vestíbulo con techos altos y decorativos, como los de un gran hotel. Era más bien el cosquilleo del encanto mágico que rodeaba el edificio, cerrándolo a cualquier acceso sobrenatural: el glamour de la escuela. También sentí un hormigueo mágico en las paredes, que parecían salir de todas partes a la vez, rodeándome y resonando al ritmo de los latidos del corazón de una bestia gigante. El corazón de la escuela.

Una suave luz amarilla salía de unos apliques, lo suficiente para permitirme ver bien. Y la vista era impresionante.

Había querido ver el interior de este lugar. Y aquí estaba mi oportunidad. Lástima que no fuera en circunstancias más agradables.

Una gran escalera de caracol, ricamente alfombrada en rojo y dorado, que conducía al segundo y tercer piso, servía de centro de atención de la sala. La escuela era enorme. A dondequiera que mirara, me encontraba con puertas y barandillas de lustrosa madera pulida, exquisitas cortinas, sillas y mesas auxiliares.

Era glorioso y majestuoso, como un gran hotel en algún lugar de Europa. Pero ni siquiera su noble presencia me hizo deshacerme de la fría e implacable sensación de terror que me subía por la columna vertebral.

Mis zapatos sonaban con fuerza en el suelo de madera oscura y pulida, y apenas oía el palpitar de mi propio corazón. ¿Estaba nerviosa? Claro que sí. Sobre todo porque el resultado determinaría lo que le ocurriría a Shay. No me avergonzaba admitirlo.

Hasta ahí, todo bien. Temía que el personal hubiera añadido más guardas de protección dentro de la escuela, pero como no me hice polvo, lo tomé como una buena señal y seguí caminando.

El pasillo estaba bordeado por varias puertas y, por lo que alcancé a ver, las aulas tenían pupitres de alumnos y un escritorio mucho más grande enfrente, donde imaginé que se sentaba el profesor. Me habría

encantado estudiar aquí, y entendía por qué a Shay le encantaba. Era único, y estaba bastante segura de que la mayoría de los niños que asistían también eran excepcionales. Y en su singularidad, formaban un vínculo.

Revisé otros tres salones del primer piso. De nuevo, no vi señales de Auria. Si no estaba aquí... estaba jodida. No sabía dónde más buscar.

Me acerqué a unas puertas dobles que conducían al último salón que no había revisado en este nivel. La luz se filtraba desde el espacio bajo la puerta y el suelo.

Esto es muy interesante...

Manteniendo mis luces estelares cerca, empujé las puertas y las atravesé.

El salón era grande, quizá del tamaño del vestíbulo del hotel, y sin duda era el aula más espaciosa que había encontrado hasta el momento.

Entré en una gran sala de trabajo repleta de estanterías atestadas de libros, frascos de cristal y veinte mesas individuales coronadas con calderos. Algunos aún humeaban y flotaban en su interior *cosas* inidentificables.

Era una especie de laboratorio de pociones, pero más bien una sala de pociones donde los alumnos podían aprender el arte de hacer pociones. A Julian le habría encantado esta sala.

Por supuesto, era la sala en la que Auria haría su parada.

Una mujer descansaba en una silla frente a mí, con los pies apoyados en el escritorio de madera, y parecía ligeramente aburrida. No era la mujer mayor, encorvada por la edad y vieja como el polvo, que me miró al entrar. No. Era la joven profesora que había conocido, la maestra Barclay. Tenía una cualidad poderosa que percibí apenas entré. Había hecho un excelente trabajo ocultándolo cuando la conocí por primera vez. Si no lo hubiera hecho, habría sospechado algo irregular. O tal vez habría pensado que sólo era una profesora poderosa.

Había abandonado el atuendo escolar y llevaba un vestido de seda negra de estilo medieval, con mangas largas y un corpiño ajustado que dejaba ver su escote. Entre los pechos llevaba el mismo pendiente y la misma piedra azul brillante.

Auria puso los ojos en blanco.

—Ya has tardado bastante. —Bajó los pies del escritorio y lo rodeó.

—Estoy aquí por la maldición que le echaste a mi hermana. —No tiene sentido andarse con rodeos.

Auria resopló.

—Sí. Pensé que eso llamaría tu atención.

—Metiéndote con niñas pequeñas... Tiene que ser un nuevo nivel

de bajeza para ti. —Me quedé donde estaba. Yo no era una tonta. La distancia entre nosotras era buena. Me daría algo de tiempo para averiguar cómo hacerla hablar sobre la maldición que usó con Shay.

Los ojos grises de Auria brillaron con una alegría febril.

—Ah, ya lo entiendo. Fuiste a mi antiguo hogar. Bueno... Ya no vivo allí. Hace tiempo que no.

—¿En serio? Pudiste haberme engañado. Pensé que te gustaba vivir en tu propia mugre.

Auria sonrió. Era fría, falsa y peligrosa. Su poder danzaba sobre su piel, una luz plateada que se elevaba sobre ella como pequeñas olas, con chispas de energía que destellaban en la luz de la sala.

Hice un gesto con la mano subiendo y bajando por su cuerpo.

—¿Entonces, cómo lo has hecho? —Supuse que ella sabría que se lo preguntaría, y a juzgar por el estiramiento de su sonrisa, estaba encantada de compartirlo.

Auria se llevó una mano con uñas pintadas al pecho, las uñas demasiado largas para parecer de buen gusto.

—¿Qué? ¿Quieres decir que cómo hice para volver a ser joven y hermosa? ¿Para ser el objeto de deseo de todos los hombres?

—Claro. Lo que sea. —Quería que siguiera hablando para poder pensar mi próximo movimiento.

—Bueno —empezó Auria mientras arrastraba el dedo por uno de los pupitres de los alumnos—. Sólo una verdadera experta en el arte de las maldiciones puede manipular la fuerza vital de otros... y tomarla. —Cerró el puño, como si yo no lo supiera.

Levanté una ceja.

—No me digas…

Auria se paseó alrededor del escritorio, acercándose a mí todo el tiempo.

—Verás, para volver a ser joven, hay que encontrar un huésped valioso.

—¿Estás diciendo que eres una garrapata? —Era una especie de insecto en mi mente, y no de los bonitos.

Auria me dedicó otra de sus falsas sonrisas.

—Se necesitaron varios huéspedes para llegar al nivel que necesitaba. En cada ocasión los drenaba, tomaba su energía y la hacía mía.

Sus palabras me hicieron caer en la cuenta.

—¿Mataste a esos brujos en el restaurante de Valen? Fuiste tú. —Por supuesto.

Me invadió una sensación enfermiza de terror. Ahora todo tenía sentido. Me lo acababa de decir. Había drenado la energía vital de esa pobre gente y, de algún modo, la había manipulado para usarla en ella, como si cargara una batería. Se había cargado a sí misma.

Y otra cosa de la que me di cuenta con un sobresalto fue que la mujer que había visto salir corriendo del baño del restaurante me resultaba familiar. Era Auria. Sólo que más vieja de lo que era ahora frente a mí.

Sacudí la cabeza.

—Les rompiste el cuello para que pareciera que los había matado un gigante. Pero, ¿por qué allí? ¿Por qué Valen?

La boca de Auria se torció con desdén.

—Porque quería que sufrieras. Aquella noche, cuando llegaste a mi casa sin invitación, atacaste a una anciana indefensa —acusó, y sus facciones se torcieron para darle un aspecto más feroz.

—Eras vieja pero nunca indefensa.

—Había oído hablar de tu relación con el gigante. Ah, sí. No es ningún secreto lo que es. Quería que lo culparan y lo condenaran a muerte. Quería que pagara por lo que me hiciste esa noche. Quitarte algo que amabas, bueno, era un gran plan.

—Así que fuiste tras Valen.

La boca de Auria se estiró en una sonrisa salvaje.

—La gente tiene miedo de los gigantes, siempre lo ha tenido y siempre lo tendrá. Son... antinaturales. No deberían existir.

—Claro, porque tú eres muy *natural*. —¿Qué era esto, algo en contra de las especies?—. Entonces... —Parpadeé, tratando de encontrarle sentido a esto—. ¿Mataste a la familia de Catelyn? ¿Querías que culparan a Valen por eso también?

Auria sonrió como si acabara de hacerle un cumplido.

—Sí, fui yo. ¿Te gusta?

—No, perra psicótica —grité, recordando demasiado bien el dolor de Catelyn—. Estás loca.

—Soy una mujer con un plan, eso es todo —añadió, con los labios separados como si intentara secarse los dientes. Sus ojos se centraron en mí—. No tienes ni idea de lo que se siente al tomar la energía vital de otra persona, ver el miedo en sus ojos cuando saben que están a punto de morir. —Se estremeció de placer—. Qué subidón.

Odiaba a esta perra.

—No puedes salirte con la tuya. No te lo permitiré.

Auria echó la cabeza hacia atrás y aulló.

—Oh, Leana. Tengo que darte las gracias. No me había divertido tanto... bueno... desde que maldije a ese desgraciado de Jimmy.

Apreté los dientes, sintiendo que se me escapaba el control.

—Eres malvada.

Auria soltó una risita como una colegiala. Reconocí en sus modales y en su expresión algo más que un ego desbocado. Era pura locura. Simple y llanamente. La perra estaba loca.

La hechicera se dio la vuelta y apoyó la espalda en uno de los

pupitres para quedar frente a mí.

—¿Y sabes qué más?

—¿Por qué tengo la sensación de que aunque diga que *no*, me lo vas a decir igual?

Me señaló con un dedo largo y manicurado.

—Sabía que eras lista. Mira... Lo de tomar esa energía vital...

—Querrás decir robar.

—Es que te hace más fuerte —dijo—. Y más poderosa. Los brujos me dieron su poder. ¿Los humanos? Bueno, no era mucho, más bien un grito de rejuvenecimiento. —Se rió—. Pero era necesario, para seguir mi plan. —Sus ojos se abrieron de par en par y el aire chisporroteó de energía. La suya.

El aire se agitó y sentí una oleada de energía fría y desconocida. El corazón se me detuvo por un momento y el miedo me invadió. La piedra del pendiente que llevaba al cuello brillaba en un azul intenso. De algún modo, sabía que eso no era bueno.

—Y yo voy a hacer lo mismo contigo —dijo en un tono aireado como si estuviera compartiendo una buena noticia conmigo—. Tu poder será mío. —Su sonrisa era victoriosa—. Y entonces morirás.

Bueno, mierda.

24

Los dedos de Auria se crisparon mientras preparaba la maldición que iba a lanzarme.

No iba a dejar que me matara. Pero debía tener cuidado con cómo procedía. Tenía que ser innovadora. Aún la necesitaba para librar a Shay de la maldición que le había echado.

De alguna manera tenía que someterla y meterle un suero de la verdad por la garganta. Cómo forzaría el líquido por su esófago era otro asunto. Buen plan. Sólo que no sabía cómo ejecutarlo.

—No podrás usar mis luces estelares —dije, contemplando cómo iba a dominarla pero quedándome corta—. Las cosas no funcionan así.

La hechicera soltó una carcajada.

—Puede que no. Pero me darán más fuerza y poder. —Todo su cuerpo se estremeció cuando su poder la inundó—. ¿Has visto alguna vez cómo desaparece la vida de los ojos de una persona, has visto el miedo cuando saben que están a punto de morir y no pueden hacer nada para evitarlo?.

—No puedo decir que lo haya hecho.

—Es vigorizante y tan, tan delicioso.

Tenía ganas de vomitar.

—El sexo es vigorizante. Estás loca.

Se quedó mirándome unos segundos.

—Las brujas son tan críticas. Tú lo llamas locura. Yo lo llamo tener poder.

—No. No puede ser otra cosa sino locura.

Un destello de ira contorsionó sus facciones. Auria no se había movido, pero una gran fuerza me golpeaba desde arriba como si se dispusiera a golpearme con ella como un martillo invisible.

—¡Espera! —Extendí la mano y puse mi mejor cara de te-tengo-miedo—. ¿Y la maldición que le echaste a mi hermana? —Un nudo de tensión me oprimió el pecho.

Auria se levantó del escritorio, su poder retumbaba de tal forma que casi podía verlo, como un velo enroscado a su alrededor.

—¿Qué hay con ella?

Será mejor que lo diga.

—Una maldición muy poderosa. ¿Qué usaste?

La hechicera ladeó la cadera.

—Buen intento. Una verdadera hechicera nunca revela los elementos de sus maldiciones, tonta.

Planté los pies y me aferré a mis luces estelares. Fingir debilidad no iba a ser suficiente.

—Te daré lo que quieras. Dímelo. —No era prudente regatear con una hechicera loca, pero haría cualquier cosa por mi hermanita.

Auria dio otro paso adelante, la piedra de zafiro que tenía alrededor del cuello brilló y palpitó, palpitante de poder, y pude ver cómo se le levantaba el pelo de los hombros.

—No tienes nada que yo quiera. Excepto tu vida —añadió riendo.

—Vamos. Debe haber algo más que quieras. ¿Dinero? ¿Hombres? ¿Mujeres? —¿Qué? Estaba desesperado. Necesitaba que me lo dijera.

La hechicera frunció el ceño y me pareció vislumbrar su verdadero rostro anciano durante un segundo, en una máscara de líneas, arrugas y vejez. Pero luego desapareció.

—Me robaste algo de valor.

—¿Jimmy? No puedes robar a una persona.

—Mi libro, idiota —me espetó, con los ojos clavados en mí, y pude ver la furiosa tormenta que había detrás de ellos.

—¿Lo quieres de vuelta? —Tal vez debería haberlo traído conmigo para negociar—. Te lo daré... si me dices qué usaste para hacer esa maldición. Es tuyo.

—¿En serio? ¿Así de fácil? ¿Lo devolverías? —Auria me observó. Sus ojos eran inquietantes.

Solté una bocanada de aire.

—Obviamente, primero tendré que probar la contra-maldición para asegurarme de que no estás mintiendo. Luego, si Shay está mejor, te devolveré tu libro.

—¿Cómo sé que no estás mintiendo?

—No lo sabes. Tendrás que confiar en mí. Soy una bruja de palabra.

—Ni loca —dijo Auria, con expresión desinteresada—. Ya no me sirve ese libro. Y nunca te diré lo que he usado. Jamás. Tu hermana va a morir. Tú vas a morir. Y ese gigante tuyo va a morir. Morir. Morir. Morir.

—Te equivocas —gruñí entre dientes, con la rabia apretándome las tripas hasta que creí que iba a gritar. Iba a obligarla a decírmelo.

—Claro que no —se burló, su tono final. No me gustó.

Estiré los brazos y flexioné los dedos, preparándome para la batalla que estaba a punto de comenzar.

Los ojos de Auria se entrecerraron y sus labios se curvaron en una sonrisa malvada.

—¿Estás preparada para conocer tu perdición, bruja de Luz Estelar?

Puse los ojos en blanco.

—De verdad necesitas trabajar en tus insultos. «¿Conocer tu

perdición?» Eso es tan cliché. Pero tú eres un cliché.

Frunció el ceño.

—Te enseñaré quién es un cliché. —Y con un gesto de la mano, envió un rayo de energía azul hacia mí.

Me aparté y respondí con una ráfaga de mi luz estelar blanca, pero Auria fue demasiado rápida y la desvió con un movimiento de la mano. Nos rodeamos mutuamente, esperando una oportunidad.

—Tengo que admitirlo, Auria —dije, sonriendo malvadamente—, tu atuendo de hoy está en su punto. ¿Has asaltado el armario de Maléfica?

Auria me fulminó con la mirada.

—Para que sepas esto es lo último en moda de hechiceras. La ropa no gana batallas.

—Bueno, deberías intentarlo alguna vez. Un conjunto matador puede hacer maravillas por tu confianza.

Auria gruñó y envió otra ráfaga de energía hacia mí, pero me había anticipado.

Recurrí a mi luz estelar, y arremetí con un rayo de magia estelar blanca.

Las dos energías mágicas chocaron, enredándose en el aire sobre el aula. Se retorcieron y chocaron mientras luchaban como criaturas inteligentes, pero la magia de Auria era mayor. Atravesó mi rayo de luz estelar.

Y vino directo a mi cabeza.

Levanté los brazos y una barrera de luces estelares se materializó y se extendió por el suelo y por encima de mi cabeza, desviando el ataque hacia ella.

Se tambaleó hacia atrás, pero recuperó rápidamente el equilibrio.

—¡Pagarás por eso, bruja!

Sonreí.

—Ah, no lo dudo.

—Te haces llamar bruja, pero sólo eres un error. Un fallo en nuestro mundo. Una anomalía —se burló Auria y soltó una carcajada —. Más bien un hada glorificada.

Fruncí los labios pensativa.

—No había oído eso antes. Pero las hadas son increíbles. Pueden volar, hacer magia y cumplir deseos.

Auria se burló.

—Eso no es nada comparado con el poder de una hechicera, las verdaderas artes oscuras.

—Ay, por favor —dije, poniendo los ojos en blanco—. Las artes oscuras están sobrevaloradas. ¿Quién quiere ir por ahí invocando demonios y sacrificando cabras? Eso es tan del siglo XVII.

Auria se burló.

—¿Crees que esto es una broma?

—No. Pero es mucho más satisfactorio que este juego de poder que te traes.

El rostro de Auria se ruborizó lentamente, subiendo desde la piel clara de su garganta hasta sus mejillas.

Se le escapó un gruñido mientras enviaba una ráfaga de energía azul hacia mí. Apenas tuve tiempo de lanzarme a un lado para evitar el ataque. Tras caer al suelo y ponerme en pie, me levanté de un salto y me preparé para defenderme de la magia de la hechicera.

Nos quedamos allí, una frente a la otra, las dos respirando agitadamente.

Vale, era más rápida y poderosa de lo que había previsto. Podría lidiar con eso.

Auria frunció el ceño y me envió otra onda de energía azul. La esquivé con facilidad y le devolví un rayo de luz estelar. Ella lo desvió con un hechizo de armadura, y continuamos intercambiando ataques, cada una tratando de ganar ventaja.

Mientras luchábamos, no podía evitar pensar en lo ridículas que debíamos de parecerle a cualquiera que nos viera. Dos mujeres adultas lanzándose magia como niños lanzándose bolas de nieve.

—¿Eso es lo mejor que tienes? —se burló Auria con una sonrisa de satisfacción.

Le devolví la sonrisa.

—Ah, sólo estoy empezando.

Mi corazón se aceleró mientras me acercaba a la hechicera. Era una oponente formidable, así que sabía que tendría que utilizar todos los trucos de mi arsenal si quería derrotarla. Y tenía que hacerlo rápido. No sabía cuánto tiempo le quedaba a Shay hasta que la maldición volviera a consumirla, y estaría ya sin la ayuda de Valen.

—Nunca ganarás esto —dijo Auria con una mirada lasciva mientras hacía girar un mechón de su larga melena rubia alrededor de su dedo—. Eres demasiado débil. Lo más inteligente es rendirse.

Por supuesto que lo haría. Respiré hondo y me preparé para desatar mi magia.

—Acabemos con esto. ¿Te parece?

Auria se rió.

—Ay, tienes tanta prisa por morir. ¿De verdad?

Le fruncí el ceño.

—No voy a morir. Voy a vencerte.

Auria enarcó una ceja.

—¿Ah, sí? Bueno, veamos qué tienes.

Con un movimiento de muñeca, convoqué una ráfaga de luz estelar, con la esperanza de cegar a Auria y tener ventaja para noquearla. Pero fue demasiado rápida, esquivó el ataque y me

devolvió un rayo de energía azul.

Y acertó. La fuerza de la explosión me lanzó hacia atrás. Caí de pie, un poco conmocionada, pero ilesa.

—Tienes cierta habilidad. Lo admito. Para ser una bruja imaginaria —se burló Auria—. Pero vas a tener que hacerlo mejor si quieres vencerme. —Me disparó una andanada de rayos azules.

Concentrándome en mi magia, lancé otro escudo de luz estelar sobre mí como un inmenso caparazón brillante. Un siseo sonó cuando el ataque de Auria rebotó inofensivamente en mi armadura protectora.

Auria se rió.

—Eso no te salvará.

—Hasta ahora, todo bien.

Con un gesto de la mano, una enorme ráfaga de viento salió disparada. Golpeó mi escudo y lo atravesó, haciéndome caer hacia atrás, y mi muro protector se hizo añicos en un millón de pequeñas estrellas.

Parpadeé confundida durante un segundo. No debería haber sido capaz de romper mi escudo protector tan rápida y fácilmente.

Me puse en pie, jadeando por el esfuerzo y con un poco de incertidumbre.

—Vale, me diste, pero aún no me rindo.

Auria sonrió con satisfacción.

—Ay, no esperaba que lo hicieras. Las brujas son tan testarudas.

Invoqué otra ráfaga de luz estelar, esta vez dirigida directamente a los pies de Auria. Se tambaleó y perdió la concentración por un momento.

¡Já! Aproveché el momento y me abalancé sobre ella, enviándole un potente puñetazo directo a la mandíbula. Ella se tambaleó hacia atrás, pero se recuperó rápidamente y contraatacó con una ráfaga de su magia azul que me lanzó por los aires.

Me estrellé contra el suelo, la cabeza me daba vueltas, pero me negué a rendirme. Me levanté con los ojos brillantes de determinación.

—No vas a ganarme —gruñí.

Auria rió entre dientes.

—Eso ya lo veremos. ¿Verdad?

Me mantuve firme, planté los pies e invoqué otro escudo de luces estelares. Se elevaron sobre mi cabeza como una lámina de brillantes cristales.

Oí reír a Auria, y me pareció extraño lo segura que estaba. Demasiada confianza. Y entonces lanzó otra maldición a mi barrera de luz estelar.

Su magia atravesó mi armadura como si fuera de mantequilla. La maldición me golpeó y me lanzó por la habitación como a un muñeco de trapo. Choqué contra una pared y se me escapó la respiración

mientras me deslizaba hacia el suelo. *Ay. Eso. Duele. Creo que me he roto las costillas.* No podía respirar. Peor era el dolor abrasador que sentía al quemarme la piel. El olor a carne quemada me llegó a la nariz. Aullé cuando el efecto de su maldición saltó dentro y luego fuera de mi cuerpo, quemándome durante todo el trayecto.

Oí el roce de sus zapatos de tacón acercándose antes de verla. Con la cabeza y las costillas doloridas, me levanté de rodillas. Cada respiración me producía una oleada de náuseas. Dios, me dolía.

Abrí los ojos y encontré a Auria de pie, decidida, con los dedos envueltos en energía azul y una sonrisa que prometía más dolor, un eco de su poder.

Si antes tenía dudas sobre si Auria era una hechicera poderosa, ya no las tenía.

Mis luces estelares no me habían protegido. Era la primera vez en mi vida de bruja que no lo hacían. Y eso me asustó muchísimo.

—He hecho algunos ajustes —dijo, inclinándose sobre mí y viendo mi confusión—. Mira, puedo ajustar mis maldiciones para que coincidan con las fuerzas de mis enemigos. En tu caso. Bueno, era magia estelar, magia de las estrellas. Así que me aseguré de poder contrarrestarla.

Eso explicaba por qué mi luz estelar no funcionaba.

Auria agarró su pendiente, mirándolo con asombro y adoración mientras el poder giraba a través de ella.

Parpadeé y la miré. Los instintos se activaron y estiré la mano. No sabía qué me había poseído para hacerlo, pero agarré su pendiente y se lo arranqué del cuello con toda la fuerza que pude. La cadena se rompió y sostuve el pendiente en la mano. Palpitaba y estaba caliente.

La actitud de Auria cambió. El pánico llenó sus ojos.

—Devuélvemelo.

¿Debería? Claro que no. Tenía la sensación de que esto contrarrestaba mi magia.

Desquiciada, se lanzó contra mí con las uñas como garras.

Rodé y apenas tuve tiempo de escapar de sus pegajosos dedos. Di una patada, mi zapato golpeó su mandíbula y ella cayó hacia atrás. Me levanté justo cuando ella se tambaleaba.

—Es mío. Mío. Devuélvemelo. —Sus ojos se entrecerraron, moviendo los labios y los dedos. Sabía que estaba a punto de maldecirme.

Esta vez no.

Invoqué las luces estelares, alimentándolas con todas mis emociones —miedo, furia, culpa, todo lo que pude— y las dirigí hacia la hechicera.

Una gran ráfaga de luz blanca salió de mi mano y golpeó a Auria en el pecho.

Voló hacia atrás y se golpeó contra la pared. Bueno, eso fue un poco duro, pero no lo suficiente como para matarla. Solo para contenerla, con suerte, eso dejaría a la perra loca inconsciente.

Me acerqué corriendo, viéndola tumbada de lado e inmóvil.

—¿Auria? Levántate. —No la había golpeado *tan* fuerte. ¿O sí? No. Me aseguré de no matarla. Entonces, ¿por qué estaba tan golpeada?

Sus ojos giraron hasta que se centraron en mí.

—No...

Y entonces ocurrió algo extraño.

Su rostro se movía como si fuera de arcilla, pasando de una expresión a otra hasta que su piel empezó a estirarse y a envejecer. Su pelo pasó de un rubio sano a un gris y luego a un blanco hasta que sólo le quedaron mechones en un cuero cabelludo casi desnudo. Su cuerpo fuerte y joven adelgazó, la masa muscular de brazos y piernas que podía ver se marchitó y encogió, pegada a los huesos. La piel era fina como el papel, como un tejido. Se veían venas oscuras.

Había envejecido ante mis ojos.

—Ay, Dios mío.

Se veía... se veía más vieja que la primera vez que la había visto. Entonces parecía vieja, pero ahora parecía un cadáver.

Me quedé mirando el pendiente que aún tenía en la mano.

—Esto. ¿Esto te hacía joven? ¿Te hacía fuerte? —Más bien había atrapado las energías de aquellos muertos y el pendiente las estaba liberando en ella, manteniéndola vital y joven. Sin él, era vulnerable y vieja. Era espeluznante y asqueroso.

Los labios finos y agrietados de Auria se movieron. Me incliné hacia ella para intentar oír lo que decía, pero lo único que oí fue el silbido de su último aliento. Me aparté. Sus ojos muertos me miraron.

Maldita sea.

Estaba muerta. Había matado a la hechicera Auria.

Y al hacerlo, también había matado a la única persona que podía salvar a mi hermana.

25

—Intenté volver a ponerle el pendiente en el pecho, pero no funcionó —les dije a los de la decimotercera planta. Había hecho exactamente eso, sin saber qué más hacer después de tomarle el pulso cinco veces e incluso abofetearla.

Auria estaba muerta.

—La maté. Maté mi única oportunidad de mejorar a Shay. —Qué lío colosal. Había ido allí con la esperanza de hacerla hablar. No matarla.

—¿Y esto alimentaba su poder? —reflexionó Elsa, acercando el pendiente de Auria para poder verlo con claridad. Tenía un vendaje en el lado de la cabeza por donde había estado sangrando, pero por lo demás parecía estar bien.

Jade sorbía una taza de café con la pierna apoyada en una silla y la rodilla vendada. Me alegré de que estuvieran bien. Pero no ayudó que me sintiera como una gran idiota.

Cuando volví al hotel, Elsa y Jade estaban allí, y también Jimmy, Polly y Valen. Nadie se había ido. Al no ver a Shay, tuve un momento de pánico.

—Ella está bien —había dicho Valen, viendo el terror en mi cara —. Está durmiendo. Ella está bien. Dime qué ha pasado.

Luego había soltado lo sucedido con la hechicera, sintiéndome cada vez más fracasada. Había perdido la calma. Había ido demasiado lejos. Y ahora, Shay pagaría por mi locura.

—Le pudo haber pasado a cualquiera de nosotros —dijo Valen, tratando de hacerme sentir mejor. Me cogió de la mano para llevarme al salón justo cuando vi a Polly entrar en la habitación de Shay.

Me dejé caer en el sofá.

—Tengo experiencia. Sabía lo que hacía. No le di un golpe mortal. Pero ella sólo...

—Se marchitó y murió —dijo Elsa—. Es porque le quitaste el pendiente. Si no lo hubieras hecho, podría haberte matado. Dijiste que había ajustado su magia para derrotar tu luz estelar. Pero cuando se lo quitaste, la debilitaste. Se lo quitaste, exponiéndola a tu magia sin nada que la protegiera. Ella había puesto todo su poder en esa cosa. No es una sorpresa que muriera. Tal vez habría muerto sin importar si la hubieras atacado o no. Apenas le quitaste eso, todo acabó. Fue como quitarle el oxígeno.

—Tú la desconectaste —dijo Jade, con cara un poco feliz y triste al

mismo tiempo—. Lástima que me lo perdiera. —Sabía que quería ajustar cuentas con la hechicera por lo de Jimmy. Supongo que perdió la oportunidad.

Jimmy estaba detrás de ella, con las manos en el reposacabezas de la silla.

—Me alegro de que se haya ido —dijo y besó la parte superior de la cabeza de Jade.

—Yo no. —Me froté los ojos. No debería haberla matado.

Valen sacó su teléfono y se alejó por el pasillo, con la voz apagada y demasiado lejos para que yo pudiera oírla. No estaba segura de a quién había llamado, pero tenía una idea.

—¿Dijiste que Shay está bien? —Levanté la vista y miré a Polly mientras salía de la habitación de Shay y cerraba la puerta—. ¿Ha tenido una recaída? —No sabía cómo llamarlo. Las maldiciones no eran lo mío. De hecho, la única maldición real en la que me había estado involucrada era la que Auria le había echado a Jimmy.

La curandera negó con la cabeza.

—No. La magia curativa de Valen funcionó mejor de lo que esperaba. Creo que es hora de que Valen y yo tengamos una larga charla. —Sus ojos se movieron hacia el gigante. Estaba de espaldas a nosotros y seguía hablando por teléfono. Polly me devolvió la mirada —. Ella está bien.

—Pero no está curada —dije, con la desesperada esperanza casi dolorosa al apretarse alrededor de mi corazón.

—Me temo que no —dijo Polly, y pude oír la tristeza en su voz—. Acabo de revisarla. Sigue durmiendo profundamente, lo cual es bueno. No hay signos de fiebre. Pero la maldición sigue en su cuerpo.

Suspiré.

—Esperaba que la maldición se rompiera de algún modo con la muerte de Auria y que Shay se librara de ella para siempre. —Por la expresión sombría de Polly, supe que era una posibilidad remota.

Polly asintió mientras rodeaba el sofá para mirarme.

—Tal vez a manos de una hechicera inexperta, cosa que Auria no era. Se aseguraba de que sus maldiciones duraran incluso si estaba muerta.

—Es una perra malvada, incluso muerta, para hacer algo así —comentó Jade, y tuve que darle la razón. ¿A quién se le ocurren cosas así? Al parecer, a Auria.

Tragué saliva, sintiendo presión en las sienes y rigidez en los hombros.

—¿Y ahora qué? ¿Cómo puedo ayudar a Shay? ¿Ella... ella...? —Se me quebró la voz. ¿Cómo podía ayudar a mi hermanita ahora que había destruido a la única persona que podía hacerlo? Sí, Auria no me habría dado los elementos de la maldición voluntariamente, pero

estoy segura de que habría encontrado una forma de hacerla hablar. Ahora estaba muerta. Y los muertos no te responden.

Polly se quedó callada un momento, y pude percibir que todos esperaban su respuesta.

—Bueno, su reacción a la magia de Valen es muy positiva. Creo que si la vigilamos de cerca, y con una dosis diaria de la magia de Valen, estará bien.

—Un momento. —Me senté más erguida, mi mirada se desvió hacia Valen y luego volvió a posarse en la curandera—. ¿Estás diciendo que la maldición se puede controlar?

—Sí. —Polly se metió las manos en los bolsillos delanteros—. Es como si tuvieras diabetes tipo 1. Necesitas tu inyección diaria de insulina. Bueno, ahí es donde entra Valen. Es bueno que conozcas a un gigante —dijo Polly con un guiño—. Asegúrate de que se queda cerca.

Puedes apostar tu culo a que lo hará.

Me ardían los ojos y tuve que hacer un gran esfuerzo para no empezar a llorar.

—Está bien. Para que pueda vivir una vida normal.

—Ella puede. Pero... —Los ojos de Polly eran intensos—. Pero no es para siempre. Shay podría empezar a mostrar signos de la maldición algún día. Simplemente no lo sé, y no quiero que pienses que está curada porque no lo está.

—Pero me dará tiempo para encontrar una cura. —Sí. Eso era. Buscaría una cura y no tendría que preocuparme que el estado de Shay empeorara. Me encontré con la mirada de la curandera—. Incluso si Auria está muerta, hay una posibilidad de que pueda encontrar su receta secreta. ¿Verdad? No es la única hechicera en este estado. Alguien tiene que saber algo.

—Un aquelarre de hechiceras vive aquí, en Nueva York —anunció Elsa, y todos nos volvimos para mirarla—. Puedo hacer algunas llamadas. Para que te encuentres con ellas.

—Gracias, Elsa —dije sonriendo—. Si pudiera verlas mañana, sería estupendo.

La bruja mayor me devolvió la sonrisa, con la idea cobrando fuerza en sus pensamientos.

—Lo resolveremos. No te preocupes.

Por alguna extraña razón, le creí. Las cosas no habían salido como esperaba, pero aún *quedaba* la esperanza de encontrar la fórmula de la puta maldición y curar por completo a Shay.

Pero primero necesitaba dormir bien.

Abrí la boca para darle las gracias y al mismo tiempo bostezaba.

—Lo siento —dije, aún bostezando—. Cansada. Gracias, Polly. Gracias por todo. Aunque había matado accidentalmente a Auria, me había dado una buena paliza, al igual que Clive y sus secuaces. Mi

cuerpo necesitaba descansar.

—Es un placer ayudar —La curandera respiró hondo—. Bueno, tengo que planear un almuerzo para mañana, así que mejor duermo un poco también. Que tengan buenas noches.

—Sí. Deberíamos irnos todos a la cama —declaró Elsa mientras se ponía en marcha. Se detuvo a medio paso y sostuvo el pendiente de Auria—. ¿Leana? ¿Te importa si me quedo con esto? Me gustaría examinarlo más de cerca. Quizá probar algunos hechizos.

Me encogí de hombros.

—Claro. No me sirve de nada. —Si no podía mejorar a Shay, podía tirarlo.

—Hasta mañana —dijo Elsa—. Buenas noches, Valen —le dijo al gigante cuando éste regresaba, y siguió a Polly por el pasillo y desapareció por la puerta.

Me levanté mientras Jimmy ayudaba a Jade a ponerse en pie.

—¿Están bien?

—La tengo. —Jimmy pasó el brazo de Jade por encima de su hombro, sosteniéndola con facilidad—. Yo podría cargarte, ¿sabes? —añadió con una sonrisa pícara.

Las mejillas de Jade se pusieron rojas.

—Para. Puedo hacerlo. Buenas noches, Leana. Valen.

—Buenas noches —Vi como Jimmy se llevaba a su novia. Y lo último que vi fue a Jade levantando las cejas hacia mí y luego hacia Valen mientras cerraba la puerta. Sí. Nada obvio.

Me estremecí cuando Valen se acercó por detrás y me rodeó la cintura con los brazos. Su cuerpo era cálido contra el mío y no pude evitar sentirme reconfortada en su abrazo. Me recosté de él, disfrutando de su olor almizclado y su calor.

—Sabes, para ser un gigante, tienes una forma de acercarte sigilosamente a la gente —bromeé.

—Es lo que hago. Asegurarme de pasar desapercibido —dijo con voz grave y ronca.

No estaba segura de que pasara desapercibido en ningún sitio. Era demasiado sexy, demasiado grande y muy dominante. Pero me daba igual.

—¿Qué dijo el Consejo Gris sobre Auria? Supongo que los llamaste.

—Ya se lo hes explicado todo —dijo el gigante, con su cálido aliento haciéndome cosquillas en la nuca—. Se llevarán el cuerpo de Auria a la morgue y revisarán la escuela para asegurarse de que no haya dejado ninguna maldición para los niños.

—¿Crees que es tan malvada?

—Es del tipo desquiciada. Sólo hay que tener cuidado.

—Sí, tienes razón. —Suspiré—. Entonces, supongo que esos cargos inventados que tenían contra ti ya no existen. Auria mató a toda esa

gente.

—Habrá una investigación. Tienen que hacerla. Pero confío en que encontrarán pruebas suficientes para vincular esas muertes a Auria y no a mí.

—Bien. No quiero tener que ver la cara de fumador empedernido de Clive nunca más.

—No lo harás.

¿Por qué no le creí? Tenía la extraña sensación de que Clive no había terminado conmigo.

—¿H sabido algo de Catelyn? —La culpa era algo que no estaba acostumbrada a sentir. Ahora, con el remordimiento de lo que Auria le hizo a Shay y a Catelyn por mi culpa, sentía que no podría deshacerme de ella una vez que llegara allí.

—No de parte de ella —dijo el gigante—. Pero Arther llamó. Tuvieron que sedarla

—El miedo se apoderó de mí—. ¿Qué?

—No pasa nada —me tranquilizó Valen, frotándome los brazos—. No tuvieron elección. Empezó a cambiar. Pero al final se calmó. Ahora está bien. Está rodeada de gente estupenda. No te preocupes por ella.

—No puedo evitarlo. Sus padres murieron por mi culpa. —Y tendría que vivir con eso el resto de mi vida. Me encogí ante la idea de decírselo porque tendría que hacerlo. No podía *dejar* de decírselo. Ella no me lo perdonaría, y eso es algo con lo que yo también tendría que vivir.

Valen suspiró.

—¿Quizá podríamos ir en auto el fin de semana con Shay? ¿Te gustaría? Un poco de aire fresco. Naturaleza salvaje.

Me lo pensé.

—Sí. Creo que a Shay le encantaría. —De verdad lo creía—. Tendría la oportunidad de hablar con Catelyn, y sería agradable alejarse de todo, aunque sólo fuera por unos días.

—Hecho. Llamaré a Arther y le diré que iremos este fin de semana. Hay algunos grandes senderos para practicar senderismo. Y un montón de hermosos lagos. Podríamos ir a pescar.

Me reí.

—Nunca te imaginé como alguien a quien le gustara pescar.

—Estoy lleno de sorpresas —ronroneó.

—Sí, apuesto a que sí. —Sonreí—. Podríamos bañarnos desnudos.

—Podríamos —dijo, enviándome besos por el cuello.

Me giré hacia él, con el corazón acelerado por la expectación.

—¿Y ahora qué? ¿Quieres quedarte aquí esta noche? No quiero tener que despertar a Shay —le pregunté con una sonrisa en los labios.

Se inclinó hacia mí y me besó, sus labios suaves y delicados contra los míos. Me fundí en su abrazo y mis manos subieron hasta enredarse

en su pelo. El olor de su colonia inundó mis sentidos y sentí que me perdía en el momento.

Sabía a promesas, seguridad y devoción. Mis regiones femeninas palpitaron de acuerdo.

Al cabo de un rato, Valen se apartó, con la mirada ardiente de deseo.

—No puedo perderte a ti ni a Shay. No puedo —dijo, con una voz áspera y una necesidad que me hizo palpitar el corazón y me hizo flaquear las rodillas.

—No lo harás. Te lo prometo. Y Shay está bien gracias a ti.

Su rostro se quedó inmóvil y guardó silencio un momento. Era uno de esos momentos en los que desearía saber lo que estaba pensando. ¿Pensaba en su mujer? Sabía que ella había muerto de cáncer, lo que lo había devastado. Con Shay enferma, como si tuviera una enfermedad incurable, debía de traerle todos esos recuerdos y sentimientos de pérdida.

—Es una niña fuerte —dijo Valen de repente, sacándome de mis pensamientos.

—Lo sé.

—Como su hermana mayor.

Enarqué una ceja.

—Hago lo que puedo.

Sonrió, sus ojos brillaban de afecto.

—Eres fuerte, intrépida. Incluso ante el peligro, siempre mantienes la calma.

Sentí que mis mejillas se sonrojaban de placer.

—Yo no diría eso, pero acepto el cumplido. —Busqué su rostro—. Sabes, no podría hacer esto sin ti. Nunca había tenido a alguien como tú en mi vida. Alguien con quien puedo contar. Un verdadero compañero.

Se inclinó hacia mí y sus labios quedaron a escasos centímetros de los míos.

—Te mereces estar con alguien que te ponga en primer lugar.

¿Acababa de decir eso?

Me besó con fuerza e intensidad hasta que apenas pude recuperar el aliento. Una punzada de deseo voló hasta mi centro cuando se le escapó un gemido. Me perdí en sus sensaciones, mis manos viajaron bajo su camisa y recorrieron los duros músculos de su espalda. El placer brotó de cada célula de mi cuerpo, calentándome y tal vez enloqueciéndome un poco. Respiré agitadamente mientras sus gruesas manos de hombre se deslizaban bajo mi camisa y sus dedos me recorrían la espalda. Su tacto me provocó oleadas de deseo, y mi núcleo palpitó.

—Nunca pensé que podría volver a sentirme así —dijo,

separándose de mi boca, y se me retorcieron las entrañas—. Y nunca pensé que podría amar a esa niña como lo hago.

—Lo sé. Ella se hace querer.

Valen volvió a guardar silencio.

—Aquel día me encontraste en aquella calle. Fue casi como si supieras que te *necesitaba*.

Vale, que empiecen las lágrimas.

—¿Como cuando fuiste tan grosero y bestia? —Se me escapó una lágrima y me pasó el pulgar por la mejilla.

—Y ha valido la pena. Todo. Haces que quiera ser mejor, un hombre mejor, un gigante mejor.

No sabía qué decir, así que me limité a asentir como una tonta. Sabía que si abría la boca, empezaría a berrear. Mejor mantenerla cerrada.

Valen se rió.

—También eres una bestia testaruda. Me gustan las hembras fuertes y con actitud. Una bestia sexy con un gran culo.

Enarqué una ceja.

—Vaya, gracias, señor —Ah, encontré mi voz.

El gigante exhaló por la nariz. Sus ojos se oscurecieron de deseo.

—Lo quiero. Ahora. —gruñó bajito, me agarró el culo y me jaló hacia él para que pudiera sentir la dureza de sus pantalones, diciéndome lo mucho que deseaba mi gran culo.

—¿Ah? ¿Hola?

Riéndose, el gigante aplastó sus labios contra los míos y yo me estremecí bajo el beso. Le devolví el beso con tanto deseo y anhelo como pude. Era tan cálido, sólido y leal, y me aferré a él.

Se sentía bien. Todo esto. Yo. Valen. Yo con Valen. Yo teniendo sexo con Valen.

Era exactamente lo que necesitaba. Ser consumida por Valen, su amor, su protección, sus sensuales manos de bestia rozando mi cuerpo.

Y mientras caía en su abrazo, empapándome de él, me hice una promesa.

Encontraría una cura para Shay.

Libraría a mi hermanita de esta maldición de la Marca de la Muerte. Lo haría.

Tan pronto terminara con Valen.

26

Mis zapatos resonaban en la acera mientras caminaba hacia el sur por la Quinta Avenida. El sol de la mañana estaba cálido y alto en el cielo. Una brisa se levantaba a mi alrededor, enviando esporádicamente mis cabellos a hacerme cosquillas en el cuello. Los ruidosos silbidos y bocinazos de los vehículos constituían un fondo reconfortante para mis pensamientos incoherentes.

El aire era fresco, en realidad no. Estaba lleno de su habitual aroma a tubo de escape y basura. Estaría bien tomar un poco de aire fresco, y no me refería a dar un paseo por Central Park, aunque es precioso. Me refería al aire fresco de verdad, como el del bosque, si es que eso existía. Me vino a la mente la sugerencia de Valen de ir a ver a Catelyn este fin de semana. Aún no había tenido ocasión de hablar de ello con Shay.

Después de mi intensa sesión de amor con el gigante, me había quedado despierta hasta las dos y media de la madrugada intentando encontrar todo lo que podía sobre ese aquelarre de hechiceras, las *Damas de la Luz,* que Elsa había mencionado durante una llamada telefónica horas después. Las encontré en la base de datos Merlín. Sí, unas horas después de la llamada de Valen, mi cuenta había sido habilitada *por arte de magia* y mi licencia había sido restablecida. Bueno, obviamente no mágicamente. Alguien la había restablecido físicamente. Así que o Clive lo había hecho, o alguien le *obligó* a hacerlo. Sí, esto último me hizo sonreír.

Y tras unas horas de investigación, resultó que el aquelarre no estaba tan lejos del hotel. Un taxi me llevaría en unos veinte minutos. ¿Me recibirían? Eso no lo sabía, pero iba a intentarlo con todas mis fuerzas.

Justo después de dejar a mi hermana en la escuela.

Eché un vistazo a Shay, que caminaba a mi lado, con sus zapatillas Converse ondeando en la acera y la nariz metida en su tableta. Fruncí el ceño.

—¿Cómo puedes ver por dónde vas si estás mirando la tableta? — La nueva generación me asombraba con sus conocimientos tecnológicos y su habilidad para escribir y caminar.

Shay se encogió de hombros mientras caminaba.

—Es fácil. Todo el mundo lo hace.

—Bueno*, yo* no puedo.

—Eso es porque eres vieja.

Auch. Abrí la boca para decirle que cuarenta y un años *no* era ser vieja, pero decidí no hacerlo. Desde la perspectiva de una niña de once años y medio, yo era vieja.

—¿Cómo te sientes? ¿Cansada? Podríamos habernos quedado en casa. ¿Ver películas juntos? ¿Hacer palomitas?

—Estoy bien —respondió Shay, sin levantar la vista de su tableta mientras seguía caminando.

Agaché la cabeza para verle mejor la cara.

—¿Estás segura?

Shay me lanzó una mirada.

—¿Por qué estás actuando raro otra vez?

—No lo estoy.

—Sí, lo estás.

—Sólo me aseguraba. Es lo que hacen las hermanas mayores. Comprobamos dos veces las cosas. Somos doblemente controladoras.

Shay negó con la cabeza, y la expresión de su cara lo decía todo. Pensó que me había vuelto loca.

—Tal vez eres tú la que no se siente bien.

—Ja. Ja. —La observé atentamente mientras volvía a prestar atención a su tableta mientras caminaba. Alguien que no la conociera no habría notado las ojeras que antes no tenía ni el color pálido de su piel. Pensarían que tenía un aspecto perfectamente normal. Pero yo lo sabía. Sabía que podía sentirse bien, pero eso era temporal. Como había dicho Polly, la maldición seguía dentro de Shay y así sería hasta que la eliminásemos.

Aun así, a Shay le bastaba con seguir teniendo una vida, y para ella ahora mismo, eso era la escuela. Era lo que quería hacer, y yo no me interpondría en su camino. La hacía feliz y le daba un sentido a su vida, algo que necesitaba en ese momento.

Podía revolcarme en mi culpa para siempre, siendo responsable de hacerle esto a Shay, o podía seguir adelante y hacer algo al respecto. Elegí hacer algo.

—Valen estaba pensando en ir al norte este fin de semana para visitar a Catelyn. Ella está en algún complejo en lo profundo del bosque. ¿Te gustaría ir?

Shay se detuvo y me miró.

—¿De verdad?

La esperanza en sus ojos me hizo sonreír.

—Sí, de verdad. ¿Y? He oído que hay muchos lagos y senderos que podríamos explorar y hacer senderismo. —Sin contar que el aire fresco podría sentarle bien.

Shay se encogió de hombros.

—Está bien.

Mi sonrisa se amplió.

—Pues bien. Genial. Muy cool, ¿verdad? ¿Nosotras como hermanas haciendo un viaje juntas?

Mi hermanita puso los ojos en blanco.

—Estás actuando raro otra vez.

Suspiré, sin importarme en absoluto que me llamaran rara.

—Se lo diré a Valen. Creo que es justo lo que todos necesitamos. Unas pequeñas vacaciones nos vendrían bien. —Empezamos a caminar de nuevo—. Será agradable alejarnos y ver cómo le va a Catelyn.

Mirando fijamente su tableta, Shay gruñó en señal de acuerdo.

Y realmente necesitaba hablar con Catelyn. La idea aún me hacía un nudo en el estómago, pero ella tenía que saber la verdad. Valen dijo que allí la tratarían bien, y que sería como de la familia para ellos. De verdad esperaba que así fuera.

Hablando de familia.

—Tu padre, ¿suele desaparecer mucho?

—*Nuestro* padre —corrigió Shay—. A veces. A veces.

—Entonces, ¿es perfectamente normal que no haya aparecido? Creía que había dicho que iba a ver cómo estabas... cómo estábamos —corregí antes de que ella lo hiciera.

Shay volvió a encogerse de hombros.

—Lo hará. Supongo que no está preocupado por nosotras. Por eso aún no ha venido a vernos.

—Bien. —Sentía las piernas más pesadas mientras subía por la acera. Como ángel, podría tener la capacidad de curar a Shay o tal vez saber cómo librarla de la maldición. En cualquier caso, tenía que averiguarlo.

—¿Cómo lo llamas? ¿Acaso lo *llamas*? ¿Cómo te pones en contacto con él? Supongo que es lo que intento preguntar.

—No lo sé —respondió Shay—. Aparece sin más.

—Imagínate. —Eso no ayudó. Pero había formas de contactar con los ángeles. Tomaría nota de cómo hacerlo cuando volviera de visitar el aquelarre de las hechiceras.

Si alguien sabía cómo manipular y descifrar la maldición de una hechicera, era otra hechicera. No conocía a muchas hechiceros. No se mezclaban exactamente con nosotros los brujos. Los hechiceros se consideraban a sí mismos superiores a los brujos. Nos consideraban de poca monta en términos de manipulación mágica. Verás, ellos tenían un nivel más alto de educación mágica, algo así como un doctorado en magia. Los brujos no. Eso no significaba que no fuéramos tan inteligentes y capaces de igual cantidad de magia o de ser tan poderosas. Sólo que algunos brujos aprendieron su magia de sus padres, y algunos iban a la escuela como Shay.

Yo tuve que estudiar los fundamentos de la magia, demonología, técnicas básicas de investigación e inteligencia, aprender a gestionar y

dirigir contrainteligencia, armas mágicas de destrucción masiva e investigaciones criminales, todo ello para convertirme en Merlín. Pero no pasé décadas aprendiendo altos niveles de magia. Sin embargo, los hechiceros sí. Era lo que los diferenciaba.

Así que puedes entender mi emoción por conocer este aquelarre.

—Lamento que te haya pasado esto —dije, con la garganta apretada. No se merecía lo que le había pasado. Nada de eso.

Shay se encogió de hombros.

—Está bien.

No, *no estaba* bien. Definitivamente no estaba bien. Pero lo mejoraría. Lo juré. Y no pararía hasta hacerlo.

Caminamos unos minutos más en silencio. La cacofonía de la ajetreada calle y la humanidad nos hacían compañía.

Por fin apareció la Academia Fantasia. Las cornisas y las torretas brillaban a la luz del sol como gigantescos dedos enjoyados. Bonito a la luz del sol, pero por la noche el edificio tenía más carácter. Me gustaba más.

Y en cuanto Shay levantó la vista de su tableta esas pocas veces y lo vio, su ritmo aumentó.

—Te gusta tanto, ¿eh? —Me esforcé por ocultar la sonrisa en mi voz mientras caminaba a su misma velocidad.

—¿Qué? —Shay avanzó como un soldadito.

Dios, ¿podría ser más linda?

—Realmente te gusta esta escuela. —Al principio, cuando Valen lo había mencionado, no estaba segura de que fuera una buena opción para ella debido a su magia *especial*. Pero el gigante había insistido en que le gustaría y que sería bueno para ella. Cuánta razón había tenido.

—Sí. ¿Y? —Shay siguió adelante.

—Nada, me alegra. En serio. Me alegro de que te guste. —Dejé escapar un suspiro—. Y probablemente podrán ayudarte con tu magia, ya que yo no pude.

Shay se detuvo y se dio la vuelta.

—No, no lo harán.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir? ¿Ha pasado algo? ¿Qué es lo que no me estás contando?

Los ojos verdes de Shay chispearon y luego, con un estallido de energía, brilló como una estrella resplandeciente, igual que aquel día en que había frito a Darius.

De ella emanaban rayos de luz como olas de calor. Tuve que taparme los ojos un momento hasta que los rayos disminuyeron ligeramente para poder ver.

Santo cielo. ¡Shay podía conjurar su magia!

Se me cortó la respiración.

—¡No puede ser!

Shay sonrió, su magia solar ondulaba a su alrededor, resplandeciente.

—Sí puede ser.

No me alarmó que hubiera recurrido a su magia estelar, o mejor dicho, solar, en público. Los humanos eran ciegos a ella. Si no eras un paranormal, no podías verla. Y era extraordinaria.

Sacudí la cabeza y una sonrisa se dibujó en mis labios.

—Me mentiste. Todo este tiempo habías podido conjurar tu magia. Me dejaste entrenarte. ¿Por qué?

La magia del sol brilló y luego desapareció, dejando sólo a una Shay sonriente.

Se encogió de hombros y dijo:

—Porque si lo hubieras sabido, no hubieras querido pasar tiempo conmigo. Siempre estás demasiado ocupada con el trabajo o el hotel. Con Valen.

Parpadeé varias veces.

—¿Así que fingiste ser un inútil para que pudiéramos salir?

Shay me dedicó una sonrisa.

—Nos vemos. Y con eso, mi hermana de once años salió corriendo por las puertas de la escuela.

—Mierdecilla —murmuré, viéndola subir corriendo las escaleras y pasar por delante del hombre delgado y aceitoso que nos esperó el primer día. Entrecerró los ojos y su cara se arrugó como si hubiera mordido una cebolla cruda.

—Hola, Cosmo —dijo Shay al pasar corriendo junto a él.

—Shay —dijo el miembro del personal llamado Cosmo a modo de saludo.

Levanté la mano y saludé justo cuando cerró la puerta.

—Qué bien. —Vale, puede que no estuvieran encantados de haber descubierto que la señorita Barclay había sido una malvada hechicera disfrazada y había utilizado el colegio. No se me podía culpar por eso. Sin embargo, por la mirada que Cosmo acababa de dirigirme, parecía que sí.

Pero no me importaba. Shay podía aprovechar su magia solar. Esta era la mejor noticia que había tenido en semanas. Ni siquiera me importaba que hubiera mentido. Y ni siquiera quería tratar de entender su razonamiento. ¿Quién sabía lo que pasaba por la cabeza de una niña de once años?

Con la sensación de que por fin las cosas iban mejor, di media vuelta y volví por donde había venido con un salto más en el pie. Por ahora estábamos a salvo en este glorioso día soleado. Me moría de ganas de contarle a Valen y a los demás lo de Shay. A ellos también les vendría bien esta buena noticia.

Los percibí antes de verlos.

Una magia fría y poderosa agitó mis sentidos, una presencia magnánima que me estremeció.

Me detuve, giré lentamente sobre el terreno y busqué la fuente de energía. La encontré.

A través de la multitud de seres humanos, divisé a un grupo de personas, no paranormales, por la sensación de energías que recibí de ellos. Estaban de pie junto a una serie de todoterrenos negros aparcados, con los ojos fijos en mí. Desde la intensidad de su mirada hasta lo absurdo de su belleza y su fina vestimenta, supe que estaba mirando vampiros. Sentí que la presión se me subió y me obligué a seguir mirando.

Entre ellos se destacaba una.

Mechones de pelo negro le llegaban hasta la cintura. Su piel blanca como la nieve se tensaba sobre sus rasgos afilados, que la convertía en una combinación de petrificación y belleza, lo que resultaba espeluznante.

Llevaba un traje pantalón blanco que se deslizaba y se movía con sus movimientos como una seda exótica. Sus ojos de ébano brillaban con una frialdad premeditada, y también estaban fijos en mí.

Sentí miedo ante el poder y la dominación que irradiaba su presencia. Pero lo reprimí ante la franqueza de su expresión. No le mostraría miedo a esta vampira.

Sus labios rojos se alzaron en una mueca, como si hubiera adivinado o intuido mis pensamientos. Sus ojos oscuros brillaron de odio. Luego, con la misma rapidez, suavizó sus rasgos y recuperó su porte arrogante y aristocrático.

«Nos veremos, bruja de Luz Estelar»

Una voz femenina habló en mi mente.

Con una última mirada en mi dirección, se volvió mientras uno de los vampiros masculinos abría la puerta del copiloto del todoterreno más cercano y ella subía. El mismo vampiro cerró la puerta, se puso al volante y arrancó.

Unos fríos dedos de terror me subieron por la columna vertebral y me atenazaron la garganta. Con todo lo que había pasado con Shay y la maldición, me había olvidado por completo de la vampira. Pero parecía que *ella* no se había olvidado de nosotras.

Mi corazón latía con fuerza mientras veía alejarse a los todoterrenos, sabiendo exactamente quién era y qué quería.

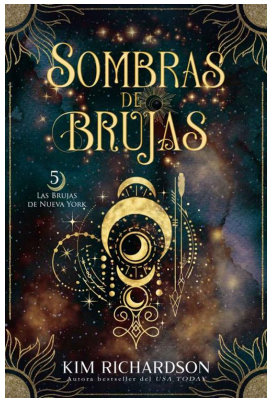
Era la antigua vampira Freida.

Y Shay acababa de hacer una demostración total de su poder, algo que Freida deseaba.

El mundo cambió y me abofeteó en la cara.

Maldita sea.

No te pierdas el próximo libro de la serie Las Brujas de Nueva York. ¡Pruébalo ya!



LIBROS DE KIM RICHARDSON

SERIE LAS BRUJAS DE HOLLOW COVE

La Bruja de las Sombras

Hechizos de Medianoche

Noches Encantadas

Mojo Mágico

Maleficios Prácticos

Perversas Costumbres

SERIE SOMBRA Y LUZ

Caza Oscura

Vinculada A La Oscuridad

El Ascenso de la Oscuridad

El Regalo Oscuro

Maldición Oscura

Ángel Oscuro

Ataque Oscuro

SERIE GUARDIANES EL ALMA

Elemental

Horizonte

Inframundo

Seirs

Mortal

Segadores

Sellos

CRÓNICAS DEL HORIZONTE

Ladrón de Almas

El Alto Mando de la Oscuridad

Ciudad de Sombra y Llamas

El Señor de la Obscuridad

REINOS DIVIDIDOS

Doncella de Acero

Reina Bruja

Magia de Sangre

SERIE MÍSTICA

El Séptimo Sentido

La Nación Alfa

El Nexus

SOBRE LA AUTORA

Kim Richardson es una autora best-seller del *USA Today,* galardonada por sus libros de fantasía urbana, fantasía y por sus libros para adultos jóvenes. Vive en el este de Canadá con su marido, dos perros y un gato muy viejo. Los libros de Kim están disponibles en ediciones impresas, y con traducciones en más de siete idiomas.

Para saber más sobre Kim, visita:

www.kimrichardsonbooks.com